BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

HISTORIA

DE LA

LITERATURA CLÁSICA

GRIEGA

POR

GILBERTO MURRAY, M. A.

Profesor de griego en la Universidad de Glasgow, ex socio del Colegio Nuevo de Oxford.

TRADUCIDA POR

ENRIQUE SOMS Y CASTELÍN

Catedrático de Literatura griega en la Universidad de Madrid.

Precio: DIEZ PESETAS

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Cuesta Sto. Domingo, 16.
1899

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

HISTORIA

DE LA

LITERATURA CLÁSICA

GRIEGA

POR

GILBERTO MURRAY, M. A.

Profesor de griego en la Universidad de Glasgow, ex socio del Colegio Nuevo de Oxford.

TRADUCIDA POR

ENRIQUE SOMS Y CASTELÍN

Catedrático de Literatura griega en la Universidad de Madrid.

Precio: DIEZ PESETAS

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Cuesta Sto. Domingo, 16.
1899

HISTORIA

DE LA

LITERATURA CLASICA

GRIEGA

PRECIO:

10 Pesetas.

LA

LISTA LIBRERIA

(295)

HISTORIA

DE LA

LITERATURA CLÁSICA GRIEGA

Jorge Guillén.
Madrid – Octubre – 912.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

HISTORIA

DE LA

LITERATURA CLÁSICA GRIEGA

POR

GILBERTO MURRAY, M. A.

Profesor de griego en la Universidad de Glasgow, ex socio del Colegio Nuevo de Oxford.

TRADUCIDA POR

ENRIQUE SOMS Y CASTELÍN

Catedrático de Literatura griega en la Universidad de Madrid.

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Cuesta Sto. Domingo, 16.
1899

3420.—ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
San Bernardo, 52. —*Teléfono 3022.*

PRÓLOGO

Es agradable, y no muy pesada tarea, el leer y releer los escasos restos que nos quedan de la literatura de la antigua Grecia; ni aun incluyendo los «escolios» ó comentarios antiguos, se aumenta considerablemente esa tarea. Pero la erudición moderna ha sido sobremanera prolífica en la producción de libros, y, relativamente á esta sección de mi asunto, debo aceptar francamente el veredicto emitido por un crítico alemán sobre un historiador de erudición mucho más vasta que la mía, y declarar que «me detuve completamente desamparado ante la masa de mis materiales». Para ser más preciso, creo que me hallo suficientemente familiarizado, en el dominio de la poesía épica, lírica y trágica, con las investigaciones de los últimos años; he procurado también leer los libros más célebres sobre la prosa y la poesía cómica. El examen de la literatura periódica es notoriamente difícil; espero, sin embargo, que habrán escapado á mi consideración muy pocos artículos de importancia de los últimos veinte volúmenes del *Hermes*, del *Rheinisches Museum*, del *Philologus* y de las revistas clásicas inglesas. Raras veces he intentado ir más allá.

Si, á pesar de tales circunstancias, me he decidido á escribir una historia de la literatura griega y me he atrevido á dirigirme á los aficionados y al público en general, es á causa de que el conocimiento que poseo de la literatura griega ha sido para mí de enorme valor y de gran interés, puesto que, por lo menos durante los diez últimos años, apenas he pasado un día sin que la poesía griega haya ocupado una gran parte de mis pensamientos y sin que hayan sido causadas, interpretadas ó embellecidas por la poesía griega, casi todas las emociones profundas y estimables de mi vida. Esto forma, sin duda, parte de la limitación usual en todo especialista y de la sensibilidad parcial en que halla al mismo tiempo su sacrificio y su premio; pero acaso sea también el motivo que justifique el escribir sobre una materia cualquiera.

He hallado difícil, en un tratado breve y relativamente popular, el mantener en una justa proporción los lados científicos y estéticos de mi asunto. Nuestros juicios literarios definitivos sobre un escritor antiguo, dependen generalmente, y es preciso que así sea, de una gran suma de argumentos filológicos y arqueológicos. Al tratar de Homero, por ejemplo, es imposible evitar la cuestión homérica; y seguramente muchos juzgarán, en este caso particular, que la cuestión ha desposeído de este libro al poeta. He procurado, sin embargo, como regla general, callar todas las obras de laboratorio, fuera de las exigencias de ilustración, y basar mi exposición ó mi crítica en sus resultados. Esto explica por qué tan raras veces he citado á otros literatos, especialmente aquellos cuyas obras son usualmente conocidas en nuestro país. Dudo, por ejemplo, que los nombres de Jebb, Leaf ó Monro, se hallen citados, ni una vez siquiera, en las páginas

inmediatas. Lo mismo ocurre con escritores como Usener, Gomperz, Susemihl y Blass, á los cuales tanto debo; y aun con W. Christ, de cuya *Geschichte der Griechischen Litteratur* he tomado una gran parte de mis ideas generales y cronológicas. Dos maestros hay, sin embargo, de cuya influencia tengo un especial é íntimo conocimiento: primeramente, Mr. T. C. Snow, del Colegio de San Juan en Oxford, demasiado íntimo amigo mío para que diga más de él; y, en segundo lugar, el profesor Ulrico von Wilamowitz-Mœllendorff de Göttingen, cuyo conocimiento histórico y singulares dotes de simpatía de imaginación con la Grecia antigua, parécenme han cambiado el aspecto de varias secciones de los estudios helénicos durante los últimos quince años.

Mi método general, sin embargo, ha sido, en cierto modo, personal é independiente de las autoridades particulares. He procurado—primero sin darme cuenta, después de propio intento,—representar, lo mejor que he podido, qué clase de hombres fueron los distintos autores griegos, qué es lo que amaron y odiaron, cómo se ganaron la vida y en qué emplearon su tiempo. Por supuesto, sólo en el período ático y tal vez en el caso excepcional de Píndaro, tal resultado puede aproximarse, aunque sea á distancia, de la realidad, á menos que la historia degenere en ficción. Pero el intentarlo es conveniente, aun donde no conduzca á un resultado definitivo. Impide que el estudioso caiga en el error de imaginar á «los Griegos» enteramente semejantes á una galería de figuras homogéneas con los mismos ideales, los mismos tipos, las mismas limitaciones. En realidad, lo que los hace vivir ante nosotros, es su variedad—la vasta fila de intereses, la inspiración y la diversidad de sus hazañas, junto con

la viva energía personal que hizo posibles tales acciones. No fué por un «reposo clásico, ni por el culto del cuerpo humano», ni siquiera por la mera posesión de elevadas dotes intelectuales y estéticas, que se elevaron de un modo tan irresistible, desde la misma barbarie hasta la altura de su inimitable civilización: fué por una labor infinita é incesante, por la osadía y el sufrimiento, por la devoción leal á todo aquello que sentían grande; sobre todo, por la profundidad y seriedad del pensamiento.

Su historia política exterior, seguramente, como la de todas las demás naciones, se presenta llena de guerras y diplomacia, de crueldad y engaño. Su historia interna, la historia del pensamiento y del sentimiento y del carácter, es la que fué tan grande. Hallaron no pocas dificultades para luchar con lo que se halla, casi por completo, fuera de nuestro camino. Prácticamente, no poseían experiencia alguna, puesto que tenían que hacerlo todo por primera vez; especialmente, se hallaban escasos de recursos materiales, y sus emociones, sus «deseos y temores y pasiones», eran probablemente más bárbaras é incultas que las nuestras. Y sin embargo, produjeron la Atenas de Pericles y de Platón.

La concepción que formamos los modernos sobre tales hombres, varía seguramente de generación en generación. Los «serenos y clásicos» griegos de Winckelmann y Goethe, prestaron buenos servicios al mundo en aquella época, aunque creamos hoy que eran tan sólo un espectro. Le ha sucedido, especialmente en las obras de pintores y poetas, un griego estético y carnoso, de hermoso ropaje, un abstracto pagano que vive únicamente para ofrecer el contraste del cristiano ó puritano primitivo, igualmente abstracto, y para ser

glorificado ó menospreciado, según los sentimientos de sus críticos. Es también un espectro, tan irreal como aquellos palacios de mármol en los cuales, con frecuencia, se le coloca cómodamente. Hubiera pasado, acaso, por un «Graeculus» de la decadencia, pero los discursos *contra Timarco y contra Leócrates* muestran lo que hubiera pensado de ellos un jurado ateniense. Hay más carne y más sangre en el griego de los antropólogos, hermano de leche de los kaffiros y ainos cabelludos. A lo menos, es humano y sencillo y emocional y está libre de inoportunos artificios. Sus faltas consisten, naturalmente, en que no es el hombre que necesitamos, sino tan sólo el descarnado material, del cual se formó este hombre: un heleno desposeído de belleza, de vida espiritual, de helenismo. Varios otros griegos abstractos se ofrecen á nuestra vista, ninguno de los cuales es, acaso, mucho mejor que el otro, y sin embargo, cada cual ha servido para corregir y completar á su predecesor; y al fin y al cabo, poca duda puede caber respecto á que la concepción actual sea mucho más adecuada. No necesitamos tomar, como base de nuestra comparación, el rudo veredicto del Dr. Johnson sobre los bárbaros á quienes se dirigía Demóstenes: podemos tomar el *Voyage d'Anacharsis*, del abate Barthélemy. Es ésta, en su género, una obra de genio, cuidadosa, imaginativa y perspicaz, pero fué publicada en 1788. Descontada la personalidad de los escritores, ¡cuánto más cerca nos encontramos del espíritu de la Grecia, en un estudio cualquiera de Mr. Andrew Lang ó de M. Anatole France!

El deseo de aprovechar mejor el espacio que me he concedido, así como el de alcanzar una aproximación á la unidad del punto de vista, me ha hecho limitar en distintas formas el campo de este libro. Recono-

ciendo que Atenas es la única parte de Grecia de que podamos obtener mucha y real enseñanza, la he aceptado como inequívoca intérprete de las demás, y he procurado, en cierto modo, enfocar la atención de mi lector sobre el período ático, desde Esquilo á Platón. He reducido á sus dimensiones más limitadas las consideraciones sobre la filosofía, y aunque con mucha vacilación, me he decidido á omitir, con los hombres de ciencia, al mismo Hipócrates. Finalmente, he terminado la historia, propiamente tal, en la muerte de Demóstenes, y únicamente como apéndice, he hecho seguir un rápido y algo arbitrario boceto de la literatura posterior hasta la caída del paganismo, omitiendo por completo entre otros libros, algunos tan interesantes como los *Caracteres* de Teofrasto y el *Tratado de lo sublime*.

En la escritura de los nombres propios no he procurado hacer grandes esfuerzos para obtener una perfecta estabilidad. He adoptado, en general, las modificaciones inglesas ó latinas (1) usuales, excepto al procurar guiar la pronunciación, conservando inalterable la k donde la c se pronunciaría suave y marcando con un circunflejo las sílabas largas. Así *Kîmón* no se halla cambiado en *Cimón*, y *Demâdes*, se distingue de *Æschines*. No he creído, sin embargo, necesario llamarle *Dêmâdes* ó alterar el aspecto de una palabra usual, escribiendo *Dêmêtêr*, *Thûkydidês*. En las referencias de los autores antiguos, mis citas se refieren siempre á las ediciones más fácilmente ac-

(1) A pesar de lo que se advierte en esas observaciones, se ha dado, en la traducción, la forma española usual á los nombres propios y á las palabras griegas que se encuentran en el texto.

cesibles, y, naturalmente, mi lectura es aquella que, en cada caso, creo la más exacta. Todos los autores citados se hallan publicados en ediciones económicas, por Teubner, Tauchnitz ó por las Universidades inglesas, á excepción de pocos casos que se hallan anotados en la forma que presentan. Aristóteles, Platón y los oradores, se hallan señalados por las páginas de la edición corriente; en la *Constitución de Atenas,* que no se halla contenida en el *Aristóteles* de la grande edición de Berlín, sigo la *editio princeps* de Kenyon.

Algunos filólogos se sorprenderán, tal vez, al ver que en algunos casos especiales acepto en mis traducciones etimologías antiguas y erróneas. Si en un pasaje particular traduzco ἡλίβατος «pisado por el sol», no es que crea que sea una forma contracta de ἡλιόβατος, sino que creo que Eurípides le había dado aquel valor.

Un asterisco (*) después del título de una obra, significa que ésta se ha perdido ó que quedan tan sólo fragmentos de la misma. Los escritores fragmentarios se hallan citados, á menos que otra cosa se advierta, de las colecciones siguientes: *Fragmenta Historicorum Graecorum*, por Carlos Müller; *Philosophorum,* por Mullach; *Tragicorum,* por Nauck; *Comicorum,* por Kock; *Epicorum,* por Kinkel; *Poetae Lyrici Graeci,* por Bergk. Estas colecciones se hallan indicadas por sus letras iniciales, F. H. G., F. P. G., y así siguiendo. C. I. A. es el *Corpus Inscriptionum Atticarum,* C. I. G. el *Corpus Inscriptionum Graecarum.* En pocos casos, he empleado abreviaturas para los nombres propios, como W. M. por Wilamowitz-Moellendorff, pero nunca donde pudieran dar lugar á una mala interpretación.

Entre los amigos que me han ayudado con juicios

críticos ó indicaciones, debo especialmente expresar mi gratitud á Mr. JORGE MACDONALD, lector de griego en esta Universidad, por advertencias y correcciones de detalle, muy cuidadosas, en todo el libro.

GILBERTO MURRAY.

Glasgow, Febrero 1897.

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN

Al revisar este libro para la segunda edición, he procurado aprovechar, en varios puntos aislados de detalle, las indicaciones de varios benévolos críticos, así de mi patria como del extranjero. Respecto al plan general de este tratado, permanezco fiel á los puntos de vista expresados en el prólogo de la primera edición. Por grandes que sean las omisiones de esta «breve historia» de un gran asunto, y por mucho que yo mismo sienta estas omisiones, debo únicamente decir que son el resultado de un largo y cuidadoso examen de sus ventajas. No es falta de cariño hacia la literatura posterior á Demóstenes, ni carencia de interés en el proceso de medir y pesar las pruebas que apoyan mis conclusiones, ni seguramente falta de cordial admiración por los progresos de la actual y de la anterior generación de eruditos de la Gran Bretaña é Irlanda, los que han influido para decidirme á ahorrar espacio á expensas de estos tres asuntos.

Estoy, sin embargo, satisfecho, porque gracias á la inesperada simpatía que me ha proporcionado mi, seguramente, imperfecto libro, he hallado la oportunidad de añadir unas pocas palabras sobre dos escritores

que, por diferentes motivos, no se hallaban adecuadamente tratados en mi primera edición: Baquílides y Herodas. El primero de estos, no se había publicado aún cuando apareció este libro por primera vez; el último, fué accidentalmente omitido en el breve sumario de la literatura alejandrina. El último de los tres grandes papiros recientemente adquiridos por el British Museum y editado por Mr. F. G. Kenyon, es un hermosísimo manuscrito de mediados del siglo primero antes de Cristo. Contiene veinte poemas líricos de Baquílides de Ceos, seis en buen estado de conservación, los demás en todos los grados posibles de mutilación. La sospecha de que algunos de los poemas no son «epinicios» se ha demostrado comprobada por los hechos. Seis de ellos, cualquiera que sea la clase de Lírica á que eventualmente pertenezcan, no ofrecen referencia alguna á los Juegos. Uno ó dos de estos poemas, principalmente el XV y XVI, tienen más bien la apariencia de mitos sin engarce determinado, trozos centrales dispuestos para ser intercalados en un poema que celebrase algún suceso ocasional, cuando se presentara la ocasión y el patrono convenientes. La posibilidad de tal práctica se halla corroborada por varios de los poemas de Píndaro y por el propio V del mismo Baquílides, en el cual el mito forma un todo separado y puede ser completamente eliminado (antistrofa B. á antistrofa E.). Fácilmente se recuerdan los *loci communes*, compuestos por oradores profesionales, que hallamos unas veces incorporados en los discursos, otras con existencia independiente.

Baquílides nos aparece, para decirlo en pocas palabras, como individuo de un grupo sobremanera admirable; respiró el mismo aire que Píndaro, Esquilo y Sófocles, y, como los poetas menores de la

época de Isabel de Inglaterra, se nos presenta con cierta fragancia que, tal vez, no se desprende de sus propios vestidos. Es, sin embargo, un real y hermoso poeta por sí mismo. El antiguo juicio de «Longino» que ha sido aceptado como canónico durante todos los siglos anteriores, cuando nadie podía comprobarlo, resulta apropiado y verdadero cuando se confronta con las obras mismas de Baquílides. No debe «compararse con Píndaro, en cuanto á su genio», pero pertenece, sin embargo, á los «poetas sin tacha», cuyos pensamientos se hallan «uniforme y bellamente expresados en todas sus relaciones». En cierto sentido, las mismas limitaciones de Baquílides aumentan el valor de este descubrimiento. En realidad, no conocíamos, hasta ahora, cuál era la forma de un poeta lírico regular del siglo v. Sólo poseíamos á Píndaro para imaginárnoslo, y Píndaro, es, y debe siempre haberlo sido, esencialmente irregular é inimitable. Baquílides no es ninguna de estas dos cosas. Cuando un ateniense medianamente instruído pensara en un poeta lírico, la natural asociación de ideas de su mente le ofrecía, con toda probabilidad, aquel arte especial de hilar y batir el lenguaje como si fuera un metal, soldando extraños y hermosos compuestos, bordando delicadas franjas de palabras y de música. Hay que pensar en las variaciones ensortijadas por el poeta de las *Aves* de Aristófanes, sobre las «nubes» y la «nieve» y las «alas» y los «rayos del sol». Este poeta, tomado en su punto mejor y despojado de la atmósfera de caricatura que le envuelve, debió presentar un parecido considerable con el nuevamente hallado Baquílides.

Volviendo nuestras consideraciones á una crítica más interna, Baquílides era sobrino de Simónides y rival de Píndaro, y los dos grandes hombres han deja-

do en él sus señales. El dialecto, los metros, los asuntos, son los de Píndaro. Hay, además, en él mucho de los hábitos pindáricos de pensar, la aversión á la democracia, el asentimiento religioso, la moral descuidada, cosas todas, probablemente, comunes á la mayor parte de los poetas que servían á dueños dorios. Pero en lugar del intenso y obscuro esplendor, carácter especial de la inteligencia de Píndaro, se nos ofrece una fácil lucidez que denuncia al jonio y al discípulo de Simónides. Baquílides es á menudo, así en el ritmo como en la forma, tan semejante al género de la balada, que puede fácilmente imaginarse á los pescadores cantando sus versos, como se ha dicho, y difícilmente podemos creer, de los de Píndaro. A menudo se ofrece, de un modo muy marcado, su imitación del gran lírico. Preséntase en su más alto grado en la oda V, hermoso poema lírico de doscientos versos, que refiere la conversación de Heracles y Meleagro en el Hades y la narración, por este último, de su propia muerte. La descripción del vuelo del águila en este poema: «Los picos de la grande Tierra no pueden sostenerla, ni las desapacibles olas del mar infatigable», recuerdan en seguida á Píndaro; lo propio ocurre con la rápida y viva mención de los «espectros de los hombres desgraciados volando como las hojas que un viento violento arrastra desde las cúspides del Ida hasta los corderos que pastorean»; y los epítetos sobrecargados de la «orgullosa, armada de blanco, coronada de yemas de rosas, Artemis». Al fin de este poema se siente, por un momento, como si un nuevo Píndaro hubiese realmente descendido entre nosotros. Pero la oda se escribió para la misma solemnidad que la primera Olímpica de Píndaro, y es muy semejante en el metro á la segunda. De nuevo volvemos á estos poe-

mas y la conclusión es irresistible: Píndaro está solo en la cúspide de la montaña, como siempre ha estado.

En realidad, los poemas no pindáricos de Baquílides son, acaso, los más afortunados. La oda XVII *Los Jóvenes y Teseo*, nos ofrece el relato, hasta ahora completamente desconocido, de cómo Minos, al conducir su humano tributo al Minotauro, agravió á una de las doncellas y fué censurado por Teseo; cómo el irritado tirano apeló á su padre Zeus y se burló de su joven cautiva pretendiendo, falsamente, ser hijo de Posidón; y cómo Teseo, para demostrar que él también era hijo de un dios, se arrojó al mar y fué agradablemente acogido y coronado con una guirnalda en el palacio de las Nereidas. Píndaro, y acaso la mayor parte de los otros poetas, hubieran evitado representar al hijo de Zeus en su aspecto de ogro, ó por lo menos, hacerle reconocer y aceptar por Zeus en medio de sus enormidades; pero ni el mismo Píndaro hubiera podido igualar la alegre y limpia frescura, el irreflexivo espíritu de juventud, las olas azules y el transparente viento del mar, con que este poema ha surgido de su tumba egipcia.

La oda XVII es de una forma única en todo lo que nos queda de la literatura griega, á menos que se la compare con el largo fragmento de Alcman (V. cap. IV), y proporciona un eslabón, largo tiempo deseado, en la historia del drama, un ejemplo bien definido de personificación dramática en el canto coral. Se titula *Teseo,* y consiste en un diálogo entre dos coros, uno formado por Egeo, rey de Atenas, y su acompañamiento, y el otro por un grupo de atenienses, teniendo acaso á Medea por su figura central. Es un brillante poema semejante á una balada, y, aparte su interés técnico, tiene un real encanto.

«¿Qué ha ocurrido, oh rey, para turbarte?» pregunta el primer coro. «¿Es un enemigo extranjero? ¿Es una banda de ladrones? Seguramente Atenas tiene fuerza bastante para aplastarlos, sean quienes fueran.»

«Un mensajero del Istmo,» es la contestación, «que trae noticias de un hombre más que admirable por su poder. Ha muerto al gran bandido Sinis y á Cerción y á Procoptes, y hace desalentar á todos los hombres feroces y valientes. Temo cuál será el fin de todo ello.»

«Pero ¿quién es este hombre, y de dónde viene, y en qué forma? ¿Dirige una grande hueste en traje de guerra ó va solo con su valor? ¡Seguramente la mano de Dios está con él!»

«Dos hombres únicamente le siguen. Una espada cuelga de sus hombros y dos lanzas están en sus manos; un casco batido en Laconia está sobre sus cabellos castaños y relucientes; sobre su pecho, un justillo de púrpura y una capa de Tesalia; en sus ojos, un rojo relámpago como los fuegos de Lemnos. Es un joven, dicen, en su primera flor, y, sin embargo, su corazón reposa en las alegrías de Ares, en la guerra y en el choque del bronce al pelear; y sus piés se hallan vueltos hacia Atenas, la amada por la luz del sol.»

Volviendo del núm. 733 de los papiros del British Museum, al núm. 535, los poemas que hallamos en este último no son de gran volumen ni de excepcional belleza. Pero piden aquí una mención por dos motivos: porque siendo descubiertos únicamente desde 1890, no han sido tratados en ninguna de las antiguas historias de la literatura, y porque constituyen, con mucho, las muestras más importantes que poseemos de una clase entera de composición: el Mimo. Herodas no era una figura bien conocida en la historia literaria como

Baquílides. Se le menciona, unas cuatro veces, por distintos autores griegos. La forma de su nombre era incierta: Ateneo le llama Herondas, Plinio y Estobeo omiten la n. Sus obras y su vida eran completamente confusas para nosotros y nuestras ideas sobre su época fluctuaban entre el VI y el III siglo. La cuestión de la n queda aún por resolver, puesto que el papiro no ofrece ningún título de página. Pero podemos ahora conocer el país y la fecha del poeta. Lleva un nombre dórico, pero escribe en jónico. Sus escenas, cuando no se encuentran en la inevitable Alejandría, se hallan en Cos y hay en ellas una general preeminencia hacia las cosas de dicha isla. Cos es dórica, lo cual concordaría con el nombre dórico del poeta. Su dialecto jónico es probablemente debido á la tradición literaria del mimo, aunque es digno de observarse que la mezcla de formas jónicas en las inscripciones de la isla de Cos, sugieren una combinación de sangre doria y jonia en la misma. La patria, pues, de Herodas, fué probablemente Cos. Su fecha se halla fijada por una alusión á los «Teoi-Adelfoi», esto es, Tolomeo Filadelfo y su hermana Arsinoe, cuyo culto se estableció durante su vida, sobre el año 268 antes de Cristo. Habla del escultor Apeles como muerto hacía poco, lo cual hace pensar también en la misma fecha. Menciona también que ha compuesto otras clases de poesías, antes de sus mimos. Vivió, por lo tanto, en la época de Calímaco y Teócrito.

Todos sus mimos se hallan escritos en escazontes ó «yambos cojos» y pintan, con poco regocijo y poca caricatura, escenas de la vida diaria en su aspecto más vulgar. Ofrecen una gran oportunidad de lenguaje, una apariencia de observación admirablemente escrupulosa y una vena de talento tranquilo y discreto que,

así en su manera como en sus asuntos, recuerda á cierto escritor francés. El primer mimo muestra una recién casada, Metrique, recibiendo una visita de su vieja y poco venerable nodriza. La visitante comenta la prolongada ausencia del esposo de Metrique en Egipto y el deseo, aún más prolongado, de cierto distinguido atleta de ofrecerla consuelo. La dueña replica gentilmente con viveza y cambia de asunto. Metrique tiene además el mérito, único entre las mujeres de Herodas, de no reñir á sus criadas. La pendenciera vulgaridad de las demás, recuerda á cualquier pesado sueño, cuyo carácter opresivo es parecerse grandemente á la realidad.

En el segundo poema, un desacreditado individuo, al par que jactancioso y divertido, lleva una acción ante la justicia. En el tercero, una madre conduce á su niño al maestro de escuela para que sea azotado. En el cuarto, algunas mujeres dan vuelta al templo de Asclepio (Esculapio) en Cos, admirando las obras de arte y ofreciendo presentes. En el quinto, una mujer, en un ataque de furiosos celos, manda aplicar á uno de sus esclavos «dos mil latigazos» en el calabozo de los mismos, y después cambia de idea y le vuelve á llamar. En el sexto, dos jóvenes tienen una charla familiar, principalmente sobre criadas y vestidos: su conversación ni es ingeniosa ni ridícula, ni ofrece en sí misma mérito alguno notable; pero se halla presentada con una extraordinaria apariencia de realidad. En el séptimo, una mujer está comprando objetos á un comerciante de cueros.

Estos siete mimos se hallan bien conservados. Parece que hay fragmentos de otros seis. Deben haber sido brillantes y divertidos entremeses cuando salieron á luz, por primera vez, en Cos ó en Alejandría,

con su sátira completamente fresca y sus delicadas obscuridades fácilmente visibles. Pero su buen humor era, en gran parte, efímero y en cierto modo «local»; y, tal como se hallan estos mimos, el lector probablemente comprenderá que están muy bien hechos, pero que no ha de tomarse la molestia de volver á leerlos. Y si los lee de nuevo, será principalmente por su grande importancia arqueológica, y, en segundo lugar, por su real destreza en el estilo. Herodas ofrece además una graciosa figura cuando tributa sus cumplidos á Tolomeo, tarea en la cual Calímaco y Teócrito hallaron ambos su artera desgracia.

GILBERTO MURRAY.

Marzo 1898.

LA LITERATURA DE LA ANTIGUA GRECIA

I.

HOMERO

PRELIMINAR

Al intentar comprender el objeto y el desarrollo de la literatura griega, la dificultad principal proviene de la naturaleza fragmentaria é incompleta de nuestra tradición. Acaso no ha existido en la historia una sociedad tan cercana á la más elevada expresión de la nuestra propia como la Atenas de Eurípides y de Platón. La espiritual viveza y la religiosa libertad de esos hombres, lo genuino de su cultura y humanismo, el razonado atrevimiento de sus ideales sociales y políticos, se relacionan con nosotros de un modo, acaso más íntimo, que nuestra propia centuria anterior. Pero entre ellos y nosotros han pasado edades y edades de hombres que tuvieron distinto punto de vista, que buscaban en los libros que leían otras cosas que la belleza real é imaginativa ó que no se cuidaban siquiera de leer libro alguno. Sólo poseemos aproximadamente una vigésima parte de la literatura

producida por los Griegos en el siglo V antes de Cristo, y de la de los siglos VII, VI, IV y III, una proporción mucho menor. Todo lo que ha llegado hasta nosotros ha pasado por una severa y no poco dañosa ordalía. Ha asegurado su existencia por no haber ido jamás contra la corriente de un tiempo tan considerable, por acudir incesantemente al comercio literario de gran número de épocas de buen gusto: siglo IV de Grecia, Alejandría pre-cristiana, Roma de Augusto, el gran renacimiento helénico de los Antoninos y el más ruin de los últimos sofistas áticos.

Después de la muerte de Juliano y de Libanio, podría, acaso, imaginarse que nadie se interesa ya realmente por la literatura; pero ciertos libros fueron convencionalmente establecidos, durante largo tiempo, en las escuelas, como *clásicos,* y éstos continuaron siendo leídos, cada día en número más mermado, hasta la caída de Constantinopla y el Renacimiento. Las extravagancias de la tradición proporcionarían materiales suficientes para un grueso tomo. Así como en latín se ha conservado celosamente Virgilio y el fabulista Aviano, así en griego se multiplicaron los manuscritos de Homero y de Apolonio de Cicia *Sobre las relajaciones.* Como en latín se perdió práctimente Lucrecio, conservado por accidente en un solo manuscrito, y no hay esperanza de encontrar á Calvo, así en griego estuvo á pique de perderse Esquilo y sólo por inadvertencia se han conservado los más bellos de los himnos homéricos. Por lo general, no se reservaba cuidadosamente más que lo que era útil para la vida diaria, como tratados de mecánica ó de medicina, ó lo que era conveniente para la lectura en las escuelas. Escritores como Safo, Epicarmo, Demócrito, Menandro, Crísipo, han dejado, únicamente, fragmentos dis-

persos que nos muestran cuántos preciosos libros han perecido por la grosera incuria de Bizancio. Pero Roma y Alejandría, en todo su vigor, habían ya hecho una intencionada cribadura. Eran aficionadas al orden y al estilo, por lo cual no se cuidaron de copiar los autores más tumultuarios. Los místicos y ascetas, los filósofos más inflexibles, los demócratas ardientes y, en general, los escritores entusiastas, fueron suprimidos en su mayor parte.

LOS POETAS LEGENDARIOS

Los huecos mayores de la tradición literaria son de muy diversa suerte. Una inmensa suma de obras no fué jamás *preservada*. Es una verdad general que en cualquiera edad creadora nadie se cuida de la literatura viviente. Produciéndose diariamente ¿por qué debe nadie tomarse la molestia de copiarla en material permanente y de ponerla en sitio seguro? Unicamente aquello que no puede hallarse siempre que se pide es lo que excita la ansiedad, á menos que se pierda por completo. Esto es lo que ocurrió entre los griegos con la tragedia, con la poesía lírica, con la oratoria y con el primer gran movimiento de la historia. La mayor parte de cada género se hallaba ya extinguido cuando el pueblo se acordaba de preservarlo. Esto fué lo que ocurrió de un modo especial en la más primitiva forma de composición literaria de que se tenga noticia: en el hexámetro épico.

La epopeya, según la conocemos, puede clasificarse en tres divisiones capitales, por su autor y por el

asunto de que trata. Es un vehículo para la leyenda heroica, escrita por «Homero»; para la general información, especialmente para los catálogos y genealogías, escrita por «Hesíodo»; y en tercer lugar, para la revelación religiosa, primitivamente dimanada de la boca de personajes como «Orfeo», «Museo» y «Baquides». Esta última desapareció por completo, no dejando más que rarísimos vestigios, y los poemas de «Homero y Hesíodo» son, únicamente, los manuscritos literarios más antiguos que poseemos.

Todo verso que sirve para revestir una leyenda, es necesariamente menos antiguo que la misma leyenda. Más aún; es evidente que la *Ilíada,* la *Odisea,* la *Erga* y la *Teogonía* no son «el primero, el segundo, ni acaso el duodécimo» de tales revestimientos. Estos poemas, ostensiblemente primitivos, muestran unas dimensiones y una complejidad de composición que pueden ser únicamente el resultado de varias generaciones de artísticos esfuerzos. Usan una lengua fuera de toda relación de usos comunes, llena de expresiones olvidadas y de ecos de estados de sociedad ya desaparecidos; lenguaje de poeta, con toda evidencia construido y arreglado, á cada paso, por las necesidades del metro hexámetro. Antes de la *Ilíada* han debido, pues, existir otros poemas en hexámetros. Además, el mismo hexámetro es un desarrollo, grandemente complejo, arreglado en sucesivas ocasiones, de los metros sencillos en que parecen haberse compuesto, en otro tiempo, las leyendas, así en Grecia como en la India, en Germania y en Escandinavia. Pero si necesitamos una prueba de lo comparativamente tardío de nuestros más antiguos recuerdos, podemos hallarlo en el mismo «Homero» cuando se refiere á la riqueza de la poesía que ha existido en el mundo antes que él, y el

sentimiento general de que, en su tiempo, más grandes asuntos hayan sido agotados (1).

La personalidad de los supuestos autores de los varios poemas épicos ó formas de epopeya, se hallan, esencialmente, fuera de nuestro alcance. Hay en la mayor parte de ellos algo de fantástico ó mítico. Orfeo, por ejemplo, como personaje legendario, es de creación griega; por su nombre, es uno de los «Ribhus» ó artistas de cantos heroicos de los Vedas, primeros hombres que se hicieron inmortales. Otro bardo antiguo, «Lino», es tan sólo la idealización de la tristeza. El colono emigrado griego en las costas semíticas que oyó las extrañas endechas orientales y á quien llamó la atención la lamentación, á menudo repetida, *Ai-lenu* (¡ay de nosotros!), tomó por griegas las palabras αἴ Λίνου (¡ay de Lino!) é inventó un imaginario Lino, poeta desgraciado ó asesinado príncipe. Los antepasados de Homero, si no son ríos ó dioses, tienden á recibir nombres como «Hijo de la Memoria» ó «Agradable narrador»; los menos relacionados con él, entre cuyas figuras pueden por completo clasificarse los cultivadores épicos, tienen nombres unas veces transparentes, otras completamente obscuros, que, sin embargo, concuerdan, por lo general, en no ser griegos de tipo normal. El nombre de su yerno «Creófilo» despierta una referencia cómica á la raza de los «bardos del puchero» con sus *emolumentos*. Un poeta que es muy citado por los asuntos legendarios pintados en la «Lesque ó pórtico de la conversación en Delfos», es llamado variadamente «Lesques», «Lesqueo» ó «Lescayo»; otro que canta sobre cosas marí-

(1) En especial δ, 74; μ, 70; α, 351. Los libros de la *Ilíada* se indican, en esta obra, por las letras mayúsculas del alfabeto griego; los de la *Odisea* por las minúsculas.

timas, tiene por nombre «Arctino», derivado, como ningún otro nombre griego, de la estrella polar. El autor de la *Telegonía*, que termina la leyenda de la *Odisea* en una racha de felices casamientos (véase página 75), es «Eugamón» ó «Eugammón» (1).

Respecto al mismo «Homero», la palabra significa «rehén»: no puede ser, completamente, un nombre griego, pero puede ser un apodo cariñoso abreviado, por ejemplo, en vez de «Homerodocos» (que recibe rehenes), si, por casualidad, hubo algún vocablo griego compuesto de tal palabra. De todos modos, debemos partir del hecho de la existencia de «Homéridas», cantores, en general, al par que individuos de una tribu. Según toda analogía, «Homero» debe considerarse como un antecesor primitivo, inventado para dar unidad á una familia, como «Doro», «Ion» y «Heleno»; del propio modo que la liga de los «Amfictiones» ó «habitantes alrededor de las Termópilas», se proveyeron de un antecesor común llamado «Amfictión» (habitante alrededor). Esto explica «Homero», pero deja sin explicación á los «Homéridas». Puede ser, á lo que parece, un patronímico (hijos de Homero). Fácil es imaginar un estado social en el cual los *hijos de los rehenes*, en quienes no se confiaba para el combate, fueran empleados como bardos. Pero, de igual modo, podría existir un compuesto que significase (de ὁμῆ y ἀρ—), «arregladores entre varios», con la terminación modificada en forma de patronímico, cuando los cantores comenzaron á formar gremio y á sentir la necesidad de un antecesor común.

Es cierto que poseemos varias «vidas» tradicionales de los poetas prehistóricos y un relato de un *certamen*

(1) Crusius: *Philologus*, LIV.

entre Homero y Hesíodo, siendo la versión que poseemos imitación de una obra compuesta unos cuatrocientos años antes de Cristo por el sofista Alcidamas, quien, á su vez, remozó alguna ficción anterior. En los mismos poemas tenemos datos que parecen reminiscencias personales. Hesíodo menciona su propio nombre en el prefacio á la *Teogonía*. En la *Erga* (verso 633 y siguientes), cuenta cómo su padre emigró de Cumas á Ascra. El *Himno homérico á Apolo* termina con un llamamiento que hace el poeta á las doncellas que constituyen su auditorio, para que se acuerden de él, y cuando algún extranjero les pregunte cuál es el más dulce de los cantores y el que les agrada más, contesten al unísono: «Es un ciego que habita en la arenosa Quios; sus cantos serán siempre los más hermosos.» Desgraciadamente sólo son casos de atribución artificial. El rapsoda que resucitase por primera vez estos versos, no quiso decir que *él* era un ciego de Quios y *sus* cantos los más hermosos que se cantasen; sólo quiso decir que el poema que recitaba era obra de aquel ciego Homero, que había producido, efectivamente, los mejores cantos. En realidad, puede fácilmente demostrarse que ambos personajes, éste y el de la introducción de la *Teogonía* son adiciones posteriores y la reminiscencia de la *Erga* es de igual suerte. Los verdaderos bardos de la Grecia primitiva, fueron todos anónimos é impersonales, y conocemos, de un modo determinado, el momento en que el autor individual comienza á atreverse á presentarse públicamente: la época de los líricos é investigadores jónicos. Tales pasajes no constituyen una evidencia de lo que dicen de sí mismos Hesíodo ú Homero: sólo indican lo que la tradición del siglo VI inventó sobre ellos.

¿Podemos averiguar el origen de tal tradición? Sólo

de un modo obscuro. Seguramente hay en ello algo de verdad histórica. Las vidas y referencias, aunque variando mucho entre sí, se hallan casi unánimes en hacer á Homero natural de la Jonia. Convienen todas en dos ciudades, Esmirna y Quios; en cada una de ellas una población eólica fué dominada por otra jónica, y en Quios existió una familia ó tribu especial llamada de los «Homéridas». Veremos que, si por *nacimiento de Homero*, entendemos *desarrollo de los poemas homéricos*, la tradición es completamente verdadera. También es verídica cuando lleva á Hesíodo y á su padre desde la asiática Cumas á la Beocia, en el sentido de que la poesía hesiódica es esencialmente la forma homérica llevada á desarrollo con los materiales autóctonos de la Beocia.

Así, pues, Homero es de Quios ó de Esmirna por razones históricas; pero, ¿por qué es ciego? En parte, acaso, conservando una vaga memoria de los tiempos primitivos en que todos los *hombres útiles* eran guerreros; los cojos, pero robustos, eran herreros y fabricantes de armas, y los ciegos, que no servían para otra cosa, meros cantores. De un modo más íntimo, se trata de la obra misma de la leyenda épica. Gustábale hacer ciegos á sus grandes poetas y profetas, y de ahí que fuese frecuentada por la ceguera. Homero era su Demodoco, «al cual la Musa amaba grandemente y le dió ambas cosas, el bien y el mal; le quitó los ojos y le dió el dulce canto» (versos θ, 63 y 64.) Es la pura ficción que creó el noble busto de Homero del Museo de Nápoles; la ficción que se observa en la maravillosa fábula del *Baño de Palas* en Calímaco, donde es Tiresias, profeta sin ser poeta, quien pierde su vista terrenal. Otros rasgos de la tradición tienen un origen semejante: el desprecio que se tiene para el descono-

cido mendigo en la fiesta de la boda, hasta que se levanta á cantar; la maldición de no alcanzar gloria, que echa sobre los de Cumas, que le arrojaron de la ciudad; un poema épico, la *Cipríada* *, no terminado según el propio patrón, con el cual dotó á su hija y la hizo una gran heredera.

LOS POEMAS HOMÉRICOS

Si procuramos investigar qué poemas fueron considerados, de un modo decisivo, como obra de Homero en los comienzos de nuestra tradición, tendremos que contestar que lo fueron «todos los que eran *homéricos* ó heroicos»; en otras palabras, cuantos expresaron en metro épico las dos series completas de leyendas agrupadas respectivamente alrededor de Troya y de Tebas. La mención más antigua de Homero se encuentra en el poeta Calino (aproximadamente en 660 antes de Cristo), quien cita la *Tebaida* * como obra de aquél; la inmediata, probablemente es la de Semónides de Amorgos (aproximadamente en 630 antes de Cristo), al citar, como palabras del *hombre de Quios,* una frase proverbial que se halla en nuestra *Ilíada:* «Según pasan las hojas, así pasan los hombres.» Es posible que se refiriese á algún poeta cualquiera de Quios, y que los versos de la *Ilíada* sean únicamente algún proverbio flotante asimilado por la epopeya; pero lo probable es que cite el pasaje actual. Simónides de Ceos (556 á 468 antes de Cristo), más de un siglo después, habla de «Homero y Estesícoro cuando relatan cómo vencía Meleagro á todos los jóvenes del bárbaro Anauro». Esto no se halla en la *Ilíada* ni en la *Odisea*, y

no podemos suponer á qué poema pudo referirse. Píndaro, algo después, menciona varias veces á Homero. Le censura por glorificar á Ulises—una referencia á la *Odisea*—pero le perdona á causa de haber referido «rectamente con la vara y la sonda, toda la proeza de Ayax», refiriéndose, según parece, á la liberación del cuerpo de Aquiles, que se describía en dos poemas épicos perdidos, la *Pequeña Ilíada* * y la *Etiópida* *. Nos manda «recordar las palabras de Homero: un buen mensajero trae honor á cualquiera»—palabras que, á la verdad, no dice jamás nuestro Homero, y menciona á los «Homéridas, cantores de bordadas canciones».

Si Esquilo llamó alguna vez á sus piezas dramáticas (1) «migajas de los grandes banquetes de Homero», los banquetes á que hace referencia debieron haber sido mucho más ricos que aquellos á que somos admitidos. Entre sus noventa dramas, apenas si pueden hallarse más de siete que tomen su argumento del Homero actual, incluyendo el *Agamenón* y las *Coéforas* (2), y sería precisa mucha fuerza de voluntad para que pudiese algún crítico describir estos dos últimos como «migajas» de la *Odisea*. Lo que Esquilo quiere indicar por «Homero», era toda la épica como un conjunto. Lo mismo ocurre con Sófocles, á quien se llama «el más Homérico», y del cual dice Ateneo (página 277) que «se regocijaba en el ciclo épico y hacía dramas enteros sacados de él». Esto significa que trató esos mitos épicos que Ateneo conoció únicamente en los «ciclos en prosa» ó manuales compilados por cierto Dionisio, del segundo siglo antes de Cristo, y por Apolodoro, en el primero. Para Jenófanes (VI siglo), Homero y Hesío-

(1) Ateneo, 347, *e*.

(2) Las otras son: la trilogia de *Aquiles (Mirmidones* *, *Nereidas* *, *Frigios* *), *Penélope* * y el *Peso de las almas* *

do significan toda la tradición épica, leyendas y teogonías juntamente, como ocurre á Heródoto, cuando dice (II, 53) que ellos dos «establecieron la religión griega y distribuyeron á los dioses sus títulos, honores y condiciones, así como describieron su forma». Aquí Heródoto usa el lenguaje convencional; pero denota ya un principio de crítica que es contradictorio con sus mismas expresiones. Concibe á Homero como distinto autor de la *Ilíada* y *Odisea*; pero duda que sea suya la *Telegonía* *, y tiene por seguro (II, 117) que la *Cipríada* * no le pertenece, pues contradice á la *Ilíada*. Este es el primer vestigio de la tendencia que prevaleció en lo sucesivo. Tucídides reconoce explícitamente que la *Ilíada*, el *Himno de Apolo* y la *Odisea* son de Homero. Aristóteles no le atribuye más que la *Ilíada*, la *Odisea* y la epopeya humorística *Margites* *. Las citas de Platón no se refieren más que á la *Ilíada* y á la *Odisea*, y estos dos poemas son los únicos que fueron aceptados por el gran erudito alejandrino Aristarco (160 antes de Cristo), como producidos por Homero, y desde entonces han quedado como «homéricos».

¿Cómo fué que ambos poemas fueran originariamente escogidos como constituyendo en tan alto grado á Homero? Y ¿cómo fué que, á pesar de las esenciales desemejanzas que ofrecen, continuaran juntos, manteniéndose como sus auténticas obras, mientras tantos y tantos otros cantos épicos, poco á poco le fueron arrebatados? Es un hecho verdaderamente sorprendente de reflexión, aunque las diferencias y contradicciones que ofrecen habían sido ya señaladas en la época alejandrina por los *Corizontes* ó «separadores» Zenón y Helánico.

LA ILÍADA Y LA ODISEA. — LA RECITACIÓN PANATENAICA

Una tradición que ha sido diferentemente interpretada por varios críticos, viene en nuestro auxilio: la leyenda de la recensión de Pisístrato, tirano de Atenas, á mediados del siglo VI. Los escritores posteriores hablan mucho de esta recensión. «*Vox totius antiquitatis*» es la autoridad que le atribuye Wolf, aunque en términos variados hablan de ella Cicerón, Pausanias, Eliano, Josefo; á ella se refiere, como hecho perfectamente conocido, un reciente epigrama que se cree compuesto para una estatua de «Pisístrato, grande en el Consejo, el que coleccionó á Homero, antes cantado en fragmentos». El relato de Cicerón es que Pisístrato «arregló en el orden actual los libros de Homero, antes confusos». El bizantino Tzetzes (deformación fonética de Caecius) hace cómica la tradición con varias adiciones y errores; su versión más sobria dice «que Pisístrato realizó esta tarea» auxiliado por el trabajo de cuatro famosos sabios: Cóncilo, Onomácrito de Atenas, Zopiro de Heraclea y Orfeo de Crotona. ¡Desgraciadamente el erudito *Cóncilo* también es llamado *Epicóncilo*, y representa, seguramente, «el ciclo épico» (ἐπικὸν κύκλον), mal leído como un nombre propio! Y toda la comisión tiene cierto aspecto fabuloso y concuerda mejor con la época de los Tolomeos que con el siglo VI. Es, además, notable que en los amplios y detallados recuerdos que poseemos sobre los críticos alejandrinos, principalmente Aristarco, no haya la más mínima referencia á Pisístrato como editor.

Acostumbraba á sostenerse que este silencio de los Alejandrinos probaba decisivamente que tal historia no se hallaba en uso en su época. Ha sido, sin embargo, encontrada en una forma menos desarrollada que se remonta al IV siglo antes de Cristo. Era conocido, desde antiguo, que cierto Dieuquidas de Megara, acusaba á Pisístrato de haber interpolado en Homero varios versos en ventaja de Atenas, cargo, que evidentemente, implicaría que el acusado tenía medios especiales de cotejar el texto. Wilamowitz ha sido quien ha demostrado que este Dieuquidas fué un escritor mucho más antiguo que los Alejandrinos y quien ha explanado su punto de vista (1). Es una parte de la general venganza literaria que Megara tomó de Atenas después de la caída de ésta en el siglo IV. «Atenas no ha inventado la comedia; fué Megara. Ni tampoco la tragedia; fué Sicione. Atenas no hizo más que falsificar é interpolar». No está bien aclarado si Dieuquidas aceptó la recensión de Pisístrato, como cosa generalmente creída, ó si la ideó como mera hipótesis. Parece, sin embargo, demostrado que no pudo hallar un texto *no ático* para probar su aserto. Cuando deseó indicar la versión auténtica tuvo que hacer uso de su propia ingenuidad. El fué quien inventó la supuesta forma original del pasaje interpolado en B, 671; y acaso fué él quien imaginó la existencia de una edición espartana de Homero por Licurgo: de un texto ¡no contaminado y honradamente copiado por los buenos Dorios!

De todos modos, la opinión de que Pisístrato interpoló algún tanto á Homero, era corriente antes de la época alejandrina. ¿Por qué Aristarco no la mencio-

(1) *Philologische Untersuchungen*, VII, p. 240.

na? No podemos decirlo claramente. Es posible que tomase este hecho, como admitido por todos, según declara el epigrama. Es cierto, eso sí, que Aristarco, por tal motivo ó por otros, desechó la mayor parte de los versos que los modernos eruditos describen como «interpolaciones atenienses», y el motivo no puede haber sido únicamente interno, puesto que él sostenía la especial opinión de que Homero había sido ateniense. Finalmente, es un hecho curioso que la afirmación de Cicerón sobre la recensión de Pisístrato parece derivar de un partidario de la escuela de Pérgamo, cuyo fundador, Crates, fué casi el único que resistió con éxito y se opuso á la autoridad de Aristarco. Es completamente posible que el último procurase empequeñecer un método de explanación que gozaba de gran favor en la escuela rival.

Dieuquidas, pues, sabe que Pisístrato realizó algo en los poemas que dió ocasión á interpolaciones. Pero la mayor parte de los escritores megarenses, según Plutarco *(Solón*, 10), decían que fué Solón quien realizó las interpolaciones; y una tradición muy extendida atribuye á Solón una ley especial sobre la recitación de «Homero» en las fiestas Panateneas. Esta ley, por otra parte, se atribuye á Hiparco, en el diálogo pseudoplatónico que lleva su nombre—obra no anterior al siglo III. El orador Licurgo lo atribuye simplemente «á nuestros antepasados», y así hay que dejarlo. Cuando una ley se da en alguna ocasión como decretada por Atenas, tiende á ser atribuida á Solón, el gran *nomoteta*. Si Pisístrato é Hiparco se disputan esta ley especial, es, en parte, por los rumores de tráfico ilegal que van adheridos á la leyenda, y, en parte, por ir siempre asociados estos tiranos á las Panateneas.

Pero ¿qué decía esta ley? Parece claro que la recitación de Homero formaba parte de las solemnidades de la fiesta, y es probable que había para ella un certamen. Sabemos, además, que los poemas eran recitados de un modo particular. Pero ¿era ἐξ ὑποβολῆς (por indicación) dada en cada verso? Esto es completamente increíble. ¿O era ἐξ ὑπολήψεως (comenzando el siguiente donde terminaba el anterior)? O, como decide airadamente Diógenes Laercio, ¿dijo acaso la ley ἐξ ὑποβολῆς, queriendo dar á entender ἐξ ὑπολήψεως? (1)

Lo que en primer término resulta, pues, evidente en este asunto, es que existía en Atenas una costumbre que remontaba, á lo más, al siglo V, según la cual los poemas homéricos eran públicamente recitados en un orden prescrito, y que el comienzo de tal costumbre fué atribuido á una decisión pública. Hallamos, además, que en toda la literatura no ateniense hasta Píndaro, «Homero» parece ser imaginado como un autor de mucho mayor número de poemas que los que poseemos—probablemente de todas las epopeyas sobre Troya y Tebas—mientras que en la literatura Atica, desde el siglo V en adelante, es especialmente el autor de la *Ilíada* y de la *Odisea*, siendo considerados los otros poemas como de autor dudoso, primero, y desconocido, después. Si añadimos que es constante, en todos los autores que hablan de esa recitación panatenaica, que «Homero» únicamente diga relación á la *Ilíada* y á la *Odisea*, como cosa corriente, la conclusión inevi-

(1) Cualquiera se hallaría tentado de añadir á esta temprana evidencia lo que dice Heródoto (VII, 6) sobre el destierro de Onomácrito por Hiparco; pero hay que tener presente que aquél fué desterrado por traficar con falsos oráculos, crimen de muy diferente índole que la de interpolar obras literarias.

table es que únicamente estos dos poemas fueron escogidos para la recitación y que fué únicamente esta recitación lo que les dió su eminente y exclusiva posición como el auténtico Homero.

¿Por qué esa preferencia? Algo puede adivinarse, aunque no mucho. Para comenzar, la comparación general entre el estilo de los poemas desechados y el de los dos preferidos, evidencia que estos últimos le tienen mucho más elaborado y *trabajado*. Tienen más unidad y son en grado menor cantos sueltos; tienen también mayor interés dramático y más adornos retóricos. Acaso uno solo puede comparárseles, el primero que se indica en la literatura como «de Homero», la *Tebaida* *; pero la gloria de Tebas, era, de todos los asuntos, el que menos pudiese ser públicamente blasonado por los atenienses; Atenas debía rechazar tal asunto con menos vacilaciones, acaso, que Sicione al rechazar el «Homero» que alababa á Argos (1).

Hemos obtenido ya un punto capital en la historia de estos poemas; quédanos por averiguar su desarrollo, antes y después de él. Comenzando por lo último, nuestra tradicional idea de Homero deriva de los eruditos alejandrinos de los siglos III y II antes de Cristo, Zenodoto de Efeso (nac. 325?), Aristófanes de Bizancio (nac. 257?) y Aristarco de Samotracia (nac. 215); especialmente de este último, la mayor autoridad reconocida por la antigüedad respecto á la primitiva poesía. Nuestra información sobre este autor proviene, en su mayor parte, de un epítome de las obras de cuatro eruditos posteriores: Dídimo, *Sobre la recensión de Aristarco*; Aristónico, *Sobre los signos en la Ilíada y en la Odisea*, es decir, los signos críticos usados por

(1) Heródoto, v, 67.

Aristarco; Herodiano, *Sobre la prosodia y acentuación de la Ilíada*, y Nicanor, *Sobre la puntuación homérica*. Los dos primeros citados son de la época de Augusto; el epítome fué hecho en el siglo III después de Cristo; el manuscrito en que nos ha sido preservado es el famoso *Venetus A* del siglo X que contiene la *Ilíada* pero no la *Odisea*.

Conocemos, pues, bastante sobre el estado de Homero en el siglo II antes de Cristo y puede esperarse, fundadamente, la reconstitución de un texto *según Aristarco*, con pocos errores, texto que contendría aproximadamente la mejor autoridad literaria en el más alto período del criticismo griego. Pero debemos ir mucho más allá, á menos de ser muy indignos partidarios de Aristarco é indiferentes á la causa de la ciencia en literatura. En primer lugar, si esos comentarios derivan de Aristarco, ¿de dónde deriva el texto usual? Con toda evidencia no proviene de aquél, si no del texto usual ó *vulgata* en su tiempo, para corregir el cual dió á luz sus dos ediciones y sobre el cual, ni él ni otro cualquiera posterior, han podido ejercer una influencia realmente decisiva. Él no hizo cambios violentos en dicho texto; al contrario, pocas veces ó nunca lo *enmendó* por simple conjetura, y aunque marcó muchos versos como espúreos, no los suprimió. Las mayores divergencias que hallamos entre la recensión de Aristarco y el texto vulgar no son tan grandes como las que existen entre las ediciones *in quarto* y las *in folio* de Hamlet.

Sin embargo, hay que reconocer que antes de él existieron buen número de ediciones que diferían de la vulgata y entre sí. Él habla de un modo especial de tres clases de tales manuscritos. Unos son individuales, mostrando la recensión ó las notas de poetas,

como Antímaco y Riano, ó de críticos, como Zenodoto; los de las ciudades, provenientes de Marsella, Quios, Argos, Sínope, y en general, de todos los sitios menos de Atenas, la ciudad de la vulgata; y últimamente, los textos que llama «vulgares», «populares» ó más descuidados, entre los cuales, seguramente, tenemos que incluir el «de los muchos versos» (ἡ πολύστιχος).

Las citas de Homero en los escritores prealejandrinos nos permiten apreciar la extensión y los límites de estas variaciones. Nos demuestran también que, aun en Atenas, la vulgata no fué establecida de un modo decisivo antes del año 300 antes de Cristo. Esquines el orador, hombre de gran cultura, no sólo asegura que la frase: φήμη δ'ἐς στρατὸν ἦλθε, se encuentra «varias veces en la *Ilíada*», aunque en el texto actual no se halle una sola, sino que cita pasajes verbales de los cantos Θ y Ψ con versos completamente diferentes. Y los papiros del siglo III nos ofrecen igual testimonio, principalmente el fragmento de Λ de la colección Flinders-Petrie, publicado en 1891 por el profesor Mahaffy y el trozo más largo del mismo libro, publicado por M. Nicole en la *Revue de Philologie* en 1894. El primero de éstos, por ejemplo, contiene el comienzo y el fin de 38 versos del canto Λ entre 502 y 537. Omite uno de nuestros versos, contiene cuatro nuevos y tiene otros dos en distinta forma que los de nuestros textos: gran suma de divergencias para un trozo tan pequeño. Por otra parte, las variaciones parecen meramente verbales, y esto mismo ocurre con todo el restante contenido del papiro. No hay variación alguna, en el fondo, en los textos del siglo IV.

Reflexionando sobre esta demostración, hallamos los dos últimos estados de los poemas homéricos. La relación canónica de los hechos y el orden de los inci-

dentes, fueron fijados por un proceso gradual, cuyo punto cardinal es la institución de la recitación Panatenaica; la elaboración del texto, verso por verso, fué gradualmente estereotipada por procesos continuados de repetición escolar y lectura privada, así como por estudios literarios, cuyo estado culminante fué el detallado criticismo profesional de Zenodoto y sus sucesores en la Biblioteca de Alejandría.

Si volvemos atrás, no es posible que deje de llamarnos la atención el fenómeno de que mientras las citas homéricas de la mayor parte de los escritores de los siglos IV y V, y aun Aristóteles, por ejemplo, difieren considerablemente de nuestro texto, las citas de Platón (1) concuerdan con él, casi siempre, palabra por palabra. No es posible dejar de combinar con esto la conclusión señalada por Grote en otro extremo, de que Demetrio de Falero, al ser encargado por Tolomeo I de la fundación de la Biblioteca de Alejandría, se sirvió de los libros legados por Platón á la Academia (2).

Este análisis nos lleva nuevamente á la recitación panatenaica. Hemos visto que sus consecuencias fueron: establecer que la *Ilíada* y la *Odisea* eran *por excelencia «Homero»*, y fijar en ellas cierto orden de incidentes, y por supuesto, hacer de ellas un público y sagrado patrimonio de Atenas. Procuremos ver aún algo más. ¿Cuándo fué establecida? ¿Fué realmente una ley ó únicamente un proceso gradual del cual la tradición, según su costumbre, hizo un acto individual?

Respecto á la fecha, el establecimiento de tal costumbre seguramente no es anterior á la última perso-

(1) Considerando el *Alcibiades*, II, como espúreo.
(2) Grote: *Plato*, cap. VI.

na á quien se atribuye; esto es, tuvo lugar, no antes, sino probablemente después del gobierno de Hiparco. Además, el hacer de las obras del gran poeta jónico esa parte integral de la más solemne festividad religiosa de Atenas, es un hecho que sólo pudo tener lugar en un período de activa fraternidad con la Jonia. Este movimiento comienza en Atenas con la sublevación de la Jonia; 500 años antes de Cristo, se avergonzaba aún de sus supuestos compatriotas; el mismo Clístenes había abolido los nombres jónicos de sus tribus. El año 499 abre el grande período panjónico de la política ateniense, en el cual Atenas acepta la situación de metrópoli y protectora de la Jonia, absorbe la cultura jónica y obtiene la hegemonía intelectual de la Grecia. Ciencia y letras huyeron de Mileto al terminar el siglo VI antes de Cristo, como huyeron de Constantinopla en el siglo XV, y Atenas fué su natural refugio. Veremos más tarde los grandes hombres y las corrientes que les llevaron en este tiempo de Asia á Atenas. Un hecho típico es la adopción del alfabeto jónico en Atenas para los usos privados y literarios.

El alfabeto primitivo ateniense era arcaico y grosero, sin poseer consonantes dobles, ni apropiada distinción gráfica de las vocales. El jónico era, casi por completo, el que aún hoy se usa. No fué oficialmente adoptado hasta 404—los documentos públicos son aficionados á conservar su arcaica majestad—pero fué usado en los documentos privados durante la guerra contra Persia (1); esto es, se extendió en el tiempo en que Atenas aceptó y aseguró su posición de metrópoli de la Jonia y adoptó la poesía jónica como una parte de sus sagradas posesiones. Una extraña dificultad,

(1) Kirchhoff, *Alphabet*, ed. IV, p. 92.

sin embargo, se nos presenta. Homero en la Jonia, naturalmente, se hallaba escrito en jónico. Nuestra tradición, empero, amasada por las declaraciones explícitas de los alejandrinos y por las conclusiones de la crítica de los textos (1), insiste de un modo taxativo en que los antiguos textos de Homero se hallaban escritos en el viejo alfabeto ático. Si Homero vino á las Panateneas en el mismísimo tiempo que llegaba á Atenas el alfabeto jónico, ¿cómo fué que el pueblo lo reescribió en la peor escritura desde la más adelantada? No es difícil hallar la respuesta, y al propio tiempo la da también á otra cuestión que antes no pudimos resolver. Las copias de Homero fueron escritas en el ático oficial, por ser la recitación en la Panatenea una ceremonia oficial, prescrita por una decisión legal.

Fué, pues, una ley decretada, manifestación del general movimiento de jonificación del primer cuarto del siglo V. ¿Podemos investigar aún más hondamente en qué consistía?

Prescribía cierto orden é indicaba cierta tendencia hacia un texto oficial. Claro es que no podía haber una compulsoria adherencia á las palabras del texto, sino á su contenido. Asimismo parece cierto que el orden así impuesto no fué una arbitraria y caprichosa innovación. Debía ya ser conocido y seguido en Atenas, aunque, por supuesto, pueden haberse usado uno solo ó varios órdenes de recitación en los diferentes centros homéricos de la Jonia, y probablemente no sería rígido y absoluto en parte alguna. De todos modos, resulta evidente que esta ley forma parte de los

(1) Véase la respuesta de Cauer á Wilamowitz, *Grundfragen der Homerkritik*, p. 69 y siguientes.

hechos naturales que últimamente se realizaron, en bien de la poesía épica, fuera de las manos de los rapsodas.

Ya sabemos que la epopeya en Jonia se hallaba en poder de los «Homéridas», ó «rapsodas», y hay motivos para suponer que éstos se hallaban organizados en gremios ó escuelas. De una manera aproximada conocemos cómo el rapsoda realizaba sus funciones. Escogería algún *trozo* de una leyenda, fuere la que fuere, como hacen los bardos en la *Odisea* (1). Se servirían de algunos versos como introducción (según nos cuenta Píndaro, y los himnos ó preludios homéricos nos manifiestan) y probablemente de algunos versos como conclusión. Hallaríase inevitablemente tentado á introducir remiendos brillantes y episodios, para hacer tan atractiva su canción como las de los otros rapsodas. Tendería á diferenciarse de todo texto establecido, y odiaría grandemente la subordinación de las partes al todo.

Nuestros dos poemas se hallan llenos de vestigios de los rapsodas; son desarrollos de las leyendas recitadas, y cuando ofrecen cierta unidad ó consistencia, debe censurarse en alto grado el relato legendario. Por ejemplo, en el libro E, las proezas sobrehumanas de Diómedes dejan en la sombra á Aquiles, y contrarían la trama de la *Ilíada*. Pero esto ¿qué le importaba á un rapsoda, á quien precisaba una buena declamación y se dirigía á un auditorio interesado por Diómedes? La *Dolonia* (K) es imposible donde se halla colocada: no sólo ofrece una noche de desmedida duración, sino que divide en dos asuntos una narración anterior. Sin embargo, sería admirable en una recita-

(1) Θ, 73 y siguientes; 500 y siguientes; α, 326.

ción suelta. Para presentar un caso diferente, hay un pasaje que describe una serena noche «cuando todas las altas cúspides se distinguen, así como los promontorios que se destacan y los valles; y, por encima del firmamento, se abren los infinitos cielos». Esto se halla en H, en donde los fuegos de guerra de los troyanos se comparan á las estrellas; pero también se encuentra en Π, donde la desesperación de los griegos es arrollada como una nube que, al desvanecerse, deja despejado el cielo. Discutan los comentaristas qué sitio es el más auténtico; para nosotros, cualquiera y dondequiera. Versos tan hermosos, una vez oídos, tentarían á todo rapsoda que procuraría intercalarlos dondequiera que se le presentase una buena ocasión. Igual observación puede aplicarse á los multiplicados símiles de B, 455 y siguientes. Seguramente no debieron estar allí para ser recitados juntos: se encuentran seguidos para que el recitante escoja alternativamente los que quiera.

Y aun cuando no haya hueco alguno en la composición, las fórmulas de conexión entre los incidentes: «así peleaban entonces», «así entonces suplicaban»; y la introducción de nuevos asuntos, con frases como: «entonces se levantaba la Aurora de su lecho», y otras semejantes, indican un nuevo rapsoda comenzando su canto á la mitad de un todo épico, dejando fácilmente, como conocidas por el auditorio, las anteriores y posteriores.

Así y todo, el hecho más culminante que nos ofrecen los actuales poemas homéricos, no es el que muestren aún algunos vestigios del procedimiento rapsódico, sino que no los ofrezcan en mucho mayor número. Tal como están, no son utilizables para la rapsodia. Son demasiado largos para ser recitados como un

todo, fuera de alguna grande y única ocasión, como la que especialmente tomaba en cuenta la ley; demasiado perfectos en su ajuste para ser divididos fácilmente en trozos largos. Tampoco es de suponer que la ley de un golpe los redujese á su actual estado. En lo que únicamente insistía, era en que existiera *el relato fiel* en su adecuada serie. Y si se les permitía todo á los rapsodas, debía concedérseles cierta libertad en la elección de los adornos. No insistía en la sujeción á palabras determinadas.

La historia completa del texto en el siglo IV ilustra este arreglo, y es un hecho esencial que, tal como poseemos estos poemas, orgánicos é indivisibles, se hallan adaptados á una lectura pública. No hubo ninguna lectura pública, ni en Atenas ni en Jonia, hasta 470. Anaximandro escribió sus obras científicas para que las aprendiesen de memoria unos pocos y laboriosos discípulos. Jenófanes se dirigía únicamente al oído; sólo cuarenta años más tarde, Heródoto redactó sus relatos en forma de libro, para que por sí mismas los leyeran las personas educadas, y Eurípides comenzó á coleccionar una biblioteca.

Esto nos da alguna idea de cómo vivió y creció la poesía épica de la Jonia antes de ser trasplantada á Atenas. Era recitada, no leída; los incidentes de la *Ilíada* y la *Odisea* se hallaban, en su mayor parte, ordenados en la forma actual, y aproximadamente ambos poemas, sin duda alguna, en sus actuales dimensiones, aunque estemos seguros que la *Ilíada* no tenía el canto K y que la *Odisea* terminaba donde Aristarco terminó la suya, en el verso 296, ψ, omitiendo un canto y medio. Mucho más importante es que la *Ilíada* no debió necesariamente terminar en los funerales de Héctor. Sabemos de una versión que continúa desde el

último verso de la actual: «Así se separaron, terminados los funerales de Héctor;—pero entonces llegó la Amazona, hija de Ares, animosa matadora de hombres», y que habla del amor de Aquiles hacia dicha persona, de la muerte de ésta por aquél, y probablemente también de la bien merecida muerte de Aquiles. Esta última, según juzgaba Goethe, es el término real que exige nuestra *Ilíada*. Cuando, sobrenaturalmente, el corcel Janto y Héctor al morir la profetizan, sentimos que tales palabras han de ser verdaderas, ó pierde toda la leyenda su significación. Y si fué uno de los mejores *hijos de Homero* el que dijo en esta última lucha mortal (no refiriéndose á Cebrión ni á Patroclo, sino al mismo Aquiles) que yacían «bajo la ciega tormenta de polvo, los poderosos miembros poderosamente esparcidos y olvidado el carro de guerra», el mundo entero debe guardar rencor á esos editores excesivamente patrióticos que no pudieron soportar que su epopeya nacional terminase con un triunfo de los troyanos.

Naturalmente, en este Homero jónico no existirían *interpolaciones atenienses,* ningún pasaje como las alabanzas de Mnesteo, la pretensión de Salamina, las menciones de Teseo, Procris, Fedra, Ariadna, ó el suceso de los atenienses en N, bajo el nombre de «los largo tiempo saqueados jonios», obrando como un regimiento de pesada infantería. Sobre todo, el lenguaje, aunque muy lejos de ser puro, era muy diferente del de nuestra vulgata; estaba libre de aticismos.

LA LENGUA ÉPICA

Debemos analizar esta lengua y ver los procesos históricos que implica en su crecimiento.

Una antigua y ridícula división de los dialectos griegos habla de jónico, eólico, dórico y épico. Los tres primeros denotan, ó quieren denotar, diferencias positivas nacionales; el último no es más que un nombre artificial. Pero también es meramente artificial lo que con él se expresa: una lengua que jamás habló ningún jonio, dorio ó eolio; un «habla considerable» rítmica y emocional, instrumento complicado para la expresión de la leyenda heroica. Según ya se ha dicho, es un dialecto modificado á cada paso por el metro épico; sus invariables epítetos, sus fórmulas, sus giros de relación sentenciosa, se convierten por sí mismos en hexámetros. Por artificial que sea bajo este punto de vista, hace la impresión de la Naturaleza hablando por sí misma. Frases tan comunes y fortuitas como los torrentes que «bajan de las cúspides de las montañas»; el «alto viento Oeste que encrespa el vinoso mar»; «las islas orientales donde habita Eolo, hijo de la Aurora, entre sus palacios y sitios de baile y los lugares donde nace el Sol», tales palabras parecen dotadas de vida en la épica griega; fijan la atención no sólo del aspecto y del sonido, sino también de la impresión exacta y emocional de la mañana y del viento y del mar. Las expresiones de los sentimientos humanos son aún más mágicas; la ira: «Aun cuando sus manos fueran de fuego y su espíritu un hierro ardiendo»; ó la resolución en: «Sopór-

talo, corazón mío, pues has tenido ya que soportar cosas más intolerables».

No debe, pues, verse menosprecio alguno hacia el dialecto épico cuando afirmamos que, tal como se encuentra, no es una lengua, sino una mezcla de formas lingüísticas incongruentes, antiguas, primitivas y primerizas.

Ante todo, hay aticismos. Formas como Τυδῆ, ἕως, κκῶντες, sólo han podido introducirse en los poemas en el suelo ático y á duras penas anteriormente al año 500 antes de Jesucristo. A lo menos, los fragmentos de las leyes de Solón, tienen, en conjunto, un aspecto más arcaico. Bajo el punto de vista de la historia, es preciso distinguir, primero, los aticismos transformables: cierto número de versos que comienzan por ἕως no se dejan medir bien hasta que restauramos la forma jónica ἧος. Esto es, son buenos versos jónicos, en los que la forma ática proviene de una equivocación del copista ático. Pero también hay aticismos estables, versos que se miden bien en su forma actual, pero no pueden escandirse si la transformamos en jónica; en un sentido estricto, son versos posteriores; fueron compuestos en el suelo ático después que Atenas tomó posesión de la epopeya.

Además, hay *formas falsas* á cientos, intentos de un arreglo hecho por el recitador ó escriba ateniense entre una forma extraña del jónico y la suya natural ática, cuando la última no convenía al metro. La forma jónica de «viendo» era ὁρέοντες, la ática ὁρῶντες—tres sílabas en vez de cuatro; nuestros textos dan la falsa forma ὁρόωντες, esto es, que han torturado la forma ática, en otra de cuatro sílabas, mediante un quiebro en ω. Igualmente σπείους es un intento para hacer que el ático σπέους llene el sitio del distracto σπέεος, y

εὐχετάασθαι es un alargamiento de εὐχετᾶσθαι. Al entonar había que someterse á la pronunciación, y el escriba estereotipó lo que el recitador cantaba.

El proceso histórico que tales formas exige, pudo tener lugar, únicamente, cuando Atenas no podía dirigirse á parte alguna en su información literaria, cuando ya no había bardos que hablasen en jónico, para corregir á los editores atenienses. Evidentemente, algunos de ellos tan sólo pudieron dejar de ser absurdos cuando la *Koine*, la lengua común literaria, hubo comenzado á borrar los caracteres de los dialectos reales y á derivarlo todo del ático común. Esto es, deben remontarse á lo más á la última parte del siglo IV.

El haber eliminado las formas áticas nos da, sin embargo, gran camino: hay otro elemento *no jónico* en el lenguaje «homérico» que siempre ha sido reconocido, aunque apreciado de diversa suerte, desde la antigüedad, y que parece pertenecer al grupo de dialectos hablados en Tesalia, Lesbos y la costa eólica de Asia, incluyendo la Troada. Formas como Ἀτρείδαο, Μουσάων, κεν por ἄν, πίσυρες por τέσσαρες, intensivos en ἐρι-, adjetivos en -εννος, y gran cantidad de flexiones verbales, está probado que son eólicas, así como algunas palabras especiales como πολυπράμμονος, Θερσίτης, ἄμυδις.

También existe otra colección de antiguas «formas falsas», ni eólicas ni jónicas, únicamente explicables por una mezcla de ambas: κεκληγῶτες no es una forma verdadera; es la eólica original κεκλήγοντες contorneada á las exigencias del metro, á semejanza de la jónica κεκληγότες; ἠπύτα κῆρυξ (el heraldo pregonando), es la forma eólica ἄπυτα imitada, según las exigencias del metro, de la jónica ἠπύτης. Más significativo que todo esto, es lo referente al digama ó vau, sonido de V consonante que

desapareció en el griego jónico y en el ático, tanto en medio, como en principio de palabra (como la pronunciación de *Norwich, Berwick, who* y en el Lancashire con *woman* pronunciada como *ooman)*. Sobrevivió, sin embargo, en las inscripciones dóricas y en algunas de las éolicas, mientras no estuvieron bajo la influencia jónica, es decir, hasta el siglo V ó acaso el IV. En la antigüedad es llamada la «letra eólica». Ahora bien, hay 3.354 sitios, en los poemas, que exigen la restauración de este vau, puesto que, sin ella, los versos no pueden ser bien medidos; y de otra parte, 617 lugares en que debió hallarse en las formas eólicas, pero en los cuales es métricamente inadmisible. A través de la gran masa de los poemas, se ha conservado la costumbre y la tradición de la pronunciación eólica; en una pequeña parte el jónico mismo lo asevera.

Estos hechos han sido objeto de calurosas controversias; pero el único medio de disminuir su importancia, ha sido argüir que no conocemos resto alguno del eólico del siglo VII, y que los eolismos aparentes pueden ser, únicamente, formas del «griego antiguo», pertenecientes al período anterior á la dispersión de los territorios de las ciudades de la costa del Asia agrupadas bajo los nombres de *jónicas* y *eólicas*—hipótesis que, históricamente, presenta gran número de dificultades.

No hay controversia respecto á que el elemento «eólico» es el más antiguo. La filología y la historia lo atestiguan juntamente y debe concederse cierto peso al hecho curioso de que, restablecida la forma eólica de los poemas, produce rimas y asonancias características de las poesías primitivas, en un número demasiado considerable, para que pueda ser resultado de la casuali-

dad (1). Y puede afirmarse, como regla general, que en los casos en que las formas jónicas y las eólicas son indiferentes para el metro, esto es, que el verso puede escandirse con unas y con otras, entonces la forma jónica es obligada; cuando no son indiferentes, en las partes más antiguas de los poemas se presenta la forma eólica y no podría sustituirse la jónica; en las más modernas está la jónica y no podría servir la eólica. Ultimamente, allí donde los dos dialectos indican una misma cosa con palabras completamente diferentes, la palabra eólica tiende á ofrecérsenos en su forma natural; por ej.: λᾶος (pueblo) conserva su α á causa de que la palabra jónica era δῆμος. En todas partes la palabra *templo* se nos ofrece en la forma jónica νηός, pero esto es, únicamente, porque los templos son un desarrollo muy posterior, ya que la adoración más antigua se verificaba en altares al aire libre (2).

Hay algunas excepciones á estas reglas. El Dr. Fick de Gotinga, que ha restaurado todas las partes «más antiguas» de Homero á un supuesto original eólico, dejando lo que no puede transcribir, bien por posterior ó por espúreo, se ha visto él mismo obligado á ser infiel á su método; cuando Fιδέσδαι aparece sin el F, unas veces lo considera como prueba de posterioridad, otras lo altera en ἱκέσθαι. De igual manera una contracción como νικῶντες puede representar una forma eólica νίκαντες de νίκαμι, ó puede ser un evidente aticismo. Si profundizamos más y vemos que al lado de jonismos que no permiten cambio, hay gran número de eolismos que jamás debían haberse conservado, por ninguna razón de métrica, podremos afirmar que la jonización de los

(1) Por ej.: Fρέξομεν ἀθθανάτοισι τοι ὄρρανον εὔρυν ἔχοισι; χόλος δέ μιν ἄγριος ἄγρη (ῥεῖ); y ἀρέπυιαι ἀναρέψαντο.

(2) Cauer, *Grundfragen*, pág. 203.

poemas no es resultado de un acto deliberado de parte de bardo jónico alguno—Fick la atribuye osadamente á Kineto de Quios—sino que proviene de la gradual y semiconsciente modernización y reforma á que está sujeta toda leyenda tradicional épica. El mismo proceso puede trazarse en las varias versiones dialécticas del poema de los *Nibelungos* y de la *Canción de Rolando*. Un buen ejemplo de ello se ofrece en la balada inglesa de *Sir Degrevant*, donde el héroe «Agravain» no sólo ha recibido una D ante su nombre, sino que rima unas veces con «retenaunce» ó «chaunce» y otras con «recreaunt» y «avaunt». Viene de un original anglonormando en el cual el *Sieur d'Agrivauns* formaba su acusativo *d'Agrivaunt* (1).

EL ASUNTO CAPITAL DE HOMERO

Las pruebas del lenguaje serían incompletas si no hiciéramos algunas consideraciones respecto al asunto de los poemas. Por ejemplo: ¿qué nacionalidad era la que naturalmente debía interesarse en el asunto de la *Ilíada?* La escena se halla en la Troada, en el suelo eólico. El héroe es Aquiles, de la eólica Tesalia. El rey jefe es Agamenón, antepasado de los reyes de la eólica Cumas. Los otros héroes son originarios de la Grecia central y septentrional, de Creta y de Licia. Los jónicos se hallan únicamente representados por Nestor, héroe de segunda fila, que no es necesario para el argumento.

---

(1) *Thornton Romances*, Camden Society, 1844, especialmente pág. 289.

Esta demostración lleva al descrédito el origen jónico de la trama principal de la *Ilíada;* pero ¿no debe acaso la misma argumentación, llevada más lejos, producir algo mucho más extraño, esto es, un origen peloponesio? Agamenón es rey de Argos y Micenas; Menelao es rey de Esparta; Diómedes, por cierta pequeña confusión, también de Argos; Nestor de Pilos, en Mesenia. La contestación á esta dificultad arroja una luz muy viva sobre la historia de los poemas: todos estos héroes han sido llevados al Peloponeso desde sus nativos hogares del Norte de Grecia.

En primer lugar, Diómedes no tiene sitio en Argos; aparte la dificultad de encontrarse con Agamenón, no se halla en la genealogía y tiene que heredarlo por su madre. Un concienzudo estudio de los cultos locales muestra que es un etolio idealizado. Es fundador de ciudades en Italia, el constante compañero de Ulises que representa las islas del Noroeste. Es hijo de Tídeo, el que comió la cabeza de su enemigo y el compatriota de Agrios (Salvaje) y de los «hijos de Agrios»—el simple héroe-león de las feroces tribus del Noroeste.

El mismo Agamenón desciende de la meseta de Tesalia. Es rey de Argos; sólo en algunos pasajes más recientes lo es también de Micenas. Aristarco hace ya mucho tiempo indicó que «Argos Pelásgica» quiere decir, en Homero, la llanura de Tesalia. Pero además eso ha de querer indicar también la frase «Argos la criadora de caballos», pues Argos la del Peloponeso, ni aún en los tiempos históricos, tuvo caballería alguna. Y un estudio detenido de la palabra *Argos* demuestra su gradual avance, en los poemas, desde la llanura de Tesalia á la Grecia en general y entonces su segunda localización en el Peloponeso. Agamenón es el rico rey de las llanuras de Tesalia; esto explica por qué, desde

el comienzo, está relacionado con Aquiles, el pobre, pero valeroso jefe de las montañas de la costa; he ahí por qué escoge á Aulis como sitio de reunión de la flota.

Ayax, en la tradición posterior, es el héroe de Salamina; pero en los poemas no tiene, en realidad, patria determinada. Es el héroe del escudo de siete pieles, cuyo padre es «la correa del escudo» (Telamón) y su hijo «el del ancho escudo» (Eurisaques), y si tiene parentesco, hay que buscarlo en la vecindad de su hermano el Locrio, y del hermano de su padre Focos, cuyo nombre recuerda la Fócida; aunque es cierto que algo de sus leyendas parece derivar su nombre de φώκη (foca) y le tratan como un héroe marítimo (1). Si llevamos tan lejos como podemos la concepción general del originario estudio de la leyenda, nos demuestra que los jefes todos eran del Norte de la Grecia. ¿Dónde tuvo lugar el combate?

Aquiles y Agamenón deben ser originales, como también Héctor é Ilión; del propio modo, y más que todos, Alejandro-Paris y Helena. Pero ¿debe Ilión ser la Troya de la comarca de Hisarlik? ¿Es digno de observación que el lugar escénico de los símiles de las partes más antiguas de los poemas es tesalio y no asiático; que Héctor «el sostenedor» no se halla relacionado con las leyendas locales de la Troya histórica,—sus héroes, son Eneas y un cierto Dares (2); que este Eneas, aunque más tarde identificado con un héroe, en Hisarlik, parece ser, en su origen, el héroe de la tribu de los Eneanes del Sud de Tesalia, justamente como Teucro «el que da en el blanco», el arquero, se

(1) Se halla asociado á la idea de morir en la costa del mar, su madre se llamaba Psamatea (arena del mar).

(2) Duncker, *Grecia*, cap. XII.

relaciona, en la tradición posterior, con Ilión y sus habitantes se llaman teucros? Naturalmente, es un mito que, en último término, hay que considerar como tal. La lucha original por Helena fué, sin duda alguna, un combate entre la luz y la obscuridad en el cielo, al igual que los Nibelungos eran hombres nubes y Sigura un dios-sol, antes de que fueran llevados á Worms y Burgundia. Pero parece que el combate por Helena tuvo su primera localización, no en Troya, sino en las fronteras meridionales de aquellos bardos tesalios que la cantaron.

Cuando el Dr. Schliemann realizó sus primeros descubrimientos deslumbradores en Micenas é Hisarlik, creyó que había identificado el cadáver de Agamenón y recobrado aquella copa en que bebió Nestor, con las palomas aún intactas de sus asas. Ahora todos nos reímos de esto; pero queda aún una difícil tarea que dilucidar, y es la de hallar la relación subsistente entre la civilización descripta en los poemas homéricos y los grandes castillos y muros, las tumbas y armaduras y la cerámica que han sido recientemente desenterrados en tan diferentes sitios de la Grecia.

En las nueve superpuestas ciudades de Hisarlik, la sexta, desde el fondo, corresponde íntimamente con la civilización de Micenas, civilización similar, bajo múltiples aspectos, á la que suponen las partes más antiguas de la *Ilíada*. La casa homérica puede ser ilustrada por el castillo de Tirinto; la «cornisa de azul cristal», antes verdadero misterio, se explica por los fragmentos que asemejan á cristal azul hallados en Micenas. Las tumbas exhumadas y las partes más antiguas de Homero concuerdan en presentar dardos de bronce y adornos de hierro; convienen también, sustancialmente, en sus armaduras y en sus obras de

arte, las dagas y escudos incrustados, las cazas de leones y de toros por hombres montados en carros y en la evidente carencia de escritura.

De otra parte, la semejanza sólo ocurre respecto á las capas más antiguas del poema y, acaso, no en toda su plenitud. Micenas enterraba sus muertos; los hombres de la epopeya queman los suyos, práctica, que probablemente, surgió durante las emigraciones por el mar, cuando los emigrantes no tenían terreno seguro en qué depositar á sus amigos; Tirinto usaba, en aquel entonces, instrumentos de piedra para hacer sus dardos de bronce, mientras que lo más antiguo de la epopeya conoce los dardos de hierro, y en general, podemos aceptar el relato de E. Meyer, de que el florecimiento de la epopeya pertenece á una «época intermedia» entre el período de Micenas y la época clásica.

Así, la general evidencia del asunto general concuerda con el de la lengua en mostrar que los más antiguos extractos han sido transformados de eólicos en jónicos; que las partes posteriores fueron originalmente compuestas en la Jonia, donde pasaron como «épicas», esto es, en el mismo dialecto en que entonces aparecía el resto de los poemas, con un matiz insensiblemente más fuerte de jonismo; además, que la traducción fué gradual y que el total desarrollo se verificó durante siglos; y finalmente, que acaso una época completamente decisiva en este desarrollo está constituida por la gran raza de las emigraciones, que se colocan, poco más ó menos, alrededor del año 1000 antes de Cristo. Parece que las emigraciones fueron las que realizaron la legendaria guerra á través del mar, cuando los eolios históricos se encontraron peleando en la Troada contra Hisarlik y se complacieron en identificar á sus propios enemigos con los de sus ante-

pasados; las emigraciones que arrojaron al Peloponeso los héroes del Norte, cuando una corriente griega de los valles del Inaco se encontró en Asia con otra corriente de la Tesalia. La última produjo las leyendas heroicas; la primera dejó la memoria de los castillos gigantescos y el esplendor material de Tirinto y Micenas.

Estas emigraciones ofrecen un fenómeno bastante común en la historia, aunque deje atrás á la imaginación moderna en cuanto á románticos horrores: el vago rumor de combates en el Norte; las sencillas diversiones humanas á orilla de las costas, junto á las agitaciones de sus viejos enemigos; el despertar vigoroso y rudo; la fuga de hombres, mujeres y niños; la construcción de naves á todo prisa; el exponer en aguas desconocidas su vida y su fortuna. Las embarcaciones de aquellos tiempos se hallaban á merced de cualquier borrasca; los campesinos usuales poca habilidad podían poseer en el mar; á miles debían perecer entre las olas. Los que lograban desembarcar en extranjeras costas morían de hambre ó eran degollados. Lo mejor que pudiera ocurrir era que una ciudad amiga recogiese las mujeres y los niños, mientras que los hombres, desesperados, buscaban á través de mares desconocidos y poblados de mónstruos, algún sitio de brillante tierra donde poder descansar sus pies. Aristarco coloca á Homero en la «emigración jónica». Esto debe ser tan verdadero, que las emigraciones, así la eólica como la jónica, desarrollaron á raudales la experiencia interna que se manifestó al convertir las colecciones de baladas ó cantos sueltos en la gran epopeya, creando á «Homero». De este destierro lleno de aventuras surgió la Jonia; y el florecimiento de la Jonia debe haber sido el florecimiento de la epopeya.

CRITERIOS DE ÉPOCA

Para determinar las épocas comparativas de las diferentes partes de los poemas, hemos mencionado ya varios hilos posibles. Las armas de bronce son más primitivas que las de hierro, los altares al aire libre más antiguos que los templos; las armas de cuero, más que las de metal; los combates á pie (testigo el «Aquiles de veloces pies»), más antiguos que los combates en carro, y éstos respecto á la caballería y al empleo de columnas de infantería. El empleo de «Argos» para indicar las llanuras de la Tesalia, es más antiguo que su vago empleo por la Grecia, y esto más que su segunda especialización por el Peloponeso. Pero todos estos hilos hay que seguirlos con gran cautela. No sólo es posible, para un poeta posterior, el emplear una fórmula arcaica—el mismo Sófocles usa χαλκός, para indicar una espada—sino que también los más primitivos y esenciales episodios han sido á menudo reelaborados y reembellecidos en los tiempos más modernos. La muerte de Patroclo, por ejemplo, contiene algo de la obra más antigua de Homero; fué un sujeto favorito de la decadencia, y nuevos bardos siguieron «mejorándolo».

Hallamos «Hélada» y «Acaya» siguiendo un proceso de desarrollo igual al de Argos. Primero denotan el particular distrito de Aquiles en la Ftia, la patria de aquellas tribus que llamaron «Acaya» á su asiento en el Peloponeso y al de Italia «Gran Hélada». Pero al través de la mayor parte de la *Ilíada*, «Aqueos» quiere decir griegos en general, mientras que «Hélada»

es aún un especial distrito. En la *Odisea* hallamos «Hélada» en su ulterior sentido universal, y en B nos encontramos con la idea «Panhelenos». Esta es una parte de la expansión de las ideas geográficas del poeta: primero, todos los personajes habían sido realmente «Aqueos» ó «Argivos»; después, estos viejos nombres continuaron indicando á todos los personajes, aunque el campo actual de los poemas se habían extendido mucho más lejos de sus antiguos límites y se iban aún agrandando. En las últimas partes de la *Odisea*, Sicilia y Cirene son completamente familiares y ofrecen algunas insinuaciones del interior de Rusia, y acaso de los piratas del Norte más remoto (1).

Otro desenvolvimiento gradual se ofrece en las costumbres del casamiento. En lo antiguo, como lo indica Aristóteles, compraban sencillamente los griegos á sus mujeres: una doncella de hermoso aspecto, era avalorada como ἀλφεσίβοια (valiendo una vaca), á causa de su precio, la ἕδνα, que ofrecían por ella sus pretendientes. En los tiempos clásicos, la costumbre fué completamente contraria; en vez de recibir dinero por su hija, el padre debía entregar con ella una dote: en las partes más recientes de los poemas, se usa ἕδνα con el valor de «dote». Entre ambos estadios hay muchos trámites intermedios, y una de las faltas de los pretendientes en la *Odisea* es el rehusar el pago de la ἕδνα.

Otro criterio de época es el empleo de lo sobrenatural. No es únicamente que los poemas, según ha demostrado Rohde (2), contengan vestigios de la religión más primitiva, culto de los antepasados y veneración de los muertos, mezclados con un «espíritu jónico»,

(1) Los Lestrigones, especialmente κ, 82, 86.
(2) *Psyche*, págs. 35 y siguientes.

posterior, atrevido y escéptico, que nada sabe de misterios y emplea á los dioses como un adorno retórico ó acaso como un alivio cómico. Hay también un desarrollo ó degeneración visibles en el uso de medios sobrenaturales. En los estadios primitivos sólo se introduce la divina presencia donde hay un real misterio, donde una explicación sobrenatural es necesaria para las ideas primitivas. Si Ulises entra en la ciudad de los Feacios sin ser visto y pasa adelante, sin contratiempo y sin ser observado, parece como si Atene le hubiese envuelto con una nube; si Aquiles en el punto mismo de sacar la espada contra su rey, siente en sí propio algo que le avisa y reprime, parece que eso es una voz y una mano divinas. Más tarde los dioses se ofrecen como un mero adorno, pelean entre sí, preséntanse en los poemas como personajes comunes. Cuanta mayor es la intervención divina, tanto más moderna es la obra, hasta que observemos los disfraces, positivamente dañosos, de Atene en la *Odisea* y las repulsivas escenas de los dioses peleando en E y en Ψ. No quiere esto decir que pueda suponerse un estado más primitivo de los poemas, en el cual no aparecieran los dioses. Estos no fueron creados en Asia; son «Olímpicos» y tienen los caracteres y los formales epítetos de la primitiva patria de los Aqueos.

El empleo de los dioses individuales tiene también su significación, aunque sea sólo local y no cronológica. Zeus y Hera se tratan con muy poco respeto. Iris es como los «insolentes heraldos» de Euripides. Ares es francamente detestado por su cobarde sed de sangre tracia. Afrodita, que combate, por existir en ella cierto eco de la fenicia Astarot, guerrera verdaderamente formidable, es ridiculizada y avergonzada á causa de su combate. Sólo dos dioses son respe-

tuosamente tratados: Apolo que, aunque aliado de los troyanos, es una figura genuinamente divina; y Posidón que se mueve dentro de un papel amablemente esplendoroso. El motivo de esto no debe buscarse muy lejos: son los dioses reales de los jonios. Los demás son también, por supuesto, dioses; pero son «dioses de otros pueblos» y nuestra comprensión de los mismos depende, en no pequeña parte, de la idea que tengamos de sus adoradores. Atene sigue en honor á los dos dioses jónicos; en la *Odisea* y en K los sobrepuja. Atenas pudo influir mucho en esto, pero no todo lo que quiso: no pudo hacer que la poesía jónica aceptase, en toda su real grandeza, á su diosa característica. Atene, en la epopeya, quedó siendo una mujer guerrera, traidora y vengativa, aunque buena auxiliar. Nunca se le podrá perdonar su última y traidora astucia para con Héctor.

Hay que usar de gran precaución para apreciar la significación de las repeticiones y citas. Por ejemplo, Ulises, disfrazado, comienza profetizando su regreso en τ, 303, con la natural plegaria:

«Zeus, óyeme primero, de los dioses el más alto y grande,
¡Que vuelva al hogar del valiente Ulises, en el que estoy!»

Pero cuando dice lo mismo en ξ, 158, no sólo es imprudente la profecía ya que no ha de servir para hacerse reconocer, sino que tampoco se halla en su hogar y una inhábil añadidura del primer verso delata al imitador: «Zeus, óyeme, el primero de los dioses y tu benévolo designio». El pasaje está en su lugar verdadero en τ, pero fuera de sitio en ξ.

Igualmente lo que se dice en κ, 136, es natural:

«En la isla donde habita
Circe de hermosa cabellera, temible diosa llena de canto.»

Circe era esencialmente «temible» y su «canto» era el encanto mágico; pero en μ, 448, se dice:

«Calipso en la isla
Habita de hermosa cabellera, temible diosa llena de canto.»

Calipso no era de un modo especial «temible» ni «llena de canto», excepto en imitación de Circe; y, sobre todo, el «habitar de hermosa cabellera», unidos así el verbo y el adjetivo, no indica una feliz expresión á la manera homérica, como podría ser el «habitar en seguridad» ó «yacer en tierra».

Del propio modo, la descripción del Tártaro en la *Teogonía,* 720: «Tan lejos debajo de la tierra como está encima el cielo» es natural y original. El homérico: «Tan lejos debajo el infierno como está encima el cielo» (Θ,16), tiene el aspecto de una imitación que exagera el lenguaje que copia.

Sin embargo, como materia de hecho, Calipso *(Celatrix,* la que oculta) es, probablemente, original en la leyenda heroica de la *Odisea,* y Circe un personaje imitado. Había otras leyendas en las cuales Circe tenía una existencia independiente; había vuelto osos y tigres á los Argonautas, antes que sirviese para convertir en cerdos á los compañeros de Ulises. Y la *Teogonía* que aquí está recordada por la *Ilíada* la mayor parte de las veces, imita otras cualesquiera partes de la *Ilíada* y la *Odisea.* El uso de este criterio de las citas puede tener dos explicaciones: primero, que los pasajes en cuestión pueden remontar á un original ahora perdido, algunas veces á un determinado pasaje de una epopeya perdida, otras únicamente á una fórmula disponible; en segundo lugar, las grandes epopeyas tuvieron un proceso tan largo en su crecimiento activo, que todos tuvieron tiempo sobrado para

copiarse unos de otros. Hemos mencionado las frases de la *Odisea* y de Hesíodo sobre la muerte de Patroclo (Π, 380 á 480). Pero el ejemplo más notable de todos, lo ofrece la escena del Hades en ω, seguramente el trozo más moderno de la *Odisea,* que da una relación de la muerte de los pretendientes que no concuerda con la versión actual, sino con un relato anterior que ha suplantado nuestra versión (p. 40).

Además de las imitaciones verbales, tenemos referencias más generales. Los grandes catálogos de Homero, por ejemplo, los de las naves en Β, de los Mirmidones en Π, de mujeres en λ, son indudablemente, casi todos ellos, extractos de fuentes beocias ó «hesiódicas». Además, mucho de δ consiste en relatos, abreviados ó incompletos, sobre los *Nostoi* ó *Regresos* de Agamenón, Ayax el Menor y Menelao. Parece que presuponen referencias á un original más completo y detallado, según toda probabilidad á las series de leyendas llamadas *Nostoi,* que formaban una de las epopeyas desechadas. El relato de δ (242, sig.) sobre Heleno que auxilia á Ulises en Troya, se cita de un modo determinado por Proclo—cierto que es un testimonio sospechoso—como formando parte de la *Pequeña Ilíada* *. Lo que le sigue (271, sig.) hace á Heleno hostil á los griegos y no puede provenir de igual origen. Pero todo parece indicar un compendio. Eso parece también el relato de Belerofonte en Z : «Preto le envió primeramente para que matara á la Quimera: era ésta, pues, un ser divino y no mortal, león en su delantero, serpiente en su parte posterior, y en el centro cabra salvaje arrojando furiosas llamas. Y, sin embargo, él la mató obedeciendo las indicaciones de los dioses.» ¿Qué indicaciones y cómo? ¿Y cuál es el significado de los extraños versos 200 y siguientes: «Pero

cuando él también fué odiado por todos los dioses, entonces, verdaderamente, anduvo errante solo por la llanura del extravío, devorando su corazón, huyendo de las huellas de los hombres»? El poema original, sea el que quiera, nos lo hubiera dicho; su resumen supone conocidos todos sus detalles.

No podemos conceder mayor espacio que una sola referencia á ese criterio de fecha, muy empleado actualmente en la crítica más elevada: el análisis de la leyenda. Sería interesante observar que el muro alrededor de las naves en la *Ilíada* es un episodio posterior; que se construye bajo circunstancias imposibles; que unas veces existe y otras no, y que figura reaparecer misteriosamente después que Apolo lo ha aplanado en el foso; ó que Aquiles habla en Π como si los sucesos de Ι no hubiesen ocurrido; ó que las aventuras de Ulises en κ y η y aun en ς, parecen haber sido construidas originalmente en tercera persona, no en primera, mientras que los supuestos falsos relatos de ξ y τ parecen representar, realmente, versiones más antiguas de la verdadera leyenda de Ulises; ó que los poetas de τ y los siguientes libros parecen no conocer que Atene ha transformado en ν á su héroe en un decrépito anciano, y que ha permanecido tal hasta el fin de σ. Pero en toda esa crítica, el detalle es la vida. Para muestra escogemos un solo punto: la muerte de los pretendientes.

En la actual versión, Ulises comienza con el arco gasta todas sus flechas, deja el arco y se arma de lanza, escudo y casco, objetos que le ha traído, mientras tanto, Telémaco (χ, 98). Pero ¿qué hacían durante este cambio, con sus espadas, aquellos cincuenta hombres desesperados? Casi todos los críticos ven aquí una combinación de un combate más antiguo con el arco

y otro más moderno con la lanza. De igual modo que en esto, ocurre con la escena de lavar los pies en τ. Ulises está hablando con Penélope; hállase ésta acompañada de Euriclea y sus criadas. No se atreve aquél á revelarse de un modo directo, pues sabe que las criadas son falsas. Habla á su mujer con alusiones, dícele que ha visto á Ulises, quien se encuentra en Tesprocia y da por cierto su regreso, ¡antes de que termine el año que ya está expirando! Le gustaría despedir á las criadas; pero, naturalmente, no puede. Piensa en su antigua nodriza Euriclea, y cuando se le ofrece un refrigerio, exige que ella, y no otra, (τ, 343, sig.), le lave los pies. Así lo hace ésta, ¡é inmediatamente (τ, 392) le reconoce por la cicatríz! Ahora bien; en la actual versión, el hombre de inagotables astucias se sobrecoge de sorpresa: amenaza á Euriclea para que se calle, y nada sucede. Lo más importante, después, es que Penélope—que acaba de saber, con plena evidencia, que Ulises vive y que volverá muy pronto—decide, repentinamente, que ya no puede rechazar, por más tiempo, á los pretendientes, baja el arco de su esposo, y dice ¡que se casará, en seguida, con el hombre que pueda atravesar con aquél doce hachas de mano! Ulises lo escucha, ¡y se queda plenamente satisfecho! ¿No debe ser esto porque en el relato original se diese alguna razón para que Penélope trajera el arco y para que Ulises estuviera satisfecho? Esta debió ser la trama verdadera; dejar que le reconociese Euriclea, que despidiera á las criadas y llevara la noticia á Penélope; entonces, marido y mujer arreglarían juntos la prueba del arco. Seguramente que todo esto es sólo una conjetura, pero se halla curiosamente confirmada por el relato de la matanza de los pretendientes que da el espíritu de Anfi-

medonte en ω. Su relato no es el de nuestra *Odisea;* es la antigua muerte del arco, basado en una astucia convenida entre marido y mujer (especialmente 167).

Como con la lucha de la lanza, hay un pasaje en π, 281 á 298, que era condenado por los alejandrinos por contradecir el resto del relato. En él, Ulises arregla con Telémaco que se quiten de la sala del banquete todos los dardos fuera de dos lanzas, dos espadas y dos escudos, para el padre y el hijo. Esto lleva á una matanza con lanzas por Ulises y Telémaco, que se halla ahora incorporado, como una segunda parte, á la muerte de los pretendientes. Otto Seck (1) ha intentado trazar el combate del arco y de la lanza (que fué á su vez nuevamente modificado) á través de todas las partes más interesantes de la *Odisea.*

Es notable que en todo aquello en que podemos comparar los mitos de los poemas actuales con los similares, expresados en cualquiera otra parte de la literatura y en la cerámica del siglo v, los homéricos son á menudo, y acaso generalmente, los más refinados y modernos. En las *Grandes Eeas* *, el matrimonio Alcinoo y Arete eran, sin disfraz alguno, hermano y hermana; la *Odisea* explica, cuidadosamente, que, en realidad, sólo eran primos hermanos. Cuando el náufrago Ulises encuentra á Nausicaa, desgaja una rama de un árbol ¿para qué? Seguramente para indicar que es un suplicante: así le representa también un vaso del siglo v. Pero nuestra *Odisea* hace que use la rama ¡como velo para ocultar su desnudez! Así lo hacen también los vasos del siglo iv. Una versión de la muerte de Héctor, seguida por Sófocles en su *Niptra* *, hace que Aquiles arrastre, vivo aún, á su ene-

(1) *Quellen der Odyssee,* 1837.

migo, atado á las ruedas de su carro. Esta es la versión más bárbara y cruel. Nuestros poemas no pueden suprimir la brutal afrenta, pero le libran de la tortura. ¿Cómo y cuándo se manifestó esta tendencia humanizadora? No podemos decirlo; pero fué deliberadamente preferida y canonizada cuando se prepararon los poemas para la sagrada recitación ateniense.

Este progreso moral es una de las señales del último trabajo que experimentaron los poemas. Nos da los magníficos estudios de Helena y Andrómaca, no como fueron un tiempo, mudos objetos de tráfico y saqueo, sino mujeres dispuestas á tomar sitio en la concepción de Esquilo. Nos ofrece la gentil manifestación caballeresca de los licios Sarpedón y Glauco. Nos da el exquisito carácter del porquero Eumeo; su ardiente generosidad hacia el forastero que le puede decir algo de Ulises, durante todo el tiempo en que conserva su manifiesta incredulidad; su delicada honradez al destinar para él mismo, para su huésped y aun para Telémaco, el puerco más joven é inferior, guardando los mejores, mientras lo permitan los pretendientes, para su dueño (ξ, 3, 80; π, 49); y su emoción al infringir este principio, acompañada de grandes excusas y justificación, cuando le ha convencido el relato por completo: «¡Trae el mejor de los cerdos!» (ξ, 414.) Sobre todo, parece que nos ha proporcionado el amable desenvolvimiento del carácter de Héctor. El poema más antíguo odiaba á Héctor y se deleitaba en denigrarle, aunque, indudablemente, también le temiera, haciéndole más acreedor que ahora, á su nombre de «matador de hombres», cuando no sólo Aquiles, sino también Diómedes, Ayax, Idomeneo y aun Menelao, sucesivamente, han sido hechos mejores contrincantes suyos. Bajo este aspecto, Héctor ha perdido, pero en cambio,

ha ganado no poco bajo otros. La simpatía creciente de los últimos libros lo abona. Los dos juicios morales más explícitos de los poemas están contra Aquiles, por maltratarle (1). Los dioses conservan entero su cadáver y censuran la salvaje enemistad de aquél. Las escenas de Z, la despedida de Andrómaca, el consolar al pequeño Astianax, asustado por la cimera de su padre, la tranquila aceptación de un combate que debe serle fatal y por una causa que debe perderse, todo ello es, en su esencia, hijo de una grande imaginación; pero la obra maestra más absoluta, uno de los más grandes portentos de habilidad en la literatura imaginativa, es la fuga de Héctor en X. Tiene sencillamente miedo, sin disfrazarlo; y, sin embargo, se siente que el que huye es un hombre valiente. El hecho de quedarse solo, fuera de las puertas, es grande; se puede justipreciar por uno mismo. Pero el temor á Aquiles le asalta, al hallarse distante, y va creciendo, poco á poco, como se espera, hasta que no puede vencerse. El hombre debe huir, nadie podrá censurarle; es tan sólo una gota más en la copa de la crueldad divina, que deja que Héctor muera, Troya arda, Astianax sea ejecutado y Andrómaca sea cautiva de los enemigos. Si el antiguo poeta entró en las miras del vencedor y se deleitó en la deshonra de Héctor, otro ha venido después que deshace lo hecho y le da otra forma; que siente el mayor grado de intensidad que tiene siempre la experiencia del conquistado y, en este caso, tanto más noble.

Lo asombroso es que Aquiles no se nos ofrece perjudicado con ello. Queda grande hasta el fin, y nos irritamos, pero no nos enajenamos de él, por las atro-

(1) Ψ, 24; X, 395; y Ψ, 176; Γ, 467.

cidades á que le lleva su enemistad. El último toque de este particular espíritu, es cuando Aquiles recibe á Príamo en su tienda. Cada cual se respeta uno á otro; cada cual vence su resentimiento con estudiada cortesía; pero el nombre de Héctor apenas puede pronunciarse, y sus servidores conservan oculto el rostro del muerto, no fuera que, á su vista, estallase la cólera contenida de Príamo, «y Aquiles le matase y pecase contra los dioses» (Ω, 585). Es la verdadera pasión de la guerra, lo que se ve por ambos lados, y el sufrimiento inconmensurable, por el cual ninguno puede ser censurado. Homero, por ser un «poeta primitivo», es tenido á veces por no sutil y aun superficial. Pero ¿no es una maravilla de imaginación simpática que nos hace sentir con Héctor fugitivo, con el cruel Aquiles, con Helena la adúltera, sin perder, ni un momento siquiera, de vista los ideales de valor, piedad y castidad?

Este poder de entrar vivamente en los sentimientos de las dos partes de un conflicto, es acaso el don más característico del genio griego; es el espíritu en el que hallan su parentesco Homero, Esquilo, Heródoto, Eurípides, Tucídides y el que hace á Atenas capaz de crear el drama.

II

POEMAS HOMÉRICOS MENORES.—HESÍODO. ORFEO

LAS EPOPEYAS DESECHADAS

Cuando entre la masa flotante de poemas épicos recitados, dos fueron aislados, de un modo especial, y organizados en una unidad completa, quedaron, en gran número, otros poemas destituidos de autor, en su origen de igual rango que los dos ensalzados, y ahora desheredados y destituidos. Estos desechados poemas no estaban completamente organizados, formando unidades distintas. Los cantos y grupos de cantos, eran modificados y seleccionados por cada uno de sus recitadores. Es un anacronismo el planear una serie de poemas épicos y separar la *Cipriada* *, la *Ilíada*, la *Etiópida* *, la *pequeña Ilíada* *, la *Destrucción de Ilión* *, *Los Regresos* *, la *Odisea*, la *Telegonía*, como poemas distintos y contínuos compuestos por diferentes autores. La *Cipriada* *, por ejemplo, gran cantidad de «Epos» que desarrolla las acciones de Paris y la diosa Cipria antes de la guerra, es atribuida á Homero, Creófilo, Ciprias, Hegesias y Estasino; la *Destrucción de Ilión* * es reclamada por Homero, Arctino, Lesques y un poeta cuyo nombre se menciona en las distintas formas de Hegias, Agias y Augias, y cuya patria

es Trecena ó Colofón. Varios de estos nombres acaso pertenezcan á rapsodas reales, muchos son invenciones. Ciprias, por ejemplo, debe su existencia á la feliz ocurrencia de que en la frase τὰ Κύπρια ἔπη, la segunda palabra pueda ser un genitivo dórico de un nombre propio Κυπρίας, y con ello pudo resolverse el problema de quién era su autor.

Cuando la poesía oral hubo muerto, acaso en el siglo IV antes de Cristo, los eruditos comenzaron á coleccionar sus restos, siendo sus series, según las palabras de Proclo, «completadas con obras de distintos poetas». Pero esta colección de leyendas originales, jamás fué generalmente leída y cesó pronto de existir. Nuestro conocimiento de los poemas épicos desechados deriva, únicamente, de los manuales de Mitología que coleccionaron los relatos legendarios en ellos contenidos, formando agrupaciones ó «ciclos». Poseemos varias tablas de piedra que ofrecen el relato épico en una serie de cuadros (1). La más conocida de todas es la *Tabula Iliaca*, en el Museo Capitolino, que remonta casi exactamente á nuestra Era y pretende dar «el arreglo de Homero» según las ideas de un tal Teodoro. Una de las tablas habla del «Ciclo Troyano» y del «Ciclo Tebano»; y también se menciona un «Ciclo de la Historia»—de toda la historia, querrá decir,—recopilado por Dionisio de Samos (2) del siglo III ó II antes de Cristo. La frase «ciclo épico» denota, pues, propiamente, un cuerpo ó conjunto de relatos épicos coleccionados en un manual. Por una fácil, aunque torcida interpretación, sirvió, también, para indicar los mismos poemas antiguos que eran únicamente conoci-

(1) Jahn Michaelis: *Bilder-Chroniken*. La *Tabula Iliaca* se halla en los *Denkmäler* de Baumeister.

(2) V. Bethe en *Hermes*, 26.

dos como fuentes de dichos manuales. Ateneo, por ejemplo, comete la singular equivocación de llamar al «Ciclo de la Historia» de Dionisio, un «libro sobre el Ciclo», es decir, que Ateneo tomó la palabra «ciclo» como significativa de los poemas originales (1).

Nuestra principal autoridad ostensible es cierto Proclo, aparentemente bizantino, del cual deriva un sumario del ciclo troyano que se lee en el manuscrito A de Venecia, y en las obras del patriarca Focio. Si lo que se dice fuese cierto, sería de la mayor importancia. Pero, no sólo proviene de una falsa concepción de lo que eran los poemas,—probablemente habían perecido antes de la época de Pausanias, siglos antes, —sino que parece haberse obtenido este resultado por haber tomado, en primer término, el contenido de ellos de algún manual, del cual únicamente podemos decir que siempre concuerda, palabra por palabra, con el de Apolodoro, y luego, por conjetura ó de otro modo cualquiera, haber insertado: «*Aquí principia la Pequeña Iliada de Lesquesde Mitilene*» ó «*Esta es la Etiópida de Arctino de Mileto*». Por las citaciones de los escritores más antiguos se sabe que cada uno de estos poemas contenía un campo mucho mayor del que les concede. Por ejemplo, la *Pequeña Ilíada* * principia, en Proclo, con la disputa entre Ayax y Ulises por las armas de Aquiles, y termina con la entrega del Caballo de Madera. Pero un comienzo mucho más anterior se nos indica por las palabras con que principia el propio poema, que aún se conservan: «Canto Ilión y Dardania, tierra de la caballería, por las cuales los Dánaos, escuderos de Ares, sufrieron mucho»; y una terminación posterior en su asunto está demostrada

(1) Ateneo, 481 *e*; 477 *d*.

por las citas que se hacen del mismo poema, para ilustrar el episodio de la destrucción de Ilión. Es, por ejemplo, el origen de la leyenda de Virgilio respecto al guerrero que quiere matar á Helena, y á quien se lo impide Venus; únicamente que en la *Pequeña Ilíada* la belleza de Helena, sin otro auxilio, es la que paraliza la acción de Menelao. Por regla general, sin embargo, Virgilio, como el texto de Proclo, prefiere la versión más completa proveniente del poema particular de «Arctino de Mileto» sobre el saco ó destrucción de Ilión, mientras que Teodoro deja de lado á ambos épicos y sigue el *Saco* * lírico de Estesícoro.

Además, Proclo hace de la *Etiópida* * y del *Saco* * dos poemas separados por un gran lapso de tiempo. Su *Etiópida* * comienza inmediatamente después de la *Ilíada* y relata las proezas de la amazona Pentesilea y del etiope Memnón y termina con la disputa por las armas de Aquiles; el *Saco* * comienza después de la entrega del Caballo de Madera. La *Etiópida* tiene cinco libros, el *Saco* dos, siete entre todos. Una de las tablas considera, sin embargo, á ambos, como un solo poema de 9.500 versos, lo cual hace suponer, por lo menos, diez libros. De otra parte, Proclo hace un solo poema de los *Regresos* * que han tenido que ser una serie de cantos aislados casi tan elásticos como las mismas *Eeas* * (V. p. 60).

En cuanto á la fecha de estos poemas, debieron ser elaborados, en su forma última, mucho más tarde que nuestro Homero y, aparentemente, más por su argumento histórico que por su valor poético. Citan la *Ilíada*, la *Odisea* y la *Teogonía;* se acoplan algunas veces por su descuido en el uso del digama; á menudo son modernizados y pobres en su lengua. De otra parte, seguramente, las menciones del culto de los antepasados,

de magia, de purificaciones y otras semejantes, no deben servir de evidencia respecto á su posterioridad. Todas esas prácticas pertenecen á una antigüedad remota, y si no se mencionan por «Homero» como muchos otros asuntos, puede provenir de cierta antipatía convencional de raza, clase ó tradición. Y el propio asunto de las epopeyas desechadas, frecuentemente es muy antiguo. Hemos visto ya la relación que existe entre δ y la *Pequeña Ilíada* *. Alejandro aparece en la *Cipríada* * en su primitiva gloria como conquistador de Sidón; hay allí un catálogo de troyanos que no puede haber sido copiado de la escuálida lista de B, y acaso es su fuente; hay también un relato en boca de Nestor que parece el original de parte del actual descenso al Hades de λ. Y en cuanto á citaciones, las palabras: «El propósito de Zeus fué realizado», ciertamente son menos naturales donde se encuentran, al principio de la *Ilíada,* de lo que pudieran serlo en la *Cipríada,* donde se referían al total designio de librar á la tierra del peso de los hombres por medio de la guerra de Troya. Poseemos 125 citas de la *Cipríada* que parecen merecer cierto rango aparte independiente en la tradición general épica.

La *Telegonía*, aunque, en esencia, es una mera secuela de la *Odisea,* al hacer navegar á Telégono, hijo de Ulises y de Circe, en busca de su padre, de un modo exactamente igual al de Telémaco en el poema conservado, está llena también de materia legendaria propia. Ulises se encuentra repetido en su hijo, como Aquiles, como Lanzarote, como Tristán. Los hijos del «Viajero en países lejanos» son el «Guerrero en lejanos países» y el «Nacido en lejanas tierras» y otro tercero, de Calipso, es «Dominador de lejanos países» (Teledamo). El arquero tiene un hijo también arquero y el

hijo viaja á causa de que su padre viajó. El fin de la *Telegonía* ofrece, asimismo, el espíritu de la más sencilla leyenda. Telégono mata, sin conocerle, á su padre, el cual le encarga se case con Penélope y la proteja. Todos los personajes comparecen ante Circe, en la isla encantada. Esta le purifica de la sangre derramada y hace inmortales á Telémaco y á Penélope; finalmente, los dos jóvenes se casan con sus respectivas madrastras, quedándose, según parece, muerto Ulises. Esto no indica una obra posterior ó muy culta. Los hombres de la quinta centuria debieron ver en «Eugamón» (buen casamentero), de Cirene, una figura grotesca; hallábase á gusto entre aquellos inventores de leyendas que hicieron que Hércules entregara su Deyanira á Hilo, y que Edipo recibiera la mujer del rey difunto como una parte de su premio.

Las cuestiones críticas sugeridas por los poemas épicos desechados, son innumerables. Para presentar sólo un ejemplo ¿de qué proviene que la *Pequeña Ilíada* * sea la única, en nuestra tradición, que nos ofrezca, de un modo íntimo, la apariencia de la lengua épica convencional con influjo prepotente eólico? Un verso de sus fragmentos nos ofrece el predominio del α y, probablemente, la afición á las consonantes del eólico νύξ μὲν ἐὴν μέσσα, λαμπρὰ δ'ἐπέτελλε σελάνα. Otros presentan solo de un modo superficial este convencionalismo. Es posible que algunos poemas épicos continuaran siendo cantados en Lesbos en su dialecto nativo hasta la época de la colección, formada por los anticuarios en el siglo IV antes de Jesucristo ó más tarde; y, acaso, si este poema fuera alguna vez desenterrado en alguna tumba egipcia, tendríamos una muestra de la poesía épica suelta y popular, no elaborada aún por el genio jónico. Su estilo, en general, parece ligero y duro, com-

parado con la severa tragedia de los milesios, la *Etiópida* * y el *Saco de Ilión* *.

Entre los otros poemas desechados había algunos que pueden ser llamados el «Ciclo del Mundo». De estos cita Proclo la *Teogonía* * y la *Guerra de los Titanes* *, de la última de las cuales existe un fragmento realmente hermoso. El «ciclo» tebano, que fué tratado por los gramáticos como una introducción al troyano, contenía una *Edipodia* *, una *Tebaida* *, un *Canto de los Epigones* * que trataba de los descendientes de los Siete que destruyeron Tebas. Pasamos por alto la *Expedición de Anfiarao* *, la *Toma de Ecalia* *, la *Focaida* *, la *Danaida* * y muchas obras más.

HIMNOS Ó PRELUDIOS

Era costumbre general, en la poesía épica, que el cantor «comenzara cantando un dios», generalmente Zeus ó las Musas (1). Esto dió origen á cultivar, como forma artística distinta, el «Proemio» ó preludio, muestras de los cuales sobreviven en los llamados «Himnos» homéricos, no teniendo la palabra ὕμνος significación religiosa en el griego primitivo. Los más breves de estos preludios se dirigen, únicamente, á los dioses, mediante la mención de sus nombres, refieren brevemente alguna de sus acciones y terminan con un verso semejante á alguno de estos: «Salud á tí, Señor; y ahora principiaré mi canto» ó «Principiando por tí, entonaré otro canto» (2). Los cinco himnos más largos son, como los cantos de victoria de Píndaro, una demos-

(1) Píndaro: *Nemeas*, 2. Comp. 0, 499.
(2) Véase, especialmente, el 31.

tración del grado á que una forma artística puede elevarse, por su desarrollo fuera de su idea capital, antes que se comprenda como artísticamente imposible. El preludio fué desarrollado como cosa aparte, hasta que cesó de ser un preludio.

La colección que poseemos contiene poemas de diferentes fechas y cualidades, y la tradición de su texto es singularmente confusa. Los primeros 546 versos, por ejemplo, han sido tenidos como un himno á «Apolo». Pero abraza, con toda seguridad, dos himnos: El primero, (1 á 178), de un poeta jónico, sobre el nacimiento del dios jónico en la isla flotante de Delos; el segundo, de un poeta de la Grecia central, sobre la muerte de la gran Serpiente Terrestre y el establecimiento del dios dórico en Delfos. Por lo demás, estas dos divisiones no constituyen poemas completos, sino que son, únicamente, porciones aisladas de otros poemas. Ateneo llama á ese todo «los Himnos de Apolo». La parte jónica de este himno es, probablemente, la obra más antigua de la actual colección. Se atribuye á Homero por Tucídides (III, 104) y Aristófanes (*Aves*, 575) y por Didimo, al rapsoda Cineto de Quios; rapsoda que, en punto á antigüedad, se coloca al mismo nivel que los poetas épicos desechados. El himno á Hermes, nos proporciona, en parte, él mismo su fecha al dotar de siete cuerdas á la lira primitiva, que supone inventada por aquel dios. Debe haber sido escrito cuando la vieja lira de cuatro cuerdas, no sólo se hallaba fuera de uso, sino también fuera del recuerdo. El hermoso fragmento (VII) sobre la captura de Dionisio por unos ladrones, aparece como una obra ática del V ó IV siglo antes de Cristo. El preludio á Pan (XIX) puede ser alejandrino; el de Ares (VIII) hace pensar en el siglo IV después de Cristo.

A pesar de su mal estado de conservación, los Himnos constituyen una deliciosa lectura. El de Afrodita, que no refiere otra cosa más que la visita de esta diosa á Anquises que está apacentando sus vacas en el monte Ida, expresa, acaso de un modo más encantador que en otra parte alguna de la literatura griega, aquella franca alegría de la vida física y la belleza, que se supone, á menudo, haber sido un rasgo característico de la Grecia. El largo himno á Demeter, conservado, únicamente, en un manuscrito descubierto el siglo pasado en Moscow «entre cerdos y gallinas», es acaso el más hermoso de todos. Es interesante como una composición ática ó eleusinia. Alguna de sus partes es, acaso, algo débil y superabundante, pero la mayor parte del poema es digna del magnífico mito en que está fundada. Tómese, por ejemplo, un trozo del comienzo, donde Perséfone «estaba jugando con las hijas de Océano, el de ancho pecho, y cogiendo flores, rosas y azafrán y bonitos pensamientos, en una agradable pradera, y espadañas y jacintos y aquel gran narciso que la Tierra envió para engañar á la doncella de rosada faz, cumpliendo la voluntad divina en beneficio del dios de los innumerables huéspedes. Su flor es admirable, un prodigio para los inmortales dioses y para los hombres mortales; de su raíz crecieron cien cabezas, y la fragancia incensada por él hizo sonreir á todo el ancho cielo y á la amplia tierra y elevar la sal del mar. Y la doncella, en su admiración, tendió sus dos manos para tomar una cosa tan hermosa y jugar con ella. Entonces se abrió el suelo, duramente pisado en la llanura de Nisa, y salieron á la luz los inmortales corceles y el rey descendiente de Cronos, el de múltiples nombres y muchos huéspedes, y la arrebató en su carroza de oro». El

obscuro esplendor de Aidoneo, «el de los muchos esclavos, el de los muchos huéspedes», presenta el más elevado carácter de la leyenda épica.

POEMAS CÓMICOS

De los poemas cómicos que corrieron en la antigüedad como de Homero, el único ejemplar que nos queda es el «Combate entre las Ranas y los Ratones» que es, en realidad, una excelente parodia de las luchas épicas. El comienzo es beocio; el color general del poema ático. Una fábula manifiesta, seguida, de un modo bastante extraño, por A. Ludwich en su extensa edición, lo atribuye á un cierto Pigres, jefe cario que combatió en la guerra contra los persas. La lucha comienza porque un ratón llamado Psicarpax, huyendo de una comadreja, llega á un estanque á apagar su sed. Se le acerca una rana de raza real, Fisignatos, hijo de Peleo (¡el héroe del monte Pelión se ha convertido en «Hombre del cieno» y su hijo en «Carrillos hinchados»!), quien le persuade á que monte en sus espaldas para visitar su reino. Desgraciadamente, una «Hidra» (generalmente una culebra de agua, aquí acaso un animal de la especie de la nutria) asoma su cabeza por encima del agua y la rana instintivamente se sumerge. El ratón pereció, pero no sin ser vengado. Uno de sus parientes le vió junto á la orilla del estanque, y de la venganza de esta sangre originóse una grande guerra, en la cual los ratones llevaron la victoria. Por fin, Atene suplicó á Zeus que evitara la destrucción de las ranas. Primero, probó éste de atemorizar á aquéllos con sus rayos, y luego, con un ejér-

cito de cangrejos en mayor número del que podían resistir los ratones; éstos se declararon en retirada y terminó la guerra.

Existieron también varias obras cómicas de luchas entre animales; se habla de poemas sobre *la lucha de las arañas, de las grullas, de los zorzales*. Algunos estaban escritos en versos yámbicos, y eran, por consiguiente, extraños al estilo homérico. El poema cómico más célebre fué el *Margites* *, así llamado de su héroe, necio hablador (μάργος), talentudo pero incompetente, cuyo carácter se manifiesta en el verso inmortal:

πόλλ' ἠπίστατο ἐργὰ, κακῶς δ' ἠπίστατο πάντα,

«Muchas artes conocía, pero todas las conocía mal»; y también: «no había sido destinado por los dioses para ser cavador ó gañán, ni, en general, para cualquier otra cosa visible; era deficiente en toda clase de ciencias». Los escritores métricos posteriores dicen que el poema estaba escrito en una mezcla de versos heroicos y yámbicos, aserto que nos indica un arreglo métrico posterior de un asunto tradicional. Apenas puede ser verdad en un poema que Aristóteles consideraba como perteneciente á Homero. Margites debe haber sido más divertido que el «Scholasticus» de Hierocles, el héroe del libro de chanzas del cual han sido tomadas la mayor parte del moderno «Joe Millers». Scholasticus era sencillamente un necio, al cual lo único que le recomendaba era cierta modestia.

¿Qué significa el atribuir estos poemas á Homero? Unicamente que provienen de una época en que no se consideraba digno de recordación el nombre del autor; y que, acaso al intentar recitar un grotesco combate épico, mejoraría bastante el éxito de aquella chanza, si se introducía como obra del inmortal Homero.

HESÍODO

Así como la epopeya de la ficción y de la guerra se personificó en «Homero», el bardo de los príncipes, la épica de la enseñanza popular fué personificada en el campesino poeta «Hesíodo». Los poemas hesiódicos, contienen, á la verdad, algunas pretendidas noticias personales, y uno de ellos, la *Erga,* abunda en invectivas contra «Perses», tenido por un amigo extraviado del poeta y, en una sola parte, su hermano. Hemos visto ya que las reminiscencias son ficciones y, presumiblemente, Perses es también una ficción. Si un hombre real hubiese robado traidoramente á Hesíodo su patrimonio, sobornando á los «príncipes devoradores de presentes», seguramente Hesíodo no hubiera quedado en relaciones de intimidad con él. «Perses» es una figura poética que proporciona tribuna adecuada á la epopeya didáctica, y como tal, llena su cometido. Hesíodo necesita alabar la industria y condenar la conducta de los hombres, especialmente la de los jueces: la figura es preciso que sea un perezoso pícaro, ignorante del mundo y aficionado á los pleitos. Hesíodo necesita alabar la justicia: la ficción debe mostrarnos un individuo ligero de cascos y excesivamente aficionado al dinero. No tenemos información alguna de lo que fué Hesíodo, sino únicamente una tradición de lo que se supuso debía haber sido. Nació en Cumas, en Eólida; su padre emigró á Beocia y se estableció en Ascra, encantador y fértil pueblecillo de las vertientes del monte Helicón, que describe el poeta con esas palabras: «malo en invierno, insufrible en verano». Allí

apacentaba rebaños en el Helicón, hasta que un día las Musas le saludaron con estas frases: «rústicos de los agrestes campos, refranes de vergüenza, nada más que vientre. Conocemos cómo se hablan las cosas falsas para hacerlas aparecer verdaderas, pero sabemos también decir la verdad cuando queremos». Esto hizo poeta á Hesíodo. Nada más volvemos á oir de él hasta su muerte, fuera de que atravesó una vez el mar de Aulis á Calcis, para tomar parte en un certamen por los juegos fúnebres de Amfidamas, rey de Eubea, y aunque muchos de sus consejos tratan de asuntos náuticos, sabemos que no le gustaba el mar. Tenía aversión á la Grecia meridional, á causa de un oráculo que le predijo debía morir en Nemea; y así sucedió, en un pequeño santuario, junto á Eneón, en Locris, que, por casualidad, llevaba aquel nombre. Fué asesinado y arrojado al mar por los hermanos de cierta Climene ó Ctimene, con la cual se supuso había tenido un hijo el octogenario poeta; pero los delfines condujeron á tierra su cadáver, y una tumba magnífica, en honor suyo, fué levantada en Eneón. ¡Su hijo fué el gran lírico Estesícoro!

Esto no es ya, siquiera, un puro mito, sino un mito trabajado, á porfía, por los eruditos. Apenas si podemos deducir alguna significación histórica de tales ficciones. La total evidencia de los poemas, hace imaginar que existía en Beocia una poesía popular muy antigua, descendiente directa, en todas sus relaciones, de los viejos cantores eólicos de los Aqueos, de los cuales se había desarrollado «Homero»; y que, en cierta época, había sido enriquecido y vigorizado por la reacción que había ejercido sobre ella el pleno florecimiento de la épica jónica. Esto es, que los poetas jónicos se habían establecido en Beocia y reformado la poesía local.

Si uno de estos poetas se llamó Hesíodo, es para nosotros cuestión de muy poca importancia. No parece un nombre inventado. En último término, la poesía beocia floreció y desarrolló una forma épica especial, basada en el «Homero» jónico, pero con fuertes rasgos locales.

¿Qué quiere decir la muerte de Hesíodo? Sabemos que la poesía hesiódica se extendía por la Locria, lo mismo que por la Beocia; los catálogos de mujeres, son, especialmente, locrios. La fábula de Climene, está inventada, sin duda alguna, para proporcionar un romántico y glorioso antepasado á Estesícoro. ¿Debe el resto de la fábula significar que Locris contaba á Hesíodo como suyo y mostraba su sepultura; mientras que la Beocia decía que era beocio, y explicaba lo de la sepultura al relatar que los locrios le habían asesinado? Respecto á la victoria obtenida en los juegos fúnebres de Amfidamas, es una inserción posterior, y el no dar el nombre de sus rivales sirvió para incluir entre ellos á Homero. La fábula del certamen entre Homero y Hesíodo, y la victoria de éste, según hemos visto (pág. 29), no puede remontarse más allá del siglo V.

De los poemas atribuidos á Hesíodo se conservan tres, pero pueden tenerse por una docena, tan escasa es la unidad que nos presenta cada uno de ellos: La *Teogonía*, *Las Obras y los Días* (Erga) y el *Escudo de Heracles*.

Las Obras y los Días es un poema sobre la «Erga» ó trabajos de agricultura, con un apéndice sobre los *Días* fastos y nefastos del mes, y un tejido intermedio de sentencias morales dirigidas á Perses. Es un poema sencillo, lento, de pocos vuelos; un poco rudo y duro, la expresión de aquellas musas á quienes gusta decir

la verdad. No hay vibración en sus versos; parecen provenir de un hombre fatigado y encorvado por el trabajo diario, de un hombre que ama la vida del campo, pero que le gustaría más si tuviese más abundante alimento y menos trabajo. Hay en él poco sentimiento. Es característica la excesiva amargura de la primera «Gnome»: «¡El alfarero es enemigo del alfarero y el carpintero del carpintero; siempre el mendigo envidia al mendigo y el cantor al cantor!» Así también la inmediata, acerca de los jueces que despojan al pobre: «Locos, no saben cuánto mejor es la mitad que el todo, ni cuán grande alegría hay en la malva y en el asfodelo.» La malva y el asfodelo eran el alimento de los pobres. Las sentencias morales aumentan su intención á la mitad del poema, y presentan la idea del deber de un modo verdadero y bastante amable: «El trabajo pesado no es vergüenza; la vergüenza es la pereza.» «Ayuda á tu vecino y él te ayudará. Un vecino sirve de más que un pariente». «Toma bien la medida y da algo más, aún, si puedes.» «Da voluntariamente; un regalo amablemente ofrecido es un placer.» «¡Dar es una buena muchacha y arrebatar es otra mala, proporcionadora de muerte!» «Es lo mejor casarse; pero ten cuidado de que tus vecinos puedan alegrarse á espensas tuyas. No hay premio mayor que una buena esposa: nada hace horrorizar tanto como una mala; os quema sin fuego y os proporciona una vejez desdichada.» Al fin estas sentencias degeneran en reglas de superstición popular: «¡No poner el jarro junto al cántaro de la mezcla del vino cuando se bebe; esto indica muerte!» «¡No sentarse sobre cosas inmóviles!» Y así por el estilo. La advertencia de que «no paséis un río sin lavaros las manos y los pecados», se acerca al orfismo.

Las partes que se refieren á la agricultura en la

Erga son naturalistas y propias del campo. Pueden considerarse como el núcleo del poema, siendo lo restante inserciones y adiciones. En esta obra hay la leyenda de cómo los dioses habían «ocultado su vida lejos del hombre» hasta que el buen Prometeo robó el fuego y se lo dió. Entonces Zeus, para darle su merecido, creó una imagen de gentil doncella y cada uno de los dioses le hizo presente de un particular encanto. Hermes puso, finalmente, en ella un corazón de perro y la conducta del ladrón. Y los dioses la llamaron Pandora y la presentaron á Epimeteo, quien la aceptó en beneficio de la humanidad. Allí hay la leyenda de las cuatro Edades: á lo menos debieron haber sido cuatro; de oro, de plata, de bronce y de hierro; pero bajo la influencia de Homero, los héroes que combatieron en Troya tenían que ir á alguna parte. Han sido colocados precisamente después de la de bronce y antes que nosotros. Pertenecemos á la de hierro, y por mal que estemos, podemos, verosímilmente, estar peor. Los dioses todos nos han abandonado fuera de Aidos y Némesis (dos amables ideas, de las cuales el sofista Protágoras hizo la base de la ética social y que nosotros, los desdichados, traducimos por *Vergüenza* y *Justa indignación)*. Algún día, así lo cree Hesíodo, también las expulsaremos de nuestro lado y todo se habrá perdido. Dos pasajes, sin embargo, sugieren la posibilidad de un porvenir mejor. Todo irá bien cuando el pueblo se levante, de una vez, y castigue los pecados de los príncipes (175, 260 y sig.) Es interesante comparar la lealtad de los prósperos jonios hacia sus primitivos reyes, según se manifiesta en la epopeya jónica, con el amargo espíritu de insurrección del canto de los campesinos beocios contra la oligarquía de los nobles.

La *Erga* es obra deliciosa en su descripción de las estaciones—asunto que impresionó el sentimiento griego hasta la época de Longo. Así es la del mes Leneo: «Días malos, capaces de descorchar á un buey, cuando el viento Norte baja de la Tracia y la tierra y las plantas se cierran; y cae sobre los bosques y desgaja grandes robles y encinas; y todos los bosques resuenan y tiemblan las fieras y esconden el rabo entre las piernas. Sus cuerpos están recubiertos de apretadas pieles, pero por entre ellas pasa el frío y atraviesa el cuero del toro y el pelo espeso de la cabra; y, sin embargo, no sopla para la gentil niñita que se sienta en la cabaña con su madre». Y así siguiendo.

En cambio, el verano es tan suave, que los críticos exigentes han hecho de él un reproche contra la poética sensibilidad de Hesíodo, que gustaba de sentarse á la sombra de una roca y disfrutar de una partida de placer con leche, vino y abundancia de carne de cabra.

La *Teogonía* es un intento, por supuesto, sin esperanza de llevarlo á plena realización, hecho para referir la serie relacionada de los dioses, su origen y parentesco. Buena parte de ella es más que vieja: es infantil. Nos presenta algunos dioses populares cuyos nombres se encuentran en sanscrito, y que, por tanto, deben ser imaginados como provenientes de la época Indoeuropea, aunque sean demasiado primitivos para presentársenos en la épica heroica: Hestía, Rea, Ortros, Cerbero. Hallamos materiales muy antiguos en la *Teogonía;* pero el lenguaje, la forma presente del poema y acaso la misma idea de sistematizar á los dioses, son comparativamente tardíos. El verso 702 de la *Erga* se halla citado por Semónides (650 antes de C.), pero es imposible fijar la fecha de los poemas.

Hemos visto (pág. 63) que la *Teogonía* se encuentra citada por la *Ilíada,* mientras que, á su vez, cita á menudo algo de la *Ilíada* y la *Odisea,* y se refiere, al final, al asunto de varios de los poemas épicos desechados. El texto se halla en muy mal estado; á menudo es difícil hallar el sentido ó su conexión. A menudo ofrece vestigios que hacen pensar en las notas de los rapsodas, indicando los sitios en que la recitación podría agrandarse. Hay restos de una religión real, no meramente literaria. Eros (v. 120), el Amor, es muy importante á causa de ser especialmente venerado en Tespias, población respetable muy inmediata á Ascra. Hécate tiene un himno (411 á 452) tan severo, que no puede derivar más que de un culto local. Una gran parte del poema, la mutilación de Uranos, el canibalismo de Cronos, cesan, únicamente, de ser repulsivos cuando se estudian como un trozo primitivo de religión de salvajes. Para aquellos antiguos griegos que lo tomaban más en serio, era, como es natural, completamente intolerable. Hay verdadera grandeza en el relato de la Guerra de los Titanes, que sería, sin duda, inteligible, si poseyéramos la *Titanomaquia** homérica. También hay un verdadero sentimiento de las cosas del mar en la lista de las Nereidas (347 y sig.).

La *Teogonía* termina (967 á 1020) con una lista de las diosas que se entregaron en brazos de los mortales y engendraron hijos semejantes á los dioses. En el mismo último verso se encamina el poeta á otro tema: «Ahora, dulces Musas, cantad la raza de las mortales mujeres.» Las Musas, naturalmente, debieron cantarlas, pero el canto se ha perdido. En la antigüedad se menciona con varios nombres: «El catálogo de las mujeres», «Los poemas sobre las mujeres», «Las listas de las mujeres heroicas»; trozos aislados de esta obra se

hallan citados, como: «Las Eeas», «Las listas de las hijas de Leucipo», «las de las hijas de Preto», etc.

¿Por qué se escribían listas de mujeres? Por dos motivos. Dícese que los locrios contaban sus genealogías por la ascendencia femenina; y si esto es una exageración, evidencia de un modo real, dejando aparte á Nosis y compañeras poetisas, la importancia de las mujeres de la Locria. En segundo lugar, la mayor parte de las casas reales de Grecia descendían de un dios. En los días de la religión local, casi monoteísta, esto se arreglaba fácilmente: el rey local descendía del dios local. Pero cuando los límites geográficos fueron ensanchándose, y, en consecuencia, aumentó el número de los dioses conocidos, estas genealogías tuvieron que sistematizarse, y algunas veces corregirse. Ciertos reyes de Tesalia eran descendientes, por ejemplo, de Tiro y del río Enipeo. Esto iba bastante bien mientras no salieron de su propio valle; pero cuando salieron al pleno mundo, hallaron familias descendientes de Posidón, dios del grande mar, acaso de todas las aguas, y no se quedaron satisfechos con descender de un simple río local. En la *Odisea* λ tenemos el segundo tránsito de esta leyenda: ¡el antepasado real era Posidón, sino que visitó á Tiro disfrazado de río! Las antecesoras humanas, comparativamente *estables*, forman la base más segura para catalogar los *variables* antecesores divinos. En la edición alejandrina de los *Catálogos de mujeres**, había cinco libros, los dos últimos de los cuales eran llamados *Eeas**. Este ingenioso título es un plural, algo humorístico, de la expresión ἠ οἵη (ó cual...) que era la forma de transición á una nueva heroína: «O cual aquella que habita en Ftía, con el encanto mismo de las Gracias, junto á las aguas del Peneo, Cirene, la hermosa.» Se conservan 124 fragmentos del *Catálogo**

y 26 de las *Eeas**. Si algunas veces se contradicen entre sí, esto es bastante natural, y no puede sostenerse que los cinco libros alejandrinos contuvieran todas las mujeres que estuviesen catalogadas en las listas hesiódicas. Una vez producida la fórmula: *ó cual*, era tan fácil intercalar una nueva antecesora en la lista, como lo es el inventar un nuevo cuarteto sobre el modelo del Lear de Edward. Además, era, también, fácil el convertir una *Eea** cualquiera en una leyenda particular más extensa, y esto es la génesis del tercer poema hesiódico actual, *El Escudo de Heracles,* cuya antecesora es, como es sabido, la madre del héroe, Alcmena.

El *Escudo* comienza: «O cual Alcmena, cuando huyó de su casa y de su patria y vino á Tebas»; continúa con el nacimiento de Heracles, del cual refiere que mató á Cicno, y entonces relata el modo cómo le mató. Al armarse Heracles, antes de la batalla, hay una larga descripción del escudo.

Existieron también, respecto á Hesiodo, como hemos visto respecto á Homero, varios poemas desechados. El más conocido de todos es el anónimo *Naupactia**, serie de genealogías extensas; pero hay también elementos hesiódicos en varias de las colecciones argivas y corintias atribuidas á «Eumelo». Su principal rival se regocija en el ficticio nombre de Cercops (cara de mono) de Mileto. La *Erga* es la *Ilíada* de Hesíodo, la única obra que le es unánimemente atribuida. La tribu del Helicón mostró á Pausanias, ó á quien le sirvió de autoridad para tal afirmación, unas tabletas de pergamino en que se hallaba la *Erga* sin su introducción, y le dijo que era lo único que pertenecía verdaderamente á Hesíodo (1).

(1) Pausanias, IX, 31, 4.

Las *Bodas de Ceix* *, sobre un príncipe de Traquis que hospedó á Heracles, eran también, probablemente, una *Eea* desarrollada del mismo modo que el *Escudo;* y acaso ocurre lo mismo con el *Egimio* *, que parece que narraba, en dos libros, la batalla de este antecesor de los dorios contra los Lapitas. La *Bajada al Hades* * tenía por protagonista á Teseo. La *Melampodia* * era, probablemente, un relato sobre diversos célebres adivinos. Más interesantes son los escasos restos de los *Consejos de Quirón* * á su alumno Aquiles. El sabio centauro recomendaba sacrificar á los dioses cada vez que se entraba en una casa, y creía que la educación no debe comenzar hasta la edad de siete años.

La *Erga* era también conocida en una forma más extensa: la *Grande Erga* *. Existieron poemas sobre *Astronomía* * y sobre la *Adivinación por las aves* *, sobre un *Viaje alrededor del Mundo* * y sobre los *Dáctilos Ideos* * que se dirigían á Zeus Cretense. Esos nombres no dan, ni siquiera una idea aproximada, de la gran masa de poesía de la escuela beocia que debió existir algún tiempo. Así como toda leyenda heroica tendió á tomar forma en un poema, así también ocurrió con toda sección de arte, de ciencia ó de moral que se relacionaba con el interés nacional ó con las emociones de un poeta.

ORFEO.—REVELACIÓN Y MISTICISMO

Al estudiar la historia social y literaria de Grecia, se nos ofrece un contraste muy característico. La historia social nos presenta á los griegos, según los atenienses pensaban de ellos, «especialmente temerosos

de los dioses,» ó, según los describe San Pablo, «excesivamente supersticiosos». La literatura conservada es completamente secular. Homero y Hesíodo mencionan constantemente á los dioses; pero Homero los trata como elementos novelescos, Hesíodo como hechos dignos de ser catalogados. ¿Dónde está la literatura religiosa, la literatura que trataba á los dioses como tales dioses? Debe haber existido. La nación que tenía una ermita en cada revuelta de las sendas de sus montes, una ceremonia religiosa para cada acto de la vida diaria, genios en cada bosque, en cada río y en cada fuente, y héroes para cada grande acción ó idea sensacional, real ó imaginaria; que sacrificaba la defensa de las Termópilas antes que interrumpir á destiempo una fiesta; cuya ciudad más avanzada en su época, más escéptica, permitía que uno de sus ejércitos quedase paralizado y se perdiera, á causa de un eclipse de luna, y que se trastornó porque fueron mutiladas las partes indecorosas de cierto número de imágenes, en la época consagrada á su adoración, sin intervención de la autoridad, esta nación no está convenientemente representada por una literatura completamente secular. Como plenamente demostrado, hay que creer que los escritos religiosos fueron antiguos y numerosos.

Los himnos védicos nos ofrecen una analogía. Himnos semejantes á ellos deben suponerse, por el hecho de que los títulos de los dioses homéricos: ἑκάεργος Ἀπόλλων, Βοῶπις πότνια Ἥρη, ἑκατηβελέταο ἄνακτος, son, evidentemente, antiguos y formados en vista del metro dactílico. Sabemos que los primitivos oráculos se hallaban expresados en verso. Sabemos, también, que en los templos se conservaban himnos religiosos completamente distintos de los preludios seculares homéricos que se

conservan. Hay, además, una evidencia plena de que los misterios de Eleusis consistían, en gran parte, en el canto de música sagrada.

Los misterios no se mencionan por Homero, pero esto no indica que le sean posteriores; demuestra únicamente que eran demasiado sagrados ó demasiado populares. Los descubrimientos de los antropólogos nos permiten ver en los misterios eleusinios una forma de aquella religión primitiva que apenas se diferenciaría de las prácticas de magia simpática, que han existido en las razas más diversas. Los misterios eran un dogma. El mito de la Madre de las Mieses y su hija, la mies nueva que sale de las profundidades de la tierra y proporciona la riqueza, se representaba en acción. En los tiempos más antiguos de que hemos oído hablar, el drama incluyó un dios del vino, ó acaso una divinidad, en general, de todo árbol, Dióniso. Este es el culto del trigo y de la vegetación: no sólo es antiguo, sino también primitivo.

Hubo otros misterios, órficos y báquicos. La opinión común de la antigüedad, y aun de nuestros días, es que los ritos báquicos de los griegos fueron introducidos del extranjero—la divinidad de la Tracia llevada á la Grecia á pesar de la oposición de ésta. Si fué así, debió ser muy pronto. Pero parece más probable que Dióniso sea más bien un recién llegado que un extranjero: es como el año nuevo, la primavera, la cosecha, la vendimia. En cada año y en cada lugar es un forastero que llega al país y es cumplimentado como un forastero; al fin de su tiempo es despedido, conjurado, destruido ó desterrado. De todos modos, es muy antiguo y de una importancia colosal en la religión real de la Grecia. Religión real es, siempre, toda religión popular. La concepción grandemente compleja de

Diónisо-Baco era un dios general del pueblo, ó más bien, unió en sí mismo un número considerable de concepciones similares que eran adoradas comúnmente por el pueblo en toda la Grecia. Únicamente sabemos de él por las fuentes romanas y alejandrinas, cada vez más escépticas y en las cuales es únicamente el dios del vino. Pero esto es una degeneración ruin. Es un dios del vino; es un dios del árbol; pero, más que todo, es una de las personificaciones del espíritu del éxtasis, impulso que está por encima de la razón, y que exalta, fuera de sí mismo, al hombre y le da poder y bendición y desliga su alma inmortal de las ligaduras del cuerpo. El mismo espíritu, en una forma más tranquila, más sana y más artística, fué el que animó la concepción variadísima de Apolo. Esta religión, sin duda alguna, presentaba las formas más diversas. Los dioses que adoraba variaron en nombre y atributos al variar los centros de iniciación. Pero los aspectos más importantes de la misma parecen hallarse más ó menos reunidos en las revelaciones religiosas de «Orfeo».

La mayor parte de los antiguos poemas religiosos pertenecieron á Orfeo y á su pariente Museo, como los poemas heroicos á Homero y los didácticos á Hesíodo. Pero nada sabemos de los mismos antes del gran renacimiento religioso del siglo VI, asociado al nombre de Onomácrito. Los antiguos cultos, separados de la tribu y de la familia, habían sido embrollados por una comunicación incesante. Aglomerados en la teología homérica perdieron su santidad y apenas pudieron sobrevivir á Hesíodo y á sus catálogos. De ahí derivó, de una parte, el escepticismo incorporado á la filosofía jónica y la explicación del mundo por la ciencia naturalista; de otra parte, una fe más profun-

da y apasionada. Muy bien que Tales lo conservase todo mediante la ciencia; el vulgo no podía entrar en esa vía. Entre los desalientos del siglo VI, el flujo de colonización, las guerras intestinas, la caída de Síbaris y de la semidivina Nínive, hubo que volver la vista desde esta vida á la futura, y poner el corazón en una visión sobrenatural que fuese superior á los accidentes y al alcance de la guerra.

De ahí provino una inmensa ola de emoción religiosa, apenas representada en nuestra tradición, pero inspirando á todo oráculo y todo templo popular, desde la Caria hasta Italia. La expresión capital de este movimiento fué el orfismo; aparece, primero, como una manifestación de una religión personal hacedora de milagros, en relación con el culto de Dióniso. Podemos sentar varias de sus afirmaciones cardinales. Creía en el pecado y en el perdón sacerdotal del mismo; en la inmortalidad y divinidad del alma; en un premio eterno más allá de la tumba para los «puros» y en un eterno castigo para los «impuros»—por supuesto, sólo los iniciados podían ser completamente puros —y en la encarnación y pasión de Dióniso-Zagreo. Zagreo era el hijo de Zeus y la Virgen (Core); era despedazado por los Titanes, que eran á su vez destruidos por el rayo. El cuerpo del hombre se ha hecho con las cenizas de sus cadáveres y su alma con la sangre viva de Zagreo. Este nació nuevamente de Zeus, en la mujer mortal Semele; aunque Dios, vivió como hombre; fué recibido en el cielo y llegó á ser el dios superior y en cierto modo el único. Cada uno de los adoradores de Baco debía desarrollar su divinidad hasta que llegase á ser un «Baco»; es decir, que realizara su potencial divinidad.

Así en la Frigia, cada adorador de Cibebe se con-

vertía en Cibebos; y varios profetas órficos se convirtieron en Orfeo. Las fabulosas orgías Ménadas no aparecen nunca, históricamente, en Grecia. La relación con el vino fué desarrollada más tarde por elección, y, en realidad, era completamente secundaria. Dióniso es el dios que contiene el espíritu de adoración y la alegría inefable; aparece en una comunión íntima con las almas puras en los sitios más agrestes de la naturaleza, en las montañas solitarias y bajo los astros.

Los himnos órficos están llenos de esta alegría, pululan en repeticiones y en grandilocuencia, produciendo intensa emoción. El primer himno (muy posterior, pero típico), dice así: «Llamo á Hécate de los caminos de las vías torcidas, de la obscuridad del cielo y de la tierra y del mar; diosa de la sepultura, vestida de color de azafrán, que hace resurgir de entre los espíritus de los muertos á Persea, amante de la soledad, reina que posee las llaves del mundo... para que esté presente á nuestro puro servicio, con la plenitud de la alegría de su corazón.»

Este himno se remonta al siglo IV después de Cristo, y lo propio ocurre con la mayor parte de los poemas órficos que poseemos. Sólo existen en su forma última cuando ya su religión se hallaba muerta. Pero es un hecho notable que no hay siglo, entre el IV después de Cristo y el VI antes de nuestra era, que no nos ofrezca, en mayor ó menor número, maestros órficos célebres. En el centro de la época clásica, por ejemplo, hay un espíritu órfico manifiesto en Píndaro, Empédocles, Ión de Quios, Cratino el cómico, Pródico el filósofo, y probablemente Eurípides. Platón se queja de «la multitud de libros de Orfeo y Museo», y la emprende contra su doctrina de un litúrgico perdón de

los pecados. Además de esta «multitud»—respecto á Museo, subía por lo menos á once colecciones de poemas y á numerosos oráculos—existieron toda suerte de profetas y purificadores menos notables. Había un patrón llamado «Bacis»—cualquiera suficientemente *puro*, era, aparentemente, capaz de llegar á convertirse en Bacis—cuyos oráculos eran cosa usual en el mercado ateniense. Epiménides, el curandero de Creta que purificó á Atenas después del asesinato de Cilón, era el reputado autor de las obras *Argonáutica* *, *Purificaciones* * y *Oráculos* *. Aunque había estado durmiendo veinte años seguidos en una cueva, tiene más derecho á la realidad que una figura similar, Abaris, que dió la vuelta al mundo con—ó, según piensan algunos, encima de—una flecha de oro que le dió Apolo. Abaris pasaba por prehomérico; pero sus reputados poemas estaban fundados en la epopeya del histórico Aristeas de Proconeso sobre los Arimaspes, que contenía revelaciones alcanzadas, en arrobamientos, entre los Hiperbóreos y los Grifos. Aristeas se apareció en Sicilia al mismo tiempo que moría en Proconeso.

Estos eran familiares, ó vividores del orfismo; el centro principal parece haber sido Onomácrito. Se dedicó á exteriorizar la política religiosa de Pisístrato é Hiparco y á forjar ó editar antiguos poemas órficos. Jamás se le cita como autor original. La tradición le es desfavorable y dice que fué cogido en el acto de falsificar un oráculo de Museo y desterrado con enojo por Hiparco. Sin embargo, hay que admitir que siguió siendo amigo de este príncipe en su destierro (1) y no puede negarse que constituyó una de las más capitales influencias del siglo VI.

(1) Heródoto, VII, 6.

Antes del mismo, no existe, de un modo definido, literatura órfica, pero nos parece hallar vestigios de esta influencia ó acaso del espíritu que la inspiró. El curioso himno á «Hécate, la nacida de sí misma» de la *Teogonía* (411 sig.), no puede ser llamado expresamente órfico, pero se encuentra, por sí mismo, en la religión de los poemas hesiódicos. Las pocas referencias de Dióniso en Homero, tienen aspecto de interpoladas ó no homéricas, y la que habla del pecado y castigo de Licurgo, implica la existencia de un cuento órfico de misiones (1). El castigo eterno de los pecadores de λ, parece órfico; esto es lo que, posiblemente, explica que el héroe no vea á ningún bienaventurado. No podía porque no se hallaba iniciado. Los preludios homéricos á Ares, á Atene y acaso el de Posidón, muestran vestigios de esta tendencia. Entre los épicos primitivos, la *Alcmeónida* * habla, repetidamente, de purificación y contenía una plegaria á «Zagreo, todopoderoso entre los dioses». La épica corintia de Eumelo muestra un estilo parecido. Eumelo era de la familia de los Baquíadas, su *Europia* * trataba de Dióniso y refería los asuntos órficos de Medea y de la Guerra de los Titanes. Varias epopeyas como la *Miniada* * contenían relatos apocalípticos del Hades. Un hecho importante es que las explanaciones místicas y «entusiastas» del mundo no carecieron jamás de apóstoles en Grecia, aunque la corriente dominante de la especulación, como dirigida por Atenas, se manifestó, fuertemente, en una dirección contraria, en la tendencia de pensar de un modo profundo respecto á la significación de las cosas.

(1) Z, 132 sig.

III

LOS DESCENDIENTES DE HOMERO.—HESÍODO Y ORFEO

LA EPOPEYA

El fin de la épica tradicional se ofrece al despertar la idea de propiedad literaria. Un rapsoda, como Cineto, reformaría el Homero que recitaba, sin sentir jamás la necesidad de publicar aquellos poemas como propios. Onomácrito pondría mano en su laboriosa teología de Orfeo, sin sentir su falta ni el sacrificio de su amor propio. Esta comunidad de los bienes literarios duró mucho más en la epopeya que en el canto; pero Homero, Hesíodo y Orfeo tuvieron que hacer sitio en los siglos VI y V, á poetas vivientes que les empujaban.

Generalmente se menciona como primer poeta épico, histórico, á PISANDRO, de Camiro, en Rodas, autor de una *Heracleida* *. La tradición le atribuye la antigüedad más remota, pero, realmente, aparece ser tan solo el «Homero» Rodio. Los mismos fragmentos ofrecen el sello de la sexta centuria, la mención de pecado y la necesidad de purificación. Pisandro no es mencionado en los tiempos clásicos; sin embargo, fué «descubierto» por el movimiento romántico del tercer siglo, como la autoridad literaria más antigua del

Hércules de los doce trabajos, de la piel de león y de la maza (1). Heracles fué también el héroe del profeta y poeta *Panyasis* de Halicarnaso: el nombre es cario, fué tío de Heródoto y encontró la muerte en una rebelión contra Ligdamis, gobernador cario de su ciudad natal. Escribió elegías al propio tiempo que su poema épico. Un crítico alejandrino pone, entre los poetas épicos, á Panyasis inmediatamente después de Homero: generalmente le colocan el cuarto, después de Hesíodo y Antímaco. Se presenta, en Quintiliano, como una mezcla de los dos últimos escritores—en el asunto, más interesante que Hesíodo, en el arreglo, mejor que Antímaco. Sus fragmentos no son homéricos, pero son sentidos y bien escritos. La casualidad nos ha conservado tres trozos, muy semejantes, en el tono, á la elegía simpótica contemporánea. Un interlocutor alaba, con gran talento, la bebida y el bebedor; otro contesta que la primera copa es para las Gracias, para las Horas y para Dióniso, la segunda para Afrodita, la tercera para la Insolencia y la Ruina «y así, hubierais hecho mejor en iros á casa con vuestra mujer legítima». Algunos de los versos se quedan fácilmente en la memoria del lector:

Desnuda Demeter y desnudo el grande Artífice,
Apolo argénteo, y desnudo Posidón,
Para servir todo un año, esclavo mortal del dueño.

QUERILO, de Samos, fué también un amigo de Heródoto, y como él y Esquilo, tomó por asunto de su relato la guerra contra los Persas, y por heroína á Atenas. Se dice que formaba parte de la comitiva del general espartano Lisandro—aparentemente como un

(1) Wilamowitz Mœllendorf: *Heracles*, I, 66 y sig. (2.ª edic.)

bardo doméstico—y más tarde, en la corte de Arquelao de Macedonia. Su poema es la primera epopeya histórica, en el sentido actual de esta palabra; en un fragmento que se conserva se queja de que todos los asuntos legendarios se hallen ya agotados. Querilo el joven, que cantó á Alejandro y que ha pasado á la leyenda, por decirse se le había pagado unos malos versos á filipo de oro cada uno (igual anécdota se refiere de otros), debe haber sido nieto del primero. Si era, realmente, autor del epitafio de Sardanápalo, no era mal escritor, aunque el original en prosa fuese más bello: «Sardanápalo, hijo de Anaquindaraxes, edificó Anquiale y Tarsos en un día. ¡Come, bebe, diviértete!, las demás cosas no valen la pena de esto.»

Un rival de Querilo, el mayor, fué ANTÍMACO, de Colofón, autor de la *Tebaida* *, poeta erudito que afectaba despreciar la popularidad, y, bajo varios aspectos, alejandrino nacido antes de su tiempo. Naturalmente, Alejandría le admiró y le contó, con Empédocles, como maestro del «estilo severo», colocándole, por lo general, en inmediato rango á Homero, aunque Quintiliano, al citar esta aseveración, añade que «cerca» no quiere decir «inmediato». Una vaga tradición anecdótica relaciona á Antímaco con Platón. Este envía á su discípulo Heráclides para coleccionar las obras de Antímaco, ó bien, hallándose en una habitación que habían dejado, poco menos que vacía, los que no podían soportar la lectura de Antímaco, éste dijo: «Platón vale para mí más que mil.» En tiempos posteriores hubo verdaderas luchas literarias respecto á Antímaco; y esta anécdota servía en pro de los amigos de la epopeya erudita, como Apolonio, para glorificar á Antímaco, mientras que Calímaco y Duris la empleaban para fundamentar su afirmación de que Platón

no era buen juez en poesía. Los fragmentos son demasiado cortos para ofrecer interés literario; los más largos, ó son meramente gramaticales, ó se hallan citados por Ateneo en triviales asuntos de copas de vino. El estilo choca á un oído moderno por lo pobre y duro, pero su dureza es estudiada por emplear palabras extrañas. Debió más su fama á la elegía novelesca *Lide* * que á su poema épico.

Finalmente, Pausanias nos dice: «Un individuo, llamado Falisio, reedificó el templo de Asclepios en Naupacta. Tuvo una enfermedad en los ojos, y hallábase casi ciego cuando el dios le envió Anite, la poetisa épica, con unas tabletas selladas.» Falisio recobró la vista; pero nosotros no sabemos otra cosa de ANITE, sino que era natural de Tegea, en Arcadia, y que fué llamada «el Homero femenino» por Antipatro de Tesalónica, que nos ha conservado varios de sus epigramas y que pudo ó no leer su poema épico.

Los descendientes de Hesíodo son más variados y más obscuros. La epopeya genealógica tiene dos series de desarrollo. La forma ordinaria se desarrolló en varias partes de Grecia; se habla de versos Naupactenses, Samios, Focenses; pero unas veces se dan sin nombre de autor y otras se atribuyen á poetas de leyendas locales, equivalentes en cada comarca á Hesíodo: «Carcino», de Naupacta; «Eumelo», de Corinto; «Asio» (1), de Samos. Por otra parte, el tipo de la «Eea» produjo la elegía romántica ó erótica. Esta forma de poesía, en manos de maestros como Mimnermo, Antímaco y Hermesianax, toma la forma de listas de amantes ya muertos, cuyos hijos unas veces se men-

(1) El fragmento silográfico que se le atribuye, debe ser de otro autor y no de un samio.

cionan y otras no. Es la leyenda de la «Eea» considerada desde un punto de vista diferente. Cuando oimos hablar de la «Grande ola azul que se eleva hasta el cielo» y que se encrespan en la cabeza de Tiro y la lleva á su dios del mar, no nos acordamos, en modo alguno, de su real genealogía, sino de la extraña novela de esta leyenda y de los sentimientos que tenían en su corazón Enipeo ó Tiro.

La poesía didáctica de Hesíodo se desarrolló, de una parte, en la epopeya moral ó gnómica de Focílides, los proverbios de los Siete Sabios, las elegías de Solón y de Teognis; pasó también á los yambos de Semónides de Amorgos, Arquíloco, Hiponax (véase pág. 120). De otra parte, dió origen á la poesía científica é instructiva. Atribuyóse al mismo maestro una *Astronomía* * y una *Vuelta alrededor de la Tierra* *; pero tales asuntos de poema épico no pueden, en modo alguno, ser referidos á un autor determinado antes del siglo IV, y no fueron de dominio popular antes de la época de Arato de Soles (*circa* 276 antes de Cristo). El primer poeta astronómico de que se conserva noticia, Cleóstrato de Ténedos, que observaba los astros desde el monte Ida, dícese que perteneció al siglo VI; el primer poema médico, es, acaso, el de cierto Periandro del siglo IV. Los poemas épicos de cocina, de que se habla en Ateneo, fueron más bien parodias que disertaciones. El gran goloso Arquéstrato de Gela, fué contemporáneo de Aristóteles, como también Matrón. En tiempo de la Comedia Media, fué cuando los alimentos y el arte de guisarlos fueron reconocidos como asuntos humorísticos (véase cap. XVIII).

Pero la verdadera corriente de la épica didáctica, desde sus tiempos más antiguos, se hizo religiosa. «Hesiodo» cayó bajo la influencia de «Orfeo». Aun los mis-

mos poemas tradicionales quedaron influidos por esta dirección. Cercops, el supuesto autor real de ciertos poemas hesiódicos, escribió un libro religioso y es llamado «pitagórico»; lo cual ha de querer decir, en esta época antigua y antes de que hubiese nacido Pitágoras, órfico. Eumelo trató de cosas infernales que sólo pudo haber aprendido de Onomácrito. El mismo poema de Aristeas, que puede considerarse como una epopeya geográfica, el precursor de las distintas «Periégesis», debió evidentemente todo el interés á sus milagros y teología.

El movimiento órfico trabajó principalmente entre el vulgo y desapareció del recuerdo literario; sólo podemos apoderarnos de él donde influye en las teorías filosóficas. Las explicaciones de Pitágoras, hombre de inteligencia y de cultura, son las que esparcen por el mundo la tendencia hacia un elevado sacerdocio y una ascética hermandad que se apoya en el misticismo y en la purificación.

La aparición de una epopeya claramente filosófica es debida, de un modo inmediato, á la curiosa rebelión espiritual de JENÓFANES de Colofón, discípulo de Anaximandro, que fué impulsado por la invasión persa de 546 antes de Cristo á ganarse la vida como rapsoda. Pero él conocía por Anaximandro que era falso lo que recitaba: «Homero y Hesíodo atribuyeron á los dioses todas aquellas cosas que son una vergüenza y motivo de reproche para el hombre: el robo y el adulterio y el fraude.» Hizo un dios del Infinito físico de su maestro: «Hay un Dios muy elevado por encima de los hombres y los dioses; todo en él ve, piensa y oye; no tiene partes, no es semejante al hombre en su cuerpo ó en su inteligencia.» «Los hombres han hecho á Dios según su propia imagen; si los bueyes y los leo-

nes pudiesen pintar, harían á los dioses semejantes á los bueyes y á los leones.» Escribió su nueva y «verdadera» poesía, el grandioso poema doctrinal *Sobre la Naturaleza* *, una epopeya sobre la *Fundación histórica de Colofón* *, y dos mil versos elegíacos sobre la *Colonización de Elea* * por él mismo y sus compañeros de destierro. Los setenta años de que habla, como habiendo «agitado de una parte á otra la Hélada con sus pensamientos inquietos», deben haber ofrecido una lucha muy viva hacia la oposición organizada contra él, de la cual tenemos un eco en sus *Sátiras* *. No fué ni un gran filósofo ni un gran poeta; pero el hecho de que predicase, en la misma fortaleza de la tradición épica, el evangelio de la filosofía libre, y dijera, osadamente, aquellas cosas que cada cual pensaba en secreto, hizo de él un gran poder en la vida griega y en su literatura. Casi es el único de quien sabemos hablara, públicamente, criticando la religión, en la antigüedad griega. El escepticismo ó indiferencia de las épocas posteriores iba combinado con una aversión convencional á hablar sobre materias religiosas, en parte, como un ataque á meras sombras, en parte, como demostración de «mal gusto».

El ejemplo de Jenófanes llevó á su gran discípulo filósofo á poner en verso sus especulaciones abstractas. El poema de Parménides, *Sobre la Naturaleza* *, constaba de dos libros: el primero sobre el Camino de la Verdad, el segundo sobre el Camino de la Falsedad. Hay en él mucha imaginación mitológica, y el viaje del poeta hasta las hijas del Sol, que le conducen, á través de las puertas de piedra de la Noche y del Día, hasta el santuario de la Sabiduría, produce verdaderamente gran impresión por su estilo. Pero todo hubiera estado mucho mejor en prosa.

EMPÉDOCLES, de Agrigento, en cambio, es un verdadero poeta, acaso tan grande como su admirador Lucrecio, que trabajó sobre excelente material. Fué un importante ciudadano, campeón de la libertad contra los tiranos Terón y Trasideo. Su historia, como la de sus espíritus afines, Pitágoras y Apolonio de Tiana, ha sido recargada por la afición á los milagros. Detuvo los vientos etesios; secó un enorme pantano; resucitó á una muerta; profetizó la hora en que los dioses debían citarle y pasó adelante sin morirse. Los enemigos dijeron que, por vanidad excesiva, se había arrojado al cráter del monte Etna á fin de desaparecer, sin dejar vestigio alguno, y pasar por inmortal. «¿Cómo se supo pues?» «Llevaba unos zapatos de bronce y el volcán arrojó fuera uno de ellos.» Una tradición más verosímil dice que murió en el Peloponeso mientras se hallaba desterrado. Su personalidad influyó profundamente en el pensamiento griego y árabe, y en ambas lenguas varias obras se han transmitido con su nombre. Hablaremos más tarde de su sistema: la taumaturgia es la vida real de su poesía. He ahí las palabras de un inmortal desterrado, manchado por el pecado:

«Existe una palabra del Hado, antiguo decreto de los dioses, sempiterna, sellada con anchos juramentos: cuando un sér mancha su mano con pecado de corazón ó jura un juramento de engaño, ciertamente, aunque sea un espíritu, cuya vida debe durar siempre, durante tres veces diez mil años anda errante lejos del Bienaventurado, transformándose al paso de sus edades, á través de todas las formas de las cosas mortales, pasando de una á otra por entre las fatigosas manifestaciones de la vida. El poder del Eter le arroja al Mar, el Mar le vomita nuevamente hacia el

suelo de la Tierra, y la Tierra le empuja hacia los fuegos de Helios, el incansable, y éste á los torbellinos del Eter. Es recibido por uno después de otro y aborrecido por todos.»

Empédocles se acordaba de sus vidas anteriores: «He sido joven y doncella y arbusto y pájaro y brillante pez del mar.» Odiaba la matanza de animales para alimento: «¿No cesaréis nunca del horror de derramar sangre?» «¿No veis que devoráis á vuestros hermanos y vuestros corazones no se inquietan por ello?» Pero el comer habas era también malo: «Desdichado, tres veces desdichado, aparta tus manos de las habas. Es lo mismo comer habas que si comieras la cabeza de tus padres.» No se trata aquí de que sea un alimento excesivamente estimulante: las habas se hallaban bajo un ἅγος religioso ó *tabú*, y eran, por tanto, impuras.

ELEGÍA Y YAMBO.

El uso de la palabra «Lírica» para indicar toda la poesía que no es épica ni dramática, es de origen moderno é inapropiado. La palabra implica que la poesía iba acompañada en su canto por la lira, ó, en una extensión mayor de su sentido, por algún acompañamiento. Pero la epopeya misma, originariamente, era cantada. «Homero» tenía en la mano una lira y Hesíodo una lira ó una rama; y, de otra parte, la elegía y el yambo «líricos» perdieron pronto su música. Toda la poesía griega toma su origen de alguna forma de canto, de palabras combinadas con la música; y las diferentes clases de poesía dejaron caer gradualmen-

te su música á medida que exigían mayor atención y claridad del pensamiento, ó bien caían más bajo su dominio así que tendían á la expresión de un sentimiento vago. Raras veces podemos decir, de un modo seguro, si una colección de palabras dadas habían sido imaginadas para ser habladas ó cantadas. Las elegías de Teognis parecen haber sido cantadas en los banquetes, con acompañamiento de flauta; Platón, al hablar de Solón, usa algunas veces la palabra «canta» y otras «recita». Las dos principales señales de canto, contra la recitación, son lo que llamamos la estrofa ó estancia y la pausa determinada de la voz en una sílaba. El pentámetro, por ejemplo, que se forma del hexámetro, contando una sílaba larga por dos al final de cada medio verso, es más «lírico» que el hexámetro natural; y la elegía, con sus dísticos de hexámetros y y pentámetros, más lírica que la epopeya, formada uniformemente con hexámetros. El yámbico sincopado forma uno de los más grandes metros corales de Esquilo, mientras que el yámbico trímetro usual es la forma de poesía más cercana de la prosa.

Se habla de tonos tradicionales, en Grecia, únicamente con motivo de sucesos inconexos y no científicos. Los «escolios», ó cantos de banquete, tenían un tono tradicional encantador, del cual no se menciona autor alguno. Varios tonos de flauta, como «el de varias cabezas», «el carro», son atribuidos á cierto Olimpo, frigio, hijo del sátiro Marsias, cuya existencia histórica no puede asegurarse, por llamarle «Olimpo el joven». Los tonos de la lira remontan mucho más allá, hasta Terpandro de Antisa, en Lesbos. Dos noticias referentes al mismo, tienen cierto valor sugestivo. Cuando Orfeo fué desgarrado por las mujeres tracias —como debía serlo una encarnación báquica—su ca-

beza y su lira flotaron sobre el mar hasta la isla de Terpandro; éste es, de este modo, el que desarrolla la música de cuerda eólica ó griega primitiva. Pero también se dice que había aprendido con el cretense Crisotemis; Creta era una de las colonias de los primeros dorios. Así, Terpandro es una conjunción entre la primitiva música de cuerda y la de los invasores dorios. Todo lo que sabemos de él, incluso su nombre «Deleitador de hombres», ofrece el sello del mito. Dotó la lira de siete cuerdas en vez de cuatro. Se mencionan siete tonos como invención suya; uno de ellos, particularmente, llamado el «Nomo de Terpandro», se halla caracterizado por siete divisiones en vez de las tres naturales: comienzo, medio y fin. Ganó cuatro premios musicales en Delfos —¡en un tiempo anterior á la existencia de esos concursos! Es el primer vencedor musical de las fiestas Carneas en Esparta. Todos esos concursos existieron, primeramente, sin recuerdos fijos, y su primer vencedor es generalmente mítico.

La conclusión es que, del mismo modo que en la leyenda heroica, existió el canto en la mayor parte de las comarcas griegas, en una época anterior á nuestros más antiguos recuerdos. El estilo local variaba y la música, generalmente, era clasificada según una base geográfica: «el estilo frigio», «el jónico», «el dórico», «el hipodórico», «el hiperfrigio», «el lesbio», etc. La división es fatigosa para nosotros porque es muy indeterminada, y porque exige un conocimiento concreto de cada uno de los estilos que en ella se basan. Los discípulos de Sócrates que vieron todos los fenómenos con ojos de moralista, insistieron mucho sobre el valor ético de cada una de estas divisiones: el dórico tiene dignidad y valor, el frigio es salvaje y excitante, el lidio afeminado, el eólico expresa turbulenta caballe-

rosidad. Esto parece algo arbitrario; y es interesante averiguar que mientras Platón hace al estilo jónico «afeminado y esponjoso», su discípulo Heráclides dice de él que era «austero y orgulloso». La tradición socrática halla una significación moral en la diferencia entre los instrumentos de cuerda y los de viento. La cítara permitía permanecer dueño de sí mismo, hombre libre y pensante; la flauta, el caramillo ó el clarinete, así como cualquier otro instrumento que corresponda á las distintas especies del «aulos», pone á cualquiera fuera de sí, obscurece la razón y es muy apropiado para los bárbaros. En realidad, el «aulos» fué el instrumento favorito de Esparta, Beocia y Delfos. Demasiado estimulante para el sensible ateniense, convenía, hermosamente, al paladar dorio; acaso sería insípido para nosotros.

Los estilos locales de música tuvieron, generalmente, una correspondencia con los estilos del metro. Los de Lesbos y Teos, por ejemplo, permanecieron sencillos; su música hace pensar en un oído no muy bien educado aún. Los himnos jónicos usuales sólo debían oirse una vez para hacer comprender que se hallaban llenos de encantos, los dóricos son algo más difíciles, mientras que muchos de los eólicos son completamente ininteligibles excepto á los aficionados más decididos. Las reglas determinadas, el acompañamiento de un movimiento rítmico y constante, aunque subordinado á la música, permitieron á los griegos producir efectos métricos que apenas podrían soñar, de un modo aproximado, los más atrevidos y melodiosos poetas modernos. Acaso no hay sección de la cultura antigua que se halle tan distanciada de nosotros como el poema lírico más elevado. Hemos desarrollado separadamente la música y hemos sobrepujado grandemente á

los griegos en este aislado gran dominio; ¡pero á costa de qué gigantesco sacrificio!

El origen de la palabra elegia es obscuro. Debe haber sido originariamente un metro de tristeza, acompañado por el aulos al ser cantado. Pero le encontramos primeramente en el canto de guerra, y, con el tiempo, vino á ser el verso especial para el amor.

El elegíaco más antiguo conocido, CALINO, viene de Éfeso y escribe en un dialecto semejante al que se usa en los trozos jónicos de Homero. Sus guerras fueron, en parte, contra los invasores Cimerios (sobre el 650 antes de Cristo), y, en parte, contra la ciudad de Magnesia. Fué, relativamente, contemporáneo del gran Arquíloco (pág. 118); pero Calino habla de Magnesia como combatiendo aún, mientras que Arquíloco la menciona ya caída. TIRTEO, de Afidna, escribió cantos elegíacos de guerra para los espartanos, en la segunda guerra mesenia (685 á 668 antes de Cristo), y habla como un noble dorio, como un espartano. Pero había una población llamada Afidna, lo mismo en el Atica que en la Laconia; y la mala intención ateniense convirtió una antigua chanza en la anécdota de que Esparta, duramente oprimida por la guerra, había enviado á pedir un general á Atenas, la cual les había mandado un maestro de escuela cojo que había sabido excitar á aquellos idiotas y los había conducido á la victoria. Con igual espíritu, los samios contaban que habían prestado á los habitantes de Priena una profetisa para que les ayudase contra los carios. ¡Que una vieja samia pudiera enseñar á pelear á los de Priena! Tirteo en la tradición posterior se convirtió en un personaje semicómico, por ejemplo, en la epopeya mesenia de Riano (siglo III antes de Cristo); pero su nombre dórico, el hecho de que sus cantos fueran

cantados lo mismo en Creta que en el Peloponeso, y los honores tradicionales que en las fiestas lacedemonias se le concedían, nos indican que era una personificación de la elegíaca dórica guerrera y que todos los cantos de guerra dóricos, sin autor conocido, vinieron á ser propiedad suya; por ejemplo, los versos, en cierto modo poco arcaicos, citados por el orador Licurgo. Los poemas estarían escritos, naturalmente, primero en dórico, pero los fragmentos que poseemos han sido elaborados con traje jónico (1) y modernizados. La colección que incluye algunos cantos anapésticos de marcha proviene de Alejandría y tiene el título especial de *Eunomía* (buena constitución).

El más grande poeta de entre los elegíacos es MIMNERMO, de Colofón. Es principalmente celebrado por su *Nanno,* poema largo ó colección de poemas sobre el amor ó sobre los antiguos amantes, llamado con el nombre de la suya, que, como él mismo, era flautista. Pero sus fragmentos de guerra son más ricos que los de Tirteo ó Calino, y, aparte del amor y de la guerra, es un poeta de gran belleza romántica. Por ejemplo, el fragmento:

«Seguramente el Sol trabaja todos los días;
No descansan jamás el dios ó sus corceles,
Hasta que Eos, cuyas manos son rosados rayos,
Abandona el Océano y pisa el camino elevado de los cielos;
Por la noche, á través del mar, admirable lecho
Cóncavo como una concha, golpeado por mano de Héfesto,
De alas de oro y esplendoroso, lleva su cabeza
Medio despierta, sobre las olas, desde la roja arena de la [víspera
A la costa Etiope, donde se hallan los corceles y el carro,
Vehementes y vigorosos, esperando la estrella de la ma- [ñana.»

(1) Compárese la mezcla ἁ φιλοχρηματίη Σπάρταν ὀλεῖ.

La influencia de Mimnermo se aumentó con el tiempo, y el plan de su *Nanno* * quedó como ejemplar idea del plan elegíaco de Alejandría y de sus imitadores romanos. En todo cuanto escribe, hay música y carácter, y cuando es preciso, fuerza, como en el relato de la toma de Esmirna.

La penumbra de todos estos poetas no áticos se desvanece así que alcanzamos la plena corriente de la tradición ática en SOLÓN, hijo de Execéstides (639 á 559 antes de Cristo.) La tradición es aún fabulosa más bien que histórica, pero hela aquí: sus viajes, su pretendida locura, sus relaciones con el tirano Pisístrato. Los viajes fueron probablemente viajes meramente mercantiles, pero que constituían una base favorable para la concepción, tan querida por los griegos, del viajero sabio. En desacuerdo con la cronología, se habla de que visitó al más rico de los reyes, Creso, quien, mostrándole toda su gloria, le preguntó después quién era el hombre más feliz del mundo. Solón nombróle varios obscuros personajes que habían cumplido con su deber, fueron amados por sus conciudadanos y murieron felizmente. Estas palabras parecen sin valor en aquella ocasión, pero más tarde realizaron su debido efecto sobre Creso, cuando Ciro se hallaba á punto de hacerle perecer en las llamas y sobre Ciro, cuando oyó esta leyenda y desistió de su cruel orgullo.

Solón era un guerrero y un político que había escrito poesías amorosas en su juventud y que, después, dirigió su habilidad poética á objetos más prácticos, haciendo circular poemas políticos, del mismo modo que, dos siglos más tarde, sus sucesores hicieron circular discursos y libelos. No está dilucidado hasta qué punto esta costumbre se tomó de las grandes ciudades de la Jonia ó si caracteriza el instinto especial de

Atenas para la política. Poseemos considerable número de fragmentos elegíacos, yámbicos y trocaicos, que tienen un inmenso interés como documentos históricos, pero, como poesías, ofrecen la dureza y pesadez del hombre práctico. Los trozos más interesantes son sobre la guerra contra Megara por la posesión de Salamina, y sobre la «Sisactia» (sacudimiento de deudas) como fué llamada la gran revolución legislativa de Solón. Como hombre de estado reformador, Solón tuvo que luchar con las extraordinarias dificultades de la época; vivió lo bastante para ver caer la constitución que él había ideado y el entronizamiento de Pisístrato; pero algo de su carácter le hizo conservar vivo en la memoria de Atenas como el tipo del legislador grande y bueno que pudo haberse convertido en «tirano» y, por honradez, no quiso serlo.

Teognis de Megara, el mejor conservado de todos los elegíacos, debe su inmortalidad á sus máximas, breves declaraciones de filosofía práctica, á las cuales llamaban los griegos «Gnome» y los romanos *Sententiae*. Algunas son meramente morales:

«Lo más hermoso es la justicia y lo mejor la salud,
y lo más dulce ganar los afectos de un corazón.»

Algunas tienen cierta amargura:

«Pocos pueden chasquear á sus odiadores ¡oh Cirno mío!
¡Sólo el amor verdadero es fácilmente traicionable!»

Varios muestran al desterrado deseoso de su desquite:

«Bebe mientras ellos beben, y, aunque tu corazón esté afli-
[gido,
No dejes á ningún viviente contar sus heridas:
¡Hay un día para la resignación, y otro día
Para las acciones y la alegría, para todos los hombres y
[para ti!»

La doctrina de Teognis no es, seguramente, alimento apropiado para los niños. Es un noble dorio y hombre de partido del tipo más acerbo, en un estado famoso por sus facciones. Bebe fácilmente, habla del pueblo, llamándole «el vil» ó «mis enemigos;» una vez suplica á Zeus «le dé á beber su negra sangre». Eso era cuando el Demos había muerto á todos sus amigos y le había obligado á desterrarse y á mendigar y el hombre soberbio tenía que escribir poemas para aquellos que le alimentaban. Se habla de una elegía que había escrito para algunos siracusanos muertos en la guerra. Los fragmentos que poseemos son exacerbaciones completamente personales de sus sentimientos ó consejos dirigidos, principalmente, á su doncel Cirno. Sus relaciones con éste son características del guerrero dorio. Le escoge siendo muchacho, igual á él por su nobleza, para pelear á su lado y para el cual es «como un padre» (v. 1049). Le enseña todos los deberes del caballero dorio: pelear, sufrir en silencio, escoger un amigo y adherirse á él, huir de la falsedad, y evitar la asociación con «hombres viles». Se compromete á sacar á salvo al muchacho ó perecer con él en la batalla, y será desgraciado si el muchacho no se forma como un digno y noble dorio. En lo restante de las relaciones con su doncel hay algún sentimiento del cual no podemos hablar: en los campamentos dorios no había mujeres. Es la mezcla de las buenas y malas prendas, llevadas á la Grecia por los invasores dorios, que algunas veces admiraba tan excesivamente, por serle extranjeras, el griego tradicional; dominio de sí mismo, valor, grandeza, orgullo, efectiva devoción á una clase muy limitada y á un ideal inculto. Nuestros manuscritos de Teognis provienen de una colección, hecha con fines educati-

vos, en el siglo III antes de Cristo, y ofrecen las interpolaciones características de un libro escolar. Pasajes enteros de Solón, Mimnermo, Tirteo y otro elegiaco, Eveno, primitivamente consignados al margen, con objeto de compararlo con el texto, se han deslizado después en él. El orden de las sentencias es confuso y aparecen, á menudo, dos separadas versiones de la misma «gnome», una original y otra abreviada. Hay cierta ceguedad de franco orgullo y de caballerosidad, profundidad de odio y de amor y cierto sentido de misterio que ha hecho á Teognis digno del nombre de poeta.

El movimiento gnómico recibe su especial expresión en la concepción de los Siete Sabios. Proporcionan los necesarios autores míticos á los proverbios y máximas, ya extraordinariamente extendidos: el «conócete á ti mismo» que se hallaba escrito en el templo de Delfos; el «nada excesivo», «confianza, daño inmediato» y otros semejantes, que corrían de boca en boca entre el pueblo. Los Sabios no eran siempre dechados de virtud. En varias de las listas está el tirano Periandro y en todas el casi tirano Pítaco: su sabiduría era principalmente de tendencia prudencial. Una pretendida edición de sus obras fué compilada por el orador del siglo IV (?) Lobón de Argos. Los enigmas, como los proverbios, son una forma de sabiduría; y varios antiguos acertijos son atribuidos al sabio Cleóbulo ó más bien á «Cleobulina», mujer que se supone hija de aquél: parece acaso una forma femenina de la sabiduría.

La «gnome» se hace mordaz con FOCÍLIDES de Mileto y DEMODOCO de Leros, ambos contemporáneos (sobre 537 antes de Cristo). Sus únicos fragmentos son de naturaleza epigramática, en metro elegiaco. Demodoco pretende ser inventor de una chanza muy imitada:

«Esto, pues, es de Demodoco: «los Quienses son malos; no este bueno y aquel malo, sino todos malos, fuera de Procles. ¡Y sin embargo, Procles también es de Quios!» Hay muchas imitaciones griegas y latinas de este epigrama antes de que saliese á luz la condenación de los germanófilos por Porson: «¡Todos, fuera del solo Herman, ¡y Herman es también germano!» La forma de la introducción «esto, pues, es de Focílides» ó «de Demodoco», parece haber servido á estos dos poetas como la mención de Cirno á Teognis. Era el «sello» que estampaba el nombre del autor en la obra. Bajo el nombre de Focílides se conserva también un poema de 239 exámetros que contiene preceptos morales y que Bernays ha demostrado ser obra de un judío de la época alejandrina. Principia: «Honra primeramente á Dios y después á tus padres.» Habla de la resurrección del cuerpo y concuerda con el Deuteronomio (XXII, 6) en el procedimiento para cazar nidos de pájaros.

SEMÓNIDES de Amorgos (floreció en 625 antes de Cristo) debe el especial deletreo de su nombre á los gramáticos que desearon distinguirle de su homónimo más ilustre, Simónides de Ceos. Sus elegías, entre ellas una historia de Samos, se han perdido; pero Estobeo ha conservado en su Antología un poema yámbico sobre las mujeres, aparentemente una contrasátira á los cantos chocarreros que, en ciertas fiestas, entonaban las mujeres de las aldeas para burlarse de sus conocidos. La mujer buena se asemeja á la abeja en Semónides, la atractiva y extravagante se parece á la yegua, y así siguiendo. La mujer-marrana se halla relativamente alta en la escala, aunque es perezosa y glotona.

En el canon alejandrino se consideraban como clá-

sicos tres poetas elegíacos: Semónides, Arquíloco é Hiponax. Pero, acaso, con excepción del último, ningún poeta escribió exclusivamente yambos; y la íntima relación literaria entre Teognis, Arquíloco y Hesíodo, por ejemplo, muestra que la división métrica no es importante. Muchas de las obras de Solón podrían indiferentemente haber sido elegías ó yambos por su asunto y por su espíritu. Los metros yámbicos parecen haber sido empleados para los dioses populares y nacionales Dióniso y Demeter, así como los majestuosos hexámetros dactílicos sirvieron para Zeus y Apolo. El yambo es el metro más cercano al lenguaje usual; un orador griego ó un periódico moderno ofrecen gran número de versos yámbicos en una sola página. El servicio que prestó á la literatura griega fué el de proveer á la poesía con un verso para el diálogo y para la extensión siempre mayor de asuntos á los cuales sucesivamente descendió. Eurípides, que veía poesía y significación en cada piedra de la calle, halló en el fluido trímetro yámbico un vehículo de expresión en cierto modo más flexible aún que la prosa. Cuando aparece por primera vez en la literatura tiene valor satírico.

Arquíloco de Paros (floreció en 650? antes de Cristo) eclipsó á todos los escritores anteriores de yambos, y se cuenta en la tradición como el primero. Era el «Homero» de los poetas familiarmente personales. Esto se debió, en parte, á cierta contienda literaria de Alejandría, y en parte, á no haber tenido rivales á su lado. Es, sin embargo, cierto que sus escasos fragmentos justifican la crítica de Quintiliano: «sus sentencias son realmente fuertes, limpias y vivas, llenas de sangre y nervios; algunos creen que si su obra es inferior al poeta más elevado, esta falta proviene de su asunto,

no de su genio». Por supuesto, esto tiene también otra explicación. Arquíloco es uno de esos hombres llenos de maestría que odian sentir lo pequeño. No ve la grandeza de las cosas y le gustan asuntos, á los cuales pueda considerarse superior. Así, fuera de sus sátiras que son obras en forma de grosera cachiporra, sus más pequeñas migajas tienen cierta belleza, soberbiamente enigmática: «¡Oh, guarda los amargos presentes de nuestro señor Posidón!» Es un lamento para enterrar los cadáveres de sus amigos que han perecido en un naufragio. «¡En mi lanza hay pan amasado, en mi lanza hay vino de Ismaro; y duermo sobre mi lanza cuando bebo!» Esto es la desafiadora arrogancia del proscrito que se ha vuelto pirata. «Siete fueron los que murieron pataleados bajo nuestros pies, mientras que los asesinos éramos mil», ¿qué quiere esto decir? Muchas cosas pueden suponerse. Los pocos versos que nos quedan sobre asuntos amorosos, forman un comentario á los de Safo. La pasión ardiente, pero incolora, que halla su expresión en un lenguaje casi enteramente físico, puede ser hermosa en un alma como la de aquélla; pero ¡cuán orgullosa é imposible es para este soldado de fortuna, lleno de amarguras, cuya intensa sensibilidad y prodigiosa inteligencia, parecen, á las veces, distinguirle de sus compañeros por su maldad más consciente! Podemos conocer algo de su vida. Tuvo que abandonar á Paros—pueden imaginarse otras razones que su supuesta pobreza—y se estableció en Tasos, «isla desdichada, pobre é inculta, como el lomo de un cochino en mitad del mar», en compañía de los tunos más redomados de la Grecia. En una batalla con los naturales del país arrojó su escudo y huyó, haciendo después muy buenas burlas sobre este incidente. Hallábase prometido á Cleóbule, hija de un respe-

table ciudadano de Paros, Licambes. Este rompió su promesa; Arquíloco conservó, durante el resto de su vida, un furor ciego é indecoroso contra padre é hija. La tradición posterior dice que aquéllos se ahorcaron. Arquíloco no pudo permanecer en Paros; tampoco le resultó su establecimiento en Tasos; tuvo que arreglárselas como pudo por el mundo, unas veces viviendo como soldado mercenario y otras indudablemente como pirata, hasta que fué muerto en una batalla contra Naxos. «Soy esclavo del señor dios de la Guerra, y conozco los amables dones de las Musas.» Pudo combatir y hacer al mismo tiempo poesías admirables. No parece que pueda decirse de él cosa mejor.

Inferior, en todos sentidos, á Arquíloco es HIPONAX de Éfeso. La tradición le hace mendigo y cojo é inventor del «yámbico parado» ó «escazonte», trímetro deformado que trastorna toda su marcha por tener un espondeo ó troqueo en su último pie. Todas sus obras fueron injuriosas. Atacó principalmente á los artistas Búpalo y Atenis, que le habian puesto en caricatura; también se dirigió contra las mujeres: «una mujer da á su marido dos días de placer: el día que se casa con ella y el día que lleva su cadáver á enterrar». La sátira primitiva no exige mucho talento; exige, únicamente, golpe certero empleando palabras en lugar de palos ó piedras. Los otros escritores satíricos de la época clásica, Ananio y Hermipo, Cercidas y Escrión, no fueron, según parece, muy admirados en Alejandría.

Una forma de la sátira, la fábula de animales, se desarrolló especialmente en colecciones de cuentos que llevaban el nombre de ESOPO. Parece haber sido, tan sólo, un personaje de leyenda, como Cercops ó Creófilo, inventado para procurar un autor á las fábulas

Era un esclavo extranjero (tracio, frigio ó etíope) del mismo dueño que Rodopis, la cortesana que arruinó al hermano de Safo. Era bastante deforme; fué asesinado en Delfos. Esta población tiene mucho que ver con la muerte ó con las tumbas de los hombres célebres. Empleaba las tumbas de Neoptólemo y de Hesíodo para atraer curiosos; excitaba admiración monetaria con el asesino del inspirado servidor de Apolo, Arquíloco. Pero en el caso de Esopo, un descendiente de su dueño, Yadmón, hizo de su asesinato un argumento para exigir dinero de los de Delfos; lo que es difícil de comprender es cómo patrocinaron esta leyenda. La tradición da á Esopo entrevistas con Creso y con los Siete Sabios. Aristófanes hace un reproche chancero de no haber «pisado bien» el Esopo. De todos modos, no es un poeta, sino un autor legendario de una clase particular de cuentos que cada cual podía libremente poner en verso, como lo hacía Sócrates, ó coleccionarlos en prosa como Demetrio de Falero. Nuestras colecciones más antiguas de fábulas son los yambos de Fedro y los versos elegíacos de Aviano en latín y los escazontes de Babrio en griego, los tres posteriores á la era cristiana.

IV

LA CANCIÓN

EL CANTO PERSONAL.—SAFO, ALCEO, ANACREONTE

El canto propio, el griego «melos» ofrece dos divisiones: el canto personal del poeta y el canto coral del grupo de los coristas educados. Quedan restos de viejos cantos populares, sin autor conocido y en varios estilos: el *Canto del Molino* (mera entonación para pasar el tiempo): «Muele, molino, muele; también muele Pitaco; que es rey de la gran Mitilene»; el *Canto de la Hilandera,* el *Canto del Lagar* y el *Canto de las Golondrinas,* con el cual los muchachos rodios iban mendigando de casa en casa, durante los primeros días de primavera. Tal vez más antiguos que estos, fueron los «escolios», cantos que se entonaban en los banquetes, ó brindis. Su forma dió origen á una especial entonación de escolio, de cuatro versos y sílabas contadas, que caracteriza á la lírica de Lesbos. El escolio de Harmodio y Aristogitón es el más célebre; pero casi todos los restos que poseemos son obras hermosas, y el «¡Ah, Lipsidrión, falso para aquellos que te amaron!», canto de los desterrados que, huyendo del tirano Pisístrato, se refugiaban en el islote de aquel nombre, está lleno de natural belleza.

El «melos» lesbio ofrece dos grandes nombres, verdaderamente culminantes, Alceo y Safo, á fines del siglo VII (1). La mujer sobrepujaba al hombre, si no en educación práctica, por lo menos en profundidad de imaginación, durante aquellas edades. Una compacta multitud de poetisas se manifestó en diferentes partes de la Grecia, después de aquella: Corina y Mirtis en Beocia, Telesila en Argos, Praxila en Sicione; mientras que Erina, que escribió en el siglo IV, se llama aun á sí misma «compañera de Safo».

ALCEO pasó su vida en distintas guerras, primero contra Atenas, por la posesión de Sigeo, donde, como Arquíloco, dejó abandonado su escudo en manos del enemigo para ser dedicado á Atene; más tarde, contra el tirano demócrata, Melancro, y su sucesor Mirsilo. Finalmente, los lesbios hicieron cesar la guerra civil nombrando dictador á Pítaco «el sabio», y Alceo abandonó la isla por espacio de quince años. Sirvió, como guerrero de fortuna, en Egipto y en otras partes. Su hermano Antiménides estuvo al servicio de Nebucadnezzar, y mató á un gigante judío ó egipcio en singular combate. De todos modos, el poeta fué perdonado y pudo regresar á su patria. Sus obras formaban diez libros en la época alejandrina; todas eran «poesías de himnos, canciones políticas de partido (στασιωτικά), cantos de bebida y cantos de amor, y su fuerza parece estar basada en las reminiscencias políticas y personales, «las amarguras del viaje del destierro y de la guerra» de que habla Horacio. Safo y Alceo se ven á menudo representados en vasos, y la idea de una leyenda romántica entre ambos era

(1) Las fechas son inciertas. Atenas no es fácil que poseyera Sigeo antes del reinado de Pisístrato. Beloch, *Griechische Geschichte*, I, 330.

inevitable. La tradición atribuye á aquél, una pequeña salutación en metro sáfico: «Coronada de violetas, pura, suavemente sonriendo Safo» y una respuesta de ésta, en metro arcaico, delicado cumplido mutuo. Cada verso de Alceo tiene su encanto. La estrofa llamada con su nombre es una magnífica invención métrica. Su lenguaje es espontáneo y musical, parece provenir de un corazón tan sensible como el de Arquíloco, pero mucho más generoso. Es un noble y orgulloso Eolio, franco, libre en su pensamiento, sencillo y apasionado; y aunque, en caso de necesidad, combatió á sueldo, parece que jamás escribió á las órdenes de nadie.

Su joven contemporánea, SAFO (su nombre se escribe de muy diversa manera; hay autoridades para Psapfa, Psaffa y aun Psfa), nació en Éfeso, habitó en Mitilene y siguió las vicisitudes políticas del partido de Alceo. Se habla de un marido, cuyo nombre, Cercilas de Andros, no se halla al abrigo de sospechas; y de una hija, Cleis, cuya existencia se infirió, acaso erróneamente, de uno de sus poemas: «Tengo una hermosa niñita, semejante en su aspecto á una dorada flor, Cleis, querida mía.» Parece haber estado al frente de un grupo de mujeres literarias, eruditas y poetisas, unidas entre sí por estrechos lazos de intimidad y cariño. En la antigüedad se la compara (1) con la escuela socrática. Safo escribió en los más variados estilos; en los escasos restos que poseemos de sus obras, se encuentran cincuenta metros diferentes; pero todos llevan la fuerte impresión de su carácter personal. Comparados con los de Alceo, es fácil observar que pertenecen á una mujer. Su dialecto es

(1) Máximo de Tiro.

más semejante al habla nativa de Mitilene, donde vivió; el de aquél es más literario. Las obras de éste abrazan la guerra, la bebida, las aventuras y la política; las de aquélla ofrecen un sentimiento personal mucho más tierno é íntimo. Sus descripciones de la naturaleza—el verso: «Oigo las pisadas de la florida primavera»; la maravillosa comparación musical: «Como una dulce manzana muy encarnada, en lo alto de la más alta rama, que los cogedores de manzanas han olvidado; no, no la han olvidado, pero no pudieron cogerla»—acaso son bellezas más perfectas que los poemas de amor, que han hecho inmortal el nombre de Safo. Dos de estos se han conservado por una casualidad; el resto de las poesías de Safo fué públicamente quemado en Roma y en Constantinopla por ser muy diferentes de la frágil moral de aquel tiempo. No hay que admirar con exceso los cumplidos de galantería que en abundancia se han dedicado á Safo. «Fué la poetisa» como Homero fué «el poeta»; era «la décima Musa» «la abeja Pieria»; el sabio Solón deseó «aprenderse de memoria un canto de Safo y después morir». Safo fué, además, conocida y admirada por toda la Grecia inmediatamente después de su muerte; y un juicio desapasionado debe ver que su poesía amorosa, si limitada en su objetivo, ofrece un esplendor de expresión sin rival, para indicar lo que es demasiado intenso para hallar en ello alegría, demasiado serio para permitir espacio á las metáforas y á los adornos de la imaginación. Desgraciadamente, es muy difícil encontrar un juicio desapasionado. La antigüedad más próxima no pudo contener su curiosidad ante una mujer que, no siendo una «hetera», publicase apasionadas poesías amorosas. Se la hizo heroína de novela. Había mencionado, por ejemplo, una vez la roca de Léu-

cade; ¡esto fué bastante! Era una roca de la cual algunos héroes de leyendas populares se habían arrojado para hallar la muerte y ella debió hacer lo mismo, sin duda, á causa de una pasión no correspondida. A eso siguió el exceso de galantería, el regocijo desvergonzado de la comedia ática y la caprichosa imaginación de Roma. Es, seguramente, cosa fútil el discutir las condiciones de la vida privada de una mujer que vivió hace dos mil quinientos años en medio de una sociedad de la que apenas si conservamos recuerdo alguno. Es evidente que Safo fué en Lesbos una «mujer respetable», y no hay dato positivo antiguo que nos muestre en mala condición la bandera de Lesbos. Los poemas que conservamos se dirigen, con una apasionada intensidad, á sus amigas; pero antes de usar como demostración esos mismos poemas, es preciso resolver infinidad de cuestiones: ¿Es auténtica la forma dada á cada una de esas palabras? ¿Habla Safo en nombre propio ó dramaticalmente? ¿Para qué ocasión fueron escritos los versos? ¿Son esos poemas únicamente un ejercicio literario, á semejanza de las obras escritas por Alceo á su doncel Licos ó por Teognis á Cirno?

Nadie necesita defender las condiciones de *Anacreonte de Teos,* porque habiendo vivido en buena sociedad hasta la edad de ochenta y cinco años, no pudo haber sido tan malo como parece desear hacernos creer. Su poesía desciende de la de Lesbos y de los escolios de su conciudadano Pitermo. Fué arrojado de Teos por la conquista persa de 545 antes de Cristo. Se estableció en Abdera, colonia de Teos, en Tracia; asistió á varias batallas, en las cuales (él lo dice expresamente) estuvo casi tan desgraciado como Alceo y Arquíloco; finalmente, estuvo íntimamente relacionado con varias personas reales, Polícrates de Samos, Hiparco de

Atenas y Equécrates, el Alevada, de Tesalia. Los alejandrinos poseían cinco libros de sus elegías, epigramas, yambos y canciones; poseemos un fragmento satírico y buen número de canciones, dedicadas al vino y al amor, dirigidas principalmente á su doncel Batilo. Fueron muy populares y dieron origen á gran número de imitaciones en todas las épocas de la literatura; poseemos una serie de tales *Anacreónticas,* que datan de las fechas más diversas, desde el siglo III antes de Cristo hasta el Renacimiento. Tales poemas son inocentes respecto al fraude. En uno, por ejemplo (número 1), Anacreonte se aparece en sueños al escritor (1), en la mayor parte de ellos, el poeta toma, únicamente, el disfraz de Anacreonte y canta sus canciones de amor á un «Batilo más joven». La lengua, el tratar á Eros como muchacho frívolo y fatuo, las personificaciones, las descripciones de obras de arte, todo ello son señales de una época muy posterior: así y todo, no puede dudarse del extraordinario encanto de estos poemas, así los verdaderos como los falsos. Anacreonte se destaca entre los escritores griegos por su ritmo límpido y fácil, por su pensamiento, por su expresión. Un muchacho puede entenderle y ponerle en música. Pero los poemas atribuidos son, á las veces, más anacreónticos que el mismo Anacreonte. Comparado con ellos, el Anacreonte verdadero tiene una gran variedad de temas y de metros, y además la majestad y la fuerza especial del siglo VI. Verosímilmente, nuestra total concepción de este autor sería más elevada si no se le hubiese tomado como tipo del festivo y amoroso septuagenario, á causa de tan incesantes imitaciones.

(1) Comp., 20 y 59.

Estos tres poetas representan la lírica personal de la Grecia. Abraza en Alceo todas las manifestaciones de una vida aventurera y, en cierto modo, patriótica; expresa en Safo, con una intensidad ardiente, la vida interna, las pasiones que se dejan generalmente en silencio; esparce en Anacreonte, detalles brillantes del canto sobre sencillos placeres sensuales ó imaginativos. La lírica personal jamás alcanzó la artística grandeza, la profundidad religiosa y filosófica del canto coral. Es significativo para la dificultad de apreciar, de un modo positivo, la poesía griega, que nos hallemos encantados por la clase de poemas que toda la antigüedad consideraba más fáciles y más inferiores.

EL CANTO CORAL.—GENERALIDADES

Al lado de la lírica personal existió en Grecia, desde los tiempos más antiguos á que pueden remontar nuestros primeros recuerdos, la costumbre de celebrar las ocasiones señaladas por medio del baile y del canto de un coro. La ocasión podía, por supuesto, ser pública ó privada; en los tiempo más antiguos fué siempre más ó menos religiosa: una victoria, una cosecha, una solemnidad sagrada, un nacimiento, una muerte, un casamiento. Desde que tenemos noticias del canto coral, siempre indica la existencia de un poeta profesional, un grupo de actores profesionales y generalmente una producción nueva—una danza nueva, una música nueva, nuevas palabras—para cada nueva ocasión. También hay que decir que siempre es internacional: los más grandes poetas líricos son de Lesbos, de la itálica Locres, de Regio, de Ceos, de Beocia; el más an-

tiguo de todos los que poseemos, se dice que fué un Lidio. Un poeta puede también enviar su composición, á través del mar, para ser representada, en la seguridad de que, en otra comarca, se hallan actores convenientemente educados para entender su danza y su canto. El lenguaje es también internacional, tiene elementos eólicos, «épicos» y dóricos, variando grandemente sus proporciones en cada escritor. Estos hechos bastan para demostrar que el poema coral, aun en Alcman, pero mucho más en Simónides, es producto de un desarrollo muy amplio. Los ejemplares más elevados que poseemos del mismo, los cantos de victoria de Píndaro, representan la mayor plenitud de su florecimiento, después del cual sigue una inmediata decadencia.

¿Qué conclusión histórica deriva de esta mezcla de dialectos? El eólico es la lengua del canto á causa de Safo y Alceo. Ninguno podía imitarles, sin hablar su propio lenguaje. El elemento «épico» deriva de «Homero» que, por aquel tiempo, había crecido hasta llegar á ser propiedad común de la Grecia (1). El elemento dórico, necesita alguna explicación.

Los poetas, como hemos visto, no eran, de modo especial, dóricos; pero lo eran los protectores de esa poesía y así lo fué su espíritu, en grande escala. Estaba en la esencia de la cultura jónica y eólica el reconocer la libertad individual; la dórica, aun en la poesía, lo subordinó á un todo mayor, no tomó interés en sus sentimientos privados, pero exigió de él que expresase las emociones de la comunidad. Los poetas co-

(1) No es fácil averiguar lo que sería este lenguaje «homérico» en la Beocia, en Lesbos, ó en Argos. El elemento «épico», que poseemos en los líricos, ha sido jonizado y aticizado del mismo modo que la *Ilíada*.

rales más antiguos, Alcman y Tisias, fueron, probablemente, siervos públicos que trabajaban para sus respectivas ciudades. Este es uno de los elementos dóricos del canto coral. Es el otro, que tan pronto como cesa de ser genuina la realización para la comunidad de un deber público, se convierte en un entretenimiento profesional para el placer del protector que lo paga. Los poetas no corales, Alceo, Safo, Arquíloco, escribieron para su propio placer; eran «dueños de sí mismos», como dice Aristóteles, y no eran «ἄλλου», de otro. Anacreonte vivió en distintas cortes y, realmente, tuvo que depender de un patrono; pero sus poemas fueron, ostensiblemente, escritos para su propio placer, no por mandato de Polícrates. La enseñanza de un coro profesional, sin embargo, exige gastos y los gastos necesitan un patrono que los sufrague. Píndaro y Simónides, con sus compañías de actores educados, sólo pudieron existir dependiendo de ricas oligarquías.

El estado jónico más rico, Atenas, miraba de soslayo este desarrollo posterior. Sus ditirambos y tragedias no eran compuestas por orden de ningún hombre, ni ejecutados por actores alquilados; eran solemnemente representados por ciudadanos libres, al servicio del gran Demos. Rarísima vez algún ciudadano muy rico pudo hacerse componer un ditirambo, como hacían los nobles dorios; pero el mismo Megacles, que ocupó á Píndaro, presenta modesta y económica figura al lado de los Eginetas y de las realezas; y, aun así, tal costumbre no llegó á generalizarse en Atenas. Alcibíades empleó á Eurípides en un ditirambo, pero esto provenía de su munificencia ostentosa. Los estados jónicos, en general, fueron demasiado débiles, ó demasiado demócratas, para ejercer mucha influencia en el canto profesional de los coros.

El canto coral formó una rama especial de la literatura, con cierta unidad en sí mismo, pero no tuvo un nombre único. Aristóteles usa frecuentemente la palabra especial «ditirambo» para indicar todo el género, esto es, una extensión popular del significado de esta palabra, influida por el florecimiento del ditirambo ático posterior, en manos de Timoteo y Filoxeno. Los mismos nombres de las diferentes clases del canto coral, tienen cierta vaguedad. Cuando los eruditos alejandrinos coleccionaron las esparcidas obras de Píndaro ó de Simónides, necesitaron algún principio para su arreglo y división.

Así, según el asunto, tenemos cantos de bebida, cantos de casamiento, cantos de duelo, cantos de victoria, etc.; ó, por la composición de los coros, cantos de doncellas, cantos de niños, cantos de hombres, ó bien, bajo otro punto de vista, cantos parados, cantos de marcha, cantos de danza. Hay, además, nombres individuales que no se dejan clasificar: Un «pean» es un himno á Apolo; un «ditirambo» lo es á Dióniso; un «iálemo» es, acaso, un lamento por una enfermedad y no por la muerte de alguna persona. La confusión es fácil. Los coleccionistas hicieron, en parte, divisiones individuales; muchas veces, utilizaron los nombres locales para indicar variedades, también locales, de cantos que no creían tener referencia alguna entre sí. Si un «iálemo» se diferencia, realmente, de un «treno» y uno y otro de un «episodio», es tan sólo porque todos ellos eran nombres locales, y el estilo del canto lúgubre se ofrecía variado en cada localidad.

El ditirambo propio era un canto y danza dedicados á Dióniso, practicado en los tiempos más primitivos en Naxos, Tasos, Beocia, Atica; su nombre parece compuesto de Δι-(dios), y una forma semejante á *trium-*

phus, θρίαμβος (alegría). Era un canto alegre y salvaje. Aparece, primeramente, con estrofas correlativas; más tarde, pierde este carácter, y no ofrece mayor condición métrica que las rapsodías populares de cualquier nación. Probablemente iba acompañado de alguna clase de disfraz; los que bailaban representaban á los demónicos acompañantes de Baco, al cual hallamos al frente de tales bandas en los primitivos vasos áticos para beber. Les llamamos sátiros; pero un sátiro es un démon-cabra y aquéllos tienen orejas y cola de caballo, como los centauros. La diferencia en su idea no es grande: los centauros son aquellas fuerzas salvajes que devastan, corren y hacen música en los bosques de Tesalia; el sátiro es la cabra montés de la Arcadia, personificación de la ferocidad, de la música y del misterio de las altas montañas, instintos que eran, al mismo tiempo, superiores é inferiores á la razón: su personificación especial es Pan, el dios-pastor de la Arcadia que en nada se parece á Dióniso. Cuando se nos dice que Arión «inventó, enseñó y dió nombre» al ditirambo en Corinto, puede esto indicar que fué el primero que unió el viejo canto de Dióniso con la idea de Pan, y que disfrazó á su coro de sátiros. Corinto, sitio de unión entre la Arcadia y el mar general, debía ser, naturalmente, un sitio adecuado para realizar tal transición. Así, el ditirambo fué un canto de cabra, una «Tragedia», y de este modo es, según nos dice Aristóteles, como surgió la tragedia. Es notable el hecho de que el ditirambo, después de haber dado nacimiento á la tragedia, viviera aún largo tiempo á su lado y sobreviviera á ella. En tiempo de Aristóteles, la tragedia había, prácticamente, muerto, mientras que su hija, la nueva comedia, y su madre, el ditirambo ático, se hallaban florecientes.

LOS MAESTROS ANTIGUOS

ALCMAN

El nombre de ALCMAN es dórico por Alcmeón y el que lo llevaba era un laconio de Mesoa (unos 650 antes de Cristo). Pero la imaginación ateniense, no pudo jamás aceptar la idea de que un espartano pudiera ser poeta. En el caso de Tirteo le hizo poeta ateniense; en el de Alcman, ciertas palabras humorísticas de alguno de sus poemas, le sugirieron la idea de que él ó algunos de sus antepasados venían de la Lidia. De ahí una novela: que fué lidio, esclavo de guerra de los bárbaros Cimerios y, á través del mar, vendido á Esparta, donde sus hermosos cantos le proporcionaron la libertad. Alcman se halla muy cerca de los Lesbios; habla libremente de su propia persona, usando, tan sólo, del coro como de un instrumento; el eco personal de sus pasajes de amor, hicieron que Arquitas (siglo IV antes de Cristo) le contara como inventor de la poesía amorosa; escribe en un dialecto frescamente popular, del mismo modo que Safo, y con poco barniz literario; su entusiasmo personal por la comida nacional de Esparta es como el de Carlyle por las gachas. Sus metros son sencillos y claros; y el fragmento imitado por Tennysson en su *In memoriam,* muestra lo que pudo ser su poesía: «No más ¡ay! dulces gargantas silvestres, voces de amor, soportarán mis miembros; ¡quisiera ser un cerúleo pájaro que vuela rasando las olas entre los al-

ciones, sin tener jamás un cuidado en su corazón, el purpúreo pájaro marino de la primavera!»

Su fragmento más largo proviene de un papiro egipcio hallado por Mariette en 1855, que contiene parte de una hermosa «partenia» ó canto coral para doncellas. Es una pieza de canto dramática. Cuando vemos por primera vez que Agido, comparada con el resto del coro, es como «un caballo de raza entre vacas» y, más tarde, que «los cabellos de mi prima Agesícora brillan como oro puro», no debe indicarnos todo esto que el «rústico» poeta exprese sus propias, francas é insconstantes preferencias—¿hubieran querido, en este caso, las «vacas» del coro consentir jamás en cantar tales versos?—Todo ello indica, únicamente, que las dos divisiones del coro se devuelven mutuos cumplidos. Este poema, diferenciándose por completo de los de Lesbos, tiene una disposición en estrofas y merece observarse una visible tendencia hacia la rima. En Homero y Esquilo hállanse también vestigios de una rima intencional (1); del mismo modo, los oradores y Sófocles, á pesar de todo su cuidado por la eufonía, bajo otros puntos de vista, admiten fatigosos ritmos discordantes, con una libertad que sólo puede ser el resultado de la falta de apreciación de esta relación particular de los sonidos.

ARIÓN

ARIÓN de Metimna, en Lesbos, es famoso, en la leyenda, como inventor del ditirambo y por su milagrosa

(1) *Siete ante Tebas*, 778 sig.; 785 sig.

salvación en el mar: los piratas le obligaron á «viajar sobre las tablas»; pero le permitieron entonar música antes de morir, y cuando saltó de las bordas, los delfines que se habían reunido para escucharle, le llevaron, sobre sus espaldas, al monte Tenaro. Esto es un asunto de vieja leyenda popular aplicada á Falanto, hijo de Posidón, en Tarento, á Enalo de Lesbos y á los genios marinos Palemón, Melicertes, Glauco y otros. Las obras propias de Arión desaparecieron muy pronto; Aristófanes de Bizancio no pudo hallar ninguna (II siglo antes de Cristo), aunque una interesante composición ditirámbica del IV siglo, en la cual el cantor representa á Arión, nos ha sido conservada como suya por una equivocación de Eliano.

ESTESÍCORO

La figura más grande de la poesía coral primitiva es la de TISIAS, sobrellamado *Estesícoro* (que «para el coro») de Himera. Era un locrio occidental de Matauro, pero se hizo ciudadano de Himera durante las largas contiendas contra Fálaris, célebre por su toro de bronce. La vieja fábula del caballo que se hace voluntariamente esclavo del hombre, para vengarse del ciervo, fué una de sus advertencias contra el tirano. Cuando triunfó Fálaris, Estesícoro se retiró á Catana, donde su sepultura octogonal, fuera de las puertas de la ciudad, fué, en la época romana, una de las curiosidades de Sicilia. Aparte los posibles restos de buena tradición que puedan sobrevivir en las notorias falsedades que se llaman *Cartas de Fálaris,* poseemos, únicamente, un dato personal de su vida. Fué

atacado de una enfermedad á la vista y preocupó su mente la idea de que esto provenía de una venganza divina de Helena, de la cual había hablado en la forma usual en alguno de sus poemas, acaso en la *Helena* * ó en el *Saco de Ilión* *. Sus escrúpulos de conciencia se aumentaron con ciertas dificultades históricas. Era increíble que toda Troya se hubiese dejado destruir, únicamente por un capricho de Paris. Si los troyanos no quisieron entregar á Helena, era, sencillamente, porque nunca la habían tenido dentro de sus muros. Tisias compuso un canto contrario ó «palinodia» que se hizo famoso: «Este relato nunca fué verdadero. ¡Tus pies nunca pisaron la galera de remos, ni se dirigieron hacia las torres de Troya!» No estamos seguros de cuál fuese su versión; pero no podia ser otra que la de Heródoto y Eurípides que la hacen huir á Egipto y no á Troya. Pero, de todos modos, satisfizo á Helena y recobró la vista. Una leyenda muy semejante se cuenta del islandés Skald Thormod.

Triple es el mérito de Estesicoro en la literatura griega: introdujo la leyenda épica en el Occidente; inventó el definitivo estilo lírico narrativo; vivificó y modeló nuevamente, con la misma mezcla de atrevimiento y de sencilla buena fe que demuestra la fábula de Helena, la mayor parte de las grandes leyendas establecidas. Es llamado el «Homero lírico», y se le describe como «habiendo sostenido el peso de la epopeya sobre su lira» (1).

Los metros llamados especialmento «estesicóreos»—aunque hayan sido usados por otros poetas anteriores á él—muestran su carácter semi-épico. Están formados por mitades del hexámetro épico mezcladas con

(1) Quintiliano, x, 1.

pequeñas variaciones: epitritos, anapestos, ó meras síncopas—únicamente lo preciso para romper la entonación dactílica y hacer lírico el verso. Su dicción es apropiada á esos versos, en gran manera majestuosos; no es apasionado, ni muy lleno de canto, pero fácil y apropiado para la narración. Esto sirve para explicar cómo un autor tan importante ha dejado tan escasos fragmentos. No era muy difícil para los eruditos; pero verso por verso, no era bastante adecuado para los últimos aficionados á las letras. Los antiguos críticos, al lado de sus alabanzas, se quejan de que Estesícoro es excesivamente lento; la *Orestíada* * constaba de dos libros y regularmente tendría iguales dimensiones el *Saco de Ilión* *. El total de sus obras, en la época alejandrina, ascendía á veintiseis libros. Tenía la plenitud de un escritor épico, pero no el vivo esplendor que Píndaro había enseñado á la Grecia poder esperar de un lírico. De todos modos, obtuvo un renombre extraordinario (1). Simónides, que no debía estimar con exceso al que consideraba como su rival, le apareja con Homero: «Así cantaron para las naciones, Homero y Estesicoro.»

Era universalmente conocido en Atenas en el siglo V. Sócrates le alababa y Aristófanes le ridiculizaba. «No conocer tres versos de Estesícoro» era una descripción proverbial de falta de cultura literaria (2). Apenas si existe poeta alguno de aquel tiempo que no fuera influido por Estesícoro; apenas si hay pintor ó alfarero,

(1) Las monedas de Himera que llevan la figura de Estesícoro, son posteriores al año 241 antes de Cristo, cuando ya se había formado sobre él una leyenda. Comp. también Cicerón, *Verrinas*, II, 35.

(2) No existe referencia alguna, según es costumbre afirmar, respecto á la estrofa, antistrofa y épodo de la música coral.

que no representase, consciente ó inconscientemente, su versión de las grandes leyendas épicas. Al trazar el desarrollo histórico de algún mito, siempre la investigación encuentra en Estesícoro el puente natural entre los restos más antiguos de la fábula y la forma que ofrece en la tragedia ó en la épica posterior. En la leyenda de Agamenón, por ejemplo, la concentración del interés en Clitemnestra, que hace de esa leyenda una verdadera tragedia, en lugar de un ordinario cuento de sangrienta lucha, es suya; el sueño que tiene Clitemnestra y en que da de mamar á una serpiente, también lo es; la locura de Orestes por sus remordimientos, probablemente le pertenece, así como muchos de los detalles del saqueo de Troya, y entre ellos, si la tradición es verdadera, la fuga de Eneas á Italia.

Esto basta para demostrar que Estesícoro fué un genio creador de orden muy elevado, aunque ninguna de estas fábulas fuese absolutamente una invención suya. Una ficción plena no era posible hasta un tiempo muy posterior á Estesícoro. Para los hombres de su época, todas las leyendas eran historia verdadera; si eso no hubiera sido así, ¿qué placer se hubiera encontrado en hablar de ellas? La originalidad está, en parte, en el atrevimiento con que este espíritu antiguo examina los mitos, criticándolos y alterando libremente sus detalles, sin sospechar, siquiera por un momento, que en su conjunto, el mito fuese una invención y que él mismo estuviese inventándolo. Lo propio ocurre con Píndaro. Este no puede ni quiere creer que Tántalo ofreciese á los dioses su hijo, como alimento, y que Demeter se comiera una parte de las espaldas de aquél. Y sin embargo, él sostiene, no que todo ello sea una fábula, ni siquiera que se halle fuera de nuestra comprensión, puesto que el agnosticismo jamás

le hubiera satisfecho, sino que Posidón se llevó consigo á Pélope á los cielos para ser su copero, y que, durante su ausencia, algún «envidioso vecino» inventó esta historia de caníbales. Este es el mismo espíritu que se manifiesta en la Palinodia.

Pero aun donde Estesícoro no altera el material legendario, muestra la originalidad de su genio ensanchando el campo de la poesía. Fué el primero en sentir la profunda belleza de varias leyendas que vivían humildemente en pequeñas localidades: en la muerte de Dafnis, el pastor de vacas, avergonzado por haber sido falso con su amor (rico asunto para todas las poesías pastoriles posteriores); en la historia de la hermosa Calice que murió abandonada; en la de Radina, la de la mala estrella, que prefirió á su primo, mejor que al tirano de Corinto. Esto es un progreso muy grande: es lo que hizo también, algo más tarde, Eurípides cuando el espíritu de la Grecia, libertándose de la rígida tradición ática, estuvo en condiciones de ser entendido por el mundo entero.

EL PERÍODO MEDIO

IBICO

Ibico, de Regio, casi dos generaciones posterior á Estesícoro, pasó una vida errante por las distintas comarcas de la Grecia y se halló en las cortes de Polícrates y Periandro. Como Arión, es más conocido de la posteridad por una leyenda fabulosa, la de que su asesi-

nato fué vengado á causa de las grullas («ibices»). Fueron especialmente alabados sus coros de muchachos. Díjose de él, que mostraba un «espíritu eolo-jónico» en cantos, de lengua y música dórica, y sus encantadores fragmentos llenos de rosas y atractivas mujeres, de primavera y de pájaros exóticos (1), así como «la brillante y deslumbradora aurora que despierta á los ruiseñores», muestra bien lo que esto quiere decir. Es curioso que alguna vez le fueran atribuidas algunas de las obras de Estesícoro, por ejemplo, *Los Juegos en los Funerales de Pelias* *. Los fragmentos que poseemos de ambos, tienen muy poco de común, fuera del metro.

SIMÓNIDES.

Dícese que el mismo día en que murió Tisias, nacía en Ceos el gran lírico internacional de la Grecia que le está más inmediato, SIMÓNIDES (556 á 468 antes de Cristo). Hombre de amplia cultura y sentimiento, así como de gran poder poético, se hizo pronto famoso fuera del círculo de las islas jónicas. El viejo Jenófanes que vivió en Italia y murió antes de que Simónides tuviera treinta años, le cita ya como un hombre muy conocido. Viajó mucho, primero, según se cuenta, hacia la Grecia occidental á ruegos de los conciudadanos de Estesícoro; después á la corte de Hiparco en Atenas, y, después del asesinato de su protector, hacia los príncipes de Tesalia. También se dirigió una vez al Asia; durante la guerra contra los persas, se halló donde debía encontrarse, con los patriotas. Ter-

(1) Comp. el frag. 8.

minó su vida con Esquilo, Píndaro, Baquílides, Epicarmo y otros, en la corte de Hierón de Siracusa. Si á los treinta años era ya célebre, gozó en su vejez de un renombre internacional, comparable, acaso, con el de Voltaire. Era de un modo esencial, ὁ σοφός, el talento, el poeta, el amigo de todos los grandes de la tierra y su igual por la fuerza inmensa de su inteligencia. Coleccionáronse sus dichos y sus poemas; fueron estudiados con una precisión verbal que presupone algo semejante á la idolatría. Divulgóse la fama de su extraña salvación de un naufragio y de la ruina del techo del palacio de Cranón, que mató á la mayor parte de los convidados de Escopas. Seguramente fué un hombre de carácter rico y muy variado; fué agasajado, al mismo tiempo, por varios tiranos y por la democracia Ateniense; alabó á Hiparco y admiró á Harmodio y Aristogitón; en su vejez fué requerido, desde Sicilia, para reconciliar á los dos príncipes más poderosos de la Grecia, Gelón y Hierón. La censura de avaricia que persigue su memoria, probablemente se debe á que escribió mediante un precio determinado, y no por una protección vaga y no especificada, como hacían los poetas anteriores. La antigua costumbre era más amable y romántica, pero contenía un elemento de servidumbre. Píndaro, que lamenta su desaparición, no hizo nada para procurar restablecerla; y, realmente, el procedimiento de Simónides era, en aquel entonces, el que se acercaba más á nuestro sistema de venta independiente al público de los trabajos intelectuales. Simónides, como los líricos más antiguos, trabajó principalmente en poesías de circunstancia (siendo unas veces la ocasión la celebración de una fiesta, el nacimiento de un niño ó la batalla de las Termópilas), y parece haber sido él quien introdujo el «epinicio», poe-

ma artístico serio, en honor de las victorias realizadas en los Juegos. El «epinicio» no es, realmente, una oda escueta que canta una victoria, por ejemplo, la victoria de las mulas del príncipe Escopas. Una oda tal, hubiera tenido poco poder para proporcionar la inmortalidad. Es un canto en sí bello é interesante, en el cual tiene el poeta que introducir varias referencias entre las mulas y su dueño.

Simónides escribió en diferentes estilos: se habla de sus ditirambos, hiporquemas, cantos fúnebres—todos estos, admirados de modo especial—partenias, prosodias, peanes, encomios, epigramas. Sus poesías religiosas no fueron muy admiradas. Si se usa la palabra «perfecto» para calificar una obra de arte, puede aplicarse á algunos de los poemas de Simónides sobre los sucesos de la Gran Guerra: la oda á Artemisio, el epitafio de los que perecieron en las Termópilas. Representan la más elevada «sofrosine» de los griegos: dominio de sí mismo, inteligencia sana, belleza severa, completamente libre de exageración y de engaño; frase sencilla que debe pronunciarse en presencia de las cosas sencillas eternas. «Extranjero, anuncia á los espartanos que yacemos aquí por obedecer sus órdenes.» Es también grande en el dominio de la piedad humana. El pequeño fragmento de Dánae flotando encerrada en su caja, justifica la admiración de los críticos antiguos hacia su «no superado *patos*». Por otra parte, es esencialmente jonio y hombre de mundo, así como uno de los padres de la ilustración. No tiene explendor, ni pasión, ni profundidad religiosa. El hombre que tenía tales cualidades, apoyó el lado erróneo de la lucha por la existencia de su comarca; por esto la Grecia se dirigió á Simónides y no á Píndaro para dejar un recuerdo de su heroica muerte.

TIMOCREONTE

La «patria para los genios», como eventualmente vino á ser la corte de Hierón, no podía ser un refugio por completo pacífico. Píndaro, especialmente, había nacido para no entender á Simónides ni deleitarse con él; y aunque los celos no sean uno de los vicios que se atribuyen á este último, era hombre de talento y debió ser severo. Cuando fué atacado por un inferior poeta de Rodas, *Timocreonte,* principalmente conocido por su indigno canto sobre el delito y condenación de Temístocles como traidor: «No es Timocreonte el único que se halla en tratos con los Medas; no soy yo sólo el del rabo cortado; también hay otras zorras.» Simónides contestó escribiendo su epitafio: «Aquí yace Timocreonte de Rodas, que comió mucho, bebió mucho, y dijo muchas maldades». Los poemas de este autor no se mencionan en parte alguna.

BAQUÍLIDES

El sobrino de Simónides, BAQUÍLIDES (1), vivió también en la Corte de Hierón y escribió bajo la influencia de las obras de su tío y de las de Píndaro. Fué imitado por Horacio y admirado, por su tono moral, por el emperador Juliano—gran porción de inmortalidad para quien es, generalmente, clasificado entre los poetas de segundo orden. Y parece que se le da mayor condi-

(1) Véase el segundo prólogo de este libro.

ción de la que merece. El British Museum ha adquirido, recientemente, un papiro del siglo primero antes de Cristo que contiene varios epinicios completos de Baquílides así como algunos nuevos fragmentos. Sería de desear que la recepción de un nuevo viniente tan ilustre en sí mismo, hubiese pertenecido á cualquiera otro, por ejemplo, á Alceo, á Safo ó á Simónides. Pero acaso podemos esperar que esas odas no sean todas sobre Juegos, como lo son las de Píndaro. Los títulos de tres de ellas, *Teseo, Io* é *Idas,* parecen indicar asuntos más variados; pero títulos similares se encuentran también en los manuscritos de Píndaro y sirven únicamente para indicar los mitos que contiene cada particular epinicio. La más larga de estas nuevas odas, se halla dedicada á Hierón, y celebra la misma victoria que la primera olímpica de Píndaro—poema que se ha creído que contenía una afirmación no muy favorable para Baquílides. Dícese que el estilo es mucho más sencillo que el de Píndaro, aunque muestra también la usual afición de la poesía lírica hacia las palabras compuestas, en una forma algo extraña como μεγιστοϝάνασσα. El más interesante de los fragmentos hasta ahora publicado, es en alabanza de la Paz.

EL DESARROLLO FINAL

PÍNDARO

PÍNDARO, según le llama Quintiliano, «el maestro, por excelencia», de todos los líricos nació 34 años después de Simónides, y le sobrevivió aún unos 20 (522 á

448 antes de Cristo). Es el primer escritor griego del que poseemos documentos positivos para su biografía. No sólo la mayor parte de sus poemas conservados tienen una fecha determinada, sino que la tradición, que le ha sido en extremo apasionada, así por las dificultades gramaticales que presenta, como por su genio, ha conservado buen número de relatos sobre sus circunstancias externas. Nació en la aldea de Cinoscéfalo, en Beocia; descendía de los Egidas, familia de conquistadores, probablemente «Cadmeos», mientras que su nombre personal, Píndaro, se ha encontrado en Éfeso y Tera. El muchacho beocio, excelentemente educado, mostró, desde pequeño, gran talento para la música. Indudablemente aprendió, siendo muy niño, á tocar la lira: vivía en su casa un tal Escopélino, tío del poeta, ó acaso su padrastro, que le enseñó á tocar la flauta. Para aprender á educar un coro y el sistema musical, tuvo que ir á Atenas bajo la dirección de «Atenocles» y «Apolodoro»; la tradición insiste en referir algo de sus relaciones con las celebridades de su tiempo. Fué enseñado por Laso de Hermiona; derrotado en competencia con su compatriota Corina, aunque algunos de los versos que nos quedan de esta poetisa, hablan en contra de esta afirmación: «No alabo á la graciosa Mirtis, no, por contender con Píndaro, siendo una mujer.» Otra anécdota hace mucho honor á Corina al darle este consejo: «Hay que sembrar con la mano y no con toda la espuerta», por ser demasiado profuso de adornos mitológicos.

El más antiguo poema que de él poseemos *(Pítica* x), escrito cuando Píndaro tenía veinte ó acaso veinticuatro años, fué por encargo de los Alevadas, príncipes de Farsalo en la Tesalia. Esto indica que su reputación se labró con extraordinaria rapidez. Poco des-

pués le hallamos escribiendo para los grandes nobles de Egina, protectores por su propio carácter, príncipes-mercaderes de la más alta prosapia dórica. Entonces comienza para él una carrera de celebridad pan-helénica: es el huésped de las grandes familias de Rodas, Ténedos, Corinto, Atenas; de los grandes reyes Alejandro de Macedonia, Arcesilao de Cirene, Terón de Agrigento y Hierón de Siracusa. Es tan distinguida su fama como la de Simónides, aunque acaso menos sinceramente internacional. Píndaro escribía, por su propio corazón, en pro de la «nobleza Real», ó sea para los descendientes de Eaco y de Heracles; sus reyes de Sicilia son una excepción, ¿pero quién podría censurar una amable pretensión real hacia la gentileza? Esta antigua sangre doria está evidentemente en la raíz del objetivo de la vida de Píndaro, lo demuestra el modo como declara su igualdad con los patronos que canta. Simónides obraba como los grandes hombres literarios. Píndaro se alaba algunas veces de su genio, pero hace la impresión de que piensa más en sus antepasados. En otra cosa es también diferente de Simónides. Píndaro fué el vaso escogido por el sacerdocio en general: un devoto de Rea y Pan, y más que todo, del Apolo dorio. Fué el intérprete de la rehabilitación de la Religión tradicional que irradiaba desde Delfos. El mismo gozó de especiales privilegios, durante toda su vida, en dicho santuario, y, después de su muerte, fué invitado anualmente su espíritu á la fiesta del dios. Los sacerdotos de Zeus Amón, en el desierto, conservaban sobre sus altares uno de sus poemas escrito en letras de oro.

Estos hechos explican, en todo aquello que necesita explicación, el gran lunar de la vida de Píndaro. Vivió en la época de la guerra contra los persas; vió los

comienzos del gran período de la ilustración y del progreso de los griegos. En esas dos crisis sostuvo, como siervo equivocado de la tradición sacerdotal y de las preocupaciones de raza, el partido de Beocia y de Delfos. Se debía esperar, cuando Tebas siguió la causa de los persas, que este poeta, amigo de los estadistas y reyes de varias comarcas y afecto á Atenas, hubiese protestado. Por el contrario, aunque después de haberse ganado la guerra, escribiera la *Nemea IV* y el ditirambo en pro de Atenas, durante la crisis dió, según dice Polibio, «una muy vergonzosa é injuriosa negativa». ¡Escribió un poema, del cual se conservan dos versos grandemente desvariados, hablando de paz y de neutralidad! Esto es característico de este hombre. Contemplando las mejores obras de Píndaro, al admirarle por su majestuoso encadenamiento, por la fuerza mágica del lenguaje, por sus brillantes relámpagos de semirevelados misterios, frecuentemente nos extraña que no se cuente á este hombre como el más grande poeta que ha vivido hasta hoy; ¿por qué no ha trabajado más?, ¿por qué no ha dejado mayor número de poesías? La contestación acaso estriba en que era un poeta, pero nada más que un poeta. Pensaba musicalmente; se deleitaba en vivir entre grandes y hermosas imágenes: Heracles, Aquiles, Perseo, Jasón, las hijas de Cadmo. Cuando alguna parte de las preferidas leyendas se oponía á su sensibilidad moral, la pasaba por alto, procurando, cuidadosamente, no expresar escepticismo, y rehuyendo, con igual cuidado, de hablar mal de ningún dios. Amaba la poesía y la música, especialmente la suya propia. Como hecho material, no había en el mundo poesía como la suya, y cuando otros poetas cantaban, desentonaban para él, diciendo que lo hacían «como cuervos».

Amaba la religión, y bajo el punto de vista emocional, es un poeta religioso. El comienzo de la *Nemea VI* es muy característico; también lo es el final de la obra, cuya fecha se cree ser la última *(Pítica* VIII): «Cosas de un día! ¿Qué somos y qué no somos? Un sueño, respecto á una sombra, es el hombre; únicamente cuando cae sobre él algún esplendor dado por los dioses, le rodea una luz de gloria y su vida es agradable.» «¡Oh feliz madre Egina!, conserva esta ciudad en el camino de la libertad, con Zeus y el príncipe Eaco y Peleo y el buen Telamón y Aquiles!» Versos ricos de profunda emoción, á pesar de asemejar pueriles letanías de santos tradicionales. Sus des! cripciones religiosas distan muchas veces de ser felices, como en la *Olimpia I;* otras ofrecen ligeros progresos. Por ejemplo, el viejo mito dice que la ninfa Coronis, amada por Febo, le fué secretamente infiel, pero un cuervo vió su infidelidad y la refirió al dios. Píndaro lo corrige: «La inteligencia del dios que lo ve todo» no necesita la ayuda del cuervo. Se halla por completo en su sentido religioso dentro del movimiento de Delfos, es decir, de la oposición á toda reforma que venga de fuera. Píndaro es un moralista. Su forma más favorita de adorno es la predicación parentética; nos la presenta como al descuido, del mismo modo que se ofrecen las argucias verbales y las asonancias en Shakespeare. Pero la esencia de su moralidad no há adelantado mucho respecto á Hesíodo; fuera de que, donde éste excita al trabajo y al ahorro á su campesino, Píndaro exhorta á su noble para que trabaje para el honor y sea generoso. Su ideal se deriva en línea recta de la tradición aristocrática de los dorios. Hay que partir del hecho de ser bien nacido, valiente y fuerte; sólo entonces pueden hacerse dos

cosas: *trabajos* y *gastos:* trabajos corporales y espirituales; gastos de tiempo, de dinero y de fuerza en busca de ἀρετά (bondad). Pero, ¿qué es la bondad? La suma de las cualidades del verdadero dorio que desciende de los bien nacidos, trabajadores sin miedo, incansables combatientes de los enemigos de los dioses y de los hombres, de Heracles. No es absolutamente necesario ser rico, pues había espartanos pobres; ni ser de hermoso aspecto, es fácil que algunos de sus victoriosos púgiles fuesen todo lo contrario. Pero es preciso haber obtenido honores y renombre. Algunos comentadores excéntricos han llegado á traducir ἀρετά por «éxito en los Juegos», lo cual implica bastante en su ideal la suposición de que el éxito en los torneos entraba no poco en el que alentaba á los caballeros medio-evales.

Píndaro no es infiel á su ideal. El estraño aspecto que algunas veces reviste, de abyecto carácter mundano, no proviene de que le abandone su idealismo, sino de que no tiene sentimiento sobre los hechos. Lo que él amaba era el real heroísmo. Pero él no podía comprenderlo fuera de su tradicional modo de pensar; y cuando existía de esta forma, su propia imaginación le bastaba para crear el heroísmo. Le conmovía el santo esplendor de Delfos y Olimpia; era aficionado al sentido de distinción y de apartamiento del vulgo que caracteriza á la corte de un gran príncipe é idealizó á Hierón, sólo caracterizado por su poder, con igual facilidad que al realmente bizarro Cromio. No quiere esto decir que identifique de un modo consciente el éxito con el mérito; más bien ocurre todo lo contrario. Hállase profundamente impresionado ante el poder de la envidia y de los procedimientos indignos, ante la victoria del astuto jonio Ulises sobre el sencillo Eácida

Ayax. Acaso este principio es el que le ayudaba á comprender el por qué de la gran reputación de Simónides, y de que un populacho de marineros atenienses sin propiedades físicas y sin grandes territorios pudieran producir tanta agitación en el mundo.

Es un extraño capricho de la historia que no se hayan conservado más que sus «epinicios», cantos en alabanza de los vencedores en los Juegos sagrados que se celebraban en Olimpia, Pito, Nemea y en el Istmo. De todos sus diez y siete libros: «Himnos; Peanes; Ditirambos, dos; Prosodias, dos; Partenias, tres; Cantos de baile, dos; Encomios; Cantos de duelo; Epinicios, cuatro; los cuatro que poseemos no hubieran sido, regularmente, los cuatro que hubiéramos escogido, y sin embargo, hay en esta clase de cantos algo que conviene al genio de Píndaro. En una palabra, no nos interesa mucho lo que pudo escribir fuera de ellos. Dos de sus más sublimes poemas son en alabanza de varias carreras de mulas. Si nos interesa muy poco el hecho de que Jenofonte de Corinto ganase el estadio y el pentatlo de Olimpia en el siglo V antes de Cristo, tampoco debiera interesarnos mucho que el joven rey Eduardo fuese ahogado en el siglo XVII después de Cristo. Poemas como *Lícidas* y la *Olímpica XIII*, son independientes de los hechos que les dieron origen. Además, no se puede apartar de Píndaro la genuina afición por los caballos, cocheros y jinetes. Si un caballo de Cinoscéfalo ganó alguna vez una carrera local, el muchacho Píndaro y sus compañeros de aldea, debieron sin duda, haber hablado con verdadero entusiasmo de los caracteres de aquel caballo y de los procedimientos de su domador. Sea que el poeta fuera ó no pagado con esplendidez por las referencias que da de Melesias el «profesional» y de los distintos tíos y

abuelos de este vencedor, los introduce en su poesía con gran apariencia de espontáneo interés. Parece como si fuera uno de esos seres completamente desinteresados para sí que no sienten gran diferencia en sus emociones. Demuestra grande impresión á la vista de la mesa de Hierón, espléndidamente puesta para un banquete, ante un combate cuerpo á cuerpo, ó una carrera de caballos, de igual modo que la siente ante el pensamiento de los trabajos y gloria de Heracles; y cada una de estas emociones le excita para cantar.

Píndaro era, en realidad, tres años más joven que Esquilo; y sin embargo, parece pertenecer á la generación anterior á Simónides. Su carácter y hábitos de pensar son completamente arcaicos, del mismo modo que su estilo. Como en otros géneros de la literatura griega, la lírica desde la obscuridad va elevándose á la claridad. Llegó á ella con Simónides y Baquílides; Píndaro nos vuelve hacia atrás hasta Alcman. Es difícil de leer; ¿puede alguien haberle entendido cuando era cantado? El nos dice que su dulce canto «navegará, desde Egina, en las cóncavas naves y en las pequeñas barcas de pesca», así que se separen en dirección á su patria después de la fiesta (*Nemea* V). Pero, á duras penas, puede creerse que los pescadores dorios puedan apoderarse, en una sola audición, de un canto tan difícil. Acaso se acordarán tan sólo del tono de la misma y de la noticia de su victoria. Estaba orgulloso de su música, y Aristóxeno, el mejor juez que tenemos sobre esta materia, no puede alabarle bastante. Aun hoy, perdido por completo todo resto de su música y reconocido espureo, el fragmento musical de Mesina (*Pítica* I), se nota que las palabras necesitan del canto para ser inteligibles. La mera expresión y la emoción

de la *Pítica* IV ó de la *Olímpica* II—para tomar dos tipos completamente opuestos—impelen á las palabras hacia un canto, variando entre el lento y el apresurado, el alto y el bajo. La cláusula final, suena como música: παλίγκοτον δαμασθέν *(Olímpica* II), y es algo más que «irritado y subyugado». El rey de los Epeos, cuando «atravesando el profundo canal y yendo hacia su muerte, vigilaba—ἴζοισαν ἐὰν πόλιν—su propia ciudad para que no se sumergiese» *(Olímpica* XI, 38), hace que nuestro espíritu, instintivamente, repita el eco del «*mi propia*» de las últimas palabras; del mismo modo, Pélope suplicando «por el rompimiento gris de las olas—οἶος ἐν ὄρφνᾳ—sólo en la obscuridad» de la *Olímpica* I; ó como el maravilloso sonido de trompeta de la *Pítica* IV (antes V), con la resonante palabra τιμάν. Muchos de los admiradores de Píndaro convienen en afirmar que los pensamientos que excita en nuestra imaginación, no provienen solamente de sus palabras, sino más bien de su música.

Pero los aficionados verdaderos son pocos. Es difícil en el original por su dialecto, por su encadenamiento, por lo elevado de su espíritu; todo son dificultades para ser entendido; los usuales lectores hállanse perdidos en la mezcolanza de las mulas y la luna nueva, entre los domadores y los Eácidas. Las traducciones—á pesar de la gran habilidad de algunas de ellas—le presentan, acaso, de un modo más grotesco que á cualquier otro poeta; y esto proviene, según hemos visto más arriba, del sencillo motivo de que no es otra cosa que poeta. Hay en él poca retórica, ninguna filosofía, muy poco interés humano, únicamente aquel hermoso florecimiento—que él llama ἄωτος—y que proviene de la concordancia del lenguaje más sentimental, con el más exquisito pensamiento, y que «ni siquiera un dios,

aunque trabaje intensamente», puede conservarle incólume en otra lengua.

Píndaro sufrió muy pocas influencias, así de los sucesos de su propio tiempo, como de los escritores anteriores. Naturalmente, influyeron en él Estesícoro y Homero. Hay algunas notas que parecen, con toda seguridad, un eco de Esquilo: La erupción del Etna se encuentra referida en ambos; pero Píndaro parece completamente original en su espléndida descripción (*Pítica* I). Es posible que su gran verso: λῦσε δὲ Ζεὺς ἄφθιτος Τιτᾶνας, sea sugerido por la trilogía de Prometeo, de la cual es esta gran lección: «El infinito Zeus libertó á los Titanes.»

V

LOS COMIENZOS DE LA PROSA

INSCRIPCIONES

Las primeras muestras de la prosa griega se hallan grabadas en piedra ó en bronce, hecho del cual no debe sacarse otra consecuencia, que la de que estos materiales son más duraderos y han sobrevivido á las maderas, ceras y pergaminos contemporáneos. En la época del tratado entre Elis y Herea, en el siglo VI, debió existir gran abundancia de correspondencia comercial y diplomática, y aun en época mucho más anterior, antes que se conviniera el último tratado entre Oyante y Calión, regulando el derecho de las prosas de guerra (σῦλαι) y fijando la suave multa de cuatro dracmas por ejercer esta forma de piratería en sitios prohibidos. Pero parece que la prosa más primitiva debió ser, en su esencia, semejante á estas inscripciones: un registro de terrenos, cuidadosos reglamentos de pública importancia, que no debían ser confiados al juego de la imaginación de un poeta y á las exigencias del metro. Especialmente los templos hallábanse llenos de tales escritos. Encontrábanse en ellos noticias referentes á motivos de impiedad. En Iáliso, por ejemplo, la diosa Alectrona anunciaba una multa de 10.000 drac-

mas, en castigo de entrar en su recinto caballos, mulas, asnos y hombres con calzado de piel de cerdo. Había relatos públicos detallados de acontecimientos. Había recuerdos de las contestaciones que había dado el dios, grabadas á costa del devoto; de las molestias que había especialmente aliviado, grabadas, presumiblemente, por las autoridades del templo. En los templos médicos de Cos, Rodas y Cnido, existían, por lo menos en el siglo VI antes de Cristo, abundantes notas de interesantes enfermedades, dando los síntomas, el tratamiento y el resultado. Había también, sin duda alguna, recuerdos de los prodigios y de sus expiaciones. Existían además, seguramente, listas de sacerdotes y sacerdotisas, que algunas veces se agrandaban en forma de crónica.

Todos estos escritos eran objetos públicos y sujetos á cierta compulsa. Pero había, además, libros exotéricos no expuestos á la crítica del vulgo. Las reglas del ceremonial, unas veces se publicaban y otras no; los Exegetas de Atenas poseían recuerdos secretos de agüeros y decisiones sobre puntos de ley ó de conciencia; en Delfos y en otros centros, donde la tradición era rica, se conservaban ὑπομνήματα (memorias) escritas de las leyendas que los servidores del dios deseaban conservar. Y además, fuera y por encima del culto oficial del templo, había allí predicadores y profetas privados y no autorizados, defensores de misterios, vendedores de oráculos, perdonadores de pecados—hombres como Onomácrito, Tisameno el Iámida, Lampón, y los distintos Bacidas, cuyas leyendas románticas y sombrías pueden verse frecuentemente indicadas en Heródoto. Pero, además, estaban las familias nobles que poseían escuetas genealogías, á menudo en verso, y en forma conveniente para el cotejo y

para su fácil recuerdo entre el público. Pero en esas propias genealogías las diferentes ramas del mismo tronco tenían condiciones para dar lugar á versiones contradictorias, y cuando esto ocurría con las vidas ó las muertes, que podían ser olvidadas ó erróneamente representadas, las familias hacían bien en guardar en sus propias manos recuerdos auténticos, convenientemente comprobados.

LA FICCIÓN

Encontramos ahora otra tendencia que contribuye á la formación de la prosa histórica, la vieja afición á las ficciones *(Lust zum Fabuliren)*, que toma la forma de interés por las personas y deseo de conocer sus caracteres y narraciones. El cuento es una hermana menor y más joven de la leyenda épica, que no puede distinguirse de ella bajo ciertos puntos de vista. Es imposible leer los relatos que poseemos de Solón, Creso, Demócedes, Polícrates, Amasis, sin comprender que nos hallamos en pleno reino de imaginativa ficción. Estamos más cerca del hecho que en la epopeya, y, además, este hecho es mucho más humano. Los personajes no son ya dioses ó héroes, sino profetas aventureros, sabios, reyes destronados; el original narrador ya no es la Musa, sino un viajero jónico. También puede suponerse que existe, por lo menos, cierta verdad en los caracteres. Pero esto es ir más allá de lo que tenemos derecho; sir John Falstaf no es, psicológicamente, verdadero para Oldcastle el Lollardo; no hay razón para suponer que el rey novelesco Amasis, se parezca al egipcio Ahmés, ó para dar crédito á la melíflua sabiduría de

nuestro Creso, como positiva del conquistador de la Jonia. Es cierto que una vez creado, subsiste generalmente este carácter; pero esto ocurre también con los hombres de la epopeya.

El cuento se constituyó como literatura en una época muy temprana. Los famosos cuentos milesios y sibaritas deben remontarse al siglo VI antes de Cristo, á una época anterior á la destrucción de Sibaris y á la ruina de Mileto. Algunos ejemplos que han sido conservados en la tradición posterior, «La viuda de Éfeso», de Petronio, y muchos trozos de Apuleyo, son puras ficciones, cuentos en el tono de Boccaccio, con personajes imaginarios. Pero cada uno de ellos atestigua la creencia de que, en su primera forma, iban unidos á nombres históricos, como las anécdotas de Heródoto; y como materia de hecho, el fragmento más antiguo de la prosa novelesca griega que se conoce (1), tiene por héroe y heroína á Nino y Semíramis.

LAS CRÓNICAS

En el sentido estricto de la literatura, los primeros relatos legendarios en prosa son las crónicas (ὧροι) de las ciudades jónicas, seguidas muy de cerca por las de Sicilia. No se ha conservado ninguna colección de «Horoi», á menos que se considere el Mármol de Paros como un intento de abreviación de los «horoi» de toda la Grecia. Para el aficionado á la antigüedad queda aún por decidir la fecha á que deben remontar, en nuestra actual tradición, los antiguos anales de cada una de

(1) *Hermes*, XXVII, 161 y sig.

las ciudades. Algunas genealogías locales, por ejemplo en varios de los escolios á Apolonio, lo hacen así claramente, como también respecto á la piedra meteórica que cayó en Egospótamos en la Olimpíada 78; y así también con la «Blanca golondrina, no más pequeña que una perdiz», cuya aparición en Samos tiene una nube tal de testigos (1). Una crónica siracusana parece haber sido la fuente del recuerdo que hace Tucídides (VI, 1, 5) de las fundaciones de las ciudades Italianas y de Sicilia; hállanse fechadas, con la fundación de Siracusa, tomada como la grande era del mundo y que no necesita especificación más completa. El origen de una crónica cualquiera se pierde, naturalmente, en la obscuridad. Como la epopeya en sus primeros tiempos, como las leyendas y sus comentarios, y los libros filosóficos de texto en las varias escuelas de la antigüedad posterior; como las catedrales de la Edad Media, las crónicas fueron continuadas y alteradas y agrandadas por una sucesión de editores.

Los nombres de los cronistas más antiguos tienen un carácter mítico. La Crónica de Corinto, fué escrita por el mismo «Eumelo», el Homero Corintio; la de Efeso, por «Creófilo»; la de Creta, por «Epiménides». La de Mileto, reconocida comúnmente como la más antigua de todas, fué la que primeramente escribió Cadmo ¡al inventar las letras! Es llamado «Cadmo de Mileto», aunque por su nacimiento era fenicio, del mismo modo que el cronista Argivo es llamado «Acusilao de Argos», aunque fuese natural, lo mismo que Hesíodo, de una pequeña aldea de Beocia. Dícese que

(1) De dicha piedra se habla en el Mármol Pario; los testigos de la Golondrina son Aristóteles (frag. 531), Antígono Caristio, Heráclides Póntico y Eliano al citar á Alejandro Mindio.

consistía su crónica en el Hesíodo puesto en prosa y «corregido». Pero este Acusilao (Pueblo oyente), no es aún bastante nebuloso para ser un autor real; él no hizo más que transcribir su relato de las tablas de bronce que su padre halló ¡enterradas en el campo! La crónica de Atenas, elaborada más tarde por algunos hombres tan hábiles como Clidemo, Androción, Filócoro, no ha dejado tradición alguna de su origen. Un tal MELESÁGORAS, que sabía por qué no se había visto jamás ningún cuervo sobre la Acrópolis, parece representar la crónica sagrada de Eleusis, y aun, en parte, la de Atenas. Existen algunos fragmentos importantes atribuidos á «FERÉCIDES»: Suidas distingue tres de este nombre, respectivamente nacidos en Siros, Leros y Atenas; los eruditos modernos, generalmente reconocen la existencia de dos de ellos: un filósofo del VII siglo, de Siros, y un historiador ateniense del del V siglo, natural de Leros; mientras que un estudio crítico de los fundamentos de ambos, reduciría, probablemente, la lista á uno solo—cuya crónica comenzaba con el origen de los dioses, y contenía las «palabras de Orfeo»—un casi mítico *«de extendida fama»*, paralelo al «Pueblo oyente» de Argos.

Los primeros cronistas verdaderos vinieron de la Jonia y de las Islas, hombres pensadores é ilustrados que pusieron por escrito los recuerdos y la tradición oral: BIÓN de Proconeso, que trabajó sobre Cadmo; DIONISIO de Mileto, acaso el primero que templó los recuerdos de la Jonia no heroica, con las grandes acciones de la Persia; CARÓN de Lampsaco, cuya obra debe haber sido algo semejante á la de Heródoto relatando la historia persa y etiópica, detalles de la vida de Temístocles y contando los viajes más allá de las columnas de Hércules; EUGEÓN de Samos, JANTO de

Lidia, y algunos otros más que conducen hasta la gran tríada de Hecateo, Herodoro y Helánico.

En Occidente la cosa es completamente diversa. Existía allí una rica y trágica historia, y una gran literatura imaginativa, pero no se encontraron juntas. No hay escritores de historia hasta la época en que el antiguo Heródoto fué á terminar sus días en Turio. Entonces ANTÍOCO, de Siracusa, publicó unas memorias de Occidente, alcanzando por lo menos hasta el año 424 antes de Cristo. El problemático HIPIS, de Regio, debe haber escrito en la misma época. Los occidentales poseían, indudablemente, las memorias de sus templos y produjeron un numeroso grupo de historiadores en la generación posterior á Tucídides; pero en los comienzos de la composición en prosa, es muy significativo que trataran de literatura antes que de historia. TEÓGENES, de Regio (520 antes de Cristo), es considerado como el primer erudito homérico; no sabemos más, sino que explicó algo «alegóricamente» y trató de la guerra de los gigantes. GLAUCO, de Regio, escribió «Sobre los Poetas», dando, no sólo sus nombres y fechas, sino que también sus estilos y tendencias, y afirmando á qué autores originales había «admirado» ó seguido, cada poeta desde Orfeo para acá, pues éste no «admiró á nadie, porque no había habido ninguno otro antes de su tiempo». Esta tendencia y este interés hacia la literatura estricta, es lo que explica la existencia de Gorgías.

Si buscamos en la Grecia oriental críticos de Homero, los hallaremos únicamente en los cronistas de las ciudades, que tenían especial relación con aquél, como ANTÍDORO, de Cumas, y DAMASTES, de Sigeo. Sin embargo, la prosa literaria más elevada tuvo su nacimiento en el Oriente, en aquella investigación cien-

tífica, en su sentido más ámplio, que los Jonios llamaron ἱστορίη, y que los Atenienses designaron, aparentemente, con el nombre de φιλοσοφία. Podemos aplicar al siglo VI la terminología del IV, y distinguir la *filosofía* de la *historia*. Pero cuando Solón, el filósofo, «recorrió mucha tierra en busca de sabiduría», estaba haciendo lo mismo que los historiadores Heródoto y Hecateo. Y cuando este último hizo una «Tabla» del mundo, con su geografía y su antropología, hacía compañía á los filósofos Anaximandro y Demócrito. «Historia» es investigación y «filosofía» es amor á la ciencia. Las dos cubren en una gran extensión el mismo campo, aunque, en su conjunto, la filosofía tiende más á la verdad final y menos á los hechos especiales; y lo que es más importante, la filosofía es, generalmente, la obra de una escuela organizada, con mayor ó menor fijeza ó semejanza en sus doctrinas: Milesios, Pitagóricos, Eleáticos, mientras que el «histórico» es más bien un viajero y un narrador de anécdotas.

Un libro en prosa, durante el siglo VI, era el resultado de la «historia» de un autor, fuera del caso de los libros de texto de una escuela filosófica; era su «Logos», lo que tenía que contar. Ni el libro en sí ni la clase literaria á que pertenecía, poseían nombre alguno. La primera sentencia servía, en cierto modo, de título á la obra. La forma más sencilla es: «Alcmeón, de Crotona, dice esto»; «Este es el resultado de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso». En una «historia» más especial: «Antíoco, hijo de Jenófanes, puso juntas estas cosas sobre Italia»; ó sin citar el nombre del autor: «Esto es lo que digo sobre el Cosmos» (Demócrito). «Relativamente á la enfermedad llamada *sagrada*, esto es lo que hay» (Hipócrates). ¿Y qué era el hombre que así escribía? Sencillamente un

λογογράφος ó λογοποιός, puesto que había hecho un «Logos». Probablemente, era γεωγράφος y θεολόγος; regularmente también φιλόσοφος, y á los ojos de sus admiradores un σοφὸς ἀνήρ. Si era preciso citar su obra, innominada y sin capítulos, había que usar de alguna frase descriptiva. Del mismo modo que al referirse á la parte media, en Homero, se decía: «Homero, en su *baño de pies,* así se habla de: «Hecateo, en *Asia* ó en *su relación de Asia»;* «Carón, en la parte *sobre Persia»;* «Anaximandro, *sobre las estrellas fijas»* ó en *«la descripción del mundo»*. La tradición posterior tomó tales referencias por los títulos de obras diferentes, é hizo escribir los libros, por docenas, á varios autores primitivos.

La epopeya más antigua había sido tomada, en sí misma, como un hecho real. Carecía de autor, ó se atribuía su obra á uno imaginario ó semidivino; así ocurrió también con el cuento, con la crónica y, naturalmente, con los comienzos de la especulación y de la cosmología. En el estadio inmediato, un libro es la obra de una corporación, de un gremio de poetas, de una escuela de filósofos, de una secta de devotos, de una junta de oficiales. Primeramente «Homero», «Esopo», «Hesíodo», «Orfeo», «Cadmo»; más tarde «los Homéridas», los Pitagóricos, los Orficos y los Ὅροι Μιλησίων. El estrecho lazo de la vieja vida civil de los griegos tenía que romperse, antes de que un individuo aislado pudiera abrirse paso, personalmente, y expresar sus consideraciones y sentimientos en la sagrada majestad de un libro. Arquíloco y otros, lo habían hecho ya en la poesía. En la prosa comienza á establecerse esta época con un libro, cuyas palabras iniciales debieron sonar en los oídos de los hombres, como el fragor de una trompeta: «Así habla Hecateo

de Mileto. Escribo lo que considero verdad, puesto que las tradiciones de los griegos me parecen de múltiples sentidos y ridículas.»

HISTORIA

HECATEO

HECATEO fué un hombre de elevado rango; descendiente de un dios en su décimasexta generación, según siempre lo había sostenido hasta que se lo refutaron los sacerdotes, de la Tebas egipcia (1); viajero de rara especie, como su contemporáneo Escilax, que navegó desde el Indo hasta el mar Eritreo, como Eudoxo de Cícico, bajo Ptolomeo II, en cierto grado semejante á Colón, hombres cuya grande osadía se hallaba al servicio de una inteligencia aún más grande. Viajó á lo largo de las costas del Mediterráneo, por el imperio Persa y por Egipto, acaso por el Ponto, la Libia y la Iberia, siempre ἱστορέων «procurando investigar». Le conocemos, principalmente, por las críticas y anécdotas de Heródoto, quien se aparta de él al tratar del origen del Nilo (II, 21) y en la existencia del río Océano (II, 23), y acoge con reserva su relato de la expulsión de los Pelasgos del Atica (VI, 137), pero reviste de un carácter de grandeza su historia general del hombre.

En el primer hervor de la insurrección de la Jonia

(1) Heródoto, II, 143.

(V, 36), Mileto buscó el consejo de su grande hombre; sin embargo, no lo siguió. Excitó á sus compatricios á no rebelarse «diciéndoles todas las naciones, sobre las cuales mandaba Darío y el poder de éste». El hombre sabio era frío y hablaba de un modo superior al talento de sus conciudadanos. Para el caso de que quisieran insurreccionarse, les excitó á que se apoderaran de los tesoros de Apolo en Branquidas—de no hacerlo ellos, lo harían también los persas—y de construir una flota que pudiera dominar en el mar Egeo. ¡Aquel hombre sabio fué criticado por su impiedad! Aristágoras y el pueblo prefirieron los procedimientos usuales; fueron en todas partes derrotados y vieron caer, sin lucha, en manos del enemigo aquellos tesoros. Otro consejo les dió, cuando parecía desesperada ya su situación, excitando á Aristágoras para que no huyese á otra parte, sino que fortificando la isla de Leros, dominara el mar é intentara nuevamente reconquistar á Mileto. Esto es todo lo que él hubiera deseado que hubiese hecho la Jonia mirando hacia atrás en su amarga historia, y que, más tarde, en la leyenda, constituyó los desechados consejos de su gran Hecateo. Él fué quien medió también con Artafernes para evitar la destrucción de las ciudades conquistadas, consiguiéndolo después de no poco trabajo.

Hecateo no era un artista literario como Heródoto; era un pensador y un obrero. Su estilo, según Hermógenes (II siglo antes de C.) aficionado á lo arcaico, era «puro y claro y en singular modo agradable»; aunque, en su conjunto, el libro tuviera mucho menos encanto que el de Heródoto, tanto más cuanto que ofrecía mayor número de mitos y otras cosas semejantes. No hay que poner mucha confianza en estas últimas palabras; la historia para Hecateo, consistía en las épo-

cas que hemos abandonado nosotros como míticas, y, mientras desechaba las tradiciones griegas, seguía á menudo las egipcias. Pero teniendo en cuenta las palabras que comienzan su obra, no podemos hablar de «su credulidad» ó hacerle responsable por la leyenda de que una perra de Eneo diese á luz una cepa de viña (1); acaso mencionaba esta fábula para ridiculizarla. En su obra geográfica fué la autoridad capital durante varios siglos; y, aunque no es de presumir que su racionalismo fuese muy fundamental, sigue siendo una gran figura en la historia de la literatura y en el progreso de la humana inteligencia. Hecateo representa el total espíritu de su época, la investigación, el racionalismo, el hábito literario. Heródoto es la más típica ilustración de la última de estas tendencias; para las otras debemos escoger á dos escritores que no nos han sido conservados, Herodoro y Helánico.

HERODORO

Herodoro de Heraclea, padre del sofista Brisón, del cual se dice que sus diálogos influyeron en los de Platón, es el racionalista típico de los tiempos primitivos. Su obra era un relato crítico de los recuerdos más antiguos, ocupándose, de un modo principal, de su nativa ciudad y de su fundador Heracles, pero relatando también otros puntos, por ejemplo, lo referente á los Argonautas y Pelópidas. Su método ha perdido para nosotros todo su encanto; pero pensaba profundamente y prestó un gran servicio á la humanidad. Pro-

(1) Frag. 341.

meteo atado, desgarrado por un águila y libertado por Heracles, no era otra cosa que un jefe escita de la comarca que riega el río llamado Aquila, y que, según es bien conocido, posee desbordadoras olas. Los habitantes pensando (segun Hesíodo imaginaba) que los desbordamientos eran un castigo por los pecados de los príncipes, ataron, esto es, encarcelaron á Prometeo, hasta que Heracles, de quien se recordaba haber recibido de Atlas «las columnas de la tierra y del cielo», esto es, los fundamentos de la astronomía, de la geografía y de la ciencia práctica, arreglaron el curso de aquel río en dirección apropiada hacia el mar. Laomedonte también se decía haber defraudado á Apolo y á Posidón de sus honorarios por haber edificado para él los muros de su ciudad; esto era la cosa más sencilla: tomó dinero de sus templos para aquella edificación y luego no lo devolvió (1). Acaso era parte del método de Herodoro el dar la forma común de las leyendas antes de criticarlas, puesto que le hallamos citado lo mismo que Hecateo, como una autoridad para alguna de las más absurdas fábulas, que seguramente debió haber explicado. No era, sin embargo, un escéptico sin imaginación: fué tan lejos en este orden, que creía en la muy auténtica tradición de que el león de Nemea había caído de la Luna. Esto era causa de que imaginaba la Luna, no como una pequeña luz, sino como «otra tierra»; que los meteoritos y otras cosas semejantes caían probablemente de ella; que ciertos insectos y de un modo más notable los buitres, cuyos nidos, hasta donde él había podido descubrir, no se habían encontrado jamás sobre la tierra, venían, probablemente, de ella volando; él añadía, tal vez, que el león no había,

(1) Frag. 23, 24, 18.

verosimilmente, nacido en Nemea ni había atravesado, para llegar allá, el monte Hemus; que además, las descripciones que se hacían de él no concordaban con las de ningun león conocido. Esto no es «sencilla credulidad»: dado lo equivocado que estaba respecto á la distancia de la Luna hasta nosotros, es un error muy excusable de su racionalismo. Procuró sistematizar en gran manera la cronología—labor gigantesca que ningun Heracles griego pudo jamás realizar de un modo completo; sus estudios geográficos fueron amplios y cuidadosos (1), y todo lo que hizo, subsistió en el criticismo de la historia primitiva. ¡Cuán diferente es, sin embargo, aunque no inferior en su género, al talento de Heródoto y de Tucídides!

LOS PRIMEROS HISTÓRICOS

HELÁNICO

HELÁNICO de Lesbos, es de una fecha tan remota, que su *Attis* * se menciona por Tucídides (I, 97), y contenía una mención de la batalla de las Arginusas (2), lo cual indica que fué publicado poco después del año 406 antes de Cristo. Helánico es más joven que Heródoto, pero más viejo que Tucídides. La fecha es de interés porque el método general de la obra de Helánico, sean las que sean sus condiciones de detalle, no es el de Hecateo ó Heródoto, ni el de cualquiera de nuestros historiadores, sino simplemente el de un Aris-

(1) Frag. 20, 46.
(2) Escolios á las *Ranas* de Aristófanes, 694, 720.

tóteles más rudo. Dirigióse directamente á los recuerdos locales provenientes de las inscripciones ó de la tradición oral. Coleccionó una gran masa de definidos y autorizados fundamentos de los hechos; los puso en orden mediante un sistema completo de cronología; hizo que cada historia local arrojara luz sobre las demás y recordó sus deducciones en una forma llena de trabajo. Desgraciadamente, el material que elaboraba era indigno de su método. Los hechos que coleccionó no eran propiamente tales, y el orden que siguió era peor que el honesto caos que le había precedido.

Comenzó, como muchos otros, por componer una *Pérsica* *; sus fragmentos parecen ser más antiguos que Heródoto y están llenos de los usuales «cuentos» griegos. La parte media de su actividad, se dedicó al estudio de los grandes grupos de leyendas, que le parecían preciosos almacenes de remota historia y que se hallaban entonces en peligro de desaparecer. Escribió la *Eólica* * y la *Troica* *; las locales tendencias del sitio de su nacimiento respecto á las tradiciones eólicas de Troya, explican su elección. Esas tradiciones eólicas le llevaban inevitablemente á la Tesalia para intentar un recuerdo de los descendientes de Deucalión *(Deucalionia* *). El segundo centro más rico de leyendas de la Grecia era Argos, y sus tradiciones eran casi completamente independientes de Tesalia. Acudió á Argos, y no sólo escribió la *Argólica* *, sino que, exigido por un método sucesivo, publicó también una lista de las sacerdotisas de Hera en Argos, como base de un sistema uniforme de cronología para toda la historia pasada. Acaso Tucídides usa de este recuerdo (1) tomándolo de Helánico, aunque fuese ya cono-

(1) II, 2; IV, 133.

cido antes en el Peloponeso. Mientras tanto, según parece, el sofista Hipias había formalizado su lista de las Olimpíadas, que establece época con los sucesivos vencedores en aquellos Juegos. Helánico le siguió con una lista de los vencedores en los Juegos de Apolo Carneo en Esparta. Después escribió Helánico un regular número de obras separadas. Diferentemente que Heródoto dió, sin disfraz alguno, las varias fuentes de que se sirvió, sin intentar moldearlas en un «logos» personal suyo. Parece haber dado nombre distinto á cada uno de sus libros: *Foronis* *, según era llamada la historia argiva del antiguo rey Foroneo, es pura y simplemente un título; y *Deucalionia* * tal vez una descripción ó acaso otro título. Después de esto, según toda probabilidad, marchó á Atenas y escribió su célebre *Attis* * (Ἀττική συγγραφή). Los atenienses de las generaciones anteriores, habían estado tan ocupados en realizar su historia, que no habían podido ocuparse en escribirla. El sabio forastero lo hizo por ellos. Es de lamentar que todo su interés se concentrara más en el pasado que en el presente. Comenzó por Ogiges que era rey 1020 antes de la primera olimpíada, y siguió sin piedad á través de todas las generaciones de nombres sin valor para llenar el hueco de las inmediatas centurias. Tomó su partida de la lista de Argos que se hallaba mucho más completa, y agrandó la de los reyes áticos, mucho más escueta, suponiendo la existencia de duplicados del mismo nombre. Cuando llega ya á los tiempos que deseamos más intensamente conocer —los cincuenta años antes de la guerra contra los persas—abandona, por completo, el método que había laboriosamente edificado para tratar de las leyendas al encontrarse con hechos concretos. «Breve é inexacto en sus fechas» es el juicio que de él nos ha

transmitido Tucídides. ¡Casualmente la grande gloria de este hombre estribaba en las fechas! Él contaba por generaciones, en los tiempos primitivos, y por arcontas anuales, así que fueron establecidos. Según toda probabilidad, Tucídides quiere indicar que el sistema de colocar los sucesos dentro del período del nombre de un arconta, era inexacto comparado con el suyo propio de dividirlos por veranos é inviernos sucesivos. Helánico fué un autor muy leído é influyente, pero duramente tratado por sus críticos. Éforo le pone «en el primer rango entre los embusteros» (1). Apolodoro dice: «Muestra el más gran descuido en casi todos sus tratados»; y Estrabón asegura que «mejor debe creerse á Homero, Hesíodo y á los trágicos». Esta última afirmación parece únicamente indicar que la tradición general, incorporada en las obras de los poetas, es más segura que la tradición local seguida por Helánico. Era un historiador capaz, sistemático y concienzudo, aunque es muy posible hubiera sido mejor para la historia que nunca hubiese existido.

---

(1) ἐν τοῖς πλείστοις ψευδόμενον. Comp. Josefo contra Apión, I, 3; Estrabón, x, 451 y xiii, 612.

VI

HERÓDOTO

HERÓDOTO HIJO DE LIXES, DE HALICARNASO (484? Á 425? A. DE C.)

Heródoto, el Padre de la Historia (1), era un desterrado y un narrador profesional de leyendas; no seguramente un «improvisatore», sino, en una prosa correlativa, un bardo, un narrador de sucesos de la vida real, un descriptor de comarcas extranjeras. Su profesión era de aquellas que tendía más, según dice severamente Tucídides, al éxito de producir un entretenimiento agradable que al descubrimiento permanente de la verdad; su primera necesidad era mover el interés del auditorio. Heródoto debió poseer este poder en toda ocasión en que abriese sus labios; pero parece haberse elevado por encima de su profesión y, en una serie de lecturas públicas, haber concebido la idea de una gran historia—acaso algo más que esto. Su obra no es sólo un relato de una lucha conmovedora, políticamente muy importante y terrorífica en el sentido espiritual; es también, acaso en un grado mayor que cualquier otro libro conocido, la expresión

(1) Cicerón: *De legibus*, I, 1.

completa de *un hombre,* la representación del mundo todo, vista á través de un espíritu y en una perspectiva particular. El mundo era, en aquel tiempo, muy interesante, y esa inteligencia, aunque fuertemente individual, fué una de las más comprensivas de que se guarda recuerdo. Todo el método de Heródoto, es altamente sugestivo. Es demasiado sensible para ser profundamente crítico ó para permanecer frío respecto á las más severas supersticiones del pueblo que vive á su alrededor: parte de su tendencia á ver la actividad de un dios moral en todos los sucesos interesantes de la Historia. Es impresionable, sensible, amante de la naturaleza humana, interesado por los detalles que son vitales para su relato, pero olvidadizo de ellos, si sólo constituyen hechos y personas; se apodera ávidamente de la atmósfera de la sociedad en que vive y consigue fácilmente descifrar las grandes influencias humanas, la sólida jerarquía personal egipcia ó el círculo deslumbrador de los grandes personajes atenienses; aunque siempre es sutil, frío y benévolo en sus juicios, se halla profunda é instintivamente convencido de la debilidad de la naturaleza humana, de las flaquezas de su heroísmo y de lo excusable de sus aparentes villanías. Su libro lleva, en lo bueno y en lo malo, el sello de este carácter y de esta profesión.

Era natural de Halicarnaso en el extremo Sud del Asia menor, ciudad mixta, en la cual una raza dórica se había superpuesto á sus naturales Carios y que había, después, competido con la alta cultura de sus vecinos jonios, mientras todos sus habitantes eran sujetos de la Persia: buena predisposición para un historiador que debía ser notable, por carecer de las preocupaciones de raza. Nació poco más ó menos en el año 484 antes de Cristo, entre los ecos del gran conflicto. Artemisa,

reina de Halicarnaso, combatió por Jerjes en Salamina y su nieto Ligdamis continuaba siendo tirano durante la época de Artajerjes, después de 460. Los primeros años viriles de Heródoto fueron empleados peleando bajo la dirección de su pariente, el poeta y profeta Paniasis, para libertar á su ciudad del tirano y de sus aliados persas. Él no menciona nunca estas guerras en su libro, pero debieron influir marcadamente en su carácter. Paniasis cayó en manos del tirano y fué sentenciado á muerte. Heródoto huyó á Samos. Al fin, no sabemos de qué modo, Ligdamis cayó y Heródoto volvió á su patria; el partido que se hallaba en el poder le era hostil por algún motivo;—acaso eran «autonomistas» mientras que él abogaba por una alianza con Atenas—y Heródoto comenzó entonces su vida de viajero. Halló una segunda patria en Atenas, donde fué amigo de Sófocles y, probablemente, de Pericles y Lampón. Finalmente, se decidió á marchar á Turio, por la concesión del derecho de ciudadanía en aquella población, modelo de las colonias internacionales que fundó Atenas en el Sud de Italia, en 443, en el sitio mismo de la dos veces arruinada Sibaris. No sabemos, de un modo preciso, su vida ulterior y sus viajes; visitó el Egipto hasta Elefantina, mientras aquella comarca estaba en manos de Persia, y, naturalmente, cuando ésta se hallaba en paz con Atenas, esto es, después de 447. Habia ya terminado entonces su gran viaje por Asia (II, 150) más allá de Babilonia hasta la vecindad de Susa y Ecbátana. Al mismo tiempo, hizo una expedición por el Mar Negro á las montañas del Ister ó á la Crimea y al país de los Cólquidos. Pericles atravesó en el año 444, con una gran flota, el Mar Negro; acaso Heródoto había sido empleado, de antemano, para examinar las condiciones de

aquella región. Además de esto, fué por mar á Tiro y parece haber viajado por la costa de Siria hasta los confines de Egipto. Fué á Cirene y vió algo de la Libia. Conocía la costa de Tracia y atravesó también, en todas direcciones, la Grecia, viendo Dodona, la Acarnania, Delfos, Tebas y Atenas, y en el Peloponeso, Tegea, Esparta y Olimpia.

¿Cuál era el objeto de todos estos viajes, y cómo un hombre que había perdido su patria y que, según toda presunción, no podía utilizar nada de sus bienes, se hallaba en condiciones para tales dispendios? Es una pregunta atormentadora y cuya contestación, seguramente, nos diría mucho de todo aquello que ignoramos acerca de la vida de Grecia en el siglo v antes de Cristo. Heródoto debió, en parte, viajar como comerciante; sin embargo, habla de un modo externo del comercio y, como era natural, dado el objeto de su libro, no sólo menciona los sitios de interés intelectual, con mayor calor que los centros de comercio, sino que parece haberlos realmente visitado. En un pasaje (II, 44) dice, de un modo explícito, que se hizo á la vela hacia Tiro para resolver un hecho que se contaba de Heracles. Parece ser cierto que era un profesional «logopeo», autor y recitador de «Logos» (cosas dignas de contarse), acaso en igual forma que Cineto y aun Paniasis eran autores y recitadores de «epos» (versos). La tradición anecdótica que habla de sus lecturas públicas en Atenas, Tebas, Corinto y Olimpia, seguramente tiene alguna parte de verdad. Viajó como viajaban los bardos y los sofistas; como los homéridas, como Píndaro, como Helánico, como Gorgías. Se hallaba seguro de un auditorio remunerador en las grandes agrupaciones de griegos; más allá del mundo griego podía, por lo menos, recoger interesan-

tes «logos». Puede obtenerse alguna luz más viva fijándose en el hecho, atestiguado por Diilo, el aristotélico (á fines del siglo IV antes de Cristo), de que Heródoto fué recompensado con diez talentos (más de 60.000 pesetas) por un decreto del pueblo ateniense á propuesta de Anito. No serían, sin duda, los honorarios de una serie de lecturas, sino más bien el pago de algún importante servicio público. Y parece más oportuno interpretar como tal servicio, la sistemática colección de noticias científicas sobre las regiones políticamente importantes para Atenas, como Persia, Egipto, Tracia y Escitia, para no hablar de otros estados, como Argos, que su defensa histórica de Atenas «salvadora de la Hélada» al abrirse la guerra del Peloponeso. Su mismo libro, tal como lo tenemos, se halla lleno de una información que debió haber sido de gran precio para todo político ateniense de la época de Pericles; y parece no hallarse destituida de fundamento la afirmación de que Heródoto debió haber almacenado, en gran cantidad, otras noticias, que pudo participar al ministerio de Estado de Atenas, pero que no se decidió á publicar para uso de toda la Grecia.

Las historias de Heródoto se hallan ordinariamente divididas en nueve libros, denominados según los nombres de las nueve musas. Esta división es, naturalmente, por completo post-clásica; Heródoto nada sabía de sus «musas», sino que encabezó simplemente su obra en esta forma: «Este es el relato de las investigaciones de Heródoto de Turio.» En nuestras ediciones se dice: « Heródoto de Halicarnaso», pero, según toda analogía, él debió escribir «de Turio», y así lo dice también Aristóteles. El comercio de libros de Atenas y de Oriente, que se dirigía á un público que no ignoraba que aquel hombre era de Halicarnaso,

intentó, naturalmente, comenzar sus rollos de aquel modo. Es el mismo caso que ocurrió con la *Anábasis* que apareció pseudónima como obra de Temistógenes de Siracusa (v. cap. XV); pero era cosa conocida que su autor había sido Jenofonte y el comercio de libros prefirió encabezarlo con el nombre más famoso.

Los últimos tres libros de Heródoto dan la historia de la invasión de Jerjes y su derrota; los primeros seis forman como una introducción, como un relato del gradual amontonamiento de todas las fuerzas del mundo á las órdenes de Persia, la desesperada rebelión de la Jonia contra aquel irresistible poder, y el estallido de la tormenta sobre la Grecia. A primera vista, la relación entre todo ello es difícil de comprender y apenas visible; únicamente cuando se va avanzando es cuando comienza á sentirse la creciente intensidad del tema: la concentración de todos los poderes y naciones, á los cuales hemos sido introducidos gradualmente, alrededor de un gran conflicto.

Partiendo de la enemistad mítica y original entre Asia y Europa, abre Heródoto su relato con la historia de Creso de Lidia, primer asiático que dominó alguna ciudad griega. Los «logos» lidios, ricos y llenos de imaginación, saturados con tradicionnes délficas, nos conducen á la conquista de la Lidia por Ciro y al imperio de la Persia sobre el Asia toda. La historia remota y la dominación de Media y Babilonia vienen como explanaciones de la grandeza de Persia y el relato continua con la conquista de Egipto por Cambises. El libro II, se halla completamente ocupado por los «logos» egipcios. Vuelve el libro III, á la narración general, al cruel reinado de Cambises sobre Egipto, al falso Smerdis, á la conspiración y coronación de Darío y á su sabia organización del imperio. En el

libro IV, Darío, pensando en ulteriores conquistas, marcha contra los Escitas y, por primera vez, la mano de Persia se levanta contra Europa en el Norte—aquí se ofrecen también los «logos» escitas; mientras que, entretanto, en la parte más meridional conocida, la reina de Cirene llama en su auxilio al ejército persa contra Barca y avanza también aquel terrible poder contra la Libia.—Aquí hay sitio también para los «logos» libios. En el libro V, mientras que una división del ejército que había ido contra los Escitas, se deja encomendada á Megabazo para dominar la Tracia—aquí se ofrecen también los «logos» tracios—Aristágoras, tirano de Mileto, excitado por su suegro el tirano anterior, cargado de deudas y temiendo las consecuencias de ciertos deslices militares, excita á toda la Jonia á una desesperada rebelión contra los Persas. Busca ayuda en los principales estados de Grecia y en las ciudades madres de los jonios. Esparta rehusa, pero Atenas consiente. Eretria, la vieja aliada de Mileto, va con Atenas; y, en el primer calor de la contienda, ambas pelean fuertemente contra el dominio persa y queman Sardes, únicamente para facilitar su inevitable retirada y hacer de su propia destrucción una necesidad para el honor persa. El libro VI ofrece la reducción completa de la Jonia, el fin de Aristágoras, la romántica y terrible fuga de todos aquellos habitantes ante la venganza de Persia; la mano del Rey se dirige contra Grecia. En el Norte avanza el gran Mardonio, continuamente vencedor, recobrando la Tracia y las islas y recibiendo la sumisión de Macedonia; en el Sud, Datis se dirige directamente, por mar, contra Eretria y Atenas. Al mismo tiempo llegan heraldos á todos los Estados griegos pidiendo «la tierra y el agua» muestras de la sumisión á la voluntad del Rey.

A través de todos estos libros, pero más que en todos en el VI, la historia de los Estados griegos ha sido recogida en digresiones y notas, de un valor histórico más elevado que la narración seguida de los sucesos de Asia. Datis desembarca en Eubea y cumple la primera parte de sus órdenes, borrando Eretria de la faz de la Tierra, y luego se dirige á Maratón para realizar la parte restante. Es detenido, no por los griegos unidos, ni aun por las grandes ciudades dóricas, sino únicamente por los atenienses y por una tropa de heroicos voluntarios de Platea, y en ese encuentro, con la ayuda de los dioses para la destrucción de aquel hombre, es derrotado. Después de esto se detiene la marcha de la narración. El libro VII tiene seguramente poco movimiento: hay en él la muerte de Darío y la sucesión de Jerjes; la larga formación de un ejército invencible, las preparaciones que «sacuden el Asia» durante tres años. Hay allí las agitaciones y oscilaciones del valor de varios Estados; el terror y el heroísmo difícilmente sostenidos; las averiguaciones ansiosas de los hombres que encuentran que los sencillos hechos son más desvastadores que su miedo; la terrible voz del dios, en quien se cree en Delfos, ordenándoles, únicamente, la desesperación y la huida, «familiarizan sus espíritus con los horrores». Atenas, que había ofendido al Rey, se hallaba perdida. Argos y las otras ciudades podrían comprar la vida con su sumisión y no juntándose á los héroes que se atrevían á combatir con los que eran mejores que ellos. Entonces comienza la excitación de la mayor parte de la Grecia por encima de su religión, la aglomeración de «aquellos que se hallaban mejor inspirados», y finalmente, la terrible narración del combate.

Mucho se ha escrito acerca de la composición de las

historias de Heródoto. Cae en digresiones con mucha facilidad, contiene repeticiones y contradicciones de detalle, y las referencias de sucesos y lugares fuera del curso de la narración suscitan no pocos problemas en la mente del lector concienzudo. Bauer respondió á esta cuestión con la hipótesis de que el libro había sido formado por la reunión de separados «logos», ajustado inorgánicamente entre sí. Kirchhoff sostuvo que la obra fué originariamente concebida como un todo gradualmente compuesto. Los libros I á III, 119, que no dan referencia alguna del Occidente, debieron escribirse antes del 447, y antes de que el autor llegara á Turio; algún tiempo después formó el fin del libro IV; finalmente, al comenzar la guerra del Peloponeso, volvió á Atenas, y en este tiempo de agitaciones escribió toda la segunda parte de su obra, libros V á IX. Había pensado continuarla mucho más allá, pero los disturbios del año 431 interrumpieron su obra que quedó sin terminar á consecuencia de su muerte. Macan supone que los tres últimos libros fueron los primeramente escritos, y que el resto de la obra es un proemio «compuesto de partes más ó menos independientes, de las cuales el libro II lo evidencia de un modo claro, mientras que el libro IV contiene otras dos partes en cierto grado menos manifiestas»; pero esta evidencia interna no puede decidir si alguna de dichas partes fué compuesta ó publicada independientemente.

Pocas son las cosas que parecen ciertas. Los últimos sucesos que menciona son el ataque de Platea en 413 antes de Cristo, la invasión subsiguiente del Atica por los Lacedomonios y la ejecución de los embajadores espartanos enviados á Persia en 430 (1). Sabe-

(1) VII, 233; IX, 73; VII, 137; Comp. VI, 91.

mos que se hallaba en Atenas después del año 432 á causa de haber visto terminadas las Propileas. Su libro debía estar fresco en la memoria del pueblo de Atenas en 425, puesto que Aristófanes parodia el comienzo del libro I (1). Argumentando por aquello de que no hace mención, es probable que no escribiese ya después de 424, cuando Nicias tomó á Citera (VII, 235), y, sobre todo, es seguro que no conoció la expedición á Sicilia en 415, ó la ocupación de Decelia en 413. Su asunto era la libertad de Grecia y el origen de la dominación Ateniense, y él murió antes que comenzase á bambolear esta dominación.

Lo que es evidente es que no vivió lo bastante para terminar su obra. Kirchhoff, sostiene que pensó llevar su relato hasta la batalla de Eurimedonte, momento decisivo en que los jonios libertados prestaron juramento de unión bajo la hegemonía de Atenas. Sostiene Kirchhoff que esta es la real conclusión de la «Médica»; no el sitio de Sestos, que es el último suceso que ofrece la narración actual (2). Y el mismo Heródoto, ¿no indica que pensaba continuarla más allá, cuando promete (VII, 213) decir «más tarde» la causa de la lucha en que el traidor Efialtes fué asesinado, suceso que ocurrió algún tiempo después de 476 ? Kirchhoff contesta afirmativamente, pero la conclusión no es convincente. La causa de la contienda puede haber ocurrido mucho antes que el asesinato, y es perfectamente notorio, por varios pasajes, que Heródoto considera todos los sucesos posteriores á 479-8 como fuera de la esfera de su historia. Los aparta comunmente con las palabras: «Pero estas cosas suce-

(1) *Acarnenses*, 524 sig.
(2) Meyer, *Rheinisches Museum*, XLII, 146.

dieron más tarde.» Esto parece indicar que llegó á esa última fecha, aunque no concluyera la revisión y corrección. Deja sin llenar la promesa respecto á Efialtes; menciona dos veces en lenguaje muy semejante, pero no idéntico (I, 175; VIII, 104), el hecho, ciertamente indigno de tan señalada distinción, de que cuando un suceso desgraciado amenazó la población de Pedaso, la sacerdotisa de Atene en dicha ciudad experimentó el crecimiento de su barba. Un hecho aún más notable es que hace referencia en dos sitios, á lo que dirá en sus «logos asirios» (I, 106; I, 184), los cuales no han sido hallados. La terminación actual de la obra es motivo de ardiente disputa. ¿Puede ser una mera anécdota sobre Ciro, hilvanada á un milagro nada importante de la tumba de Protesilao, la cúspide de la gran obra de toda la vida de un artista del lenguaje? Esto es cuestión de gusto. La afición á los episodios y á las anécdotas, es la debilidad capital de Heródoto, y el arte literario griego es aficionado á aflojar la tensión al final de una obra, más bien que terminarla en climax.

Respecto á los «logos asirios», el hecho más notable, es que parece que Aristóteles pudo verlos. En la *Historia Natural* (VIII, 18), dice que «los pájaros de garras encorvadas no beben. Heródoto (1) no conoció esto, pues que ha contado que un águila siniestra estaba bebiendo, en su relato del sitio de Nínive». Esto debe referirse á los «logos asirios».

Este indicio nos auxilia para una hipótesis, en cierto modo probable, respecto á la composición de toda la obra, y que puede arrojar cierta luz sobre los antiguos

(1) Algunos manuscritos dicen Ἡσίοδος, lo cual es difícilmente posible.

escritos en general. Si Heródoto pasó contando y escribiendo sus «historias» la mayor parte de su vida, debió, necesariamente, poseer mucho mayor número de materiales que los que nos ha transmitido, debiendo hallarse, sin duda, en muy diversa forma las diferentes partes de este material. Sería «contra naturaleza» suponer que un «logógrafo» no pudiese utilizar, más que una vez, un «logos» particular, ni alterar jamás la forma del mismo. El modo como trata la historia de Pedaso, nos muestra cómo una anécdota varía, sin intención, y se manifiesta en el relato con un texto diferente. Nuestra obra manifiesta, claramente, estar basada en una gran masa de materiales recogidos y transcritos durante el curso de toda una vida; y ofrece, de otra parte, con toda certeza, una unidad, cuyas diversas capas se hallan firmemente unidas y tejidas de un modo eventual en la general narración. Este punto de vista hace difícil el conceder importancia á referencias de sucesos posteriores, como si probaran la posterior composición de los últimos años del autor, aunque grandes cantidades de su material pudieran ser tomados, apenas sin alterar una sola palabra, de manuscritos que hubiese tenido en su poder durante lustros enteros de años.

En un punto importante parece tienen razón Meyer y Busolt, contra Macan y la mayor parte de las autoridades que se han ocupado de Heródoto. Colocan los «logos» egipcios en época muy posterior al regreso á Turio, más bien que antes del primer establecimiento en ella del historiador. El libro II se halla en una relación muy apartada del resto de su obra; muestra evidentes señales de una profunda impresión que en el ánimo del escritor hiciera la antigüedad de la cultura é historia de Egipto; y con toda la ingénua credulidad

del lado sencillo de la inteligencia de Heródoto, muestra una tendencia más libre respecto á la religión griega que en otra parte alguna. Si esta impresión hubiese sido experimentada en época anterior, seguramente hubiera quedado más visible en la prosecución de la obra. Cierto que otra hipótesis puede ofrecerse tan probable como esta: puede haber utilizado una obra de su juventud que pensara revisar. Diels atribuye el peculiar tono del libro II, á haber seguido de un modo muy cercano el autor á Hecateo; piensa que el plagio es excesivamente fuerte para la práctica ordinariamente seguida en la antigüedad, á menos que supongamos que estos «logos» habían sido únicamente ideados para las lecturas públicas y no recibieran jamás la revisión necesaria para la forma permanente del libro.

Nuestros juicios sobre Heródoto se hallan usualmente influidos por una comparación implícita, no con sus precursores y contemporáneos ni aun con el valor medio de sus sucesores, lo cual sería muy justo, sino con un escritor posterior de genio peculiar y casi siempre original, con Tucídides. Así, en materias religiosas, representa á menudo á Heródoto como prototipo de sencilla piedad y aun de credulidad. Esto es un juicio inexacto. Es cierto que rara vez expresa la más pequeña duda respecto á cualquier materia relacionada con los dioses, mientras constantemente lo hace así en la materia humana de su historia. Se aparta con rápida velocidad de los asuntos peligrosos, nunca da nombres divinos á la libertad é insiste en la repetición de aquellos cuentos que llama «sagrados». Es natural que haga esto; es la condición necesaria de su profesión; el rapsoda ó «logopeo» que hubiese obrado de otro modo, pronto hubiera tenido que apren-

der «prudencia por sus sufrimientos». Heródoto no era un filósofo en materias religiosas; no tenía teoría alguna que predicar; en esto, como en cada una de las manifestaciones de su inteligencia, era una parte de su grandeza el ser inconsecuente. Pero había, probablemente, pocos griegos bien educados á los cuales la trama de su culto local y su convencional politeismo dejara menos embrollados. Ha sido llamado monoteista, y esto, seguramente, no es cierto. Pero su lenguaje emplea cierta base fundamental monoteista, un Dios moral detrás de los poderes de la naturaleza y de los héroes, acaso de un modo más definido que Esquilo y que Platón.

Los viajes eran los grandes destructores de las barreras de la fe cuando los credos vitales de los hombres tenían aún una vida real en la nación, en el cantón ó aun en la parroquia. Seguramente era un hombre superior al politeismo de sus contemporáneos el que decía (II, 53) que no habían transcurrido más de cuatro siglos desde que Homero y Hesíodo habían inventado la Teología griega y habían dado á los dioses sus nombres, sus oficios y sus formas. Modo de decir seguramente peligroso para el público; pero, interesado por la propia especulación, no pensaría, seguramente, en su auditorio. Podemos, además, comparar con esto su comentario sobre las teologías egipcias (II, 3) «respecto de los dioses cada cual sabe tanto como los demás». Se ve una evidente simpatía en su relato de la religión persa como opuesta á la griega: «En su ley no está consentido levantar imágenes y templos y altares—seguramente consideran como á locos á quienes lo hacen, á mi modo de ver, á causa de que no creen que los dioses tengan forma humana, como los griegos. Su costumbre es sacrificar á Zeus

subiendo á las cúspides de las montañas más altas, pues creen que todo lo que está á su alrededor en el cielo es Zeus.» «Sacrifican», continúa, «al Sol, á la Luna, á la Tierra, al Fuego, al Agua y á los Vientos». El sentido de este pasaje (I, 131) expresa el verdadero politeismo griego libre de los accidentes de tradición local y de antropomorfismo. Si á Heródoto ó á un griego medianamente instruído, pero no perteneciente á la clase sacerdotal, se les exigiera una declaración religiosa más íntima, declararían que hay un ser Uno detrás de la variedad de la naturaleza y de la historia; pero naturalmente, lo que le ocurre es sentir un elemento divino aquí, allá y en todas partes, en los vientos, en las aguas, en el rayo del sol, y todo esto llama á su corazón como manifestación singular y hace que lo adore aquí y allá.

Es oportuno sacar consecuencias de estos pasajes más bien que de aquellos otros en que Heródoto identifica las distintas deidades extranjeras con las conocidas entre los griegos, bajo nombres convencionales: Neith-Atene, Alilat-Urania, Chem-Pan, ó en que, después de una pequeña digresión respecto á la verdad de la vida de Heracles y á la conclusión de que habían existido dos personajes del mismo nombre, suplica «á los dioses y á los héroes» que no se ofendan por ello (II, 43). En estos casos habla el lenguaje de su auditorio, y también su profesional y «segura» actitud le había dotado de una segunda naturaleza.

Otro es el caso respecto á las profecías y á los augurios y á las obras especiales de la Providencia. Hállase personalmente interesado con los profetas, y esto, á lo menos, por dos buenas razones. Su época era aficionada á convertir á sus profetas en héroes de novelas, caballeros andantes y trovadores. La capa de

Melampo había caído en varios sentidos sobre los adivinos de Acarnania y Elea que pasaban de un ejército á otro, y de los cuales Heródoto «podría referir hechos muy admirables de fuerza y de valor» (V, 72). De otra parte, según podemos ver en su marcado interés por Heracles, el héroe de Paniasis, Heródoto no se había olvidado del profeta y patriota que combatió á su lado y había muerto por la común libertad de Halicarnaso.

Relativamente á los oráculos y milagros debemos siempre recordar su tan repetido *caveat*. Relata lo que oye, pero, en modo alguno declara que siempre lo crea; y relativamente á las grandes series de oráculos sobre la guerra (libro VII), es claro que aunque fuesen capaces de una defensa técnica—¿qué oráculo no era capaz de ella?—los que los dieron hubieran preferido que hubiesen sido olvidados. Por lo demás, admiten los actos de la Providencia. Aumentan grandemente el interés del relato, cosa de un valor imponderable para Heródoto; y sin duda alguna, volviendo la mirada á sus admirables victorias, todo griego en sus momentos más solemnes hubiera sentido lo que Heródoto hace exclamar á Temístocles en el momento del triunfo: «No somos nosotros los que hicimos esto» «los dioses y los héroes»—vago amontonamiento de todo el elemento divino, en realidad no muy diferente de las frases favoritas de Heródoto *Dios* ó el *divino poder*—«se enojaron de que un solo hombre pudiese ser rey de Europa y de Asia, y más siendo un hombre tan impío y tan orgulloso» (VIII, 109). ¿Qué inglés no habrá sentido lo mismo á la noticia del naufragio de la Armada Invencible? ¿Qué ruso, después de la retirada de Moscou? Seguramente, al dar cuenta de la tempestad que destruyó la armada de Jerjes (VII, 189, 191),

aunque los atenienses habian suplicado en aquel momento á Boreas que la enviase, Heródoto rehusa el atribuirlo positivamente á esta causa, indicando que los magos se hallaban orando en el sentido opuesto hacía tres días, al final de cuyo tiempo cesó la tormenta. El dios principal de Heródoto es «celoso y cargado de pesadumbres» y «cae como un rayo» sobre el orgullo humano, es decir, sobre aquel pecado que consiste en que el hombre quiera hacerse igual á Dios. Aristóteles es uno de los pocos teólogos que han explicado que estos «celos» son indignos de la idea de Dios, y que en su recto sentido, el hombre debe hacerse tan cercano á Dios como pueda. En este punto la divinidad de Heródoto parece ser algo inferior; pero es el tribunal moral del mundo, y todo tribunal es más apto para castigar los yerros que para premiar lo justo. Sería odioso, aunque instructivo, el cotejar de un modo paralelo en las historias modernas, cuando tratan de las obras especiales de la Providencia en favor de sus respectivos partidos, principalmente respecto al tiempo y otras cosas semejantes; y relativamente á los oráculos, la fe de Heródoto hállase aprobadá por su traductor y comentador más distinguido de nuestros días, quien da razones para suponer que la Pitia se hallaba inspirada por el diablo (1).

En distintas épocas varios hombres eminentes han experimentado cierta furia contra la buena fe de Heródoto. Pero ni Ctesias ni Manetón ni Plutarco ni Panovsky ni Sayce, han tenido éxito al pretender convencer á todo el mundo de la mala fe de nuestro autor. Se propone referir la tradición y la tradición es lo que nos relata; manifiesta las variantes de un suce-

(1) Rawlinson, I, 176, nota.

so, con gran franqueza y critica abundantemente sus materiales. De un modo especial se halla libre de la tendencia de glorificar, como milagrosos los sucesos pasados, y, de un modo aún más especial, se le ve libre de preocupaciones nacionales y locales. Admira la libertad y tiene vivo horror á los tiranos. Pero no ofrece diferencia visible en su relato de los Estados oligárquicos ó democráticos: es difícil encontrar una enemiga descripción de algún particular tirano, debida al escritor, aunque, en su conjunto, hay que suponer que la tradición que sigue les es desfavorable. Heródoto no es más severo que Tucídides ó Platón. Respecto á los Persas, muestra especial placer en atestiguar, no sólo su valor demostrado, por ejemplo, al pelear sin armadura contra hoplitas griegos, sino también respecto á su caballerosidad, fidelidad y elevada organización política. Se escandaliza ante la costumbre del harem, las crueldades orientales, los soldados esclavos mandados á latigazos, el saqueo de ciudades, en lo que los asiáticos hacían lo que los modernos turcos ó europeos en las guerras de religión. Es severo respecto á los corintios y tebanos, cuya defensa, sin embargo, hubiera sido difícil hacer de un modo convincente. Para ver cuán perfecto es su estilo, no es preciso más que fijarse un momento en la clase de lenguaje que emplean escritores como Froude y Motley al revelar los hechos de los católicos, especialmente si son franceses ó españoles.

En general, Heródoto depende, en sus errores, de las fuentes que sigue y, bajo todos respectos fuera de uno sólo, se halla más apegado á la verdad que esas mismas fuentes. Había leído casi toda la literatura griega existente; no sólo cita un gran número de escritores, principalmente poetas, sino que emplea también fra-

ses como «Ningún poeta lo menciona» cosa que implica una inspección de toda literatura. Por una razón ú otra parece que evita citar á sus colegas profesionales Carón y Janto; no menciona otro «logógrafo» más que Hecateo. Hace referencia, en unos catorce pasajes, á monumentos ó inscripciones, aunque seguramente no las empleó de un modo sistemático. La mayor parte de las veces depende de las declaraciones orales de personas bien informadas, así respecto á la historia más antigua de Grecia, como á la «Médica». En las comarcas bárbaras tuvo que depender, grandemente, de los solos conocimientos de sus intérpretes y de las descuidadas relaciones del barrio griego de la ciudad.

Sus frecuentes expresiones «dicen los Libios», «dicen los de Cirene», parecen referirse á los resultados de sus propias investigaciones en las comarcas referidas ó á un relato directo de algunos de aquellos naturales. Cuatro veces ofrece la cita de una autoridad personal (1): «Arquias, á quien encontré en Pitane, da la historia de su abuelo; Timnes, el intendente de Ariapites, proporciona varias genealogías; Tersandro de Orcomeno, que había comido con Mardonio en Tebas, y Diceo de Atenas, que había vivido desterrado entre los medas, al lado de Demarato, el rey de Esparta, atestiguan, respectivamente, dos relatos que hablan, por lo menos, de perturbaciones nerviosas, entre los que acompañaban á Mardonio. Una fuente de conocimiento más importante yace en los archivos de varias familias y corporaciones. Alguna vez, acaso, se le permitió á Heródoto el leer los documentos existentes; la mayor parte de las veces, probablemente, pudo tan sólo preguntar á las que los poseían. Este

(1) III, 55; IV, 76; VIII, 65; IX, 16.

debe haber sido también el caso, por ejemplo, con el oráculo délfico, á cuyos recursos debe tan numerosos datos, especialmente de los primeros siglos. Extrae datos de las tradiciones de los Alcmeónidas (Pericles), de los Filaidas (Milcíades), y probablemente, de los del general persa Harpago.

La fragilidad de tales fuentes puede imaginarse fácilmente. En su historia de Esparta, Heródoto lo conoce todo respecto á Licurgo, que fué un personaje ya fijado por la leyenda; fuera de esto, no sabe más hasta que llega á León y Agasicles, unos tres siglos despues, y prorrumpe en contar anécdotas. Allí es donde comienzan, tan solo, las tradiciones espartanas, no míticas. La flaqueza de sus recuerdos atenienses, aparte de lo nebuloso, de lo novelesco que tiene en común con todo lo demás, es debida á la mordacidad del sentimiento ateniense, en la época en que fueron escritos los últimos libros. Cuando dice cómo huyeron los Corintios en Salamina; cómo los Tebanos fueron marcados en la frente con el monograma del Rey, todo son reverberaciones de la tormenta del año 432 y 431 antes de Cristo. Algo semejante á aquella vieja guerra de pasiones había resultado cuando la condena de Temístocles privado de defensa. No podía negarse que había salvado la Hélada y que había sobrepujado, á la vista de todo el mundo, á los hombres más grandes de su época, pero al final ¡había huido á Persia! Olvidábase la provocación; la mancha de una traición ennegrecía la memoria de aquel hombre en todo su país, y Heródoto sigue en su relato las referencias de las dos grandes familias que habían acosado á Temístocles hasta su fin de traidor (1). Ellas en parte, y en parte la oscilación popular, habían realizado el de-

(1) Busolt, *Griechische Geschichte*, II. 619.

terminar á Temístocles, en la historia, como el tipo de un falso y ruin triunfador. Éforo fué el que redimió su memoria, que había perdido todo poder para reivindicarse hasta la época de aquel escritor.

Al lado de la información oral que ofrecen los recuerdos, en una forma ó en otra, había aquello que es meramente verbal, más «vivo» que aquella otra, como diría Platón, y en consecuencia dirigiéndose más hacia la leyenda popular. Este elemento se halla en todas partes en la obra de Heródoto. Alguna de sus historias puede reconocerse como Folklore oriental ó germano. Polícrates, arrojando su anillo al mar y recuperándolo en el pescado, es un antiguo amigo. Amasis y Rampsinito son hermosos personajes de cuento; y los dos célebres pasajes: El discurso de la viuda de Intafernes prefiriendo su hermano, irreemplazable, á sus hijos, fáciles de reemplazar (III, 119); el inmortal Hipóclides, obteniendo á su novia por sus proezas y elevado nacimiento, y perdiéndola por bailar sobre su cabeza, y la observación, cuando huía á todo correr, que «todo le era lo mismo á Hipóclides» (VI, 126 y siguiente)—ambos han provenido de la literatura india (1). Solón, no pudo haber encontrado á Creso porque sus fechas no concuerdan; no pudo tampoco haber usado el gran discurso que Heródoto le proporciona, porque proviene, en parte, de las leyendas argivas, y en parte, de las Délficas, leyendas de que rodeaban siempre ciertas tumbas inefables. Los sueños que excitan á Jerjes hacia su ruina, requieren mucha confianza personal para dilucidarlos. El debate entre los siete persas sobre la Monarquía, la Oligarquía y la Democracia, aunque contribuya grandemente á la reputación de Heródoto, es muy superior á la buena fe

(1) Edición de Macan, apéndice XIV.

más excelente. Un trozo tal podría concebirse como formando parte de un diálogo ficticio de Protágoras. Sería, sin embargo, indigno rechazar todo aquello que parece, en gran manera, improbable y aceptar sin demostración, todo lo que puede, posiblemente, ser cierto. La mayor parte de la historia de Heródoto se halla mezclada, en grado distinto, con la pura imaginación popular, aficionada á los cuentos; la historia antigua extranjera, de un modo casi imposible de conocer, la historia griega anterior á Maratón, muy profundamente sumida en ella, mientras que aun las partes posteriores á Maratón no dejan de estar transformadas. En cierto modo, Heródoto es culpable de un error personal, aunque inconsciente; sus transiciones, su modo de enlazar las masas de «logos» unas con otras, son puramente cosas de estilo. Ofrece una transición á sus «logos» libios, al decir (IV, 167) que la expedición de Ariandes iba realmente dirigida contra la Libia. No hay razón alguna para creer que fuese así. Introduce la historia ateniense, diciendo (I, 56) que Creso buscaba un aliado entre los griegos y halló dos ciudades capitales: Esparta, capital de los dorios, Atenas, capital de los jonios; pero que la última se hallaba entonces oprimida y bajo los pies de su tirano Pisístrato. El tirano no había entonces oprimido á Atenas puesto que, probablemente, no había reinado aún, y Atenas era entonces un Estado jónico de tercera fila. Al adornar estas transiciones y al dar motivos para la inserción de anécdotas, como cuando atribuye á Gelón el famoso dicho de Pericles: «la primavera no se encuentra ya en el año» (VII, 162), Heródoto no espera otra cosa más que prender, aunque sea con alfileres, sus conclusiones. Como Plutarco le echa en cara airadamente, en tales pasajes poco le importa la exactitud,

«¡no mucho más que á Hipóclides!» Por lo demás, sus faltas históricas son consecuencia inevitable de sus fuentes; la infidelidad real consiste, aquí y allá, no en error ó descuido, ni mucho menos en deliberada y falsa representación, sino en un profundo é inconsciente romanticismo del pasado por las propias memorias de los hombres, y en una adaptación de toda la historia á la ejemplificación de las obras de una Providencia moral.

Es singularmente fiel á su objeto peculiar de que «los hechos reales de los hombres no serán olvidados, ni las admirables acciones de griegos y de bárbaros perderán sus nombres». Plutarco—puesto que seguramente le pertenece el tratado sobre la *Malignidad de Heródoto*—no debe contender con él, únicamente, por causa de Tebas. Para Plutarco la edad cuyos hechos refirió Heródoto es una edad de gigantes, de sabios y de héroes, con lujoso ropaje revestidos, con dotes sorprendentes para el apotegma y las agudezas, y ve todas sus acciones rodeada de una brillante aureola de adoradora humildad. Odia y rechaza su lado malo y no puede sufrir la tolerante y realista chismografía de Heródoto. Y sin embargo, este poder de confianza en el hombre, acompañado de su garra trágica y su amplia simpatía, este modo de ver los corazones de los hombres, exactamente como son, con sus grandezas y debilidades, es lo que produce una crítica que pesa cada una de sus palabras, y que declara que «ningún otro escritor griego ha cubierto tan ancho mundo con una población tan numerosa de hombres y mujeres vivientes é inmortales como Heródoto» (1), y coloca su obra, junto con la de Homero, «inamovible é irreemplazablemente» como la fuente capital de la literatura prosaica europea.

(1) Macan, LXXIII.

VII

LITERATURA FILOSÓFICA Y POLÍTICA HASTA LA MUERTE DE SÓCRATES

FILOSOFÍA PRIMITIVA

Al volver nuestra consideración de un modo violento de la historia á la filosofía, bueno será recordar que únicamente nos movemos de una forma á otra de la jónica «historia», y que hubo entonces, y aún subsiste, una literatura griega considerable, que trata de otros asuntos, ciencia, medicina, descubrimientos geográficos, pintura, escultura, política y comercio; todas estas manifestaciones literarias tuvieron gran poder en la inteligencia de los griegos, y todas ellas, fuera de la escultura y el comercio, son citadas por los escritores que poseemos con respeto y aun con entusiasmo. Pero el plan de esta obra nos obliga á omitirlos, casi por completo, y únicamente debemos tratar de la filosofía, en cuanto es absolutamente necesaria para la inteligencia de la literatura, en su sentido más estricto.

Hallamos primeramente la filosofía en Mileto, donde TALES, hijo de Examias, nombre cario, buscó, como base de su obra científica, alguna doctrina del «Arque» ú origen del mundo. Ignoraba los mitos y las cosmogonías, y buscó una substancia original que halló

en lo que él llamaba la «humedad». Su discípulo, ANAXIMANDRO, prefirió describirla como ἄπειρον, lo Infinito material, indefinido, del cual provienen todos los «seres» finitos por «separación». Es Dios: por sus leyes todas las «cosas» deben ser nuevamente destruidas volviendo á aquello de que fueron hechas; encuentran «retribución» á sus «injusticias», esto es, en sus invasiones á la esfera de otros seres. El tercer milesio, ANAXIMENES, procurando especificar lo que había dejado obscuro Anaximandro da lo Infinito por un vapor real, ἀήρ, mientras que el proceso de separación por el cual todas las cosas vienen á la existencia, es una real condensación debida al cambio de temperatura. La unidad de esta escuela estriba en su concepto de que la pregunta: ¿Qué es el mundo? debe ser contestada como si significase ¿De qué se ha hecho el mundo? y de su aceptación de una teoría semimaterialista según la cual, la materia es animada. El «aire» por ejemplo, es la «inteligencia». Esta escuela desarrolló casi toda su actividad en la investigación científica, hasta que participó de la destrucción de su ciudad en 494 antes de Cristo. Continuó siendo la fuente principal y el capital estímulo de la filosofía posterior.

Completamente opuesto en espíritu fué el gran «Tiaso» del Oeste, fundado sobre 530 antes de Cristo, por un oligarca samio desterrado, PITÁGORAS. Sus principios incluyeron, según parece, una reforma religiosa hostil, así á la teología de los poetas, como á los cultos locales; una reforma moral obrando sobre la vida libre y las condiciones sociales muy complicadas de aquella época, y una reacción política en pro del principio aristocrático, que se hallaba en peligro de desaparecer en frente de las democracias y las tiranías. En la época de su fundador, esta secta desfi-

guró su grandeza por una superstición excesiva y por haber perpetrado el gran crimen de aquella edad, la destrucción de Síbaris. Posteriormente, produjo trabajos importantes de matemáticas y astronomía.

La doctrina de los Milesios fué difundida por la Hélada por el cantor JENÓFANES (V. pág. 104). Un rapsoda tenía un público numeroso y se hallaba en la fortaleza central de la religión poética. Desde su ventajoso suelo, Jenófanes denunció las «mentiras» de Homero y Hesíodo, y predicó un monoteismo metafísico é inflexible. Hay un Dios, no formado como el hombre, sin partes, infinito, inalterable, omnipresente y por completo consciente; es Uno y Todo. Acaso fuese realmente lo Infinito de Anaximandro despojado de su movilidad; es tan semejante al Uno de Parménides que la tradición hace á Jenófanes maestro de aquel filósofo y fundador de la escuela Eleática.

En Éfeso, junto á Mileto, y en la generación inmediata á Anaximenes, el problema de los milesios recibe una respuesta completamente nueva, anunciada con extraordinaria pompa y grande orgullo, y que lleva al mismo tiempo el sello del genio. «Todas las cosas se mueven y nada es permanente», dice HERÁCLITO; «Todas las cosas flotan». Y este movimiento es el secreto real del mundo, el «Arque»: no una substancia arbitrariamente escogida, sino el proceso del cambio mismo, que Heráclito describe como «ardiente», πῦρ. Escribe en prosa, pero completamente en estilo de oráculo; es obscuro, en parte, por la ausencia de lenguaje filosófico adecuado para expresar sus pensamientos, pero, mucho más, á causa del fervor profético de expresión que le es natural. Debe también recordarse que en la época anterior á la abundante circulación de los libros, el maestro tenía que

dirigirse especialmeute á la memoria: escribía en verso como Jenófanes y Parménides, ó en apotegmas como Heráclito y Demócrito. El proceso de la transformación es doble: un camino ascendente y otro descendente, pero en sí mismo es eterno é inmutable. Hay en él una ley: el hado determinando el efecto de cada causa; la justicia dando la retribución propia á cada falta. Las «faltas» parecen ser, como en Anaximandro, el orgullo interno de las cosas particulares que desean ser, cuando únicamente deben llegar á ser ó haber pasado, deseando ser por sí mismas, cuando son únicamente la transición de una cosa á otra diferente. Heráclito habla con un doble orgullo: como quien ha hallado la virtud y como noble. Seguramente hubiera incurrido en el desprecio de Nietzsche hacia los «tenderos, vacas, cristianos, mujeres, ingleses y otros demócratas». Los milesios son completamente indignos para él; así lo son también sus conciudadanos y la humanidad en general. Consiente en mencionar á Pitágoras, Jenófanes y Hecateo, con Hesíodo, como ejemplos de la verdad de que «mucho saber no enseña sabiduría».

PARMÉNIDES, de Elea, contesta á Heráclito; no halla la solución de ninguna dificultad en el movimiento de Heráclito; no hay allí más que transformar y cesar, y quiere saber lo que *es* en la misma forma, por ejemplo, que *dos por dos, son cuatro,* de un modo absoluto y eterno, aunque Parménides no querría admitir nuestra popular distinción entre lo abstracto y lo concreto.

Lo que es, es; lo que no es, no es; οὐκ ἔστι: no existe. No hay, por lo tanto, cambio ni transformación alguna, porque debiera haber un paso del no ser, al ser y no hay no ser. Igualmente no hay tampoco espacio

vacío, de ahí que no haya tampoco movimiento. Además, sólo hay un Ser; si hubiese más, debiera haber No ser entre ellos. Continúa mostrando que el Ser único es esférico y finito, y sin embargo divino. Es material, sólido; pero es también pensamiento, porque «el pensamiento y aquello de que es pensamiento, son lo mismo». ¿Qué conocemos, pues, acerca del mundo, que, de modo tan natural, parece contener un número tan grande de objetos? Parménides contesta en forma oriental: sólo es engaño, lo que llaman los indios *Maya*. Cómo se produce esta ilusión, cómo el inmutable Uno puede engañar y quién es el engañado, eso no nos lo dice, aunque nos da en la segunda parte de su poema (V. pág. 105) «el camino de la falsedad», que explica cómo las palabras nos engañan y qué contradicciones van necesariamente envueltas en la creencia de las mismas. Esta última dirección del pensamiento es especialmente seguida por el discípulo de Parménides, ZENÓN, quien desarrolla las antinomias y contradicciones inherentes á los conceptos de tiempo, espacio y número. Si la doctrina del Uno es difícil de entender, él declara que es completamente imposible la creencia positiva en la multiplicidad de los seres.

La especulación griega alcanza así un punto donde dos caminos, más ó menos, consistentes del pensamiento, han llevado á conclusiones diametralmente opuestas: el ser Uno inmutable, de Parménides; la transformación incesante, de Heráclito. La primera dificultad se ofrece en MELISO, almirante samio que derrotó una vez á Pericles; intentó convertir el Uno en el «Arque» milesio, pero halló que no podía llevarlo á cabo: no es posible desarrollar el Uno, dato que está únicamente en el pensamiento, con la realidad de los hechos del

mundo. Después de Meliso se comprendió de un modo más consciente esta contradicción. De una parte, basándose en Heráclito, los pitagóricos buscan lo real, lo que *es* eterno en las leyes invariables del movimiento, lo que es proporcional en los hechos eternos del número. La geometría es la verdad de la cual son ejemplos imperfectos y transitorios los cuadrados, círculos ó triángulos particulares; las leyes de la armonía son la «verdad» de la música, y la astronomía abstracta la «verdad» de las estrellas variables. Así hallaron en el número la esencia real del mundo, un Uno eterno é inmutable, que hubiera sobradamente satisfecho las exigencias de Parménides.

Del lado del Ser originároнse tres importantes sistemas.

EMPÉDOCLES, de Agrigento, del cual hemos tratado más arriba (pág. 105), deriva la existencia, no de uno, sino de cuatro originales «raíces de los seres»: Tierra, Aire, Agua y Fuego, con el espacio vacío entre ellos. Estas raíces son, en sí mismas, materia inmutable, pero agitadas y mezcladas—esta es, acaso, su más importante contribución á la filosofía—por fuerzas no materiales, que describe como Amor y Odio, Atracción y Repulsión.

ANAXÁGORAS, de Clazomene, el primer filósofo que se estableció permanentemente en Atenas, sostenía un número mucho mayor de originales y eternas «cosas ó semillas» χρήματα, σπέρματα, cuya combinación y distinción producen las substancias del Mundo. Indica algo semejante á los «elementos» de la química moderna. Entre ellas está la inteligencia «Noos», que es una «cosa» como las demás, pero más sutil y más elevada y capaz de moverse por sí misma. Obra sobre las distintas partes componentes del mundo, del mismo modo

que la sentimos obrar en nuestro propio cuerpo. Ha «producido y arreglado» todas las «cosas». Anaxágoras consideraba el sol y la luna como esferas de piedra y de tierra, incandescente el sol por la velocidad de su movimiento; ambos eran de un tamaño enorme, el sol ¡acaso tan grande como el Peloponeso! Dió una explicación exacta de los eclipses.

La otra solución ofrecida por este período, es la teoría atómica. Parece que no se originó de observación alguna científica, sino del raciocinio abstracto sobre los principios de Parménides. El ὄν es un πλέον, una cosa es un sólido, y todo aquello que no es sólido, no es. Pero en vez de un sólido, Uno y eterno, tenemos un inmenso número de sólidos eternos, demasiados pequeños para ser divididos aún: «Átomos» (insecables). El argumento de Parménides contra el espacio vacío, no es admitido, ni tampoco su afirmación de que lo que «es» debe ser redondo y debe estar parado. ¿Por qué? Porque como materia de hecho las cosas tienen innumerables formas y se hallan siempre moviéndose. Forma, tamaño y movimiento, son todas las cualidades que poseen, y estos son los únicos hechos naturales. Todo lo demás es convencional ó derivado. La teoría fué imaginada por Leucipo de Abdera, pero recibió su principal desarrollo de su gran discípulo Demócrito y de Epicuro.

EL PERÍODO DE LA FILOSOFÍA ATENIENSE

Empédocles murió en 430 antes de Cristo y Anaxágoras fué desterrado en 432. Pero algunos años antes había comenzado la reacción contra la especula-

ción cosmológica. Era ya tiempo de hallar como ciertas, algunas verdades más modestas, en vez de especular sin resultado sobre el gran Uno. El siglo V comienza á trabajar, de un modo más intensivo, sobre las ramas particulares de la ciencia, sobre la Astronomía, las Matemáticas, la Historia, la Medicina, la Zoología.

A su vez, esta tendencia se encuentra y se deja influir por la gran dirección de la época. El resultado de la guerra contra los persas, asegurando la libertad de los griegos y estimulando el sentido de la nacionalidad común, había hecho salir á luz todas las fuerzas antes latentes de la nación en lo militar, en lo social, en lo intelectual. Aparecieron entonces las grandes ciudades. La población de Atenas se había elevado de 20.000 á 100.000 habitantes. La propiedad había aumentado de un modo aún mucho más rápido. Desarrolláronse, de un modo constante, las facilidades para emplear el dinero; las empresas comerciales existían en grande escala y empleaban gran número de hombres libres y de esclavos. Eran muy frecuentes las relaciones entre diferentes ciudades; y los residentes extranjeros, á lo menos en Atenas y en las ciudades más adelantadas, eran bien tratados por las leyes y sometidos á los impuestos. Las tarifas protectoras de cada localidad hallábanse, prácticamente, abolidas; los impuestos generales de aduanas de los atenienses en el Pireo, subían únicamente al 1 por 100 sobre la exportación é importación. Comparado con otros períodos, después de la batalla de Micale hubo uno de prolongada paz. La nación se hallaba poseída de una entusiasta fe en sí misma, en el progreso y en la democracia. Un resultado de esto, fué el movimiento económico que da la clave de gran número de sucesos de la historia ate-

niense, la lucha de los trabajadores libres para conservar su modo general de vivir, por medio de la influencia política. Otro resultado es la petición del pueblo respecto de las cosas de la inteligencia, contestada con el proporcionamiento de tales cosas en una forma adaptada al consumo popular.

En todo tiempo los griegos habían sentido, agudamente, el valor de la cualidad personal en el hombre (ἀρετή), y de la ciencia ó habilidad (σοφία). ¿Cómo podían obtenerse? Un «hagnista», podía volver puro al que fuera vicioso; un «andrapodista», podía hacerle esclavo; ¿qué cosa sería un «sofista» que pudiera hacer sabio á cualquiera? Contestóse esta pregunta por hombres de diversos caracteres y que consideraban de muy diversa manera la «ciencia». Algunos desecharon el nombre de «sofista» por excesivamente pretencioso. Algunos sostenían que la ciencia podía ser enseñada, pero no la virtud: ésta podía únicamente «aprenderse por la práctica». GORGÍAS dudaba de que pudiera enseñar algo, sólo pretendía «ser un buen orador». PROTÁGORAS aceptó osadamente aquel nombre y declaró enseñar πολιτικὴ ἀρετή, la virtud social; proclamaba la doctrina característica de las épocas de «ilustración», que el vicio viene de la ignorancia y que la educación forma el carácter. Los sofistas fueron grandes por su vida é influencia, y mucho más grandes aún por sus escritos, aunque todo lo que escribieron ha perecido casi por completo (V. cap. XVII.) Sabemos de ellos únicamente por sus enemigos: por Aristófanes, y por el partido de la ignorancia de una parte, de otra, por la tradición del siglo IV opuesta, lo mismo en política que en filosofía, al espíritu del siglo V.

Si poseyéramos algún juicio preciso de la opinión de

Platón sobre los grandes sofistas de la época de Pericles, sería seguramente como la opinión de Mr. Ruskin sobre Stuart Mill y Cobden. Pero no tenemos tal declaración. Platón no escribe historia; escribe una forma especial de ficción dramática, en la cual todos los actores son, en primer lugar, personajes históricos, y en segundo, contemporáneos de su protagonista Sócrates. Cuando realmente desea describir los hombres de aquel tiempo, como en el *Protágoras,* nos da la sátira más delicada y realista; pero, muy á menudo, sus pensamientos no se dirigen en modo alguno á aquella generación. Algún orador del 370 á 360, le desagrada; se expresa en forma de censura por Sócrates sobre Lisias. Se propone refutar á sus propios contrarios filosóficos: y así las paradojas noveleras de Antístenes, como el nuevo y suntuoso anarquismo en el pensar, todo lo coloca á cargo del antiguo Protágoras.

En estos casos, podemos descubrir el autor real de la doctrina atacada. Algunas veces la doctrina misma parece ser de invención platónica. Supóngase, por ejemplo, á Platón, procurando demostrar que la moral tiene una base en la razón ó que el malvado es siempre infeliz: se ve obligado á hacer sostener á alguien la opinión contraria. Y supóngase que piensa—á menudo lo hacen así los sostenedores de una controversia—que el lado opuesto sería más lógico si se sostuviera en una forma extremada y vergonzosa; entonces su único recurso es presentar un maniquí, que con cínica frialdad ó con ciega cólera, defiende los extremos necesarios para ser después confundido. ¿Pero quién ha de ser ese maniquí? Alguien que, en lo posible, no sea notoriamente desproporcionado á aquella opinión, cuyas supuestas observaciones puedan vaga-

mente pensarse, como implicando algo análogo á los infames sentimientos que tiene que defender.

Trasímaco, de Calcedonia, es presentado en el primer libro de la *República*, defendiendo la injusticia absoluta y sosteniendo que la ley y la moral son estratagemas que emplean los débiles para paralizar la libre acción de los fuertes. Es muy improbable que tuviese tal opinión un profesor demócrata tan respetable: en política era partidario de la clase media, y abogó por la moderación el año 411. Salióse de su sistema al atacar al tipo corriente de la injusticia favorecida por el éxito, á Arquelao de Macedonia. Fué celebrado como orador sentimental; en un fragmento que se conserva, dice que el éxito del injusto es suficiente para que dude el hombre de la existencia de la Providencia divina. La ficción de Platón, es, en realidad, demasiado improbable; nada tiene de extraño que haga perder su carácter al maniquí antes de que obre.

Este es el delito principal que hizo de Trasímaco el tipo del «sofista corrompido y avaro»; el otro es que, siendo por su profesión un conferenciante, rehusó profesar gratuitamente y en público ante Sócrates y sus jóvenes amigos—cuyo objeto notorio era refutar todo lo que pudiera decir.

Cuanto dice Aristófanes de los sofistas es naturalmente en son de mofa; afortunadamente ataca, también á Sócrates y así conocemos lo infundado de sus cargos. Lo que los Socráticos nos dicen—y son nuestros principales informadores—está matizado por su gran artículo de fe, el Justo ideal asesinado por los malvados: nadie está tan cercano á él como Sócrates. Este mismo nos dice, únicamente, que la filosofía de los sofistas no podía resistir su crítica, del mismo modo que la escultura de Fidias ó la política de Peri-

cles. Eran humanos; comparados con él fueron acaso convencionales; y la falta real que tenían á sus ojos consistía en el espíritu que todos tuvieran en común: el espíritu de una Atenas ilustrada, progresiva, democrática, sobradamente confiada en los albores de su grandeza.

Su principal misión fué enseñar, ilustrar la inteligencia de la Grecia, poner un fin á los perniciosos mitos y no probadas cosmogonías, dirigir el pensamiento á los caminos fructíferos. Algunos de ellos fueron eminentes como pensadores originales: Gorgías redujo el eleatismo al absurdo; Protágoras ilustró la atmósfera científica con su doctrina de la relatividad del conocimiento de la Naturaleza; nos son conocidos, principalmente, por los escritos hipocráticos y por los progresos manifiestos que tuvieron en aquel tiempo las varias ciencias, especialmente la Medicina, la Astronomía, la Geometría y la Mecánica. Cos, Abdera y Siracusa podían habernos dicho mucho sobre ellos; Atenas, nuestra informadora única, en aquella época pensaba en otras cosas: en los problemas sociales y humanos. En esta sección, Protágoras dió una base filosófica á la democracia. La humanidad, en su conjunto, posee el sentido de la justicia y el sentido de la vergüenza (las excepciones son bestias feroces que deben ser exterminadas), y esas dos entidades más bien que la potencia intelectual, son las raíces de la conducta social. ALCIDAMAS, discípulo de Gorgías, es el único de quien se recuerda haber propuesto, en la política práctica, la abolición de la esclavitud; en la especulativa, por supuesto, varios lo hicieron. ANTIFÓN el sofista, representa, acaso él sólo, la dirección sofista de que una esposa es un «segundo yo» y mucho más que un amigo.

En historia, HIPIAS estableció las bases de un sistema nacional de cronología, publicando la lista de los vencedores olímpicos. Toda la ciencia del lenguaje descansa aún en los fundamentos proclamados por hombres como Pródico y Protágoras. El primero insistiendo en la cuidadosa distinción entre aparentes sinónimos; el último, demostrando que el lenguaje no es una cosa divina é impecable, si no de origen humano, con convenciones y anomalías. Relativamente á la moral en general, la mayor parte de los sofistas eran verdaderos predicadores, como Hipias y Pródico; otros, como Gorgías, eran únicamente artistas. El movimiento total era al par moral é intelectual, y singularmente estuvo libre de la corrupción é ilegalidad que acompañó, por ejemplo, al renacimiento italiano. El hecho principal, relativamente á los sofistas, es que pretendieron educar á la nación, y lo consiguieron. El carácter del griego del IV siglo, su humanidad, su sentido de justicia, su valor, su imaginación ética fueron levantados al nivel de las inteligencias directoras del siglo V, y muy por encima de todo pueblo de mil años á su alrededor. Después de todo, los sofistas son la representación espiritual é intelectual de la época de Pericles; todos aquellos que los envilecen debieran crear, nuevamente, otra época igual.

ESCRITORES DE CIRCUNSTANCIA

El origen real de la literatura prosaica ática, no debe hallarse en el florido arte de Gorgías, ni aun en la retórica técnica de Tisias, en la cual la busca Aristóteles de un modo bastante mecánico. Se encuentra

en las oraciones políticas y en los libelos de la misma Atenas. Si queremos hallar un momento decisivo para fecharlo, podremos fijarla en el de la traslación á Atenas del Tesoro federal, desde Delos, en el año 454 antes de Cristo, el más característico de todos los sucesos que hicieron de Atenas no sólo el Tesoro, la Casa de Moneda y el Tribunal Supremo, sino también el ordinario centro legal y comercial de toda la Hélada oriental. El movimiento de esta época llevó una inmensa mole de obras legales y judiciales á Atenas, y llenó las manos de todos los que podían hablar y escribir; atrajo á los hombres notables de todas las partes de su Imperio; dió al dialecto ático la soberanía y el valor internacional. La misma Atenas escribió muy poco durante las primicias de su Imperio: ella gobernaba, y dejaba que sus súbditos aliados dedicasen á la literatura las energías que no podían exteriorizar legítimamente en la política.

Ion de Quios (antes de 490 al 423 antes de Cristo), es un ejemplo de ello. Era un aristócrata amigo de Cimón y del rey Arquidamo, y, probablemente, combatió entre las fuerzas aliadas contra Eón en 470. Pero no había carrera para él fuera de las Letras. Escribió tragedias, por supuesto en ático, con gran éxito; y es curioso ver (frag. 63) que podía expresar abiertamente su admiración entusiasta hacia Esparta, ante un auditorio ateniense, sin consecuencias desagradables conocidas. Escribió una *Fundación de Quios* * y algunos libros sobre la filosofía Pitagórica. Lo que más debemos sentir es la pérdida de su libro de memorias, en el que hablaba, en estilo franco y fácil, de las *Transitorias visitas* * (Ἐπιδημίαι) que habían hecho á su isla varios notables extranjeros. Su largo fragmento sobre Sófocles es interesante; aunque la idea que da del ta-

lento y gracia contemporáneos, en conjunto, esté tan fuera de nuestro gusto como las chanzas de la corte de Isabel de Inglaterra.

Un personaje completamente diferente fué ESTESÍMBROTO de Tasos, hombre de pluma y de alguna educación, que, en lugar de un carácter personal, poseía una amargura decidida contra todo aquello que representase el Imperio. Era como aquel descontento isleño, de quien habla Isócrates en su *Panegírico*, representante del partido oligárquico y particularista de los estados aliados, aristócratas y dependientes de aristócratas, cuya influencia y riqueza se había perdido con la dominación ateniense y á los cuales era un anatema igual la Democracia y el Imperio. Vino, sin embargo, á Atenas como todos los demás, como «aquellas docenas de Tasios» mencionadas por el satírico Hegemón:

«Mal calzados, no muy limpios, en cuya maleta navega la [necesidad pura.
Hombres dañados y dañinos que vienen á Atenas á declamar [malos versos.»

Estesímbroto dió, con éxito, lecturas públicas como un sofista; escribió sobre Homero y sobre la política contemporánea. Al fin estuvo en condiciones para publicar sus opiniones en una perfecta obra maestra de libelo: *Sobre Temístocles, Tucídides y Pericles* *. El primero y el último eran, especialmente, sus mortales enemigos; el hijo de Melesias, siendo contrario de Pericles, probablemente mereció de él el mismo suave trato que Cimón, el cual «aunque abyecto montaraz, ignorante de las artes y las ciencias, tuvo, á lo menos, el mérito de no ser orador y de poseer los rudimentos de la honradez; ¡casi

hubiera podido ser un Peloponesio!» Si Estesímbroto no hubiera sido tan declaradamente embustero, merecería mucha simpatía. Así y todo, lo único que puede manifestarse en favor suyo es que no combinó su desfachatez con la hipocresía religiosa, á pesar de que así se afirma comunmente. Su libro, sobre *Los Misterios* *, debe haber sido un ataque á los mismos. Eran los misterios una posesión tan pura y completamente ateniense, que, según dice Isócrates, no eran admitidos á ellos los demás griegos, fuera de casos especiales de generosidad; y seguramente Estesímbroto hubiera falsificado por completo su posición si los hubiese alabado. Es este escritor una suerte de periodista ultramontano é intransigente, mostrando, en cierto modo, un punto de vista moderno entre sus contemporáneos; hombre de nacimiento, de habilidad é inteligencia, á quien las exigencias políticas le privaron del renombre debido á sus dotes.

Semejante en el punto de vista político general de Estesímbroto, pero completamente distante de él en su espíritu, es el «VIEJO OLIGARCA», cuyo inapreciable tratado sobre la constitución ateniense, nos ha sido conservado por la feliz circunstancia de que su editor lo creyó de Jenofonte. No sólo es diferente su estilo al de este último escritor y de su modo de pensar, sino que se ha probado plenamente que pertenece á la época del primer Imperio ateniense, antes de la catástrofe de Sicilia. Es, en realidad, la obra más antigua que poseemos de la prosa ática, y representa, de un modo casi único, el estilo práctico ateniense antes de que la literatura fuese influida por Gorgías y los oradores. Es familiar, límpido, vivo, sigue la libre gramática de la conversación con desligadas frases y cambios frecuentes de número y persona. Deja, como

algunas partes de Aristóteles, cierta impresión del pensamiento desnudo y no adornado. El Viejo Oligarca tiene una clara concepción de lo que significa la democracia ateniense, y admite, por el momento, que él y sus amigos son los «nobles y buenos», mientras que la multitud está formada con los «miserables y viles»; ve recto y claro y habla sin deslealtad: «No me gusta esta clase de constitución, porque al escogerla han procurado, definitivamente, hacer mejor al vil que al noble. Esto es lo que me disgusta. Pero concedido que esto fué su intención, demostraré que conserva bien el espíritu de la misma y que, por lo general, manejan bien sus negocios en cosas en que los griegos piensan que andan completamente errados.» Hay, en cierto modo, grande espíritu de justicia en su arreglo: «Porque son las masas las que reman en sus navíos y esos los que han producido su dominación.» No siguen las advertencias de los hombres buenos, no: «El primer hombre vil que quiere, se levanta y habla en la asamblea», y efectivamente, «hace todo lo que le ocurre en interés propio y en el de las masas. Ignorancia y vileza unidas á la lealtad, dan una combinación más salvadora para aconsejar al Demos, que la ciencia y el valor unidos á la ingratitud». Relativamente á la indebida licencia concedida á los esclavos y á los residentes extranjeros, es cierto que no se puede pegarles y que ellos no se saldrán de su camino; pero la razón es que, ni en el vestido ni en su rostro, se distingue el ateniense usual de un esclavo, y ¡así no hay peligro alguno de que se le golpee por equivocación!

El escritor continúa examinando en detalle, la constitución, sin hallar en ella un punto flaco de importancia. Todo es tan ordenado; los cargos electivos, los tratos con los aliados, las leyes sobre la comedia y so-

bre las construcciones públicas, que aseguran por completo la omnipotencia del Demos. Por ejemplo, el sistema de hacer que los aliados vengan á Atenas para sus litigios, eso es ciertamente opresor y hace que algunas veces los litigantes tengan que esperar ¡más de un año á que se celebre la vista de su causa!; pero esto procura ¡el exacto pago de los jurados! Capacita al Demos para tener fija la vista en los asuntos interiores de todo el Imperio, produce que lo «bueno» no salga fuera de una mano superior en cualquier parte de él. Hace que los aliados consideren á la «plebe» como su señor real, y no á los ricos almirantes y trierarcas, á los cuales ven representando á Atenas en el extranjero. Además, esto proporciona impuestos y da constante empleo á los heraldos, anima el comercio de las casas de huéspedes, de los cocheros y de los que tienen un esclavo para alquilar. Si tuviésemos únicamente cien páginas de una obra de esta índole, en lugar de las trece que poseemos, nuestro conocimiento de la historia de Atenas sería mucho más concreto.

Es difícil comprender, con exactitud, el objeto quese propuso el Viejo Oligarca. Discute friamente la perspectiva de una revolución. Ninguna medida intermedia servirá para nada; y es cosa completamente desesperada el procurar un golpe de muerte para la democracia. No hay aún bastantes descontentos; pues el Demos no ha sido aún suficientemente injusto. En conjunto, la única esperanza es una invasión por tierra, y si Atenas hubiese sido una isla, sería completamente invulnerable.

La obra parece dirigida por un aristócrata ateniense á los aristócratas del Imperio, defendiendo á Atenas, á despecho del Demos: «Nosotros, los aristócratas, simpatizamos con vosotros; vuestras quejas no

son el resultado de una deliberada opresión ó de una perversidad inherente á los atenienses, son las naturales consecuencias del sistema democrático. Si se presenta una ocasión oportuna para la revolución, la aprovecharemos; ahora sería una locura.»

CRITIAS, el «tirano», escribió *Constituciones* *; su estilo, á juzgar por los fragmentos, era semejante al del citado Oligarca, y se le cita alguna vez por usar la palabra especial διαδικάζειν en el mismo sentido que allí ofrece. El espíritu de este tratado es completamente extraño á la ambición ilimitada á que vemos sujeto el Critias del año 404. Sin embargo, al oponerse á la acción revolucionaria de 411 que propuso el llamamiento de Alcibíades y el destierro del cadáver de Frínico, puede acaso hacernos imaginar un moderado y no joven Critias de 417 ó 414, fecha atribuida por Müller-Strübing y Bergk á nuestro oligarca.

Entre los restantes escritos políticos de aquel tiempo se encuentran la célebre *Defensa* * de Antifón, las *Vidas* * de Critias y sus *Libelos* *, el comentario de Trasímaco sobre la *Constitución de nuestros padres* * y una historia de los sucesos del año 411, que sirve de base al relato de Aristóteles en su *Constitución de Atenas*. Contenía una glorificación de los actos de Teramenes y una atrevida teoría de que la revolución que pretendía, era en realidad la restauración de la verdadera constitución de Dracón. Es difícil que sea del mismo Teramenes ya que no muestra hostilidad especial contra Critias y los partidarios extremos de la oligarquía. Este mismo espíritu libelista animó también á Pausanias, el rey desterrado de Esparta, y le hizo atacar á Lisandro y á los Eforos bajo el epígrafe de una *Vida de Licurgo* *.

SÓCRATES, HIJO DE SOFRONISCO, DE ALOPECE
(468 Á 399 ANTES DE JESUCRISTO)

Entre los sofistas del siglo v, hay uno que merece apenas este nombre, ó cualquier otro que pueda comprenderle juntamente con sus compañeros: hombre extrañamente aislado, que vivió, en un mundo aparte de los otros hombres, una vida de moral incesante y de intelectual investigación; en aquella región más rica para proporcionar y ambicionar simpatías, aunque se encontrase muerto para los sentimientos y preocupaciones de la sociedad usual. Esto es lo que hace del más serio de los hombres un centro de chanzas, broma é irrisión. Analiza la vida de un modo tan grave y tan al desnudo, que hace reir á los hombres, así como si guiara su camino la conclusión que tuvo á la vista cierto orgulloso orador durante su vida: «Procurar, al mismo tiempo, hacer incomodar á la gente.» La misma sencillez de su carácter le sugirió extraordinarias cuestiones: excitar insistentemente á una respuesta, bailar solo en su casa para hacer ejercicio, hablar sin disfraz alguno de sus sentimientos más internos. Era además grotesco en su aspecto, robusto, curtido, mal vestido, yendo con los pies descalzos casi siempre, de profunda mirada y, generalmente, de expresión soberbia; sometido á grandes exigencias por su progenie, algunas veces callado durante días enteros, generalmente hablador persistente y estimulante, algunas veces, con una elocuencia abrumadora; hombre que veía por completo al través de los demás, y que, como dice Alcibiades, los paralizaba y los hacía

creer «como verdaderos esclavos»; algunas veces humorístico de un modo inimitable, otras inexplicablemente solemne, siempre original y sobremanera inconsciente de sí mismo.

El parentesco de Sócrates fué una broma. Era hijo de una comadrona y de un albañil, evidentemente no muy afortunado en sus asuntos, pues de lo contrario su mujer no hubiera continuado parteando. No podía arreglárselas con los pequeños bienes que poseía, y tuvo que caer en la pobreza sin siquiera darse cuenta de ello. No tenía profesión alguna. Si alguna vez aprendió la escultura, jamás la practicó. No recibía salario por su enseñanza, y, seguramente, no creía enseñar nada. Alguna vez, sin razón visible, rehusaba, y otras aceptaba, los presentes de sus amigos ricos.

Llevó á la desesperación á su mujer Jantipa, de superior clase á la suya; se le tenía por maldiciente. En el centro superior de la educación, era mal educado; en una capa social de grandes aspiraciones políticas, era enemigo de la política. Jamás viajó; no se cuidaba en lo más mínimo de las bellas artes; conocía bien la poesía, pero insistía en tratarla como mala prosa. En el servicio militar mostró un valor de acero, aunque tenía la costumbre de caer en profundas meditaciones, lo cual podía llevarle á desagradables resultados. En sus últimos años, que es, únicamente, cuando le conocemos, es notable por su grande indiferencia hacia los placeres y penas corporales. Pero tenemos evidencia plena de que no fué siempre así, y de que el anciano que apenas reparaba en que estuviese helando, ó en que no hubiese almorzado, ó que podía resistir bebiendo toda la noche, había pasado una juventud turbulenta y apasionada. Espintaro, el padre de Aristóxeno, uno de los pocos que, sin ser discípulos suyos,

le conocieron en sus mocedades, dice que Sócrates era hombre de terribles pasiones, de ingobernable cólera y violento en sus deseos corporales, «aunque, añade, no hace nunca nada indigno».

Las doctrinas positivas de Sócrates eran pocas en cantidad: partía de una creencia paradójica, de que la virtud es conocimiento; punto de vista, refutado antes por Eurípides y después por Aristóteles, por lo menos en su sentido usual; para él, por supuesto, tiene una significación que no es la ordinaria. No poseía conocimientos especiales, y no se había impuesto como regla el adquirirlos; aunque, cuando ya muy entrado en su vida, le ocurrió aprender música, no tuvo reparo alguno en ir á la escuela y aprenderla entre los niños. Trabajó incesantemente en un problema que realmente jamás pudo resolver y que jamás ha sido la humanidad capaz para resolverlo. Sentía que la gran verdad que él perseguía seria visible en todas partes, si conociéramos cómo debemos examinarla. No es que necesitemos mayor conocimiento, nos basta con la realización consciente del que está en nosotros. Aceptando la chanza de la profesión de su madre, describía su proceso de investigación como la asistencia al nacimiento de la verdad de las inteligencias que están de parto.

Al lado de su creencia en una verdad real interna, Sócrates poseía un verdadero genio para el criticismo destructor. A menudo desleal en su método, siempre profundamente honrado en su propósito, buscaba, con efecto mortífero, las crencias fundamentales y los principios de todo filósofo, político, artista ú hombre de mundo, que consentía entrar con él en discusión. Por supuesto, estas discusiones eran orales; Atenas no había alcanzado aún el tiempo del criticismo libelísti-

co, y Sócrates no podía escribir un discurso ordenado. Objetaba á los libros, lo mismo que á los largos discursos, que no podía materialmente seguirlos y que necesitaba dirigir preguntas á cada afirmación.

Sócrates no fué jamás comprendido; parece, por toda su insistencia en la necesidad del conocimiento de sí mismo, que él tampoco llegó á entenderse á sí propio. Las escuelas del pensamiento más esencialmente divergentes pretendieron ser sus continuadoras. Sus amigos Euclides de Megara y Fedón de Elís, parece que hallaron en él, principalmente, dialéctica, lógica abstracta y metafísica basada en el Eleatismo. Otros dos, Esquines y Apolodoro, hallaron la esencia del hombre en su externo modo de vivir (véase capítulo XVI). Antístenes, fundador de la escuela cínica, creía seguir á Sócrates al proclamar el ningún valor de la riqueza, de la fama, de la amistad y de cualquier otra cosa del mundo, con excepción de la virtud. Esta era el conocimiento de una vida justa; todo otro conocimiento era inútil, y aún más, imposible. Con un desprecio igual del conocimiento teórico é igualmente limitado á la persecución de una vida justa, otro socrático, Aristipo de Cirene, identificaba la vida justa con la consecución de cualquier placer momentáneo; la cual, además, sostenía ser el único modo posible psicológicamente, de la vida. Si se pudiera intentar decir brevemente el lado socrático que fué desarrollado por Platón, acaso consistiría, de una parte, en su criticismo negativo, que conducía al escepticismo de los últimos académicos; y en parte, en su lado místico, lado que eventualmente fué llevado á tales excesos por los neoplatónicos del IV siglo después de Cristo. Sócrates hallábase sujeto á una alucinación de consejo: un ser divino acostumbraba á «hablarle», advirtién-

dole cuándo estaba á punto de obrar inconvenientemente.

Pero la semejanza más fundamental entre Platón y Sócrates, estriba, según parece, en un punto diferente, en su concepción del amor. El gran lazo que une á Sócrates con sus compañeros, el secreto acaso del afecto y devoción con que le distinguían hombres tan diferentes, era esta emoción apasionada, no satisfecha, á la cual no podía dar otro nombre. Los partidarios de Pericles eran «amantes» de Atenas; Sócrates «amaba» lo que él llamaba la belleza, la verdad ó la bondad; y al través de esta lejana causa de amor total, amaba á sus discípulos y á todos los que se hallaban trabajando por el mismo objeto. Platón lo realizó plenamente, Sócrates acaso no tuvo más que vislumbres de ello; pero es claro que aquel afecto personal, intensamente vibrante entre hombre y hombre, que da á los lectores más modernos de los diálogos platónicos una fría lectura de los mismos, es, fundamentalmente, atribuible á Sócrates. Es notable, considerando lo usual en la vida griega de entonces, que este «eros» no dió origen á escándalo alguno, contra Sócrates, ni aún en su tribunal (1). En cuanto á Platón, parece demostrar, por sí mismo, haber sido algo imprudente; la magnífica concepción de Aristóteles sobre la amistad, se explica mejor, cuando vemos que es el amor platónico bajo un nombre más frío y seguro.

¿Cuál fué el origen de la inmensa influencia de Sócrates, sobre toda la filosofía posterior, aunque en su real progreso filosófico no sea tan grande como Protágoras, ni comparable con Demócrito? Fué principal-

(1) Habla positivamente de esto Jenofonte, *Banquete*, VIII, 32, sig.

mente el carácter demónico y semi-inspirado de aquel hombre. De un modo exterior, consistía en el hecho de su desapego respecto á todo cuerpo existente y á toda institución, de modo que al naufragio de las que entonces regían, cuando Protágoras, Pericles, Gorgías sucumbieron, él, sin embargo, subsistió solo y sin descrédito. Y en segundo lugar, fué la gran consecuencia de haber sellado su misión con su sangre. Tenía bastantes condiciones de profeta para comprender cuán bien le sentaba el morir y que era imposible desdecirse, ni en una sola palabra, de lo que había creído, ó hacer una promesa que no pudiera personalmente aprobar. La apología de Platón es indudablemente ficticia, pero es evidente en ella la demostración de la indiferencia de Sócrates ó mejor su superioridad, respecto á la vida y á la muerte. El mundo no se hallaba entonces familiarizado con las persecuciones religiosas, y no podía fácilmente comprender con qué facilidad se sufre el martirio por aquello que se cree. Hay un punto, sin embargo, en el cual Sócrates se diferencia del mártir religioso: Sócrates no murió por ninguna supuesta corona de gloria, ni tuvo revelación alguna particular en la cual pusiera una fanática creencia. Murió con una convicción tranquila y deliberada de que la verdad es, realmente, más preciosa que la vida, pero no sólo la verdad, sino también la infructuosa investigación de la misma. Este juicio ha sido grandemente discutido así en la época moderna como en la antigua. Los socráticos como Esquines y Antístenes infiltraron en la literatura su indignación. Platón escribió la *Apología* y el *Gorgías;* Lisias el orador, salió á la defensa de Sócrates en forma de discurso; Polícrates, el sofista, se atrevió á justificar—probablemente no como un mero *juego de imaginación*—la de-

cisión del tribunal; Isócrates cayó sobre él con cáustica cortesía en el *Busiris*, y Jenofonte con cierta rústica convicción en los *Memorables*.

El principal punto que hay que aclarar es que los acusadores no fueron villanos, ni los jueces necesariamente «ciegos» como Marco Aurelio declara elegantemente. Sócrates habíase rodeado siempre de jóvenes aficionados al placer, provenientes tan sólo de las clases más ricas y disolutas. En cierto sentido los había «corrompido»: habían sentido el lado destructor de su enseñanza moral y no habían sabido comprender su objeto real. Su influencia política era marcadamente escéptica. No era un oligarca; su apóstol más antiguo, Querefón, peleó al lado de Trasíbulo en File; pero había analizado y destruido el sagrado principio de la democracia como cualquier otra cosa convencional. La ciudad se había recobrado, apenas, del sangriento reinado de sus dos íntimos discípulos Critias y Carmides, pero no pudo nunca recobrarse de la traición de su «querido» Alcibíades. Los temores religiosos del pueblo se habían despertado ansiosamente, confundiendo, sin reflexión, las conspiraciones oligárquicas, los pecados religiosos y la venganza divina.

De sus acusadores, el poeta Meleto era, probablemente, un fanático que no podía perdonarle su pretendida inspiración divina. Era un hombre débil, había sido intimado por los Treinta para ejecutar un arresto ilegal á sus órdenes, la misma determinación que, según la leyenda de los socráticos, había rehusado Sócrates realizar. Licón parece haber gozado fama corriente de respetable político, los socráticos nada dicen contra él fuera de que había sido, en otro tiempo, amigo declarado de su maestro. Estos hombres, di-

fácilmente hubieran obtenido un decreto contra Sócrates, en la condición ordinaria de la opinión pública; pero fueron fortalecidos con el auxilio de Anito. Poco después, en el mismo año, cuando Meleto intentó otra persecución por impiedad contra Andócides, en oposición á Anito, no pudo obtener la quinta parte de la votación. Anito era uno de los héroes de la democracia restaurada, uno de los mejores de este generoso bando. Como fugitivo en File había salvado la vida de algunos odiados oligarcas que habían caído en manos de sus soldados. Después de la victoria, fué uno de los autores de la amnistía. Dejó á los que habían confiscado sus propiedades gozar tranquilamente de ellas.

Había tenido anteriores relaciones con Sócrates. Era curtidor y un comerciante extraordinariamente honrado; pero había puesto su corazón en el porvenir de su hijo único y se hallaba preparado á hacer, para este objeto, toda clase de sacrificios menos el que se le pidió. El hijo deseó frecuentar la escuela de Sócrates. Se asoció á jóvenes aristócratas de dudosos principios y sospechosa lealtad; rehusó seguir la profesión de su padre. Sócrates defendió su causa de un modo inhábil. Si Sócrates hubiese convenido en el modo de pensar de Anito ó éste en el de aquél, todo hubiera ido bien. Pero lo que ocurrió fué que el joven continuó siendo rebelde y antojadizo; cuando su padre se desterró por causa de la libertad, él siguió en la ciudad con Sócrates y los tiranos; últimamente, se convirtió en un borracho incorregible. Cuando el anciano comerciante volvió peleando desde las ensangrentadas calles del Pireo, pensó en que el sofista de cara de sátiro se hallaba aún en Atenas, tan afortunado bajo los tiranos como bajo la Constitución, siempre burlándose de todo, probando y discutiendo ambiguos asuntos con

su hijo arruinado. Poco necesitó para dejarse convencer de que era el núcleo de una pestilencia que debía ser arrancada. La muerte de Sócrates es una verdadera tragedia. Ambos hombres eran nobles y prontos á morir por sus creencias; únicamente al final es cuando el más noble y el más grande de ellos ha quedado triunfante.

VIII

TUCÍDIDES

Cuando el anciano Heródoto estaba concluyendo en Atenas su historia, una nueva época de lucha se abría para la Grecia y exigía también un escritor. El mundo de Heródoto era completo y satisfactorio. Persia se hallaba dominada; los mares bajo una sola ley; la libertad y el orden adquiridos: «Iguales leyes, lengua igual, Democracia.» La cultura, que después de la libertad, era lo que más preocupaba á Heródoto, se había realizado en muy amplia escala. Vivía en una gran ciudad donde cada ciudadano sabía leer y escribir, donde todo el mundo era δεινός y φιλόκαλος. Nunca se había visto, ni aun en la atmósfera forzada de las cortes de los tiranos, una abundancia tal de poetas y hombres instruidos, como la que había en aquella sencilla y laboriosa ciudad. Había una nueva clase de poesía, únicamente propia de su suelo, tan admirablemente verdádera y profunda y llamativa, que hacía que la otra pareciera únicamente palabras sin sentido. Y aquella ciudad que había hecho todo esto, combatir, organizar y crear imaginativamente, era la metrópoli de su propia Jonia, aquella que él considerara como la salvación de la Hélada, á la cual había saludado el mismo Tebano: «¡Oh brillante y coronada de violetas,

ciudad del canto, grande Atenas, baluarte de la Hélada, muro divino! (1)». Este saludo de Píndaro dió el tono al propio sentimiento ateniense. Sus ecos iban extendiéndose poco á poco; ya en el año 424 antes de Cristo, la palabra «Coronada de violetas» podía hacer levantar y poner impaciente á un auditorio que estuviese sentado, y aun el empleo juicioso del adjetivo «brillante» por un embajador extranjero, pudo producir admiraciones diplomáticas (2).

Había un apasionado patriotismo romántico. En los mejores individuos, el amor hacia su ciudad, personificada, iba inseparablemente unido á la devoción por todo aquello que sentían como lo más elevado, libertad, ley, razón y lo que llamaban los griegos «lo bello». Su ciudad era sin par y tenían para ella aquellos deseos insuperables que tiene un hombre únicamente para su ideal ó para su amor. Pericles usó de esta palabra; se llamó él mismo su «amante» ἐραστής, palabra en griego más vehemente y fresca que en nuestras lenguas, y reunió á su alrededor á una multitud de espíritus similares, bien avenidos amantes de una dueña inmortal. Por esto la adornaron tan hermosamente. Otras ciudades griegas habían construido grandes edificios para sus dioses. Los atenienses de aquella época fueron los primeros en prodigar esfuerzos tan inmensos en la construcción de edificios como las Propíleas, los Astilleros, el Odeón, consagrados únicamente á Atenas. ¿Pudo Heródoto simpatizar por completo con todo esto? Seguramente, en lo que puedan ser comprendidas las pasiones humanas, no pudo agradarle la pretensión última, repetidamente sostenida ante un

(1) Píndaro, frag. 76.
(2) Aristófanes: *Caballeros*, 329; *Acarnenses*, 637.

mundo indigno, de que aquella ciudad sin rival, debía ser una reina absoluta respecto de sus «aliados», un tirano sabio y bienhechor que no tenía otra obligación que la de proteger y guiar á la Hélada y castigar á los bárbaros (1).

Había una gran distancia entre Heródoto y la generación más joven del círculo de Pericles: el abismo de la cultura sofista. Los hombres que habían oído á Anaxágoras, á Protágoras y á Hipócrates, se diferenciaban grandemente en sus creencias, en sus deseos, en sus intereses; pero se hallaban conformes en el principio común importantísimo de que el pensamiento debe ser claro y que la razón sostiene las llaves reales del mundo. Entre esta generación influida por tales maestros, se hallaba un joven de familia enemiga á la de Pericles, y que, sin embargo, le admiraba profundamente y se había asimilado mucho de su espíritu; que acaso se sentía con una inteligencia dominadora, que tenía pocas ilusiones, que odiaba la inactividad, que era también uno de los que constituían el partido de los Amantes. Comparaba su Atenas con la Micenas ó Troya de Homero; la comparaba también con aquella antigua y ruda Atenas que había rechazado á los Persas. Puso todo su espíritu de «ilustración» al estudio de la historia antigua. Despojó de la penumbra su antigua grandeza, y halló que, en la claridad del día, su única dueña era la más grande y la más hermosa. Vió—indudablemente todo el círculo de Pericles lo vió también—que se acercaba una guerra, acaso la más terrible de que se conservara recuerdo, una guerra que había de tener por objeto el establecer so-

(1) Tucídides, II, 63, Pericles; mucho más decididamente III, 37, Cleón; V, 89, en Melos; VI, 85, Eufemo; Comp. I, 124, Corintios.

bre firme roca la permanente supremacía de Atenas. TUCÍDIDES determinó espiar, desde sus comienzos, esta guerra, marcar cada uno de sus pasos, investigar todas sus causas, no ocultar nada ni exagerar nada de ella, hacer todo aquello que no había hecho Heródoto ni procurado hacer. Pero él imaginó hacer algo más que estudiarlo: procuró ayudar á obtenerlo. Era un hombre de posición y un distinguido soldado. Tenía sangre tracia, y vigor septentrional para el combate en sus venas, así como algún parentesco con Cimón y Milcíades. La peste de 430 estuvo á punto de dar al traste con sus ambiciones, pero fué uno de los pocos que enfermaron y se restablecieron. La guerra había durado ocho años, antes de que él obtuviera su oportunidad personal. Fué elegido general en 423 antes de Cristo, obtuvo el segundo mando y fué enviado á Calcídice. Hallábase junto á su propio país, donde poseía cierta jefatura hereditaria entre los tracios, y que en aquel momento era el verdadero centro de la guerra. El espartano Brasidas, en el auge de su enorme prestigio, se hallaba en el corazón de las posesiones atenienses. Una derrota le hubiera aniquilado por completo, pues no contaba con una base de retirada; y el vencedor de Brasidas hubiera alcanzado el primer nombre militar de la Grecia.

Nadie puede decir exactamente lo que ocurrió. Las dos ciudades que se hallaban en un especial peligro, eran Amfípolis y Eón, sobre el Estrimón. Sólo la presencia de las naves atenienses hubiera bastado para salvar estas dos ciudades, aunque hiciesen poco daño á Brasidas; pero si Tucídides hubiera podido levantar á las tribus tracias, Brasidas hubiera sido aniquilado por completo. Esto es lo que esperaban los amfipolitanos; y lo que explica el por qué, Brasidas avanzando

inesperadamente de día y de noche, á pesar de la nieve que caía sin cesar, asaltara el puente del Estrimón, al alborear el invierno, y apareciese bajo los muros de Amfípolis, mientras Tucídides se hallaba á medio día de navegación, junto á Tasos, al otro lado del centro de su influencia en Tracia. Su colega Eucles se hallaba en Amfípolis, y la ciudad hubiera podido fácilmente defenderse. Pero Brasidas tenía en ella sus agentes; sus exigencias eran excesivamente moderadas y contaba con que siempre había existido allí un partido contrario á los atenienses. Cuando los primeros siete barcos entraron en el río, al anochecer, desde Tasos, se encontró Tucídides con que Amfípolis se había ya entregado y perdió con ello toda oportunidad. Corrió entonces hacia Eón, tuvo la estéril satisfacción de derrotar á Brasidas dos veces fuera de los muros y después todo lo que conocemos son, únicamente, sus propias palabras (V, 26): «Me sucedió que tuve que ser un desterrado de mi país, durante veinte años, después de mi mando en Amfípolis.»

¿Quién puede dar los fundamentos de este acontecimiento (1)? Sabemos únicamente que Atenas era un rudo capataz para sus generales. Ni siquiera sabemos en qué consistió la sentencia. Debió ser desterrado; pudo haber sido condenado á muerte y haber huido; pudo huir por miedo al juicio. No sabemos dónde vivió. La *vida* antigua del mismo, dice que en sus estados de Escapte-Hile en Tracia; pero ésta se hallaba en territorio ateniense y no era sitio oportuno para un deste-

(1) Este suceso, adverso á Tucídides, se halla bien tratado por Grote (VI, 191, sig.), el cual acepta la leyenda de Marcelino, según la cual, Cleón fué su acusador.

rrado. Es seguro que volvió á Atenas después del fin de la guerra. Dice él mismo que se halló á menudo con autoridades Lacedemonias. Parece que estuvo en la batalla de Mantinea y es posible, también, en Siracusa. Nada sabemos de su muerte, que ocurrió probablemente antes de la erupción del Etna en 396. Su sepultura se hallaba en Atenas entre las tumbas de la familia de Cimón; pero «Zopiro», confirmado por «Cratipo» — sean quienes fueren — dicen que tuvo un «icrión» encima (no sabemos lo que es), lo cual indicaba que la tumba no contenía cuerpo alguno.

Si supiésemos algo más de Cratipo, podríamos añadir mucho más á los datos que poseemos sobre la vida de Tucídides. Las vidas tradicionales, una por Marcelino (v siglo después de Cristo) y otra anónima, son una masa contradictoria de leyendas, conjeturas y deducciones. Lloró al oir leer á Heródoto y recibió la bendición del anciano; se casó con una heredera tracia; fué desterrado por Cleón; estuvo sentado bajo un plátano escribiendo sus historias; con sus usuras arrojó de su isla á todos los Eginetas; fué asesinado en tres sitios distintos y murió en otro, de enfermedad. Dionisio de Halicarnaso asegura en algunas palabras (p. 143, 144), que Cratipo era contemporáneo de Tucídides. Si esto fuese exacto, rehabilitaría un tanto el valor de la tradición, pero la evidencia es abrumadora contra ella. La moderna crítica sobre su vida se halla toda ella basada en un artículo publicado en la revista *Hermes*, XII, en el cual Wilamowitz reduce la forma convencional á los verdaderos fundamentos, dados incidentalmente por el mismo Tucídides, y además á la existencia de una tumba de «Tucídides, hijo de Oloro, del demo Halimo», entre las tumbas de la familia de Cimón en Atenas; y luego reedifica con

todos estos fragmentos, una pequeña construcción que él considera estable, principalmente en su conclusión de que Praxífanes, discípulo de Teofrasto y autoridad de primera fuerza, había asegurado que Tucídides, junto con varios poetas, vivió en la corte de Arquelao de Macedonia. El argumento se apoya en las propias observaciones de Tucídides (II, 100), sobre este rey, que hizo progresar á su país en el camino de la organización, abriendo vías de comunicación «más que los ocho reyes juntos que vivieron antes que él». Pero ha sido también llevado, irresistiblemente, á una conclusión ulterior (1). No sólo dijo esto Praxífanes, sino que podemos hallar también donde lo dijo: era en su diálogo *Sobre historia* *. Esto lo echa todo á perder. Las escenas de esos diálogos son conocidamente imaginarias, aun en manos de Platón; después de la muerte de éste son las conversaciones más imaginativamente supuestas; de modo que, todo aquel edificio se derrumba inmediatamente después de haber sido edificado. Tan sólo subsiste un rinconcito del mismo.

El diálogo, al discutir el mérito de la historia y de la poesía (Aristóteles sostenía que la poesía era «la más filosófica»), suscita á Tucídides, el verídico historiador, sólo contra cinco poetas de diferentes clases; y podemos, probablemente, adivinar cuál era la decisión por la fragmentaria sentencia que declara que «Tucídides fué muy desconocido durante la época de su vida, pero considerado con valor excesivo por la posteridad».

Así, pues, hay un nuevo hecho sobre Tucídides, pero es de la misma clase que los anteriores. Sus espe-

(1) Hirzel en *Hermes*, XIII.

ranzas personales se desmoronaron en 423; sus ideales políticos y públicos se desgajaron, poco á poco, de 401 á 404, y la grandeza de este hombre se manifiesta en la forma en que permaneció fiel á su ideal en la historia. Recuerda con la misma detención que no ahorra detalle alguno, y con la misma conmovedora fidelidad, todos los triunfos y desastres, su propia caída y destierro, la terrible narración de Siracusa, los horrores de las sublevaciones, el veneno moral del espíritu guerrero extendido por la Grecia, y aun las humillaciones interiores y la exacerbada tiranía de aquélla que debía haber sido entre las naciones, la princesa de la filosofía.

Nuestro concepto «Guerra del Peloponeso» lo debemos á Tucídides. En realidad hay en ella tres guerras distintas y ocho años de falsa paz. La paz que siguió á la primera lucha, fué á su vez seguida de una alianza, y parece como si los disturbios inmediatos, en la creencia de la Hélada, pudieron hallar á Atenas y Esparta unidas en alianza contra una coalición tebana argiva. Tucídides estaba aún trabajando en su relato de la guerra de los Diez Años, cuando surgieron nuevas hostilidades en Sicilia y volvió á ella sus ojos. La primera guerra se halla prácticamente completa en su libro. La expedición á Sicilia (VI, VII) se halla también prácticamente terminada en sí misma, aunque no se ofrece por completo en su verdadero sitio, relativamente á lo restante de la historia. Tiene una introducción aparte; explica quién era Alcibíades como si nunca le hubiese mencionado; repite episodios del relato de la guerra de los Diez Años ó se refiere á él como á una obra separada. Así que ocurrió la guerra de Sicilia, Tucídides comprendió, enseguida, lo que, acaso pocos hombres de su tiempo, pudieron ver: la real uni-

dad de toda la serie de los sucesos. Reunió materiales referentes á la época de la paz y formó, con parte de ellos, algo de su historia (V, 26 al fin); reunió la mayor suma de materiales para la última guerra Decelia ó Jónica (VIII). Tiene un segundo prólogo (V, 26): «El propio Tucídides de Atenas ha escrito también estas cosas en el mismo orden en que acaecieron, por veranos é inviernos, hasta que los Lacedemonios y sus aliados rompieron la dominación de los Atenienses y se apoderaron de las grandes murallas y del Pireo.» Tales palabras debieron serle muy duras de escribir.

Jamás llegó á realizar el fin que se había propuesto. Es característico para este hombre, y para cierto lado de la cultura ateniense, que, desde su sencilla tarea de narrador, procuró desarrollar el estilo de su obra como literatura propia. En vez de terminar la crónica de la guerra, elaboró sobre las relaciones de los argumentos que habían usado el pueblo ó los varios partidos que le habían seguido, discursos directos y trabajados. El estilo de la prosa tenía en aquel tiempo su desarrollo más alto en la forma retórica, y era muy permanente este género del espíritu, siempre característico de la Grecia, que se deleitaba en comprender los dos lados de una cuestión y que no cesaba hasta que conocía una apología completa de cualquier hecho equivocado. Los discursos son los más elevados esfuerzos literarios de Tucídides. En algunos casos parecen ser substancialmente históricos, y aun hasta cierto punto, en sus frases; la carta de Nicias tiene el aspecto de la realidad (VII, 11, sig.), y acaso también el discurso de Diódoto (III, 42). Algunas veces el discurso es histórico, pero la ocasión está cambiada. Una grande oración fúnebre de Pericles fué pronunciada

después de su campaña en Samos (1), pudo haber hecho también otra en el primer año de la guerra, cuando apenas había que enterrar á unos cincuenta atenienses. Muy probablemente, Tucídides ha transferido el gran discurso á una época en la que pudo usar de ella en su historia (2). Algunas veces los oradores se dan, de un modo vago, en plural: «Los Corintios dijeron»; esto es, se presenta la situación política en la forma de un discurso ó de varios, que demuestran vivamente el modo como la concebían los diferentes partidos. Un ejemplo notable es el imaginario diálogo entre los atenienses y los melienses, que muestra, de un modo dramático, aunque acaso recargado, la actitud de espíritu en que el partido de la guerra en Atenas consideraba entonces aquellos problemas.

A primera vista, esto es una innovación corruptora, introducida por el gran realista en la historia. Él, sin embargo, nos lo previene francamente. Era difícil para él ó para sus informantes, recordar, de un modo exacto, lo que habían dicho los distintos oradores. Por esto nos da los discursos que exigía, según su modo de pensar, la situación referida, procurando conservar, tanto como fuera posible, las palabras empleadas (I, 22). Es una descripción verdaderamente nebulosa. Seguramente no le hubiera agradado esto en Heródoto; y la práctica fué un legado fatal para los dos mil años de historia escrita que le siguieron. Pero en su propio caso hemos visto por qué lo hizo, y es poco dudoso que lo llevó á cabo con éxito extraordinario. Acaso no se encuentra nada en la literatura,

---

(1) Aristóteles: *Retórica,* 1365, *a,* 31, 1411, *a,* 1; Plutarco: *Pericles,* 28.

(2) Wilamowitz Mœllendorf, en *Hermes,* XII, 365, nota.

semejante á su poder de personificar una nación y poner de relieve las líneas capitales de su carácter. Los acontecimientos más sencillos son verdaderas descripciones, como el contraste entre Atenas y Esparta señalado por los Corintios en el libro I, ó la pintura de Atenas por Pericles en el II; pero hay también una personificación dramática y se siente la nacionalidad de los distintos oradores anónimos, como se siente el carácter personal de Nicias ó Estenelaidas ó Alcibíades. Sería difícil encontrar un relato más claro ó más convincente de los conflictos políticos, del que se da en los discursos del comienzo de la guerra.

Naturalmente, hubiéramos preferido una transcripción verbal, y claro es que esa práctica de Tucídides exige otro Tucídides para justificarla. Pero si comparamos estos discursos con los pasajes del libro VIII, donde nos ha dado igual clase de asuntos en forma indirecta, se inclina uno á creer que el discurso artificial y ficticio es más claro y más decididamente apropiado. El hecho es que, en su ideal de la historia, Tucídides se encuentra casi tan distante de Polibio como de Heródoto. Cuidado y verdad vienen, absolutamente, en primer término, del mismo modo que en Polibio: «De los hechos realizados en la guerra» (distinguiéndolos de los discursos) «no he creído oportuno escribir por una información casual, ni según mi propia manera de pensar. En parte, los he visto yo mismo; lo demás, lo que he averiguado por otros, he inquirido con todas mis fuerzas cada uno de sus detalles. La verdad era difícil de hallar, porque testigos presenciales de los mismos sucesos hablaban de distinto modo, según variaban sus recuerdos ó sus simpatías. El libro parecerá acaso pesado, porque no hay en él relatos míticos. Pero si aquellos que desean

saber la verdad de lo que ocurrió en la guerra y los pasajes que, seguramente, concuerdan con la naturaleza humana, para ser tenidos en cuenta en lo futuro, juzgan mi obra útil, estaré contento. Lo que he escrito, es cosa que siempre debe poseerse y guardarse, no algo que sirva tan sólo para hallar una distracción momentánea.»

Busca, tan diligentemente y sin cesar, la verdad, como un anticuario moderno que no tiene objeto alguno en su secreto ó exageración. Pero su objetivo es diferente. No trata de proveer de material á sus lectores para que puedan trabajar sobre él. Tiende á realizar por sí mismo toda la obra; para ser el único juez de la verdad y dar á su resultado una forma artística y final, no deja de procurar cualquier demostración, ni de investigar fuente alguna. Es una cualidad, acaso característica, el uso de documentos de una parte, y de otra el de los discursos. Hablando en general, puede decirse que en las partes terminadas de su obra no hay documentos; en las no terminadas, no hay discursos. Relativamente á éstos, es claro el motivo: casi todos llevan vestigios de haber sido escritos después del fin de la guerra. El libro VIII, no terminado, no ofrece ni un solo discurso; la parte incompleta del libro V, no presenta más que el diálogo Meliense.

Respecto de los documentos, hay más espacio para la duda; pero este punto es de gran significación interna. De los nueve documentos incorporados, verbalmente, al texto, tres se encuentran en la parte notoriamente incompleta del libro VIII; tres están en la parte del libro V, que trata del intervalo de la paz; tres: una tregua, una paz y una alianza entre Atenas y Esparta, pertenecen á la conclusión de la guerra de

los Diez Años. Ahora bien, puede imaginarse que esos tres últimos, provienen de originales áticos y no espartanos; que no fueron accesibles al desterrado hasta su regreso en 403, y que la información que había obtenido de ellos, por medio de terceras personas, no era correcta. Donde se encuentran en el texto son *inorgánicos*. La narración ha sido escrita sin conocimiento de los mismos; en un caso los contradice. La tregua indica que otra separada había sido convenida entre Atenas y Trecene, tregua que no se halla mencionada en el texto. La paz difiere de la narración sobre Pteleón y Sermilia, y supone que Atenas había recobrado las ciudades de la Calcídice. La alianza *no* contiene ninguna cláusula obligando á Atenas y Esparta á no hacer alianza alguna sin su mutuo consentimiento, aunque la narración correlativa exige ambas cosas y contiene los Estados que la hicieron (V, 39, 46). Los documentos de Tucídides han sido todos añadidos al texto después de 403, y presuponen un nuevo y más ambicioso deseo para su historia. Cuando escribió la guerra de los Diez Años, no dió documento alguno: ni la paz de 445, ni los tratados con Regio y Leontini en 433, ni aun el de Corcira. Lo mismo en su guerra de Sicilia; ni siquiera hay el tratado con Egesta.

Comenzó su historia como una verdadera «crónica de la guerra, por veranos é inviernos». La ensanchó, intentando llevar á cabo una historia completa y filosófica de Atenas en su relación diplomática é imperial. Después que había trabajado sin documentos, vió su valor, y cuando se le presentó la oportunidad, los incorporó á su historia, según se hallaban recordados en las lápidas. Los grandes discursos políticos, no se conservaban; comprendió que atesoraban la intima

expresión de aquel tiempo, é hizo todo lo posible para recordarlos ó crearlos de nuevo.

He ahí por qué su obra está sin terminar. Sólo ofrece en total nueve documentos, y la colección parece, en cierto modo, fortuita. Tres de ellos, de más interés que importancia, son únicamente tratados, aparentemente secretos y frustrados, entre Esparta y Persia. Debe haberlos obtenido por algún conducto privado, acaso de igual origen—Kirchhoff piensa que por Alcibíades—que los documentos Argivos y Espartanos del libro V. Más documentos hubieran sido necesarios para realizar su historia ideal, así como más disertaciones y razonamientos hubieran hecho cambiar las digresiones de política interna y social que se hallan ahora confinados á los dos primeros libros y á la introducción del libro VI. Los mismos documentos que contiene no han sido completamente utilizados, según hemos visto. Había aún en la narración algunos pequeños errores que podían ser fácilmente corregidos con la demostración documental. Había algunas omisiones considerables. Su relato del tributo es obscuro por falta de detalles; dice que Tera no se hallaba en el imperio en 432, y no explica cómo vino á pagar el tributo en 426 (1). Dice poco acerca de los tratados y proposiciones de paz, poco de asuntos financieros, poco del desarrollo político de Atenas ó de la organización militar. No hay tanto de «fundamental» para usar la frase de Forbes en su historia, como en la de Heródoto. Pero la comparativa plenitud de tales materias en el libro I, es acaso una indicación de lo que hubiera podido llegar á ser el resto.

El estilo de Tucídides, tal como se halla en nuestros

(1) C. I. A. 38; comp. 37.

textos, ofrece un fenómeno extraordinario. Es, innegablemente, un grande estilo, limpio, movido, viviente y que deja la impresión de una poderosa inteligencia; pero tampoco puede dejar de observarse un estilo artificial, obscuro en medio de su viveza, arcaico y poético en su vocabulario, y que se escapa con facilidad á floreos verbales que parecen haber sido poco pensados. Parte de esto es, fácilmente, explicable. Escribe en un dialecto artificial, semijónico, ξύν por μετά, ἤν por ἐάν, πράσσω por πράττω. Esto se explica por la tradición literaria, pues en Grecia cada género literario tiende siempre á formarse un lenguaje propio y característico. Está sobrecargado de antítesis y ve instintivamente aparejadas todas las cosas, del mismo modo que Gorgías y Antifón. Es aficionado á distinguir entre sinónimos, lo cual proviene de Pródico. Invierte siempre el orden de sus palabras, poniendo en un vivo relieve los distintos detalles, lo cual hace difícil de comprender el encadenamiento total de su pensamiento; eso deriva, evidentemente, del carácter especial de nuestro autor. Lo hace más que Antifón y Gorgías, más aún que Sófocles. Su propio modo de ser es responsable, seguramente, de la aglomeración de asuntos y pensamientos que se sienten al leerse; la nueva idea, la nueva distinción lógica empuja á la anterior, antes de que ésta se halle convenientemente dispuesta. Es por naturaleza «*Semper instans sibi*» (Quintiliano). Cierta libertad gramatical que en él se observa, es común, probablemente, á todos los escritores griegos realmente pensadores y vivientes: nombres abstractos en singular con verbos en plural, desligados anacolutos, elipsis comprensibles del discurso. Pero lo que no es explicable en Tucídides es que haya caído en intermitentes orgías de un lenguaje antigra-

matical y antinatural, en los desconcertadores caminos del comentario y la explanación, cosa que ocurre á cada tres páginas.

Todo eso es inexplicable si el texto es fiel; ¿pero lo es? Las contestaciones á esta pregunta son tormentosas. «No, nuestro texto está completamente corrompido.» «Está convicto de grandes errores por tres inscripciones contemporáneas. Está lleno de glosas. Ha sido rellenado con inútiles referencias é interpretaciones explanatorias, durante su largo empleo como libro de escuela.» «En los tiempos posteriores han acudido á él falsificadores intencionados» (Cobet, Rutherford). «¡Uno de ellos era un *sanguinario* y otro hablaba como un *memo!*» (Müller-Strübing). «Seguramente, demostrado de modo evidente y notorio que la obra se halla incompleta, debió ser editada por otro después de la muerte del autor» (Wilamowitz), ó por varios, que la interpolaron con tanta libertad y dejaron en tal estado de confusión los manuscritos que «la unidad de su autor, se halla perdida, tan sin esperanza en la cuestión Tucidídea, como en la Homérica» (Schwartz).

No nos sorprende que, ante estos ataques, el aficionado usual se haya refugiado al expediente de hacerse el sordo, ó mire con cierta simpatía las afirmaciones que hace Herbst en su magnífica obra de defensa, á lo gladiador, de todo aquello que creía en sus felices sesentenas—tiempo en que, como dice quejumbrosamente, al abrir su Tucídides se sentía «reposando en el seno de Abraham». No es, pues, sorprendente que los editores conservadores hayan adoptado la teoría, en verdad extraordinaria—únicamente en defensa contra las teorías progresivas de Ulrich, Kirchhof y Cwiklinski—según la cual Tucídides no escribió, ni siquiera

una palabra, entre 432 y 404, en cuya época última, aparentemente, hizo todo su libro de una asentada.

No es este sitio oportuno para discutir el texto, á no ser de un modo vago, y con objeto de averiguar su significación en la historia de la literatura y la idea que nos formamos de Tucídides. En primer lugar, los puntos de vista generales de la idea de Cobet, seguida después por Rutherford, de que el texto se halla ampliamente desfigurado por añadiduras y glosas, y de que Tucídides, estilista muy concienzudo, en una época en que era muy estudiado el estilo, y en una obra que tardó en ser escrita unos veintinueve años, no debió mezclar pasajes de una expresión magistral con algunos pocos que parecen grotescos, todo esto nos parece moralmente cierto. La simple comparación de los manuscritos existentes y el estudio del estilo de Tucídides, lo demuestra. Pero esto nos da poco camino. La notable edición del libro IV, por el Dr. Rutherford, intentando llevar estos resultados á una conclusión lógica, ha producido un texto que apenas aceptaría en Europa una docena de aficionados. Podemos comprender que las frases originales han sido corrompidas; podemos ver también, en cierta extensión, los límites de esta corrupción, pero con esto no podemos, sin embargo, restaurar el original.

Poseemos algunos hechos concretos que nos permiten apreciar la tradición actual. Se conserva una parte del texto original de uno de los documentos de Tucídides, grabado en una lápida ateniense (1). Poseemos también algunas significativas citas del geógrafo posterior, Esteban de Bizancio.

La inscripción, según Kirchhoff, tomando de ella

(1) El tratado, Tucídides, v, 47.=C. I. A. IV, 46, b.

sólo veinticinco líneas, y después de algunas restauraciones, muestra que nuestro texto de Tucídides se ha equivocado en treinta y dos pequeños puntos de detalle, sin contar las repeticiones en veinte y sin contar conjeturales restauraciones de la piedra en trece. Los detalles consisten en letras, en el orden de las palabras, en el uso de diferentes preposiciones ó formas verbales, ó en la omisión de frases formales. No hay, sin embargo, diferencia alguna en el sentido. Produce cierta evidencia para demostrar prácticamente que Tucídides copió su documento de un original ateniense, verbalmente idéntico con el nuestro,—y casi cierto que tomó su copia de la misma piedra que poseemos.

Ahora bien; descartada la teoría extrema de que Tucídides, de un modo intencionado, hubiese modificado el estilo del documento (Herbst), los errores del texto actual deben, naturalmente, ser atribuidos á los distintos y varios copistas que han mediado entre Tucídides y nosotros. En este caso, nuestro texto es un artículo seriamente adulterado. Para salvar la vulgata algunos han sacrificado al mismo Tucídides. «No se cuidó del esmero verbal. Vivió antes de una época de precisión en asuntos literarios.» Seguramente esto es bastante probable, pero es un procedimiento suicida, puesto que si Tucídides, discípulo de los sofistas, no tenía esmero verbal en sus documentos, ¿es de suponer que los copistas contemporáneos forasteros cuidaran de este examen verbal al copiarle?

La conclusión que nos proporciona Esteban de Bizancio, es diferente, pero va en la misma dirección. Nuestro texto de Tucídides nos da los nombres propios extranjeros en una forma, más ó menos exactamente ática, y se ha creído el colmo de la pedantería el dudar de ellos. En cinco sitios, Esteban, al citar á Tucídides

en su Geografía, escribe de un modo correcto y antiguo aquellos nombres (1) los cuales, por supuesto, no pudo conocer por sus propios medios. En otro pasaje (III, 103), donde nuestro texto dice que Olpa, ciudad en el extremo límite de la Acarnania en dirección á Amfiloquia, era «el tribunal común de los acarnanios», Esteban lo cita en esta forma: «de los Acarnanios y Amfiloquios», lo cual justamente es lo que pide su posición.

La consecuencia de todo es que el criticismo de Tucídides debe reconocer la imperfección demostrable de nuestro texto. Por ejemplo, en el relato, bien conocido, sobre Mitilene, cuando la asamblea condenó á muerte, en un momento de pasión, á toda la población militar, y luego, arrepintiéndose el mismo día y después de la tremenda manifestación de los remeros de las galeras que tuvo necesidad de reprimir, la salvó, condenando únicamente á los promovedores «más culpables de la rebelión». «Su número fué mayor de mil» (III, 50). ¿Es este número remotamente creíble? Nada hay en los manuscritos menos infiel que las cifras, ya que el sistema numeral griego producía por sí mismo, con gran facilidad, errores considerables. Los promovedores de aquella revolución, se encontraban en aquel tiempo en Atenas. Era, pues, una deliberada ejecución de prisioneros, no un degüello irreflexivamente sangriento; y nadie, ni en el tiempo de Tucídides, ni en los siglos inmediatos, tuvo noticia de él. Diodoro, que tenía á la vista la obra de Tucídides, hace pronunciar á Hermócrates de Siracusa un discurso sobre todos los crímenes que había cometido Atenas; habla de cosas mu-

(1) Γραϊκήν, II, 23; Κοτύρταν, Ἀφροδιτίαν, Κυνουρία, IV, 56; Μεταπίους, III, 101.

cho más insignificantes; se refiere á la cruel decisión de la primera asamblea y á la enormidad que los Atenienses *pensaban cometer*—pero omite mencionar que ejecutaron, con toda sangre fría, á mil de sus súbditos. Es claro que Diodoro no había leído el relato en la forma actual. Todo ello depende de la corrección absoluta de la cifra ,α y nuestros editores gritan y apelan á todo expediente ¡antes que admitir la posibilidad de que ,α se halle equivocada (1)!

Del mismo modo, en I, 51, nuestro texto se opone á una inscripción contemporánea (2). La piedra conviene exactamente con Tucídides en los nombres de la primera serie de generales mencionados; en la segunda dice: «Glaucón», (Metáge)nes y Dracóni(des).» Nuestro texto ofrece: «Glaucón, hijo de Leagros; Andócides, hijo de Leógoras» esto es, Andócides el orador. ¿Es esto un error del historiador? no lo es necesariamente. Supóngase el poseedor de alguna copia en la cual hubiera una mancha ó un roto, y que no estando seguro de la forma Leagros reflexionara que «Leógoras» era un nombre real, ya que Andócides era hijo de un Leógoras. Con esto hace entrar en escena al orador y estropea los dos nombres verdaderos, pero ilegibles. Algo de esto es mucho más probable que un error tal de parte de Tucídides.

En un pasaje del final del libro I, donde la narración es fácil y natural el estilo, el escoliasta observa que «aquí el león ríe». Más á menudo hubiera reído el león, y con mayor gusto, si poseyéramos únicamente,

(1) Müller-Strübing piensa, por supuesto, que este pasaje es una interpolación. Tucídides usaba el sistema decádico de los numerales, no el de las inscripciones áticas.

(2) C. I. A. 179.

sus propias y reales expresiones, no modificadas por los accidentes de la tradición.

Volviendo de esta inevitable digresión, se comprende fácilmente que Tucídides se halla, por su propio natural, en cierto antagonismo con el método total de Heródoto al considerar los sucesos. Tucídides no ofrece actor alguno sobrenatural en su narración. No ve sugestión alguna de los trabajos de una Providencia divina. ¿Cómo podría verla en el desdichado mundo que está ante sus ojos? Su espíritu es *positivo;* no habla de cosa alguna que no pueda conocer. Es un tanto sardónico respecto á los oráculos que, naturalmente, llenaban la atmósfera en aquella época. Se fija en su salvadora ambigüedad (II, 17, 54), y menciona, como una verdadera curiosidad, el único que ha conocido como definitivamente cierto (V, 26). Habla poco de las personas. Detalla la influencia de un grande hombre como Pericles, de un mero demagogo como Cleón, de un genio no escrupuloso como Alcibíades. Viviendo en una época psicológica, estudia los caracteres de esos hombres y su modo de pensar, representándolos á veces con viva personificación dramática en los discursos y en toda otra cosa; pero se cuida, únicamente, de su espíritu, jamás de sus maneras ó formas, y no defiende nunca la chismografía. Se cuida tan sólo de los grandes movimientos y de las fuerzas organizadas. Cree sobre todo en la razón, en el poder del talento, de la inteligencia.

Hay también otro punto en el que se halla irritado contra Heródoto. Era aquél un militar práctico y altamente educado; Heródoto era un literato que nada conocía de la guerra fuera de las escaramuzas jónicas, sin importancia, de su juventud. Heródoto habla del «regimiento de Pitane», demostrando que creía que

los regimientos espartanos se formaban por localidades. Tucídides se encoleriza porque un historiador profesional no conoce mejor estos asuntos (1). Fuera de la topografía, cosa completamente difícil antes de la época de los mapas, Tucídides es muy claro y seguro en los asuntos militares, y es interesante observar que señala con el dedo casi todas aquellas debilidades de la organización militar griega que puso, gradualmente, de manifiesto la experiencia en los tiempos posteriores. En la guerra del Peloponeso toda la fuerza del ejército de tierra consistía en la infantería de línea. Tucídides muestra la falta de protección de un ejército tal contra una apropiada infantería ligera (2). Ifícrates y Jenofonte aprendieron esta lección. Muestra el efecto de la superioridad de los siracusanos por su caballería, así en la exploración, como en el forrajeo y en los encuentros serios. La caballería fué la que ganó Queronea para Filipo y el imperio de Darío para Alejandro. Pone también de manifiesto el más visible lunar de la estrategia griega, es decir, lo embarazoso de la acción del general en el campo por la fiscalización excesiva del gobierno. La expedición á Sicilia fué perdida, no por Nicias, sino por la asamblea Ateniense, puesto que si también cometió Nicias muy graves errores, fueron, en gran parte, debidos al estado de sujeción paralizadora en que se encontró por la ausencia de aquel Cuerpo. El Senado Romano, compuesto en una proporción tan considerable de hombres militares, era completamente simpático á las desgracias de sus generales, casi en tanto grado como á sus extorsiones. La Asamblea Ateniense se hallaba influida grandemente

(1) I, 20; comp. Heródoto, IX 53.
(2) III, 102; IV, 39.

por soldados territoriales y por hombres que, aunque se hallasen en condiciones de vivir en el ejército, en modo alguno eran militares. Esparta se halló también, por un motivo diferente, en una condición semejante, Sólo una posición excepcional, como la de Brasidas en Calcídice ó la de Agis en Decelia, permitió á un general obrar con verdadera libertad (3), aunque se hallaba Agis materialmente impedido por las envidias. Aquí encontramos nuevamente otro de los secretos del poder de Filipo y Alejandro.

Del mismo modo que la mayor parte de los guerreros pensadores—Bauer (1) presenta paralelos de Moltke y otros—Tucídides se halla profundamente impresionado por la inseguridad de la guerra, la imposibilidad de preverlo todo y de conocer, de un modo exacto, todo lo que debe hacerse en una batalla. No juzga á los hombres, como hacen los necios, por su éxito. Posee razones personales, claro es, para no obrar así, en materias militares; pero este principio, una de las mayores muestras del verdadero pensador, se halla en todas las partes de su obra. Pericles se hallaba convencido, por los sucesos anteriores á él de que Atenas ganaría la guerra, y, sin embargo, la perdió. Pericles era profundo y correcto en su suposición, pero no podía prever la peste y ser responsable del abandono de su política después de su muerte. Ciertamente es muy notable que Tucídides no exprese jamás ningún juicio personal que pudiera deducirse de los hechos presentados. Sólo habla cuando piensa que los hechos pueden ser mal interpretados. La empresa de Cleón (IV, 28) de apoderarse de Esfac-

(3) VIII, 5, Agis.
(1) *Philologus*, L, 401.

teria, fué llevada á cabo en menos de veinte días. Era, sin embargo, una insana arrogancia, dice Tucídides. Al fin de la expedición contra Sicilia, estamos llenos de admiración hacia Demóstenes; nuestra compasión por Nicias se halla mezclada de cólera y desprecio. Tucídides nos calma: «De todos los griegos de mi época, era el que menos merecía un fin tan desdichado, puesto que vivió siempre cumpliendo todo aquello que era tenido por virtud» (VII, 86). Generosa alabanza; pero acompañada de la limitación: «Todo aquello que era tenido por virtud.» Nunca hubiéramos hecho tal descubrimiento sobre Nicias, sólo por su historia. Pero Tucídides conocía á este hombre; es perfectamente franco sobre él, algunas veces de un modo cruel; y este es el final juicio que merece á Tucídides. Es lo mismo que le ocurre con Antifón. Es una figura siniestra. Era responsable de la época del terror. Pero Tucídides que le conoció, le admiraba, aunque recordase, deliberadamente, la completa medida de esos crímenes. Esto nos recuerda el elogio de César Borgia por Machiavelli. Acaso la ἀρετή de Antifón era semejante á la *virtú* de Borgia y tuviese Machiavelli un gran ideal para Italia, algo semejante al de Tucídides para Atenas. Acaso podría pensarse también en el elogio de Luis XI por Philippe de Commines. Pero Tucídides, aunque en inteligencia no se diferenciara de esos dos escritores, es un hombre más grande que de Commines, mucho más sano y completo que Machiavelli y mucho más noble que uno y otro. Es muy circunspecto en sus juicios morales, pero seguramente necesita cierta obediencia ciega en el lector para no conocer la tendencia hacia una moral general muy severa. Se ha dicho que atribuye, únicamente, motivos egoístas aun á sus mejores personajes, el deseo de glo-

ria á Brasidas, el deseo de escapar al castigo á Demóstenes. Pero él raramente menciona motivos personales de ninguna clase, y cuando tales motivos se abren camino á través de la historia, generalmente no son desinteresados. Seguramente da por supuesto un elevado sentimiento de patriotismo. No debe, sin embargo, sorprender el hecho de que la ética especulativa de Tucídides hallara difícil concebir una acción completamente «desinteresada».

Tucídides, por supuesto, es hombre y no siempre ha de tener razón. La «Arqueología» ó introducción á la historia antigua, en el libro I, es una de las partes más salientes de toda su obra. Probablemente, no tiene paralelo en la literatura, hasta la época de los enciclopedistas, por su imaginación histórica y por la profundidad de su penetración; en cuanto á método, les es superior. Sin embargo, es evidente que Tucídides no entiende el mito de un modo real. Lo trata únicamente como una historia averiada, cuando, á menudo, nada tiene que ver con la historia. Aceptados Pélope, Ión y Heleno, su relato es luminoso; pero él está aún en el estadio que considera como hombres reales aquellas concepciones.

Es de suponer que no hay sitio en la «arqueología» para el espíritu de partido; pero aun cuando le hubiera, queda incólume la esencial hermosura y serenidad de la inteligencia del escritor. A menudo ha sido atacada en nuestros días. Pero más que un libro hablan los hechos ciertos: que la mayor parte de la antigüedad le considerase como el prototipo de la rectitud, mientras que algunos le juzgaban amigo de los Espartanos y otros amigo de los Atenienses; que Platón y Aristóteles le censurasen por ser demasiado demócrata, mientras que hoy sus críticos se quejan de

que no lo sea bastante. Su propia política es completamente moderada. La época en que le complacía más el estado político de Atenas, él nos lo dice (sin contar regularmente la «dominación del hombre más grande» de Pericles), fué durante los primeros meses de la constitución restaurada en 411. Había en aquel entonces «una justa combinación de los derechos de los pocos y de los más» (1). Parece haber sido un hombre de profundas opiniones personales y un genio al ponerlas á un lado mientras escribía su narración. Su referencia á «un cierto» Hipérbolo (VIII, 73), cuando Hipérbolo había sido durante algún tiempo el político más preeminente de Atenas, es explicable si se piensa que su historia iba dirigida á todo el mundo griego que nada conocía, y se cuidaba muy poco, de la política interior ateniense. La despreciativa condenación del hombre que le sigue se halla escrita bajo la influencia de la opinión usual en Atenas á fines de aquel siglo. El tono general que usa respecto á Cleón, indica seguramente su personal modo de sentir. Pero la segunda vez que nos presenta al mismo (2), es debida seguramente á una inadvertencia del autor ó del copista; y la asombrosa sentencia de IV, 28, 5, se hace únicamente razonable al entender que «los atenienses» que «hubieran deseado más bien verse libres de Cleón que apoderarse de Esfacteria», son, necesariamente, la mayoría de la Asamblea de aquel tiempo, es decir, los partidarios de Nicias. Después de todo, su relato de Cleón es el menos desfavorable que poseemos, y si es riguroso, debemos reconocer que Tucídides se hallaba en la especial obligación de declarar que Cleón no era Pericles.

(1) VIII, 97; comp. II, 65, 5, y III, 82, 8.
(2) IV, 21; III, 36.

Debe también considerarse que Tucídides volvió á Atenas en 403, como si fuera un espectro que saliese de la tumba, un sobreviviente del antiguo círculo de Pericles. Movíase entre hombres que le eran extraños. Su espíritu era el que prácticamente había muerto en Atenas casi una generación anterior, y cuya memoria se había ya desvanecido por las turbulencias y el derramamiento de sangre y la miseria de los últimos quince años. La política de Pericles, la idea de la dominación, la misma Democracia, se hallaba, general y desesperadamente, desacreditada en las esferas en que Tucídides debió naturalmente moverse. Los pensadores del día tomaban la dirección de los escritores oligárquicos; dirección indicada más tarde por Aristóteles. La historia ateniense era «una sucesión de demagogos», Arístides, Efialtes, Pericles, Cleón, Cleofón, Calícrates, «y, desde aquel tiempo en adelante, todos aquellos que se hallaban capaces de los más grandes extremos, por el descuido general, y de ser los zurcidores de la voluntad del pueblo para su propia ventaja inmediata» (1). La democracia en una forma moderada y modificada había tenido que aceptarse; pero era, según palabras de Alcibíades, «locamente declarada» (2), y sus jefes eran todos aventureros que buscaban su propia fortuna. Mirando á Estesímbroto y las comedias de aquel tiempo, «Pericles era precisamente tan malo como el peor de ellos; y de Arístides el justo ¡cuántos relatos extravagantes podríamos contar!» Los hombres de los primeros años del siglo IV habían vivido entre ruinas, entre esperanzas destrozadas, ideales desacreditados, rudos y bár-

(1) Aristóteles: *Constitución de Atenas*, XXVIII.
(2) Tucídides, VI, 89.

baros deseos. El mejor de ellos (1): «Ha visto la locura de la muchedumbre. Comprende que no existe político justo, ni hay campeón alguno de la justicia á cuyo lado pueda combatirse y permanecer salvo.» En la vida pública sería «un hombre caído entre animales salvajes». Es mejor que «se retire al apoyo de un muro, mientras que el ruido del viento y la tormenta de polvo y nieve se desvanece». Testimonio solitario entre todos estos, es el retorno del viejo desterrado del tiempo de Pericles. Ha transcurrido ya toda su vida, sin distinción alguna, su Atenas se halla arruinada sin que sea fácil conocerla; la antigua dueña de su amor se halla ya muerta y enterrada, pero él guarda firme y constante la memoria de su real ciudad y de su jefe—el hombre al cual llamaban demagogo porque era demasiado grande para que pudiesen comprenderle; que jamás tomó ofrenda alguna de nadie; que vivió en una austera supremacía; que si tan sólo hubiese vivido ó se hubieran seguido sus consejos, hubiera salvado y realizado la grande Atenas que se hallaba ahora completamente decaída. Otros hombres de aquel tiempo escribían libelos y controversias. Tucídides no era aficionado á discutir; había estudiado los tiempos anteriores y míticos y preparado aquella maravillosa introducción. Había amasado toda la historia de sus propios días, como antes nadie hubiese elaborado la historia. Conoce diez veces más que estos escritores y piensa conocer más aún antes de terminar su libro. Ha de procurar, sobre todo, que la verdad hable por sí misma. Nadie será capaz de contradecirle, nadie podrá demostrar que es injusto. Y revestirá toda su historia con palabras semejantes á

(1) Platón: *República*, 496, D.

las viejas palabras de Gorgías, Pródico, Antifón y del mismo Pericles. Despertará las grandes voces del pasado para hablar á esa gente degenerada.

Su muerte ocurrió antes de que terminase su libro. Tal como se hallaba, era ya anacrónico antes de ser publicado. Fué continuado por Jenofonte como una crónica y por Teopompo como un manifiesto de la vanidad humana; pero su estilo y su espíritu pasaron por encima de las cabezas del siglo IV. Unos doscientos años más tarde, fué cuando comenzó á ser reconocido por los inteligentes como el grande y veraz historiador. Dentro de los cincuenta años después de su muerte, Éforo le había nuevamente escrito, ensanchado, popularizado y reemplazado, y le había hecho esperar únicamente una época de arcaica resurrección de la vieja literatura griega en los días de César Augusto.

IX

EL DRAMA

INTRODUCCIÓN

Considerando el drama de Sófocles como una obra acabada, y sin tener en cuenta su origen histórico, nos llaman constantemente la atención las inexplicables muestras de convencionalismo que ofrece. En cambio se halla casi por completo libre de elementos artificiosos. Hay en él uno ó dos *hilos* tradicionales, oráculos, por ejemplo, y exposición de niños; pero, en su conjunto, el juego de los incidentes y el carácter son tan verdaderos como libres de ostentación. No hay en él fingido heroísmo, ni villanía imposible, ni sentimentalismo necio. Ofrece singular osadía y variedad en el argumento, y se halla completamente libre de las parejas de amantes que nos han tiranizado desde que comenzó el drama moderno.

Puede ponerse de lado un grupo de convenciones manifiestas. Debemos negarnos á escuchar á aquellos que nos hablan de máscaras y coturnos, y de peinados y trajes sacerdotales, que nos repiten el tosco conocimiento á medias de Pólux y Luciano, que nos muestran los grotescos del sud de Italia y las obras plásticas de la degradación pompeyana, para compilar con

todo ello un incorrecto relato del teatro semi-muerto helénico ó romano—el teatro que competía con el Anfiteatro—y procurar formarnos una idea del drama de Eurípides fuera de su lúgubre fárrago. Es uno de los inmediatos deberes de la investigación arqueológica el de hacernos severos en aquello en que los libros de texto de Arqueología nos han ocasionado errores tan desdichados.

La tradición literaria actual é indubitable, contiene también fuertes elementos de convencionalismo. Los personajes son todos de leyenda popular (1); todos hablan en verso; todos procuran hablar con iguales dimensiones y casi nunca se interrumpen más que al fin del verso. Finalmente, y eso es lo peor, se halla eternamente presente un coro de doce ó quince individuos homogéneos: doncellas, matronas, ancianos, cautivos ú otros semejantes, cuyo primer deber es el de procurar disminuir los inconvenientes de su presencia durante la acción, y de bailar y cantar, en un dialecto dórico convencional, durante los intermedios. La explicación de esto es naturalmente histórica.

Hemos visto más arriba (pág. 99) cómo el coro de Silenos, formado por los compañeros de Dióniso, en forma de centauros, se había aglomerado al coro de sátiros, de cabras monteses silvestres, de la comitiva del dios montañés Arcadio, Pan. «Tragos» es una

(1) La excepción más conocida, es el *Anteo** (no *la Flor)* de Agatón. Este abandonó á Atenas (poco más ó menos en 407) á la edad de cuarenta años, cuando había ya ganado una posición, sólo inferior á la de Sófocles y Eurípides, pero que, por su originalidad individual y por su espíritu socrático ó platónico, tuvo una influencia permanente sobre el drama. Aristófanes le atacó con vehemencia en las *Tesmoforiazusas* y *Geritades**—testimonio de su carácter «progresivo» en el arte.

cabra: coro «trágico» un coro de cabras; y «tragedia» un canto de cabras. La significación de la palabra cambió únicamente, por haber cambiado la cosa significada. La tragedia se desarrolló de los coros dóricos de cabras del Norte del Peloponeso: los de Arión en Corinto y los de los precursores de Pratinas en Fliunte y aquellos que suprimió en Sicione el tirano Clístenes por «celebrar los sufrimientos de Adrasto» (1).

Otras influencias debieron también favorecerla. Había un elemento mímico en la poesía popular más antigua y se habla de «dromena» (cosas representadas)—la palabra se halla muy cerca del «drama» (representación)—en varios cultos religiosos. El nacimiento de Zeus, se representaba en Creta, su casamiento con Hera, en Samos, en Creta y en Argos. Había muñecos sagrados «daidala» en Platea. La «danza de las grullas» en Delos, mostraba á Teseo salvando á los niños del Laberinto; y aun los misterios de Eleusis y de doquiera que fuesen, hacían sus revelaciones á los ojos mortales por medio de la representación, más bien que á los oídos mortales por medio de una declaración determinada.

El primer paso en la transformación del coro de cabras, tuvo lugar en el suelo ático cuando el canto poético de los dorios se encontró con el relato poético de la Jonia. Una tradición muy extendida nos dice que Tespis, de la aldea Icaria, fué el primer poeta que «para hacer descansar á sus danzadores y variar el entretenimiento», se adelantó, personalmente, en los intermedios y recitó al público un discurso en tetrámetros trocaicos, como aquellas arengas métricas que Solón había declamado en la plaza pública (2). Su pri-

(1) Heródoto, v, 67.

(2) Aristóteles no menciona á Tespis; y el diálogo pseudo-

mera victoria fué en 534 antes de Cristo. Sus sucesores fueron Querilo y un extranjero que representó en Atica, Pratinas de Fliunte.

El coro en estas representaciones, era aún de sátiros. ¿Qué era el poeta? Probablemente, representaba el héroe de la obra, el rey ó el dios legendarios. Un antiguo proverbio, más tarde incomprensible, habla del tiempo en que «Querilo era un rey entre los sátiros». Pero si el poeta representaba un personaje, ¿por qué no podía representar más que uno? Si primero representaba, por ejemplo, al rey Licurgo, se le hacía cambiar de traje durante el canto inmediato y reaparecía como el sacerdote á quien había despreciado Licurgo; más tarde podía ser el mensajero que anunciaba la muerte del tirano. Todo esto hacía preciso un sitio para vestirse. Se separó una parte de la redonda Area del baile, «Orquestra»; una cabaña ó «escena» es erigida y se procura hacer presentable su fachada. Se convierte, normalmente, en un palacio con tres puertas para que pueda entrar y salir el actor-poeta. Mientras tanto el carácter de la danza se altera también un poco, porque no hay un círculo bastante grande para bailar en él; la vieja danza redonda ó «coro cíclico», se convirtió en el coro «cuadrado» de la tragedia.

El coro puede también, naturalmente, cambiar de traje: Pratinas tuvo una vez un coro que representaba bailadoras Dimanias. Pero esto era un asunto más serio, y parece haber necesitado un estadio intermedio, bastante curioso. Hay títulos de piezas como los Caza-

---

platónico, *Minos*, dice, expresamente, que la tragedia no comienza «como se figura el pueblo» con Tespis ni aun con Frínico, sino que es mucho más antigua. V. Hiller en *Rheinisches Museum*, XXXIX, 321.

dores-Sátiros *, los Heraldos-Sátiros *, los Combatientes-Sátiros *. ¿No debe esto suponer algo semejante al *Macco-Soldado, Macco-Fondista,* de las «Atellanae» itálicas ó como el *Diablo-Ermitaño,* en lo moderno? El actor no debe representar simplemente un soldado; representa el antiguo bufón teatral *Maccus* que pretende representar un soldado. El coro no está constituido por heraldos, sino por sátiros disfrazados de tales. El fin natural de esta clase de entretenimiento, era el desgarrarse el disfraz, y los sátiros ó Maccus ó el diablo, revelarse con sus verdaderos caracteres. En la práctica, los coros trágicos podian cambiar tres veces de traje antes de que aparecieran como verdaderos sátiros. Esto es, para usar el lenguaje de los tiempos inmediatos, que cada representación era una «tetralogia»; tres «tragedias» («pequeños mitos» les llama Aristóteles, en comparación con las piezas dramáticas más largas de su época), seguidos de un drama satírico. Esta práctica no perece hasta la mitad de la época de Eurípides. Su *Ciclope* es la única pieza satírica que se nos ha conservado, mientras que su *Alceste* es un verdadero drama, representado como pieza de conclusión de tres tragedias.

La palabra griega que significa actor, *hypocrites* significa «el que contesta». El poeta era realmente el actor; pero, si necesitaba convertir en diálogo su solitaria declamación, era preciso alguien que le contestara. El coro se hallaba normalmente dividido en dos partes, según atestigua el sistema de la estrofa y de la antistrofa. Acaso el poeta tomaba como respondientes á los jefes de estas dos partes. De todos modos, «tres actores» se encuentran regularmente en las tragedias bien desarrolladas. El antiguo coro circular constaba de cincuenta actores y el poeta: la compa-

ñía trágica completa, de cuarenta y ocho coreutas, «dos contestadores» y un poeta. Esto era todo lo que el llamado *Corego*—rico ciudadano que corría con los gastos de la representación que se hallaba siempre obligado á proporcionar; y por espléndido que fuese á menudo, este funcionario, bajo otros puntos de vista, sus «*Paracoregemata*», ó dones supletorios, jamás tomaron la forma de un cuarto actor en su recto sentido. Ni tuvo tampoco que proporcionar cuatro cambios de traje para los cuarenta y ocho coristas; aparecían sólo doce, al mismo tiempo, en cada una de las cuatro piezas de la tetralogia. La tradición dice, de un modo absoluto, que Tespis tenía un actor, Esquilo dos, y Sófocles tres, aunque algunas veces asegura que Esquilo fué quien introdujo el tercero. Como materia de hecho, era el Estado y no el poeta el que fijaba los honorarios de los actores y se encargaba de la conducta general de la fiesta de Dióniso. Por esto, cuando encontramos un crítico antiguo que atribuye particulares cambios escénicos á algún poeta, esto significa, únicamente, por regla general, que cree que estos cambios ocurrieron por primera vez en sus obras. Una mutilada inscripción (1) parece que nos da la fecha de varias importantes alteraciones ó ratificaciones de arreglos en la escena. Admitió la comedia en las grandes Dionisias; acaso estableció los «tres actores», acaso elevó el número de los coristas trágicos de doce á quince y acaso hizo permanente en la escena la fachada del palacio. Los poetas, naturalmente, tendían á separarse de la representación. Esquilo dejó de representar en la última parte de su vida. Se dice que Sófocles tenía la voz excesivamente

(1) C. I. A. II, 971.

débil para la representación. La profesión de actor debe haberse establecido antes de 456 antes de Cristo, que es cuando hallamos mencionados oficialmente, por primera vez, á los victoriosos actores, al lado del poeta y del «Corego».

El coro era la verdadera substancia de la tragedia. Dos procesos eran necesarios para llevar á cabo una representación: El «Corego» proporcionaba un coro, el poeta le enseñaba, cosas ambas que constituían la dificultad que había que vencer. La nueva composición era un asunto de detalle que cualquier buen poeta se hallaba en condiciones de llevar á cabo. Todas las palabras técnicas se hallan formadas con referencia al coro. El «prólogo» es todo aquello que ocurre antes de su entrada; un «episodio» es la «entrada hacia» el coro de un nuevo personaje; la terminación de la pieza es un «éxodo», á causa de que entonces se marcha. Pero el coro se hallaba destinado á decaer á medida que crecía la tragedia. El diálogo es la esencia del drama, y pronto vino á ser el diálogo, según la frase de Aristóteles «el protagonista». Puede verse su desarrollo, aun en los escasos restos que poseemos. Avanza desde la poesía declamada, al discurso dramático; va creciendo, menos grandioso é inflexible, pero más rápido y conversacional. Aumenta también en su extensión. En las *Suplicantes,* de Esquilo (470 años antes de Cristo), el coro está realmente constituido por las heroínas de la obra. Cantan durante los dos tercios de la misma y se hallan presentes desde el primero al último verso. En el *Filoctetes,* de Sófocles (409 antes de Cristo), no tienen, personalmente, importancia alguna, no aparecen hasta que se halla avanzada en su desarrollo la obra y sus cantos llenan únicamente una sexta parte del todo.

Esta es una razón que explica por qué las piezas más modernas son mucho más extensas que las antiguas: son mucho más movidas para la representación.

Había, además, otra influencia que afectaba á la parte musical de la tragedia de un modo muy diferente. El canto fué cesando, poco á poco, de ser completamente característico del coro. Es un hecho histórico que al establecerse la democracia Ateniense, el coro dejó de ser profesional. Se hallaba formado por ciudadanos libres que verificaban la representación de las danzas religiosas públicas, como uno de sus privilegios ó deberes (1). La consecuencia fué que la danza tuvo que dejar de ser tan elaborada. Los metros y el canto tuvieron que hallarse al alcance de los músicos usuales. Pero, mientras tanto, el interés general hacia la música fué cada vez más profundo y el gusto del público más exigente en su petición. El canto coral usual perdió su poder sobre los Atenienses educados de la época de la guerra. Si debía haber música, tenía que ser algo más sutil y movido, algo semejante á la movida música del ditirambo, que cada vez había ido creciendo en artificio y maestría. Así ocurre que entre Esquilo y las últimas obras de Sófocles, la parte musical del drama ha decaído de un modo considerable, mientras que entre las primeras y las últimas obras de Eurípides vuelve nuevamente á florecer. Pero ya no es la música del coro; Eurípides empleó «respondientes» que eran al mismo tiempo educados cantores, abundando en él las «monodías» ó solos. En la *Medea* (431 antes de Cristo) la parte lírica es, poco más ó menos, el quinto del total; en el *Ión* (414 antes de Cristo) es casi la mitad, pero las monodías y los cantos de

(1) *República de Atenas*, I, 13.

los actores suben al doble de los cantos del coro. En el *Orestes* (408 antes de Cristo) los solos son tres veces más largos que los cantos corales. Una excepción aparente á esta regla, ilustra, en realidad, su importancia. Las *Bacantes*, una de las piezas más modernas, presentan un amplio elemento coral, y no ofrecen monodías. ¿Por qué? Porque cuando Eurípides la escribió, había emigrado á Macedonia, y, regularmente, no había llevado con él á sus actores de ópera. La Macedonia no tenía drama, pero poseía un movido ditirambo con actores profesionales, y ellos, sin duda, fueron los que cantaron las *Bacantes*.

Este movimiento ascendente del canto de los sátiros, fué debido á varias causas: á la crisis espiritual que ennobleció al pueblo ateniense; á la necesidad de una nueva forma de arte que reemplazase á la epopeya agonizante como vehículo para la leyenda heroica; á las exigencias hechas por el culto de Dióniso respecto á la intensidad de emoción que es, casi siempre, necesariamente trágica. Los sátiros, desposeídos, fueron consignados con su aspecto burlesco, extravagante y anticuado, á un rincón especial, al final de las tres tragedias, mientras que el elemento cómico pudo desarrollarse, por sí mismo, en una forma aislada del arte.

Para nosotros y dentro de nuestros procedimientos reflexivos, la comedia y la tragedia parecen, únicamente, dos lados distintos de una misma cosa, apenas es tangible su separación, y así lo creía también la Atenas de Menandro. Pero históricamente tienen diferente genealogía. La tragedia deriva de los cantos corales artísticos y profesionales; la comedia, de las mojigangas campesinas, de las fiestas de la vendimia y de la siega. «La tragedia salió del ditirambo», dice Aristóteles; «la comedia de las representaciones fáli-

cas». Estas se celebraban en honor de los genios que presidían á la fructificación y á la generación de los hombres, de los animales ó de las plantas, que eran adorados bajo distintos nombres en cada una de las distintas partes de la Grecia. Era Dióniso en Acarna, Rodas y Delos; las hermanas Damia y Auxesia en Egina; Demeter en varias partes del Atica; Pan en el norte del Peloponeso. Siempre llama la atención á la imaginación moderna el establecimiento público de representaciones tan monstruosamente indecorosas, en un pueblo mucho más sencillo y menos indulgente consigo mismo que el nuestro. Pero, aparte de los posibles elementos de una hipocresía inconsciente entre nosotros, hay que tener presentes varias consideraciones. Al tratar de aquellos elementos de la naturaleza humana que son más permanentes que respetables, el característico procedimiento griego era de franco reconocimiento y sencilla reglamentación. Las fuerzas excesivamente comprimidas se hacen peligrosas: si se deja que los impulsos naturales se manifiesten en su libre juego, bajo ciertas vías y en ciertas ocasiones, se evitará el que produzcan daños excesivos. Existían muy severas leyes contra los abusos de estas festividades, contra la violencia, contra la indebida participación de los jóvenes en ellas; pero, hablando en general, no había en las mismas vergüenzas ni misterios. Desgraciadamente, hemos perdido la filosofía de la comedia de Aristóteles. Hallábase en la parte de la *Poética* que no nos ha sido transmitida. Pero cuando él explica la base moral de la tragedia como «la purificación en nuestros espíritus de sus vagos impulsos de compasión y de terror» por una fuerte impresión de tales emociones; cuando él justifica la música «tumultuosa» por proporcionarnos una «purificación» del elemento emo-

cional inculto de nuestra naturaleza que puede así manifestarse en lo que él llama «entusiasmo», es fácil de comprender que las libertades de la comedia pueden presuponer la realización de una sencilla y muy necesaria purificación (1). Además de esto, no debemos olvidar que siempre se ofreció en Grecia una declarada protesta contra tales representaciones; que nunca se halló sin apóstoles el ascetismo más absoluto; y, finalmente, que allí donde la religión da santidad á las malas prácticas, paraliza el poder de las sanas inteligencias. Sin duda alguna, pocas sacerdotisas de Dióniso, modestas y sencillas, debieron dejar de creer en los benéficos resultados, allí y en cualquier parte, de aquellas antiguas y simbólicas procesiones.

Uno de los rasgos característicos de estas últimas era la «*parresía*» (lenguaje libre); y esto fué siempre el orgulloso privilegio de la comedia. Se ridiculizaba é insultaba, libremente, el día de esa especial licencia, á todas aquellas personas á las cuales el temor ó la buena educación hacían respetar, silenciosamente, durante la vida ordinaria. En algunas de estas solemnidades, dicho privilegio era especialmente concedido á las mujeres. Así que la comedia comenzó á ser considerada de un modo serio, vino á ser el punto central de la misma un canto escrito y aprendido, en el cual el coro obrando, únicamente, como si fuera la boca del poeta, se dirigía al público tratando de asuntos «tópicos». Esto constituyó la «*parábasis*» de la comedia desarrollada. Por lo demás, el germen de la comedia se halla en aquella comitiva de enmascarados que

(1) La definición del frag. 3, Vahlen, lo dice de un modo directo: «ἡδονή y γέλως deben ser, pues, purificados por la comedia.» ¿Sería el pasaje total una cita exacta, ó más bien una deducción de las ideas de Aristóteles?

en la fiesta de Dióniso ó de otro dios semejante, con flautas y caramillos, entonaba cantos fálicos y divertía á los curiosos con improvisadas burlas. No eran pagados ni autorizados por las leyes. No fué hasta el año 465 antes de Cristo reconocida, públicamente, la existencia de esas comparsas tumultuosas «*comos*» y concedido á la «*comedia*» el alternar al lado de la «*tragedia*». Primeramente, se introdujeron en las Leneas, después, en otras fiestas Dionisíacas. Pero no fué hasta los comienzos de la guerra del Peloponeso cuando dos jóvenes escritores de talento, Eúpolis y Aristófanes, dieron, eventualmente, á la vieja comedia una forma artística, tejieron los trozos aislados de la mascarada, en una intriga, y abolieron más ó menos, ó justificaron, el elemento fálico (1). Después de esto, la comedia se desarrolla, aún más rápidamente que la tragedia. El coro toma una parte más real y viva en la acción; su inherente falta de lógica hace mucho menos daño y desaparece rápidamente. La última obra de Aristófanes no tiene apenas coro, y señala el desarrollo intermedio, conocido con el nombre de comedia *media*, más suelta que la *antigua*, pero no tan perfecta como la *nueva*. Entonces cae, desgraciadamente, en manos más débiles y talentos menos «demónicos» procuran la realización de las tendencias de Eurípides, el triunfo del principio dramático, el arte, que ni es trágico ni cómico, sino ambas cosas á la vez y que procura la íntima conciencia de sí mismo, al ser «la imitación de la vida, el espejo de la carrera humana, la expresión de la realidad (2)». Esta forma de arte, una vez establecida, subsistió durante siglos.

(1) Abolido en las *Nubes*, justificado en *Lisístrata*.

(2) Cicerón: *De República*, IV, 11, citando á un peripatético (?).

Se hizo menos importante después del 400 antes de Cristo, cuando la pobreza pública, al juntarse con el sentimiento artístico, convinieron en la abolición del costoso coro y cuando los insultos libres á los personajes públicos fueron, finalmente, reconocidos como ofensivos, después de varias vicisitudes y reacciones. Alcanzó su mayor esplendor con Menandro y Filemón, en 300 antes de Cristo, poco más ó menos; mientras que las inscripciones de varias fechas alrededor de 160, nos han demostrado, recientemente, que en aquel tiempo eran aún esperadas cada año, en las grandes Dionisias, cinco comedias originales, al lado de la reproducción de las antiguas. Es una extraña ironía de la fortuna que se haya perdido por completo el conjunto total de esta sección, tan excepcionalmente rica, de la antigua literatura, fuera de un gran depósito de «fragmentos» y unas pocas é ínfimas imitaciones latinas.

FRÍNICO, HIJO DE POLIFRADMÓN (FLORECIÓ EN 494 ANTES DE CRISTO).

Entre los dramáticos pre-esquileos que se hallan menos envueltos entre sombras, está FRÍNICO. La tradición nos da los nombres de nueve de sus obras, y nos dice que empleó el tetrámetro trocaico en el diálogo y que introdujo los papeles de mujer. Dícese que hizo un drama sobre la *Toma de Mileto**; y que, por haber tomado tal argumento, se le condenó á una multa, estableciendo, al propio tiempo, que no se volviera á tratar de aquel asunto. La caída de Mileto era una desgracia nacional y acaso un verdadero desastre; de to-

dos modos, colocaba á los partidos políticos en una extrema situación. Frínico tuvo mejor fortuna con otra de sus obras, sobre historia contemporánea, las *Fenicias**; su coro representaba las mujeres de los marineros fenicios de Jerjes y se abría la escena con un consejo privado del Rey, en el cual los ancianos se hallaban esperando noticias de la gran guerra. Ganó el premio en aquel tiempo y, probablemente, tuvo por «Corego» al mismo Temístocles, el héroe real de aquella pieza aunque, naturalmente, sin ser mencionado en ella. Es muy sensible se haya perdido, por lo menos, la parte lírica de la misma, los anticuados pero delicados cantos, aun tarareados en los días de la guerra del Peloponeso, por los toscos ancianos sobrevivientes de Maratón, cuando iban durante las horas sobrehumanas de la mañana

> «Con luces en las manos, vieja música en los labios,
> Miel silvestre y el oriente y la amabilidad» (1).

Cierta gracia y ternura, sugeridas por los fragmentos de Frínico, nos permiten imaginar lo mucho que debe á su estilo, más bien que á las condiciones del arte en su época, el grandilocuente de Esquilo; aunque permanece completamente cierto que la guerra contra los Persas hizo para la tragedia lo que las emigraciones parecen haber hecho para Homero, y que Frínico y Esquilo, ambos son hombres de «Maratón».

(1) Aristófanes: *Avispas*, 220.

X

ESQUILO

ESQUILO, HIJO DE EUFORIÓN, DE ELEUSIS (525-456 Á. DE C.)

Por su nacimiento, era ESQUILO un eupátrida de la antigua nobleza. Vino de Eleusis, asiento no sólo de los misterios de Demeter, sino también del culto especial de Dióniso Zagreo y cercano al demo de Icaria donde había nacido Tespis. Se dice que comenzó á escribir siendo muy joven; pero que tuvo que dejar sus obras dramáticas en 490 para pelear en Maratón, donde su hermano Cinégiro halló una muerte heroica, y que obtuvo su primera victoria á la mitad de los nueve años de paz que siguieron á aquella batalla (484). Cuatro años más tarde, participó del éxodo general hacia las naves y á Salamina, dejando que los bárbaros hicieran lo que quisieran con las piedras de Atenas. Estos años fueron apropiados para que se formaran en la mente de los hombres tragedias y grandes pensamientos, pero no eran apropiados para escribirlas ni para representarlas. En 476 parece haberse hallado Esquilo en las guerras de Tracia; tenemos ecos de las mismas en la trilogia *Licurgo* * y en los *Persas* (especialmente v. 866). Poco después de esto, se hallaba en Siracusa, acaso para alguna misión diplomática, y

escribió sus *Mujeres del Etna* * en honor de la ciudad de este nombre, que Hierón acababa de fundar (476-475) en las laderas de la montaña.

Desde 484 en adelante, fué probablemente la primera figura de las letras áticas; aunque sus viejos rivales Pratinas y Frínico, así como sus hijos respectivos, Aristias y Polifradmón, entre otros, ganasen, indudablemente, premios compitiendo con él, y, por lo que sabemos, los mereciesen. La obra más antigua que poseemos del mismo, es las *Suplicantes;* la más antigua con fecha conocida, es los *Persas,* que ganó el primer premio en 472.

Hallábase de nuevo en Siracusa en 470, sin que sepamos tampoco el motivo, pero se asegura que reprodujo allí los *Persas*. En 468 fué vencido por primera vez por el joven Sófocles. Al año siguiente fué nuevamente vencedor con los *Siete ante Tebas*. No conocemos el año de su gran trilogia *Prometeo*, pero ésta y su *Licurgia* *, parecen ser posteriores á aquélla. Su última victoria fué la *Orestíada (Agamenón, Coéforas* y *Euménidas)* en 458. Posteriormente, volvió á Sicilia—los hombres menguados de la decadencia suponen que se hallaba celoso por la victoria de Sófocles ¡diez años antes!—y murió repentinamente en Gela el año 456. Sus obras fueron de moda, y dejaron de serlo, en Atenas; uno de los partidos era aficionado á usarlas como un palo que esgrimía contra Eurípides; y una ley especial fué aprobada, después de su muerte, para la reproducción de sus tragedias sobre la escena, habiendo obtenido ya un lugar definitivo como clásico, antes del tiempo de Platón. Su célebre estatua de bronce fué ejecutada para el teatro de piedra edificado por Licurgo alrededor del año 330.

El epitafio, que se dice haber escrito para su tum-

ba en Gela, es característico. Ni una palabra de sus poesías; después de los detalles necesarios referentes á su nombre y al sitio de su nacimiento, dos versos tan sólo que dicen que «las arboledas de Maratón pueden dar testimonio de su valor guerrero, así como los Medas de largos cabellos que lo experimentaron». Es muy posible que al contemplar la muerte, en aquel primer gran día, quedase para él como el supremo momento de su vida, y que haya dejado de satisfacerle por completo su poesía. A menudo hace experimentar también esta impresión aun en sus pasajes de más espléndida elevación.

De las noventa obras que escribió Esquilo, poseemos siete. La primera en fecha por motivos internos, las *Suplicantes*, es obra muy delicada y hermosa y que se parece á aquellas arcaicas estatuas de miembros rígidos y aspecto sonriente pero inexorable. El asunto, sin embargo, como del tipo primitivo, es más apropiado para una cantata que para un drama. Las suplicantes son las cincuenta hijas de Danao, que, huyendo, han llegado á Argos, para evitar el casamiento con sus primos los cincuenta hijos de Egipto. Su horror es una demostración del tiempo en que el casamiento entre primos hermanos era considerado como incestuoso. Suplican la protección de Pelasgo, rey de Argos, quien lleva esta cuestión ante el pueblo. Este acepta á las suplicantes y el orgulloso heraldo egipcio es desdeñado. Las otras piezas de la trilogia tenían más movimiento. En las *Hacedoras del tálamo* *, los hijos de Egipto persiguen á las Danaidas, vencen en un combate á Danao é insisten en el casamiento. Danao, prefiriendo el asesinato al incesto, ordena á sus hijas que asesinen á sus esposos en la noche de bodas; todas lo hacen así, fuera de Hipermestra, que es some-

tida á juicio en las *Danaidas* *, por su casamiento con un primo y por su filial desobediencia, siendo perdonada por el auxilio de Afrodita. Nuestro drama parece haber sido representado sobre la antigua escena redonda, con una plataforma en el centro é imágenes á su alrededor. No hay fachada alguna de palacio; y el número permanente de cincuenta en el coro, durante toda la trilogia, sugiere la idea de que no ha sido aún dividido el antiguo coro circular.

Los *Persas* (472) era la segunda pieza de una trilogia: la primera se llamaba *Fineo* *, el profeta ciego de la leyenda de los Argonautas, quien, probablemente, profetizaba algo acerca del más grande conflicto entre Europa y Asia, del cual era esta expedición el tipo. La tercera era *Glauco* *; pero había dos piezas de este nombre y no es seguro su asunto. Los *Persas,* se halla modelado sobre las *Fenicias* * de Frínico; las palabras del comienzo son, en ambas, casi idénticas y la escena representa la sala del Consejo de Susa, aunque en los *Persas* * se cambie más tarde en la tumba de Darío. Los *Persas* no ofrecen una trama muy interesante, en el sentido ordinario de esta palabra; pero la entusiasta presentación de las primeras escenas, la terrible reverberación de la verdad, la evocación del irreprensible viejo rey Darío que no había hecho llorar á persa alguno, y su severa profecía sobre el futuro desastre total, todo tiene el germen de un elevado poder dramático; se siente la impresión que producen «tantas armas y tantas naves y el correr de los carros de Siria», así en los cantos de los coros, como en el esplendor impetuoso de las descripciones de batallas. La externa circunstancia de que los *Persas* es el primer relato de un gran suceso histórico por un gran poeta, que ha tomado parte por sí mismo en

la realización de esa historia, da un carácter casi único á esta obra en la Literatura, y su belleza es digna de tal preeminencia.

Los *Siete Ante Tebas* venían en tercer lugar en la trilogia, después de *Layo* * y *Edipo* *. Una antigua versión de esta leyenda permitía á Edipo divorciarse de Yocasta, después del descubrimiento de su parentesco y casarse con Eurigania; no se arrancaba tampoco los ojos, y los hijos que tenía eran de Eurigania. Pero Esquilo toma la leyenda en la forma más cruda que conozcamos. Los *Siete* representa el sitio de Tebas por el desterrado Polinices, la batalla y la muerte mutua de ambos hermanos. Era grandemente admirado en la antigüedad: «Una obra llena de Ares, que hace desear, á todo aquel que la ve, convertirse inmediatamente en *fiero enemigo*» según manifiesta Aristófanes (*Ranas*, 1002). La atmósfera guerrera es convincente, los caracteres sencillos y fuertes. Sin embargo, á pesar de cierto brillo y de su fuerza, los *Siete* es, acaso entre todas las piezas de Esquilo, la que menos lleva el sello de su genio dominador. Es como una obra excelente de un autor secundario.

Muy diferente es *Prometeo*, obra del mismo período de transición que los *Siete* y que supone el empleo de tres actores en el prólogo, así como, probablemente, esta última los exigía en el «éxodo». La trilogia parece se formaba de *Prometeo atado*, *Prometeo libertado* * y *Prometeo conductor del fuego* *. El asunto es titánico; necesita una poderosa y «alada» imaginación. Ha producido en las manos de Esquilo y de Shelley dos de los más grandes poemas dramáticos. Prometeo es el campeón del hombre, contra el poder tirano que domina el mundo. Ha salvado al hombre de la destrucción que Zeus imaginara para él, le ha enseñado las

artes de la civilización y, como tipo de todo lo demás, le ha dado el fuego, ser divino, que antes se hallaba almacenado en el cielo. Por su rebelde amor hacia la humanidad, se halla clavado en una tormentosa y escarpada roca del Cáucaso; pero no se halla dominado, en primer lugar, porque es inmortal y además, porque conoce un secreto del cual depende el porvenir del Cielo y de la Tierra. Zeus procura arrancárselo por medio de amenazas y torturas, pero Prometeo no se olvida de la humanidad. Las hijas del Océano, que intentan consolarle, tampoco se olvidarán de Prometeo. Permanecen con él en la misma explosión de fuego y se hunden con él en el abismo. Hay movimiento al principio y al fin de la obra; la parte central, que aparentemente representa siglos enteros y no días, se entretiene con largas narraciones de Prometeo á las Oceánidas, con la inútil intervención del mismo Océano y con la extraña entrada de otra víctima de Zeus, la semiloca doncella lunar Io, perseguida por un tábano y por el horroroso fantasma del espíritu de cien ojos, Argos. El coro de *Prometeo* es, acaso, por su estilo y por su valor dramático, el más hermoso y agradable que conozcamos del teatro griego. Los cantos dan una expresión de «placer humano», al cual sería muy difícil encontrar un paralelo antes del siglo actual. La tierra toda trabaja mientras Prometeo sufre: «Hay un grito en las olas del mar, cuando caen juntamente y gimen en las profundidades; un lamento sacude los cavernosos dominios de la muerte y las fuentes de los ríos sagrados gimen con las angustias de la piedad.» En otro lugar la nota es más personal: «Seguramente sin esperanza es tu sacrificio ¡oh querido! Habla, ¿qué auxilio podré proporcionarte y dónde? ¿Qué socorro hay que esperar de los seres de un

día? ¿No ves lo pequeño, sin fuerza y semejante á un sueño, de que se halla alimentada la ciega raza de los hombres? ¡Jamás, jamás los consejos de los mortales sobrepujarán la grande armonía de Zeus!» Zeus es irresistible. Aquellos que le obedecen gozan de paz y felicidad como las hijas del Océano en otro tiempo, y, sin embargo, sienten que es mejor el rebelarse.

Seguramente, ninguna obra ha sido más ardientemente deseada, entre todas las que se han perdido en la literatura griega, que el *Prometeo libertado* *. ¿Qué reconciliación era posible? Puede imaginarse que Zeus se había justificado, últimamente, respecto á varios extremos. Por ejemplo, la persecución, sin aparente objeto, de Io, conduce á grandes resultados, entre ellos el nacimiento de Heracles, que es otro salvador de la humanidad y el libertador actual de Prometeo. Además, parece que éste no piensa derribar el «nuevo tirano», como hace el Prometeo de Shelley. Deliberadamente se había declarado contra las fuerzas ciegas antiguas, Cronos y los Titanes; pero él piensa, por decirlo así, en arrebatar una constitución externa á la suya y en salvar á la humanidad. Pero se necesita de otro Esquilo para resolver esta trama en una forma digna de su primer drama. Conocemos varios hechos externos sobre la segunda obra. Se abría cuando Prometeo volvía á la luz después de treinta mil años; el coro era de Titanes. La última pieza, el *Portador del Fuego* *, parece que desarrollaba la institución de la fiesta de Prometeo en Atenas. Tales «orígenes» proporcionaban un motivo apropiado para el drama.

La *Orestíada* representa la más alta perfección de Esquilo, y acaso de toda la tragedia griega. Tiene todo el esplendor de lenguaje y la mágica lírica de las obras primitivas, y la vieja y casi sobrehumana gran-

deza del contorno, mientras que es tan aguda y profunda en la expresión del carácter, tan brillantemente dramática, como la obra más hermosa de Sófocles. La escena de Casandra, en el *Agamenón,* donde la esclava profetisa, á la cual nadie presta fe, ve la representación de su propia muerte y de la del rey, esperándola en su palacio, es completamente pálida en la escena, mientras que, en su particular estudio, muchos aficionados pueden atestiguar de su frescura eterna. La primera pieza trata del asesinato de Agamenón, á su triunfante regreso de Troya, por su esposa, antes y ahora, profundamente sumida en los crímenes. Las *Coéforas* (portadoras de libaciones) la dan el merecido castigo. Orestes, un muchacho en la época de la muerte de su padre, ha crecido en el destierro; regresa, secretamente, para ejecutar la sangrienta venganza en Egisto, y, por una orden especial de Apolo, para matar también á su madre.

En cierto modo, las *Coéforas* es el más complejo de los dramas de Esquilo. Hay en ella una escena de reconocimiento (v. pág. 313), imposible en sus detalles, pero grande y conmovedora; hay una trama bien ideada, por medio de la cual los ministros de la venganza entran en el palacio; hay un gran atrevimiento de descripción en todos los caracteres, hasta el de la patética y cómica vieja nodriza; hay la sombra de la locura ofreciéndose á Orestes desde el principio, y apoderándose de él cada vez más, mientras se halla delante de ella el matricida, y la voz terrible de Apolo, resonando en sus oídos, de modo que lucha, irremisiblemente, entre dos horrores, hasta el momento en que las maldiciones de su madre toman visible forma ante él y huye de las Furias de ensortijadas culebras grises.

Las *Euménidas* es dramática en su principio, única-

mente de espectáculo en su final. Hay cierta grandeza en la escena del Tribunal, cuando Orestes es acusado por los espíritus de la maldición, defendido por Apolo y librado por la voz de Atene. Los dioses, sin embargo, se hallan demasiado cerca de nosotros y la fundación del Areópago, no tiene para nosotros la realidad religiosa que tenía para Esquilo. Pero lo que más nos disgusta, el gradual entibiamiento del interés, desde la piedad y el terror, fundido en un agradable placer artístico, era, según atestiguan todas las Odas corales y la mayor parte de las tragedias, uno de los principios esenciales del arte griego. Shakespeare pertenecía á los griegos, termina sus tragedias con escenas tranquilas entre los personajes secundarios y sus sonetos con una frase generalmente tranquilizadora; nosotros terminamos los dramas *en punta* y los sonetos con el verso más importante.

El espíritu general de Esquilo ha sido, usualmente, mal interpretado, debiéndose esto á la externa circunstancia de que vivió en una época de rápido progreso. Al explorador de 490 se le toma por un reaccionario en 404. En su pensamiento, Esquilo es generalmente un precursor del movimiento sofístico, así como Eurípides es su resultado. Es un entusiasta demócrata del tipo primitivo. Escúchense los peanes sobre la libertad en los *Persas;* este es el mismo espíritu, recordado por Heródoto, como principal causante de la elevación de Atenas, desde un estado jónico usual, al modelo y guía de la Hélada. Los *Persas* no se hallan aislados en este concepto. El rey, en las *Suplicantes*, es casi grotescamente constitucional; el *Prometeo* abunda en protestas contra el despotismo como las que alienta el verdadero espíritu ateniense; una gran parte del *Agamenón* es una condenación irremisible del ideal de

un monarca conquistador. Es cierto que en las *Euménidas* glorifica Esquilo positivamente el Areópago en una época en que Efialtes y Pericles cercenaban mucho de su jurisdicción. No era un contrario de Pericles, que fué su «corego» por lo menos una vez (1); pero era uno de los hombres del 490. Para esta generación, según nos lo enseña la *Constitución* de Aristóteles, el Areópago era la encarnación de la Atenas libre en la lucha contra Persia; para los hombres de 460 era un cuerpo anticuado y anómalo.

Respecto á la ortodoxia religiosa de Esquilo, parece demostrado que fué perseguido por haber divulgado, ú ofendido de otro modo, los Misterios, lo cual sugiere la idea de que no era favorable al partido ortodoxo. Podemos, verosímilmente, aceptar el relato expresamente citado por Clemente de Alejandría é implícitamente por Aristóteles (1111, *a*), de que pudo escapar, demostrando que no había sido iniciado, y, por consiguiente, que nada tenía que divulgar. Para un distinguido eleusinio el no haber sido iniciado—si es que se considera posible—implicaría algo semejante á una dirección antisacerdotal. Seguramente que no parece haber pertenecido, como Sófocles y Píndaro, á sacerdocio alguno; y su intención histórica puede muy bien haber sido la de aquellos patriotas que no pudieron perdonar ni olvidar la cobardía de Delfos antes de la guerra (v. pág. 178). Pero sea de esto lo que quiera, es, generalmente, en su idea religiosa, el precursor de Eurípides. Se halla, seguramente, en un estadio en el cual se cree aún posible la reconciliación de la forma usual de la tradicional teología, con la moral y la

(1) C. I. A., 971.

razón. Eurípides llegó á un punto más avanzado, en el cual el desacuerdo se ve en forma de una reconciliación imposible. Sin hablar del *Prometeo* que es, seguramente, subversivo, aunque difícil de interpretar en algún detalle, el hombre que habla del lamento de los pájaros robados, siendo oído por «algún Apolo, algún Pan ó por Zeus» (Agamenón, 55); que ruega á «Zeus, quienquiera que seas» (160); que declara «no hay poder que yo pueda hallar, aunque sumerja mi sonda por entre todos los seres, excepto el del único Zeus, si pudiera, con toda verdad, arrojar de mí este peso sin objetivo del corazón»—se halla muy lejos del politeísmo pindárico. Procura, de un modo más determinado, buscar su camino hasta Zeus, como un espíritu de la razón, considerándolo opuesto á las formas de los ciegos Titanes de la leyenda hesiódica: «¡Ay! Había en otro tiempo un grande, hinchado con sus fuerzas y por la afición á las batallas, y no puede, siquiera, decirse de él que fué en otro tiempo! Y el que vino después encontró también su vencedor y ha desaparecido. Invoca á Zeus con los nombres de la victoria... Zeus que estableció para el hombre el camino de la inteligencia que decidió fuese una ley usual ¡el *aprender por el sufrimiento!...*» Esto no se escribía entre las revelaciones de Delfos ó de Eleusis; es el pensamiento realmente humano, luchando con los Misterios. Envuelve un apartamiento práctico del politeísmo en el sentido usual de esta palabra, y una concepción—acaso metafórica, pero que indica una creencia real—de una serie de espíritus reguladores del gobierno del mundo, una larga lucha de los distintos poderes naturales, dominados por un orden presente universal, basado en la razón, como el orden político que Esquilo había visto establecido por la ley Ate-

niense. Compárese con este pasaje de Euripides (*Troyanas*, 884):

«Base del mundo y sobre el mundo entronizado,
Quienquiera que seas, Ignoto, y difícil á toda suposición,
Causa conjunta de las cosas y razón del mismo hombre. ¡Oh [Dios,
Te tributo adoración á Ti, que, por los caminos silenciosos
De la justicia, guías á todo lo que alienta y muere!»

Es el mismo espíritu en un estadio posterior; primero, porque es más claro y por el alternativo trastorno del tercer verso, pero, principalmente, porque en el drama actual ¡el jirón de ortodoxia que contiene el pasaje se halla convencido de ilusión! La justicia, á la cual se dan las gracias, yerra de un modo conspicuo; los «silenciosos caminos» conducen á un gran caos de yerros, por lo menos, según podemos verlo los mortales.

El único escritor griego ortodoxo que nos ha sido conservado es Píndaro. Sófocles es sacerdote y construye un templo, pero el temperamento de su época se hallaba ya tocado por el racionalismo, y ese hombre que con él simpatizaba, era inhábil por instinto para reflexionar sobre ello.

Mucho se ha escrito ya sobre las ideas positivas que, relativamente á la religión y á la moral, presuponen las tragedias de Esquilo; es difícil evitar la exageración en esta clase de crítica, y los críticos generalmente han sido más bien historiadores de la filosofía, que admiradores de la poseía griega. Sin embargo, en Esquilo, acaso mejor que en otros escritores, se pueden considerar tres procedimientos característicos de la contemplación de la vida. Sus tragedias provienen, como acaso sucede en todas las grandes tragedias, de alguna «hibris», alguna aseveración, por sí

misma, de una voluntad fuerte relativamente á la inteligencia, á la emoción ó á la pasión contra fuerzas extrañas, más fuertes situaciones, leyes ó dioses. Esquilo era esencialmente el hombre que podía sentir las vallas intransgredibles, con las cuales lucha la naturaleza humana; y la derrota del gran rey era el pensamiento único que se ofrecía en aquel tiempo á toda inteligencia griega. Así el peligro de la «hibris» humana y la «envidia de los dioses», esto es, que la voluntad humana va más allá de lo que pueden realizar sus fuerzas, es un principio completamente manifiesto en Esquilo.

Otro es la convicción de lo inevitable de las cosas, no el fatalismo, ni la aproximación al mismo, en el sentido vulgar, sino una reflexión que acude á la mayor parte de la gente al considerar una grave calamidad que es la consecuencia natural de muchos sucesos que han ocurrido anteriormente. Los crímenes, en Esquilo, son hereditarios en dos sentidos. En las grandes familias legendarias de Tebas y Micenas, existía, en aquel entonces, lo que podríamos llamar una mancha de criminal locura—manifiéstase de un modo más esplícito en la *Electra* de Eurípides. Orestes era hijo de una homicida y había tenido que intervenir mucho en asuntos sangrientos (πολυκτόνος). Sus antepasados habían sido orgullosos y turbulentos jefes, cuyas pasiones les habían llevado fácilmente al crimen. Pero éste es también hereditario por sí mismo. El golpe brutal produce, y siempre ha producido, otro golpe contrario, «la antigua ciega venganza y el crimen que desvirtúa otro crimen». Esto que casi todo el mundo admite, es un hecho natural; claro es que el poeta lo presenta en una forma mística ó simbólica. La sangre antigua se conserva fresca en el suelo, clamando por otra sangre

que la borre. Las acciones criminales producen otras que se les parecen. El primer delito produce un «Ara», un espíritu maldito que se levanta de la escena del crimen ó sobre el corazón y acaso la raza del criminal. La parte que tiene esto de metáfora y la parte que tiene de fundamental creencia, es un problema que no podemos ahora resolver.

Este encadenamiento en el pensar, conduce, inevitablemente, á otra cuestión. ¿Cuál es el fin del crimen, eternamente vengado y regenerado? Naturalmente, no puede existir su término hasta la extinción total de la raza como en la trilogia *Tebana;* pero puede también hallarse un punto en el que aparezca la Ley ó la Justicia, y pronuncien una decisión final y satisfactoria. La reconciliación es el término de la *Orestíada,* la *Prometeida,* la trilogia *Danaida.* Y aquí también ocurre una reflexión sobre la época en que vivió Esquilo: la aserción del valor desordenado de la Ley y de la Justicia en la civilización ateniense.

Al examinar el total de las obras y fragmentos se observan varias señales de la época y del escritor. Es característico respecto á ambos casos, que Esquilo escribió muchas piezas satíricas, y según parece, con muy buen éxito. Esas inteligencias titánicas—Esquilo y Heráclito, entre los griegos; hombres como Víctor Hugo y Carlyle entre los modernos—son capaces de hallarse satisfechos de sí mismos y encantar con su humor. Una de las chanzas, verdaderamente elementales, de Esquilo, ofrece el *Prometeo Encendedor de Fuego* *, drama satírico en el cual se representa la primera vez que el fuego apareció en el mundo y los bárbaros sátiros enloquecen de amor ante su belleza y ¡se queman las barbas al besarlo! Esto se ha convertido en un lugar común, aunque naturalmente más

cómico, en el drama satírico de Sófocles el *Casamiento de Helena* *, donde aquellos enloquecen, igualmente, á la vista de ésta. Una señal clara de la época, es el gran número de dramas que reciben su nombre del coro que era aún la parte capital de la obra: *Basáridas* *, *Edones* *, *Danaidas* *, etc. Otra señal es la afición del poeta á disquisiciones geográficas. Heródoto aún no había escrito su obra, y sabemos que, en su tiempo, las partes extremas del mundo eran tenidas por países llenos de encantamientos. Para la Atenas de Esquilo, el interés geográfico provenía, en parte, de esta clase de imaginaciones, y en parte, del impulso dado por el apogeo de Atenas á los viajes de descubrimientos y al comercio aventurero. De las obras que se conservan, el *Prometeo* está lleno de verdaderas declamaciones sobre la geografía legendaria; síguenle en orden los *Persas,* luego las *Suplicantes;* y, aun el *Agamenón*, tiene el relato de los sitios alumbrados por los faros. *El Glauco del mar* *, *Niobe* * y probablemente los *Misios* *, se hallaban llenos de tales indicaciones. Este impulso no duró en la tragedia griega. En Sófocles rebosa, de un modo notable, el conocimiento de Heródoto, gusta de epítetos geográficos como una forma de adorno, pero conserva en los debidos límites su interés por la «historia». Eurípides, tan ingeniosamente vivo en todas las demás ramas del conocimiento, es completamente indiferente á éste.

En la elección de sus asuntos, tiene Esquilo cierta preferencia por lo sobrehumano y no terreno, que combina curiosamente con aquel interés geográfico. El *Prometeo* comienza con estas palabras: «¡Ay! Hemos llegado á las más lejanas florestas del mundo, donde los Escitas andan errantes, desolación sobrenatural». Esta es la región en que se encuentra Es-

quilo como en su propia casa y su natural y propia «grande expresión». Muchos de sus dramas se realizan en ese dominio, que Sófocles sólo menciona entre

«Los últimos picos del mundo, lejos de todos los mares,
Seguro origen de la noche y brillo de los abiertos cielos,
Antiguo jardín del sol» (1).

Es la escena de las *Hijas del Sol**, que trata de la caída de Faetonte; del *Peso de las almas**, donde Zeus pesa los destinos de Héctor y Aquiles; del *Ixión**, del *Memnón**; y las numerosas piezas sobre asuntos dionisíacos, muestran el mismo espíritu.

La infancia del arte y la intensidad del genio de Esquilo, es lo que le hacen, á menudo, elegir asuntos que aparentemente no tienen trama alguna, como en las *Suplicantes* y en los *Persas*. Representa únicamente una situación, se sumerge por completo en ella y la abrillanta con el esplendor de su lírica. Eurípides intentó también esta experiencia, por ejemplo, en las *Suplicantes* y en los *Heráclidas*. No parece que Sófocles se haya arriesgado á ello á no ser, tal vez, en la *Petición de Helena**. Es curioso que Esquilo, de un modo diferente á sus sucesores, se abstuviera, por completo, de las leyendas locales. Acaso fué porque creía pobres tales asuntos, y porque las realidades de la guerra contra los Persas habían borrado del horizonte de su patriotismo todos los objetos que no fueran tan vivos.

Es interesante la comparación de los fragmentos de los tres trágicos: generalmente los fragmentos son «gnómicos», y sirven para indicar la dirección de la inteligencia del escritor. Sófocles usa muy poco de sentencias. La reflexión y la generalización no le in-

(1) *Sófocles*, frag. 870.

teresan, aunque algo diga acerca del poder de la riqueza (frag. 85) y de las palabras (frag. 192) y de las mujeres perversas (frag. 187). Eurípides generaliza grandemente sobre cualquier objeto del cielo y de la tierra. Es el más transparente y el más sencillo—tan sencillo, que el lector poco aficionado lo pasa por alto:

«El amor no debe oprimir al hombre que mendiga su pan»
(frag. 322).
«Las cosas que deben ser, son extraordinariamente grandes»
(frag. 733).
¿Quién conoce si los vivos estamos verdaderamente muertos,
O si nuestra muerte es vida para aquellos que en otro tiempo
pasaron por ella? (frag. 639).

Algunas veces, como en el principio de los discursos de Fedra y Medea, trata sutilmente puntos de psicología. Tiene mucho que decir sobre la riqueza y la esclavitud y el poder del discurso. En cambio Esquilo, sencillamente nada piensa sobre tales asuntos. Tiene algunos grandes versos sobre el amor (frag. 44), pero su típica *gnome* es como la de *Niobe**:

«¡Ay! un Dios no implora don alguno. No le aplacarás
Ofreciéndole muchas libaciones y quemándole muchos sa-
[crificios.
No tiene altar alguno, ni atiende el canto,
Y la hermosa Persuasión se halla lejos de la muerte.»

Produce «cierta destrucción de la afición á las exaltaciones», y, sobre todo, lleva á cabo sus grandes discursos dramáticos, tan ásperamente grandiosos, que, á primera vista, ciega la aguda psicología de la pasión que atesoran, por ejemplo, aquel en que Clitemnestra da, públicamente, la bienvenida á su esposo. Ella no sabe si le han hablado de su infidelidad; conoce que

carece ya de amistad para ella; que el hombre á quien temía en sus sueños ha regresado, y que ha sonado ya la hora última para uno ú otro de los dos. Procura, como todo aquel que se halla cercano á la muerte, dejar alguna declaración sobre su estado. Más de una vez se halla á punto de desplomarse, pero va reanimándose á medida que habla y termina en el atrevimiento de la exaltación nerviosa:

Ciudadanos de Argos y vosotros, reunidos ancianos,
No sufriré vergüenza alguna en medio de vosotros
Para expresar el amor que tan bien conocéis me quema.
Llega un tiempo en que se agostan y mueren todos los te-
[mores.
¿Cuál otra podría decirlo? ¿Acaso otro corazón que el mío
Conoce el gran peso de la vida que he llevado
Mientras él se halló lejos, en Troya? ¡Una mujer sola,
Vivir en una casa abandonada, sin el brazo de su marido
En que apoyarse! ¡Oh! ¡Es una desgracia que vuelve loca á
[una mujer!
Rumores de desdichas zumban siempre en sus oídos:
Ahora ¡es él, que llega! Otras veces es un mensajero:
Cada relato contiene peores noticias que el anterior,
Y los lamentos de los hombres ¡se oyen á través de las pare-
[des que la rodean!
Si todas las heridas que los rumores suponían haber reci-
[bido,
Hubieran dado en la carne del Rey—¡Sería ésta una criba,
Una tela de agujereadas mallas! Si hubiese muerto allá
Con todas las muertes que se referían en boca de las gentes,
Entonces, ¿no sería como Gerión el de las tres vidas,
De tres cuerpos, monstruoso ser que debía morir y morir,
Hasta que todas sus vidas se hubiesen apagado?... Acaso os
[hayan dicho
Mis deseos de muerte—¡la cuerda pendiente del dintel,
Y tener que cortarla para salvarme! Cierto, ¡esos rumores,
La desdicha y la desesperación excitaban mis oídos!
Nuestro hijo, Señor, no está aquí: ¡Ojalá estuviera!
Orestes, que forma el gaje de amor
Entre tú y yo. Pero no os asombréis de ello.
Nuestro amigo de guerra, Estrofio, le guarda: tanto me habló

De lances próximos á caer sobre ti—tus diarios peligros
Y las tramas que pudiera tejer un pueblo traidor
Contra una débil mujer. ¡El hombre desprecia siempre al
[caído!

Pero yo—los tormentosos torrentes de mi llanto
Hállanse ya secos en su fuente y no queda ni una gota.
Mis ojos en desvelo, se hallan cauterizados por la fiebre,
Llorando por los fuegos de señales que quemaban por ti,
¡Siempre sin respuesta! Y cuando el sueño los vencía,
El ligero zumbar de un mosquito, interrumpía mis sueños
Y me agitaba, viéndote rodeado por todos los terrores
En tropel. ¡Demasiado largos para el sueño de una noche!
¡Pero ahora todo ya ha pasado! Ahora, con el corazón tran-
[quilo,

Saludo á mi Rey ¡el perro guardián de mi redil,
El cable de esperanza de mi buque, la firme columna
Sobre la cual todo se apoya, el hijo único del padre,
La tierra, apenas vista, desde el mar, cuando no hay espe-
[ranza,

La feliz salida del sol después de tormentosa noche,
El manantial vivificador en el desierto!
¡Oh! ¡cuánta alegría! El tiempo de esperar ¡ya ha pasado!
Así, oh Rey, te doy la bienvenida á tu patria. Ningún Dios
[te tiene envidia.

Seguramente, hemos sufrido ya bastante en el tiempo pa-
[sado—

Este es un día de triunfo. Baja, oh dulce esposo mío,
De este elevado carro. Pero no pongas desnudo en el suelo
Tu pie, gran Rey, ¡el pie que ha aplastado á Troya!
Ea, esclavos, ¿qué esperáis, vosotros los que debéis extender
El tapiz por el camino del Rey? Traed preciosa púrpura;
Poned rojo todo su camino, y que la justicia le guíe,
La que vió sus acciones ¡al fin, aunque no esperado, está ya
[en su patria!

XI

SÓFOCLES

SÓFOCLES, HIJO DE SOFILO, DE COLONA
(496 Á 406 Á DE C.)

La leyenda ha formado de Sófocles un personaje de serenidad y éxito ideales. Su vida transcurre en el período de la más alta prosperidad de su país. Era demasiado joven para sufrir mucho por la huida de 480 y murió, precisamente, antes de la caída de Atenas. Era rico, piadoso, bello, de buen carácter, amigo del placer, de talento, «con un encanto tal de carácter, que era amado por todo el mundo, dondequiera que se encontrase». Gozó siempre de los dos únicos ingresos que no sufrieron por la guerra: la fabricación de armas y los honorarios públicos del drama. Obtuvo un prodigioso número de primeros premios—veinte,—en comparación con los cinco de Eurípides. Los quince de Esquilo fueron obtenidos en época de escasa lucha. Intervino en los asuntos públicos, y, aunque de mediana habilidad práctica, fué elegido para los más altos cargos del Estado. Hallóse siempre bien tratado en Atenas, y no tuvo jamás la tentación de hallar consuelo en las cortes extranjeras, como hicieron sus colegas. Podemos añadir á esto, que era un artista de

tipo «inmaculado», dando muy pocas muestras de «divino desagrado». Su padre era un rico fabricante de armas y *ciudadano* ateniense, no «meteco» como Céfalo (pág. 337). Sófocles aprendió música con Lampros, y se cuenta de él que á la edad de diez y seis años guió un coro como tocador de arpa en la acción de gracias por la victoria de Salamina. Su primera victoria fué en 468, cuando tenía veintiocho años. El drama era, acaso, el *Triptólemo* * (1). Si fué así, representaba este hecho un éxito para el drama patriótico, en su primera aparición; pues Triptólemo era un héroe local que no tenía sitio apropiado en la leyenda homérica (2). El relato que nos ha sido conservado de esta victoria, se halla adornado de una extraña anécdocta. Había en el teatro tan ardientes facciones en pro y en contra, que el arconte, dejando de lado á los cinco jueces regulares y llamando á los diez generales que acababan de regresar de una expedición, les pidió su parecer. La primera derrota de Esquilo por una generación más nueva y que no conocía Maratón y Salamina, debió producir la misma amargura que se sintió en la Grecia y en la Italia modernas, al ser nombrados los primeros ministros que no se habían hallado en las guerras de su independencia.

Uno de los primeros dramas de Sófocles fué, probablemente, *Las Lavanderas* *. La escena con Nausicaa y sus doncellas á orillas del mar, parece indicar la antigua sala coral, antes que hubiese fijado ya la tradición, la fachada del palacio; el mismo poeta representaba á Nausicaa, lo que podía únicamente ocurrir en su juventud, pues su figura, en su edad viril,

(1) Plinio, *Historia Natural,* 18, 65.
(2) El *Himno á Demeter* no contradice esta aseveración.

en modo alguno asemejaba la de una muchacha, según muestra su idealizada estatua. La obra más antigua que tiene fecha conocida, es la *Antígona;* fué presentada muy poco tiempo antes del nombramiento de su autor como almirante en la guerra Samia de 440, y constituyó, en opinión de los inteligentes, el motivo principal para ser designado para dicho cargo. El poeta Ión, que le encontró en Quios, le describe «alegre y hábil en sus copas» y encantador en su conversación; respecto á asuntos públicos «entendía, poco más ó menos, tanto como cualquier ateniense, medianamente educado». En 443 había sido «helenotamía» (tesorero del imperio) con éxito bastante regular. Su fama y popularidad debieron ser de importancia; pues, de lo contrario, no hubiera sido uno de los diez comisionados (Próbulos) designados después de la derrota de la expedición á Sicilia en 413. Es significativo que, cuando fué perseguido con sus colegas, por haber aceptado la constitución oligárquica de 411, fué perdonado por su sencilla defensa de que «en realidad no había podido elegir otra cosa».

Una anécdota anónima habla de ciertas dificultades de familia al fin de su vida, atribuyéndolas á sus relaciones con una «hetera» llamada Teoris. Su hijo legítimo Iofón, intentó obtener un decreto para administrar sus bienes de familia alegando la incapacidad de su padre. Sófocles leyó al jurado una oda de su *Edipo en Colona,* que se hallaba entonces escribiendo, y con ello ¡quedó demostrada la plenitud de su juicio! La leyenda tiene cierto sabor de escena cómica, y las referencias del poeta en la época de su muerte, principalmente por Aristófanes en las *Ranas* y por Frínico, hijo de Eunómides, en las *Musas* *, parecen indicar la posibilidad de alguna seria perturba-

ción ocurrida poco antes. Murió en 406, pocos meses después que su gran colega Eurípides, en cuyo honor presentó vestido de duelo su último coro y sin las coronas usuales (1). Su tumba existía en el camino de Decelia, y se dice que fué venerado como héroe, bajo el nombre de «Dexión» (El que recibe), por el curioso motivo de que, en cierto sentido, había «recibido» al dios Asclepio (Esculapio) en su casa. Era sacerdote del héroe asclepíada Alcón, y había construido un templo al «revelador», *Menutes,* identificado con Heracles; pero el motivo real de su propio culto se hace evidente cuando hallamos que había fundado un «Tiaso de las Musas», especie de sociedad teatral para los artistas de Dióniso. Así se convirtió, técnicamente, en un «héroe fundador», como Platón y Epicuro, é indudablemente era honrado, con incienso y una oda, el día de su cumpleaños. Era «Dexión» acaso como el «huésped original».

Sófocles escribió, casi sin interrupción, durante sesenta años y una cita interesante de Plutarco (2), procura dar su propia relación acerca de este desarrollo. Es bastante dudoso que las palabras sean propiamente suyas; pero los términos usados muestran lo muy antiguo que era el criticismo. Desgraciadamente el pasaje se halla corrompido. Principia teniendo cierta relación—¿es «imitación» ó «protesta?»—hacia la grandilocuencia de Esquilo» ; después viene «su propio *severo* y artificial período de estilo (3)»; en ter-

(1) En el «*Proagón*» ó espectáculo de introducción. En la fiesta propia, regularmente hubiera sido considerada esta conducta como una «impiedad».

(2) *De Profecta Virtute,* 7.

(3) Πικρόν καὶ κατάτεχνον. Πικρόν es en el griego antiguo lo que en el posterior αὐστηρόν.

cer lugar alcanzó mayor facilidad y sencillez y parece que esto le satisfizo. Bergk halla vestigios «de período esquíleo» en alguno de sus fragmentos; y es un hecho curioso que los críticos antiguos hallasen «carácter sofócleo» en el *Reso,* falsamente atribuido á Eurípides. No se parece á las obras últimas de Sófocles que poseemos, pero sugiere una imitación de Esquilo en el siglo IV. Una forma de la tendencia «artificial»—mejor se traduciría por «técnica» ó «profesional»—se indica por los cambios escénicos á los cuales va particularmente asociado Sófocles, aunque es natural que se considere la admisión de «tres actores y una escena decorada» (1) en el sagrado recinto, como consecuencia de algún decreto público y no de una privada innovación de un poeta.

Acaso el cambio más importante debido á Sófocles, tuvo lugar en aquello que llamaban los griegos, la «economía» del drama. Empleó todo su material mítico en una obra compleja y bien construida, y produjo, por consecuencia, cada vez tres obras separadas en lugar de una trilogia continuada (2). Pero, en general, Sófocles trabajó como un artista reflexivo, mejorando los detalles, empleando instrumentos más adecuados y en mayor número, y llevando á cabo, por medio de una hábil construcción, oportunos arreglos escénicos y una carencia completa de exageración y de grotesco por no hallarse, como su gran antecesor, en condiciones de andar tan cerca del cielo. Su período «serio y artificial» se halla perfectamente representado por la *Electra*. Esta es «artificial» en el buen sentido de la

(1) Aristóteles: *Poética,* 4.

(2) Su contemporáneo Aristarco de Tegea, fué quien primeramente «hizo dramas de las dimensiones actuales» (Suidas).

palabra por su habilidad en la intriga, sus hermosos caracteres, su uniforme buen estilo. También es artificial en cierto mal sentido. Por ejemplo, en el discurso del mensajero, cuando todo lo que se espera es una falsa noticia de la muerte de Orestes, el poeta prefiere insertar una brillante, larga y completamente antidramática descripción de los Juegos Pitios. También es «severa». Esquilo en las *Coéforas* ha sentido vivamente el horror de su trama. Lleva á sus personajes al hecho sangriento mediante una tormenta de confusas, atormentadoras y semireligiosas emociones; el climax es, naturalmente, el asesinato de su madre, y después de él, Orestes cae en la locura. En la *Electra* este elemento se halla prácticamente ignorado. Electra no tiene desmayos ni Orestes muestra señal alguna de locura; el climax está constituido, no por el horror culminante, el matricidio, sino por la realización de la acción más difícil, la muerte de Egisto. Esquilo había dejado aparte á Electra y á Clitemnestra: aquí las vemos, libremente, en la poco agradable desapacibilidad de sus querellas diarias. Sobre todo, en lugar del grito de extrañeza que cierra las *Coéforas*: «¿Cuál es el fin de todo este derramamiento de sangre para vengar otra sangre?», la *Electra* termina con una expresión de satisfacción completa. Este espíritu es el que hace tan manifiestamente desagradable la *Electra*, por brillante que sea. La explicación de este fenómeno puede provenir, en parte, de cierto gusto natural hacia la severidad y á falta del sentimiento de Sófocles; parece también depender algo del arcaismo. Su lenguaje es completamente arcaico y parece como si lo fuesen también sus concepciones.

Los tres trágicos han tratado todos la leyenda de Electra, y cada cual lo ha hecho de un modo caracte-

rísticamente diverso. El espíritu realista de la *Electra* de Eurípides, es manifiestamente visible: los pérfidos Pelópidas, el noble campesino, la escena desgarradora del remordimiento y los reproches mutuos entre ambos matadores. Pero la verdad es que Esquilo ha procurado también hacer real su asunto. Toma la antigua y sangrienta leyenda con un espíritu severo y turbado, muy diferente del de Homero, aunque igualmente grandioso. Su Orestes habla y siente como el mismo Esquilo lo hubiera hecho. Unicamente es Sófocles quien presenta la leyenda heroica, exactamente como la encuentra; sabe que aquellos jefes antiguos no se cuidaban para nada de sus conciencias: mataban con el procedimiento antiguo de la crueldad más refinada. No procura hacerlos reales para sí mismo, á costa de hacerlos falsos al espíritu de la epopeya. La misma objetividad en el modo de tratar los asuntos aparece en otro carácter de Sófocles: toda la fuerza estriba en un horror meramente físico en el *Edipo*, en un dolor físico en las *Traquinias* y en el *Filoctetes*. Es el espíritu de la más antigua y más bárbara epopeya (1).

Alguna cosa semejante le mantiene en los límites de lo convencional. Un poeta que es completamente serio en su realismo, y no reservado en su imaginación, se halla dispuesto á conversar con su auditorio ó hacerle reir. Sófocles evita estos peligros. Acepta por por completo la concepción tradicional de los héroes y la leyenda popular. Las varias manifestaciones de criticismo que se le han atribuido: «Pinto á los hombres como ellos quisieran ser pintados; Eurípides los pinta como ellos son»; «Esquilo hizo algo perfecto, pero sin saberlo»; todo esto presupone un punto de

(1) Comp. pág. 67, sobre la *Niptra* *.

vista «académico». Sófocles es el único escritor griego que es «clásico» en el sentido vulgar, casi en igual sentido que Virgilio y Milton. Su misma dicción exquisita, que es un progreso tan marcado sobre la rígida magnificencia de su predecesor, denuncia al hombre inferior en el más grande artista. El lenguaje sobrehumano de Esquilo parece apropiado al lenguaje de lo sobrenatural. Es, en realidad, el lenguaje que Prometeo hubiera hablado, así como el que hubieran empleado Agamenón ó Atosa en sus grandes momentos. Pero ni Prometeo, ni Edipo, ni Electra, ni cualquier otro que un poeta ateniense de la cultura más elevada, hubiera hablado como Sófocles les hace hablar. Este carácter es el que ha declarado á Sófocles como el modelo perfecto, no sólo para Aristóteles, sino en general, para todos los críticos y dramáticos; mientras que los poetas han dejado de admirar á Esquilo, que «escribió en un estado de embriaguez», y á Eurípides, que rompió los límites de la vida y de la poesía.

Igual restricción se manifiesta, curiosamente, en aquellos puntos en que sus obras tocan con la especulación. De una parte, su piedad, como el escoliasta delicadamente lo dice (1), le dejan «completamente desvalido al representar la impiedad». Contrastan, por ejemplo, los pasajes semejantes de la *Antígona* (verso 1.043) y el *Heracles*, de Eurípides (v. 1.232). En este último el héroe censura á Teseo por dejarle abandonado á su desesperación y por no velar su rostro ¡que manchará la luz del sol! Esto no es una metáfora, sino una declaración real de superstición. Teseo replica que un mortal no puede mancillar un elemento eternamente puro. Más tarde pide á Heracles su mano.

(1) *Electra*, 831.

«Está ensangrentada», grita Heracles; «¡os infeccionará con mi crimen!» «Deja que la estreche y no temas», contesta Teseo. Seguramente Sófocles conocía que la creencia en una contaminación física de sangre es una ilusión y que el hombre no puede, aunque lo intentara, impurificar el sol; pero para él exhalaban estas ideas cierto vapor de escepticismo, ó más bien de mera prosa. Las emplea como blasfemia en boca del ultrajante Cleón. No manifiesta impulso alguno á razonar ó analizar aquello que pudiera perturbar sus solemnes efectos emocionales. Otra diferencia típica entre ambos poetas se halla en su respectivo modo de tratar el incesto de Edipo. Sófocles porfía sobre ello y refiere repetidamente los cambios de parentesco de su héroe, pero nunca reflexiona sobre ello. Contrasta con esta retórica horrorizadora el modo de tratar el mismo asunto al final de las *Fenicias*, de Eurípides, el hermoso afecto que conserva el ciego hacia Yocasta, la declaración de que hubiera ido placentera á su lado al destierro, su tierno adiós al cadáver de aquélla. ¿Quién hubiera sido el respetable ciudadano capaz de decir una cosa igual? Era defraudarle en su derecho de condenar y abominar de Yocasta. ¡Nada tiene de extraño que Sófocles ganara un número cuatro veces mayor de premios que Eurípides! Una concomitancia natural de esta ausencia de libertad especulativa, es cierto embotamiento de imaginación moral que conduce, por ejemplo, á un defecto de estructura en el *Edipo Rey*. Esta obra es una maravilla de construcción. Cada detalle ofrece la mayor naturalidad, mejor aún, cada detalle depende de que los caracteres son exactamente iguales á lo que fueron y hacen que los comprendamos. Acaso el único defecto está en Tiresias. Este anciano profeta se presenta al rey completa-

mente decidido á no referirle el secreto que ha guardado durante diez y seis años, y sin embargo, entonces se lo participa. ¿Por qué? Por una cólera irresistible á causa de que el rey le insulta. Un anciano profeta que obra así, es una desdicha para su profesión; pero Sófocles no parece haberlo comprendido.

Hállase sujeto, por lo tanto, á cierto idealismo convencional. Carece del fuego elemental de Esquilo, del valor especulativo y de la ingeniosa simpatía de Eurípides. Todo lo demás que puede decirse de él, es manifestarle una nueva admiración. Argumento, personajes, ambiente, todo se halla dignificado y es «homérico»; su análisis, mientras le emplea, es admirablemente seguro y verdadero; su lenguaje es una maravilla de poder sutil; la música que obtiene del trímetro yámbico, por sus suaves terminaciones y variadas pausas, es incomparable (1); su lírica es uniformemente hábil y bella, aunque, algunas veces, deje la impresión de la elaboración artística; si no tiene la irresistible armonía de Esquilo y de Eurípides, se halla libre de las fanfarronadas del uno y de la inoportuna gárrula del otro. Y es cierto que Sófocles muestra á veces un elevado poder de que poquísimos poetas participan con él. Siente, cómo hace Wordsworth, la majestad del orden y del bienestar; ve la grandeza de Dios donde se halla, en las manifestaciones tranquilas de la vida. Pocas manos podrían haber formado la grandiosa oda de la *Antígona* sobre la prosperidad del hombre, ó la descripción del *Ayax* del «dar y tomar» en la naturaleza. Y aun en el famoso arranque

(1) W. M.: *Heracles*, I, p. 21. Es el estilo jónico: finales débiles, elisiones al fin del verso (como Aqueo de Eretria), ἡμίν por ἡμᾶν, abreviación de una vocal larga ó diptongo ante otra vocal.

de desesperación que pronuncia sobre la vida en su segundo *Edipo* (1), hay cierta profundidad de sentimiento tranquilo, no agitado por movimiento alguno de la simple inteligencia, que, al compararle con las obras más sutiles y atrevidas de Eurípides, las hace parecer «poesía de la juventud».

Por desemejantes que sean ambos dramáticos, la construcción del *Edipo Rey* recuerda uno de los dramas más importantes de Ibsen. Desde la misma primera escena, la acción se dirige rectamente y sin desviación alguna á la catástrofe. El interés se vuelve, no á aquello que hacen los personajes, sino á averiguar aquello que han hecho. Y una de las más fuertes escenas consiste en la deliberada y dolorosa confesión que marido y mujer se hacen respectivamente, de ciertos obscuros pasajes de su vida y, que han tenido, hasta entonces, cuidadosamente ocultos. La intriga ofrece la inmensa ventaja de referirse á acciones pasadas—el parricidio involuntario y el incesto—que explican el horror del héroe hacia sí mismo, sin hacerle perder nuestras simpatías. En realidad, el carácter de Edipo, su decisión de saber á toda costa la verdad, su esencial desprecio de sus propios sufrimientos, son heroicos en sí mismo y derivan con gran naturalidad del argumento. Yocasta era difícil de tratar. El mero hecho de ser de doble edad que su esposo, le creaba una situación difícil, pero ofrece una tristeza tan íntima, un poder de autoridad tranquila y cierta severa y triste previsión sobre la vida, que indican pertenecer á una mujer muy rudamente experimentada. Hay seguramente grandes inverosimilitudes en

(1) *Antígona*, 332 sig. *Ayax*, 669 sig. *Edipo en Colona*, 1.211 sig.

la leyenda original, pero como observa Aristóteles, caen fuera de la acción del drama. En ésts todo es natural fuera de la conclusión. ¿Por qué Edipo se arranca los ojos? Esto justifica que Yocasta deba morir y por esto se ahorca. El mismo Edipo pensaba matarla si ella no se hubiera anticipado. ¿Por qué él no la acompaña? Una composición cualquiera original lo hubiera hecho así; pero Sófocles seguía la leyenda y en ésta era perfectamente cierto que Edipo había vivido ciego largo tiempo después. Eurípides evitó esta embarazosa situación por un procedimiento ingenioso. En su *Edipo* * (1) el héroe es dominado y cegado por sus guardianes, cuando ha asesinado ya á Yocasta y procura matar á sus hijos y á sí mismo. Como obra técnica, y artística el *Edipo* de Sófocles conserva el lugar que le dió Aristóteles, de ejemplo típico de la más elevada tragedia griega. Hay en ella verdadera y profunda emoción y elevados pensamientos; admirable poder del lenguaje, gran posesión del carácter é imaginación; y en cuanto á fuerza y habilidad puramente dramáticas, pocas cosas hay tan inefablemene trágicas como la marcha silenciosa de Yocasta, cuando ella sola ve el fin que se acerca.

El *Ayax*—llamado por los gramáticos *Portador de látigo,* para distinguirle de otro drama, el *Ayax Lócrio* *—es una obra rígida y muy primitiva. Sólo en el prólogo y en la escena final presenta tres actores, sin que, en realidad, sepa el autor usar de ellos como lo hace, por ejemplo, en la *Electra* y en la *Antígona*. Ayax, vencido por Ulises en la contienda por las armas de Aquiles, devora su venganza hasta que Atene le vuelve loco. Intenta atacar á aquél y á los Atridas en sus

(1) Frag. 541 que parece mal colocado en Nauck.

tiendas, y, como D. Quijote, ataca, en lugar suyo, á varios corderos y vacas. Vuelve después en sí, marcha á un lugar solitario junto al mar y se echa sobre su espada. Los últimos quinientos versos se hallan ocupados con la cuestión de sus funerales, siendo, casualmente, su gran enemigo Ulises, el que vence la irritación general y le hace conceder los últimos honores. Lo más hermoso de la obra son los discursos del héroe en su desventura y el retrato de su concubina, la princesa cautiva Tecmesa, á la cual desprecia, y que le es realmente superior en valor y en fuerza de carácter, así como en desinterés. Es difícil creer que el *Ayax,* tal como lo poseemos, sea uniforme. No sólo varía, en diferentes partes, la técnica métrica, sino que así la sutilmente pintada Tecmesa, como la enemiga Atene, parecen provenir de la influencia de Eurípides; mientras que otros caracteres de estilo posterior, como el abuso de heraldos y la representación de Menelao como perverso espartano, convienen con la desproporcionada extensión de la discusión por los funerales, en sugerir que es un moderno retoque de otra obra muy antigua.

La *Antígona* es, acaso, el drama más célebre de la literatura griega. El argumento está basado en la idea eternamente interesante del martirio, la devoción á una ley elevada é invisible que resulta en abierta pugna y oposición con la ley inferior visible. Polínices ha sido muerto peleando contra su hermano usurpador, Eteocles, y contra su país, y Creón—el nombre indica únicamente «el regulador», lo cual declara su comunidad con los reyes oficiales de la leyenda—ordena que su cadáver sea arrojado á los perros y pájaros como traidor. Todo aquel que intente enterrarle sufrirá inmediatamente la muerte. Su hermana Anti-

gona decide enterrarle; la otra hermana, Ismene, vacila y retrocede. Antígona es descubierta, rehusa hacer ninguna clase de sumisión y es condenada. Ismene intenta participar del suplicio; Hemón, hijo de Creón y amante de Antígona, intercede por ella: todo en vano. Hemón abre por la fuerza la tumba en que ha sido enterrada viva, la encuentra muerta y se suicida.

Fuera de la belleza de detalle, especialmente en el lenguaje, una de las pruebas del atrevimiento del genio en esta obra, es lo indefinido del motivo ó principio de la acción de Antígona: es porque la causa de su culpable hermano era justa; porque la muerte borra todas las ofensas; porque no está en su naturaleza el unirse á los que odian, sino antes al contrario, se halla dispuesta á unirse á los que aman (verso 523); porque un cadáver insepulto ofende á los dioses; porque su propio corazón se halla, en realidad, con el muerto y desea alcanzar igual suerte. En un pasaje explica de un modo descuidado y falsamente patético, que únicamente le entierra porque es su hermano, ¡pero no hubiera procurado dar sepultura á su esposo ó á su hijo! En un elevado sentido es absolutamente veraz y viviente; como Beatrice Cenci «no puede argumentar; sólo puede sentir». Y otro admirable toque es la sencillez de Antígona al no ver la gloria de su muerte. Ella no es más que una débil doncella cruelmente castigada por una cosa que necesariamente debía hacer. Cree que la excesiva admiración religiosa de los ancianos no es más que burla (verso 839).

Creón está ingeniosamente delineado. No es un monstruo aunque deba obrar como tal. Ha apoyado toda su autoridad en el edicto; viéndolo desobedecido, ha tenido que colocarse en una posición en la cual le

es completamente imposible ceder. Así aparece que su sobrina es la verdadera culpable. Le es muy duro tener que retirar inmediatamente su mandato, y ella no le proporciona el más insignificante motivo para poder hacerlo. Ella le desafía abiertamente con un desprecio profundamente tranquilo. Ismene, volviéndose atrevida ante la realidad de aquella crisis, se une á su hermana; su mismo hijo Hemón, primeramente moderado, se vuelve ahora insubordinado y violento. Creón parece como si buscase una tronera para escapar, supeditado únicamente á la decisión del autócrata obstinado en no desdecirse. Después que Hemón le abandona, grita desesperadamente que sostiene su decisión: ¡deben morir las dos jóvenes! «¿Las dos?» dice el coro, «nunca habéis hablado de Ismene». «¿No hablé de ella?», contesta con visible alivio. «No, no; era únicamente Antígona.» Y aun respecto á ella no será inflexible. Con el simple deseo de darse tiempo para tomar aliento, manda que la encierren en una excavación sin alimento ni bebida «hasta que aprenda á ser prudente». Por supuesto, cuando él se arrepiente, ya es tarde.

Hay varias semejanzas entre esta obra, acaso la más sublime, y la *Electra,* tal vez la que lo es menos, de entre los dramas de Sófocles. Hállanse en un contraste exactamente semejante la hermana fuerte y la débil; seguramente vemos cierto núcleo de la antigua «rudeza» en los pasajes en que Antígona desafía á Creón y en que desecha la pretensión de Ismene de participar de su martirio. Hay en ellos señales de una antigua fecha. La pregunta Τίς ἀνδρῶν:—«¿Qué hombre se ha atrevido?» cuando el real culpable es una mujer, es un trozo de bien pensado efecto dramático que pronto imitó la escena ateniense. La afición á la

antítesis siempre presente en Sófocles, domina en la *Antígona:* «Dos hermanos han sido muertos por dos manos en un solo día»; ó más hermosamente:

«Consérvate alegre, tú vives; pero mi vida
A causa del muerto, hace ya días que también lo está.»

Los deseos de morir forman en realidad una nota común á este drama y á la *Electra*. Repiten la protesta ya usada por Esquilo en las *Coéforas,* contra el hecho de considerar las maldades realizadas, únicamente en lo que conviene á los vivos. El motivo amoroso en Hemón, no es probable sea debido á la invención de Sófocles; no es conforme á su espíritu, y hace poco uso de él, mucho menos que Eurípides en su perdida *Antígona* *. Esta idea regularmente proviene de Mimnermo ó alguno de los elegíacos eróticos.

Las *Traquinias* y *Filoctetes* muestran claramente la influencia de Eurípides. El primero trata de la muerte de Heracles por una túnica de ardiente veneno que su enemigo el centauro Neso ha dado á la mujer del héroe, Deyanira, diciéndole es un hechizo de amor. Deyanira sabe que Heracles le es infiel y que la desgraciada princesa que ha mandado á su casa como cautiva de la guerra, es realmente el objeto por el cual ha combatido. Se acuerda del hechizo de amor y se lo manda, y el robusto semidiós muere rabiando. El héroe dorio, figura usual en los dramas satíricos, no fué admitido en la tragedia hasta el *Heracles* de Eurípides, donde aparece como un fornido guerrero conquistador, emprendedor y jovial, con muy poca nobleza de espíritu para descender de aquella. Hay varias imitaciones demostradas del *Heracles* en las *Traquinias,* fuera del prólogo verdaderamente euripídeo, y de la ingeniosa situación dramática entre Deyanira y la querida mal dispuesta de su esposo. Sería de desear se conociera si

hay alguna relación entre el motivo que dió lugar á este drama y el relato contenido en el discurso de Antifón *Sobre el envenamiento* (v. cap. XVI).

El *Filoctetes* (409 antes de Cristo) es marcadamente un drama de carácter. El héroe, en otro tiempo compañero de Heracles y poseedor ahora de su arco infalible, ha sido mordido por una serpiente venenosa. La herida, enconada, está á punto de producir una peste, y los griegos dejan al enfermo abandonado en Lemnos. Años después, un oráculo declara que es preciso que el arco, y Filoctetes con él, vayan á Troya para que la ciudad sea tomada. Es completamente imposible aproximarse á aquel hombre ofendido; pero Ulises, el gran inventor de astucias, decide intentarlo, y toma consigo al hijo de Aquiles, Neoptólemo. Ulises sería conocido por Filoctetes, por lo cual se queda á cierta distancia y hace avanzar á Neoptólemo para que procure, mediante ingeniosos embustes, hacer subir á aquél al buque. El joven guerrero consiente después de muchos reparos. Gana enteramente la confianza del viejo solitario apesadumbrado por el dolor; todo se halla ya á punto para el rapto, cuando un espasmo de agonía de la incurable herida ataca á Filoctetes. Neoptólemo hace cuanto puede para cuidarle y no puede afrontar la gratitud de su víctima. Por fin confiesa la verdad. Filoctetes le ha tomado por su único amigo, cuando no es en realidad más que un instrumento en manos de su enemigo más cruel. Situación profundamente trágica, iluminada por la belleza más deslumbradora de los versos, que termina, á la manera de Eurípides, apareciendo Heracles como un divino reconciliador *ex machina* (v. pág. 268).

El *Edipo en Colona* es una obra del tipo patriótico arqueológico del cual es primer ejemplo los *Heracli-*

das de Eurípides. Trata de la posesión reivindicada por Atenas respecto á la tumba de Edipo—evidentemente sólo pretendida, y no por una tradición antigua, puesto que hallamos en la obra que no era visible dicha supuesta sepultura. Cuando Edipo es viejo y ha perdido ya su fuerza la maldición que pesaba sobre él, mediante largas é incesantes excursiones errantes con su hija Antígona, le llegan noticias por medio de Ismene, de un nuevo oráculo de Tebas. Su cuerpo conservará el «hagos ó *tabú*»—poder de purificar ó mancillar de un modo sobrenatural—y será un divino baluarte para el país que lo posea. En consecuencia, los Tebanos intentan apoderarse de él y conservarle junto á sus fronteras hasta que muera, para después vigilar su sepultura. Mientras tanto, Edipo ha llegado á Colona en el Atica, residencia de las Semnas» (diosas venerables) donde conoce que debe morir. Teseo le acepta como ciudadano, y misteriosamente desaparece. Esta es la única obra en la cual Sófocles ha dejado de usar enredo alguno, y es interesante ver que esta experiencia produce una de sus obras más hermosas. La poesía deja una impresión de superioridad sobre la técnica usual, de contentamiento por su propio esplendor grande y reflexivo. Pero había ya pasado el tiempo en que una sola situación pudiera llenar todo un drama, mediante la intensidad imaginativa. Sófocles ha insertado los «episodios» de Cleón y Polínices, y ha hecho excitar al primero por un fútil intento de secuestrar á las princesas y al segundo por la existencia de la maldición de su padre. El objeto real á que se dirije esta obra dramática, es el patriotismo ardiente y casi desesperado de fines de la época de la guerra. La gloria de Atenas, la belleza de la primavera y de los ruiseñores, la sa-

grada Acrópolis que no puede nunca ser conquistada, representan los ideales modernos de este patriotismo. La base legendaria del mismo, consiste en la figura de Teseo, el rey legislador, humano y religioso; en la eterna recompensa conquistada por la generosidad atrevida de Atenas; en la repulsa de Argos y la maldición eterna expresada contra la turbulenta y cruel Tebas. Esta obra debía producir grande efecto sobre las tablas. Seguramente la espiritual majestad de Edipo, al final, es uno de los coros más grandes de la poesía griega; y el rudo contraste que forma con su cólera en la escena de la maldición, debía, sin duda, ser grandiosa en una representación esmerada.

En las «didascalias» (1) se dice que esta obra fué presentada después de la muerte del poeta por su nieto de igual nombre. Sin embargo, los versos parecen marcadamente más antiguos que los del *Filoctetes* (409) y las alusiones políticas han dado lugar á varias teorías, no del todo convincentes, respecto á su composición en fechas más anteriores. Acaso la más probable sea la del profesor L. Campbell (411).

Aunque no es una de las obras más características de este poeta, es acaso la más íntima y personal; y sería difícil hallar un trozo más típico del estilo de Sófocles que los hermosos versos de Edipo á Teseo:

«Hermoso hijo de Egeo, sólo á los dioses, en el cielo,
No les ocurre ni la vejez ni la muerte.
Todo se halla atormentado por nuestro dueño el Tiempo.
Las fuerzas de la Tierra se marchitan como la gloria humana.
Muere la fe y la infidelidad florece como una flor.
¿Quién hallará en las abiertas calles de los hombres
O en los secretos del amor de su propio corazón
Un viento que sople veraz para siempre?

(1) Catálogos de las representaciones anuales, coleccionadas de las listas oficiales por Aristóteles y otros.

XII

EURÍPIDES

EURÍPIDES, HIJO DE MNESÁRQUIDES Ó MNESARCO DE FLIA (CIRCA 480 Á 406 ANTES DE CRISTO)

Poseemos diez y ocho obras escritas por Eurípides contra siete de cada uno de los otros dos grandes trágicos; tenemos, pues, mayor material para su conocimiento que para el de cualquier otro poeta griego, y, sin embargo, es acaso la figura más problemática de la literatura antigua. Representaba, de modo esencial, su época, aunque aparentemente se hallaba en hostilidad con ella; casi siempre desgraciado en la escena—ganó únicamente cuatro (1) primeros premios durante cincuenta años de trabajo—y, sin embargo, era el poeta más celebrado de la Grecia. El público contemporáneo le tenía por insípido á causa de que le torturaba con problemas personales; por maligno, á causa de que le hacía ver verdades que no deseaba ver; por blasfemo y mal intencionado, porque exigía de su naturaleza religiosa y espiritual lo que no podía realizar ni desdeñar. No se sabía si demostraba una imaginación demasiado inculta ó demasiado realista, ex-

(1) El quinto fué después de su muerte.

cesivamente romántica ó prosaica, muy pueril ó filosófica. Aristófanes dice que era á la vez todas estas cosas. Sólo sabía la muchedumbre que la irritaba y que al oirle no se le podía sufrir. Indudablemente, creían que tenía escaso sentido humorístico y que era un gracioso ocurrente; de otra parte, conocían, tal vez, que era realmente, como con ironía le llamaban, un «sabio». De todos modos, después del gran desastre de Siracusa fué el hombre á quien acudieron para que escribiera el epitafio sobre las esperanzas de Atenas.

La tradición tan complaciente para Sófocles es muy exigente para Eurípides. «Era un áspero cínico, vicioso en privado, á pesar de su exterior completamente severo.» «No escribió sus obras; eran hechas por sus esclavos y por sus conocidos casuales.» «Su padre hizo fraudulenta bancarrota; su madre era una verdulera y sus verduras eran malas. Su mujer se llamaba Corile (marrana), y obraba según su nombre; se divorció de ella, pero su segunda mujer no era mejor.» Se complace en aquellos pasajes de los dos trágicos en los cuales el bueno de Sófocles aplastaba la misantropía producida por la miseria, aseverando que tomaba su copa y su destino como un hombre y no pretendía ser mejor que sus vecinos.

Algunas de estas leyendas deben ser impugnadas; otras son grandemente improbables; la mayor parte son completamente insostenibles ante la evidencia. Puede ser afirmado que el padre del poeta, Mnesárquides, pertenecía á una antigua familia de propietarios de la clase media, disfrutando de un cargo hereditario en el culto local de Apolo en Flia. Su madre, Clito, «la verdulera», era de noble familia; es evidente que las relaciones con su hijo fueron de una intimidad y de una influencia excepcionales: seguramente el amor

maternal constituye un poderoso elemento en sus dramas. De la mujer de Eurípides no sabemos más sino que no se llamaba Corile y sí Melite, y que Aristófanes, en 411, nada malo tuvo que decir de ella. De sus tres hijos sabemos que Mnesarco fué comerciante, Mnesílico actor y Eurípides aparentemente compositor dramático profesional: dió al público, después de la muerte de su padre, la *Ifigenia*, las *Bacantes* y *Alcmeón**. Según cuenta Filócoro, el poeta vivía en sus propias haciendas de Salamina y trabajaba en una caverna, desde la cual se contemplaba el mar y que se enseñaba á los *turistas* hasta la época de Plinio. Era enemigo de reuniones y de la vida pública, tanto como era posible serlo á un ateniense de aquellos días. Sirvió en el ejército; tuvo por lo menos una vez que contribuir á una «liturgia» de alguna clase, acaso en el equipo de una trireme, era «próxeno» de Magnesia, cargo que parece algo semejante al de nuestros cónsules, y envolvía cierto trabajo realmente político. Estos cargos dispendiosos concluyeron pronto con sus bienes; vióse reducido á la miseria, del mismo modo que todos los propietarios de tierras hacia el fin de la guerra. Por lo demás, fué el primer griego que coleccionó una biblioteca; escritor y pensador, pero no hombre de negocios.

Seguramente le hallamos, en cierta ocasión, tomando parte, por lo menos indirecta, en la política. Sobre 420, al fin de la guerra de los diez años escribió una obra dramática con «tendencia» determinada. Las *Suplicantes* no sólo abogan por la paz con Esparta—cosa que también había hecho en el *Cresfonte** y en el *Erecteo**—sino que, además, defiende la alianza con Argos y proclama la necesidad para Atenas de «un general joven y noble». Un general joven y noble se des-

tacaba en aquel momento y exigía especialmente la alianza con los Argivos: Alcibíades. Al año inmediato, aparecía en Olimpia con aquel tren de carros de cuatro caballos que hizo tanto ruido en Grecia y ganaba la victoria olímpica para la cual escribió Eurípides una oda pindárica. Esto nos hace ver que el poeta filósofo, como Sócrates y la mayor parte de la gente, tuvieron su período de devoción á Alcibíades. No sabemos lo que duró. Eurípides era partidario de la paz y Alcibíades de la guerra, y parece que en tiempo de la expedición á Sicilia había perdido Eurípides su fe en el «demónico» general. Las *Troyanas* (415 antes de Cristo?) comienza con la descripción de una gran flota haciéndose triunfalmente á la vela, ignorante de la sombra de muerte que sobre ella se detiene y que los diosos están tratando de su destrucción, como así sucede.

Sus obras, desde aquel tiempo en adelante, á través de las agonías de la guerra, se hallan febrilmente escritas y arrojan una fuerte luz, aunque algo desviada, sobre el carácter de su autor. Sus impulsos más íntimos le hacen traición á expensas de su arte y parece que se ve obligado á desgarrar sus propios ideales. El patriotismo, por ejemplo, fué siempre el sentimiento más fuerte de Euripides. En 427 nos ofrece el patriotismo alegre y confiado en sí mismo de los *Heráclidas*, espíritu de un Pericles joven. Aún más anterior había sido el patriotismo meramente sentimental del *Hipólito* (428 antes de Cristo). Más tarde se ofrece en el *Erecteo**, *Teseo**, las *Suplicantes* (421 antes de Cristo); pero en sus últimas obras este espíritu ha cambiado por completo. No menciona á Atenas agonizante, pero nos ofrece constantemente su lucha mortal y sus faltas; la alegria del combate ha desaparecido, sólo

quedan los horrores de la guerra. ¡Qué bien suplicaba el viejo Esquilo: «Concédame Dios que no saquee jamás ninguna ciudad», si la realidad de la conquista correspondía á lo que aparece en los últimos dramas de Eurípides! Los vencedores son allí tan miserables como los vencidos; son únicamente más astutos y, acaso, más malvados.

Otro motivo que siempre se halla presente en él y que ahora se hace predominante, es cierta desconfianza hacia el Estado y todos sus procedimientos—doctrina explícitamente predicada á la generación presente por Tolstoi. El anatema de la vida estriba en su complicación política y social. El individuo puede, seguramente, cometer grandes yerros, pero tiene corazón; unicamente el que sirve á su país, el instrumento de la «compacta mayoría», es el que no puede ofrecerlo. Ulises en las *Troyanas* y en *Palamedes** (415 antes de Cristo) ha ido más allá tal vez del Ulises de la *Hécuba* (424?), donde el tipo por primera vez se manifiesta de un modo claro. No se halla personalmente sediento de sangre, pero se ve obligado á preferir, antes que todo, el interés de los Aqueos. Las consecuencias más desagradables ocurrirían ¡si no mintiera, matara ó hiciera traición! Lo mismo ocurre con Menelao en el *Orestes* y sobre todo con Agamenón en *Ifigenia en Aulis*. De tal modo se hallan colocados, que las consideraciones sociales ordinarias parecen hacer imposibles la justicia y el honor.

Otro carácter que indica los últimos años de la guerra, es la tendencia de insistir en las últimas probabilidades de la rebelión. Era un tema antiguo en Eurípides—la *Medea* lo enseñaba en 431—pero ahora observa en todas partes á su alrededor señales de la regla, según la cual al oprimir á la gente más allá de

cierto límite, se la convierte en demonio. Este es el motivo que da unidad á la *Hécuba,* la gradual absorción de la naturaleza total de la reina en una sed infinita de venganza; á lo cual contesta la queja del escoliasta sobre el *Orestes* de que «todo es malo en ella». Otro profundo sentimiento de Eurípides, es su aversión á las viejas fábulas que se llaman heroicas. Su *Electra* era suficiente para desacreditar para siempre la lucha sangrienta de los Atridas. Léase después lo que cualquier otro poeta dice sobre este asunto, Sófocles, Esquilo ú Homero, y la convicción obliga á exclamar: No fué así; fué justamente como dice Eurípides que sucedió. Y una δολοφονία (fraudulenta matanza), seguramente no es cosa hermosa.

Con este último período de la vida de Atenas, es cuando realmente tenemos, en cierto modo, el Eurípides de la leyenda, el hombre de carácter variable, sobremanera escéptico, pero opuesto á la mayor parte de los filósofos, que desprecia á los ricos, furioso contra la extrema democracia (1), odiando todos los procedimientos de los hombres y llamando la atención por la clara fuerza de su poder intelectual. Hallábase incesantemente azuzado por la turba de los escritores cómicos y naturalmente también por la cuadrilla grande de los ortodoxos y del vulgo. Fué perfectamente derrotado. Después de dar su *Orestes* en 408 abandonó á Atenas por la corte de Arquelao de Macedonia. Se dice que «se fué á causa de la exaltación maliciosa de casi todo el mundo», pero no sabemos en modo alguno á qué triunfo se refiere. Halló tranquilidad en Macedonia y, probablemente, un trato simpático. Hallábanse allí Agatón el trágico y Timoteo el

(1) *Orestes,* 870 á 930.

músico, ambos amigos suyos antiguos, el pintor Zeuxis y, tal vez, Tucídides. Indudablemente la falta de cultura, recubierta por la lisa superficie de la Corte Macedonia, debió aparecérsele algunas veces. La fábula de la muerte de Eurípides por los perros del rey, se halla contradicha por el silencio de Aristófanes; pero debe haber producido un efecto curioso sobre los atenienses, el relato de que un cortesano que se había dirigido á él bastante rudamente, ¡le fuese en seguida entregado para ser azotado! Murió unos diez y ocho meses después de llegar á Macedonia; pero la tranquilidad y el bienestar de su nueva residencia ha dejado vestigios en sus obras. Hay una especial frescura y belleza en las *Bacantes* y en *Ifigenia en Aulis,* que dejó sin terminar á su muerte; y la primera tiene, de todos modos, señales del paisaje Macedonio (565 sig.). Del *Arquelao** que escribió en honor de su huésped, no quedan más que unos pocos fragmentos.

En el último período de la obra de Eurípides en Atenas, se halla manifiesto su mal humor mezclado con obscuridad de estilo. Nada hay que mejor ilustre el carácter de este hombre, que los trozos brillantes de sus últimos dramas y que las formas especiales que presentan sus ideales sobrevivientes. En su desprecio por la sociedad y el poder del Estado, su espíritu iconoclasta hacia los semidioses homéricos admirados por todos, su simpatía por lo silencioso y generalmente no interpretado, encuentra heroísmo en los seres tranquilos no mencionados por el mundo. El héroe de su *Electra* es un campesino, trabajador, de corazón fiel, honrado, prudente y, por supuesto, tan humildemente conocedor de su inferioridad respecto de los brutales jefes, como éstos se hallan seguros de su superioridad hacia él. Pero, sobre todo, conserva Eurípides su an-

tigua fe en las infinitas dotes de una muchacha no experimentada. Para referirnos sólo á las obras que se hallan completas, encontramos por heroína una virgen mártir en los *Heráclidas*, *Hécuba* é *Ifigenia en Aulis;* tenemos ecos de la misma en las *Troyanas* y en las *Suplicantes*. Siempre es un carácter verdadero, aunque siempre sea diferente. Un polo de la misma se ofrece, acaso, en las *Troyanas*, donde el poder de ver algo más allá del estrépito que la rodea, la segunda vista de un espíritu puro, ofrece su clímax en Casandra. El otro, el lado más humano, se ofrece en *Ifigenia*. La joven doncella, cuando ve por primera vez que ha sido engañada para recibir la muerte, se abate y aboga, en su abandono, como una criatura, para no ser dañada; después, cuando el primer choque ofuscador ha pasado y cuando vuelve á ser dueña de sí misma y sabe que Aquiles se halla dispuesto á combatir y á morir por ella, se eleva á la sublimidad de un brillante martirio por causa de la Hélada. ¡La vida de un Aquiles es digna de mil mujeres como ella! Este sentimiento es el suyo propio cuando se ha elevado, incomparablemente, por encima de todos los personajes de la obra y ha empequeñecido á su mismo soberbio y joven héroe. Aristóteles—tales son las proprofundas caídas de la crítica humana—la toma como ¡tipo de la inconsecuencia (1)!

Un elemento brillante se ofrece en las obras puramente románticas de sus últimos años, la *Helena* y la *Andrómeda**. Se recuerda lo que se dice en las *Aves* (v. Cap. XIII). Eurípides es completamente afortunado si se aparta de las πράγματα, de los asuntos del día, de todo aquello que pesaba sobre Atenas. Su *Helena*

(1) *Poética*, cap. xv.

es una obra brillante, con claro ambiente y hermosos cantos; Helena y Menelao son ambos inocentes. La *Andrómeda** era, según parece, la única leyenda de amor claramente manifiesta que escribió Eurípides. Fué muy celebrada. Luciano relata de un modo muy placentero la fiebre de tragedia que inspiró á la población de Abdera. Cómo salían declamando yambos «y cantaban de un modo especial los solos de la *Andrómeda* y repetían, uno después de otro, el gran discurso de Perseo, hasta que la ciudad estuvo llena de trágicos de siete días, pálidos y con ojos asustados, gritando á toda voz: *¡Oh amor, poderoso monarca de dioses y de hombres!*» La *Andrómeda** se abría (sin prólogo?) presentando la heroína encadenada á un escollo y esperando la aparición del primer rayo de la aurora, con estas palabras: «¡Oh sagrada Noche, cuán largo es el rodar de tu carro!» Algunos pequeños fragmentos nos hacen ver la belleza romántica de todo el drama. El llamamiento del coro al eco de los escollos marinos: «Por Aidos, que habita en los abismos»; y las palabras de Andrómeda á su amante y libertador:

> «¡Llévame, oh extranjero, para criada tuya,
> Ó mujer ó esclava!»

La nota de amor no había sonado aún, anteriormente, en este sentido puro y feliz de Eurípides; ni tampoco la del misterio sobrehumano de los escollos y monstruos y encantos hasta su *Faetonte**.

Este, claro está, es el Eurípides de la época de la terminación de la guerra, cuando sus antagonismos se habían hecho más pronunciados. Pero desde su primera aparición, en 455, con las *Hijas de Pelias**, de-

bió impresionar á la gente como cosa muy diferente de lo que antes habían visto. Mostróse, de una vez, como el poeta del movimiento sofista y de la ilustración; como el apóstol de la claridad en la expresión que manifiesta todo lo que tiene que decir, de un modo explícito y sin altanería. Su lenguaje era tan admirado por las generaciones que siguieron á su muerte, que ha sido completamente espoliado para nosotros. Nos suena como vulgar y normal porque nos hallamos familiarizados con los primeros individuos triviales que le imitaron, desde Isócrates hasta Teodoro Prodromo. Probablemente, demostraba ya en sus *Hijas de Pelias** la facultad de ver poesía en todas partes. Su tendencia filosófica se hallaba, seguramente, esbozada en versos como: «En Dios no hay injusticia» (frag. 606); su viva simpatía hacia la pasión, de cualquier suerte que fuese, en la elección de la mujer Medea para su figura principal.

Pero el más característico de sus primeros dramas y uno de los que más impresionó á sus contemporáneos, fué el *Telefo** (468 antes de Cristo). Contiene un gran número de sus caracteres posteriores mezclados con gran exterioridad y juventud. Debe tenerse constantemente á la vista el *Telefo** para trazar el gradual progreso en el carácter y método de Eurípides. El herido rey de Misia, sabe que nada puede curarle más que la lanza de Aquiles que le produjo la herida; todos los griegos son sus enemigos; viaja en dirección á Grecia, cojeando á causa de su herida y disfrazado de mendigo; habla por entre los grupos de generales enemigos; es golpeado por su insolencia, pero consigue su objeto; es admitido, finalmente, como suplicante por Clitemnestra, se apodera del niño Orestes, muestra quién es y amenaza con saltar los sesos al niño si

alguno de los enemigos que le rodean adelanta un paso; realiza su intento y es curado. La extraordinaria serenidad y el don de recursos del héroe—hace recordar lo que vemos en Hugo y en Dumas—eran nuevos en escena y completamente fascinadores. Había también mucha originalidad en tratar la «Anagnórisis» ó «reconocimiento» como el momento culminante del drama—el cambio de situación por averiguar quién es realmente un personaje—la revelación, en este caso, de que el mendigo cojo es Telefo. Este efecto, favorito para Eurípides, ha venido á ser en la época de Aristóteles un modo común y cosa normal de llevar á la catástrofe. De los dramas que poseemos, *Ión, Electra, Helena, Ifigenia en Táurida*, contienen «reconocimientos». Un ejemplo célebre del mismo en los dramas perdidos, lo presentaba el *Cresfonte**. Este héroe, hijo de un rey de Mesenia asesinado, había podido escapar del usurpador Polifonte y había sido educado secretamente. Su madre, Mérope, se hallaba en poder del tirano. Vuelve para salvarla, se presenta á Polifonte pretendiendo haber muerto á Cresfonte, y pidiendo el premio de su acción. Mérope, oye que un extranjero se halla en el palacio, pretendiendo la remuneración por haber asesinado á su hijo. Envía prontamente al sitio de refugio donde éste debía hallarse, y averigua que ha desaparecido. En su desesperación, toma un hacha, y se dirige hacia donde duerme el muchacho. En este mismo instante, y mientras pronuncia las palabras: «Infernal Hades, esta es mi oferta para tí», un anciano esclavo de su marido, que la está alumbrando, reconoce al joven y se arroja á evitar el golpe. Este efecto teatral no había perdido aún su poder en la época de Plutarco.

Además del «reconocimiento» técnico, el *Telefo**

dió la primera señal en la dirección hacia las situaciones melodramáticas, tendencia que se halla culminante en el *Orestes*. Esta obra comienza algunos días después del asesinato de Clitemnestra y Egisto. Orestes y Electra se hallan sitiados en el castillo, por el populacho, y la asamblea se halla en el momento de discutir su suerte. Orestes se halla enfermo y demente; Electra se halla agotada por tener que vigilar y cuidar de su hermano. Si le salva, probablemente uno y otro serán lapidados. Llegan noticias de salvación; Menelao, hermano de su padre, ha anclado en el puerto con Helena. Esta viene al castillo y los veteranos de Menelao guardan las puertas. Orestes recobra gradualmente la razón; parece como si él y su hermana se encontraran ya en salvo. Pero Menelao es el heredero natural del reino, después de Orestes, y ha desaprobado siempre los actos de violencia; no quiere oponerse á la voluntad del pueblo, ni ofender tampoco á su suegro Tindareo, que pide venganza para Clitemnestra. En una palabra, piensa dejar lapidar á los dos hermanos. Las escenas de vivo contraste y de violencia, se suceden unas á otras hasta que los dos comprenden que todo está perdido. La locura sangrienta vuelve á apoderarse de Orestes. Toma su espada y se arroja sobre Helena y Hermiona. Para citar un solo trozo de entre muchos: para escapar á la lapidación, Electra y Orestes, se hallan resueltos á morir. Ella le pide que la mate, pero su hermano le contesta: «Ya es bastante la sangre de mi madre. No quiero matarte. Muere del mejor modo que puedas.»

El *Telefo**, bajo varios aspectos, era el drama típico de la primera época de Eurípides, pero hace la impresión de un drama de mocedad. Su realismo, por ejemplo, no era probablemente del mismo tipo inge-

nioso que encontramos en la *Electra*. La marca decisiva del mismo, era el traje de mendigo disfrazado que arrojó á los vientos la convención teatral. En los *Acarnenses* de Aristófanes, el héroe tiene que hacer un discurso para ganarse la vida y se dirije á Eurípides en busca de harapos trágicos que puedan mover á compasión á sus oyentes. Sabe justamente los harapos que le convienen, pero no se puede acordar del nombre de quien los llevaba. «El anciano Eneo aparecía vestido de harapos», dice Eurípides: «No era Eneo; era otro mucho más desgraciado.» «¿Acaso el ciego Fénix?» «¡Mucho, mucho más desgraciado que Fénix!» «¿Querréis decir Filoctetes, el mendigo?» «No, uno mucho peor que el mendigo Filoctetes.»« ¿El cojo Belerofonte?» «No, no es Belerofonte, aunque mi hombre era también cojo y mendigo, y gran hablador.»—«Ya sé; ¡Telefo de Misia!—muchacho, anda á buscar el traje de mendigo de Telefo; se halla, casualmente, encima (1) de los harapos de Tiestes, entre éstos y los de Ino».

Es difícil, sin embargo, citar ninguna sutileza ó delicadeza de situación en el Telefo como las tenemos diez años después, por ejemplo, en el *Hipólito* (v. 900-1.100), cuando Hipólito vuelve á encontrar á su padre junto al cadáver de Fedra, y leyendo la tableta que contiene la acusación contra él. Ignora el contenido de la tableta, pero puede fácilmente adivinar por qué ha muerto Fedra. Inevitablemente se halla turbado en su aspecto, y su silencio le ha de hacer necesariamente aparecer como culpable. Esto es una sutileza, y hay otra cuando Hipólito se encuentra defendiéndose y ha jurado no decir la única cosa que podría salvarle. Sus palabras son inconexas y muy dificultosas. Dos

(1) *Acarnenses*, 418 y siguientes.

veces por lo menos parece hallarse á punto de declarar—¿por qué no lo hace? El juramento le fué obligado por medio de un engaño, y lo ha desechado ya: «Mi lengua ha jurado, pero no hay obligación alguna para mi corazón.» Sin embargo, guarda silencio como ha prometido; llama desesperadamente á los dioses y es sacado de la escena convicto (1).

Hay otra sutileza en la técnica de Eurípides, en el *Hipólito,* y que generalmente es mal interpretada. La dificultad principal del trágico consiste en llevar la escena con Fedra á la ola de pasión que debe conducir á su calumnia homicida. Puede, únicamente, hacerse á expensas de Hipólito, y es difícil hacer obrar bien á un joven generoso y veraz, y sin embargo, procurar que sea odioso por obrar de este modo. El largo discurso de Hipólito (v. 610 sig.) lo procura. A su terminación, el espectdor se halla momentáneamente furioso y está de todo corazón con Fedra.

Era en 431, antes del *Hipólito,* pero siete años después del *Telefo**, cuando Eurípides trató por primera vez del amor burlado ó trágico, asunto que después le fué tan característico. La *Medea* es acaso la más artística equivocación de sus dramas; pero, bastante excéntrico, fué un fracaso la primera vez que se representó. La princesa bárbara ha sido traída desde su patria por Jasón y después abandonada porque debe casarse con la hija del rey de Corinto. Finge resignación; envía á la novia «un regalo mucho más hermoso que cuantos se encuentran en la actualidad entre los

(1) Hay una escena semejante en la *Prudente Melanipo**, donde ésta aboga por la vida de sus propios hijos, nacidos en secreto, diciendo todo menos la verdad; y aun apuntando que «alguna dama» puede haberlos engendrado y ocultado por vergüenza.

hombres y que proviene de los soberbios palacios de su antecesor el Sol». No es otra cosa que un traje envenenado. La novia muere entre torturas. Medea mata á sus hijos, por el dolor que esto producirá al padre, y huye.

Este es el comienzo de los admirables personajes de mujer, con los cuales Eurípides deslumbró y agravió á sus contemporáneos. Llamábanle *odiador de las mujeres;* y Aristófanes hace que las de Atenas conspiren para vengarse de él (v. Cap. XIII). Por supuesto, que en realidad, era todo lo contrario. Amaba, estudiaba y pintaba las mujeres que los socráticos ignoraban y que Pericles aconsejaba conservar en sus casas. Sin embargo, el crimen es mucho más llamativo y palpable que la virtud. Heroínas como Medea, Fedra, Estenebea, Aerope, Clitemnestra, llenan tal vez más la imaginación que aquellos tipos angélicos ó adorables: Alceste, que muere para salvar á su marido; Evadne y Laodamia, que no pueden sobrevivir á los suyos, y toda la gran lista de vírgenes mártires. Sin embargo, es un hecho significativo que, al igual de Ibsen, Eurípides rehusa idealizar al hombre y en cambio idealiza á las mujeres. Presenta un joven mártir, Meneceo, en las *Fenicias,* pero su martirio es una representación masculina de negocio—se deshace de su prosaico padre con pretexto del dinero para el viaje (v. 990 sig.) —sin aquel brillo de amor que rodea á sus vírgenes. Y, además, Eurípides no nos permite tomar aversión á sus mujeres peores. Nadie puede defender á Medea; y varios aman á Fedra aun cuando ha hecho quitar la vida á un hombre inocente.

Hay un paso desde esta defensa de las mujeres á otro que excitó no poca furia contra Eurípides, su interés por las cuestiones del sexo femenino en todas sus

formas. Hay obras basadas en asunto de adulterio como el *Hipólito* y la *Estenebea**, en la cual la heroína obra con Belerofonte, como la mujer de Putifar con José. Otra, el *Crísipo**, condenaba esas relaciones entre hombres y niños que la época consideraba sólo como un pecadillo, y que Eurípides permitía únicamente á los Cíclopes. Había otra, el *Eolo**, que presentaba un problema del viejo é inocente mito del dios del viento, con sus doce hijos y doce hijas casados mutuamente, viviendo en la isla de los Vientos. En esta obra, Macario dirige la siguiente famosa alegación: «¿Qué cosa es vergonzosa, si el corazón del hombre no siente vergüenza por ello?» Pero más importante aún que esos dramas especiales, es la constante afición del poeta á presentar sus experimentos respecto á las relaciones de aquellas personas que él trata de comprender, especialmente las de dos clases de segundo orden, mujeres y esclavos. En el ardor del combate, cuando acaso él mismo se hallaba herido, se ha dicho: «¡Esto debe ser como un parto, pero no tan malo!» (1). No es extraño que el público en general no supiese qué hacer con él. ¿Y cómo tenían que considerar á un hombre tan severo con los placeres del mundo, y que, sin embargo, no reflexionaba que muchos de sus héroes eran bastardos? Seguramente á la sacerdotisa Auge, cuyo voto de virginidad había sido violado, y á la cual se dirigía en términos de adecuado horror la virgen guerrera Atene, hacía que contestase blasfemando:

«Las armas negras de sangre enrojecidas,
Y la desgracia de los que mueren, no son malas para ti;
Seguramente esto es lo que amas. Eso sí; ¡de la niña Auge
Te asustas y avergüenzas!»

(1) *Medea*, 250.

De igual modo con la esclavitud: dejando completamente aparte dramas, como *Arquelao** y *Alejandro** que parece trataban especialmente de ella, se observa que el pensamiento de Eurípides se hallaba constantemente preocupado por el fenómeno de que algunas personas sirvieran y pertenecieran á otras y no fueran, sin embargo, en modo alguno inferiores á ellas.

Respecto á la religión, es difícil determinar su actitud. El doctor Verrall titula su perspicaz estudio sobre esta materia: *Eurípides racionalista;* y es evidente que sus obras contienen abundantes muestras de hostilidad hacia el politeismo autoritario de Delfos y aun hacia las creencias usuales entre los atenienses. Además, es completamente cierto, que en la generación que condenó á Protágoras y á Sócrates, y se enfureció por el asunto de los Hermes, la abierta expresión de puntos de vista librepensadores, no era completamente segura, para un individuo privado, en la plaza pública; mucho menos aún para el poeta de un drama de Dióniso, oficialmente aceptado el día de su festividad y en el recinto sagrado. En realidad, no hay ni siquiera una declaración de Eurípides que demuestre una seria creencia artística hacia sus «dioses de máquina»—forma de superstición demasiado grosera para el público usual. Sus contemporáneos le tenían por librepensador declarado y los dioses de su teatro son manifiestamente ficticios. Sin embargo, es un hecho curioso que Eurípides se halla constantemente denunciando la insuficencia del solo racionalismo. No hay contraste más común en sus dramas que el que ofrece la sabiduría real y el solo conocimiento ó habilidad, y el contexto sugiere, generalmente, que la habilidad en esta cuestión incluye lo que llama el pueblo «un trivial ateismo». Habla más en contra de los σοφοί que en pro de ellos. De hecho apa-

rece un rebelde solitario, así en esta materia como en las demás de su actitud mental.

Raras veces es franca y declaradamente escéptico; cuando lo es, lo es siempre por razones de moral. No debe darse valor alguno á expresiones meramente dramáticas como las famosas: «¡No los hay, no los hay!» de Belerofonte (frag. 284) ó las blasfemias de Ixión ó el ateismo cómico de los Cíclopes. Hay mayor carácter de realidad en aquellos pasajes que implican algo de antiteismo. En el *Belerofonte* *, por ejemplo, (frag. 311) el héroe ofuscado por la injusta ordenación de las cosas, intenta llegar hasta Zeus y manifiesta sus dudas sobre todo lo demás, por lo cual Zeus le aniquila con un rayo. Comprende que es θεοῖς ἐχθρός, y que se halla condenado aunque no pueda seriamente condenarse. Dice á su mismo corazón:

«Eras reverente para Dios y él no lo ha conocido;
Tu puerta se abría para el extraño y tu ayuda
Para aquellos que te amaban, no conocía fatiga.»

No pueden tomarse estos sentimientos por los propios del poeta, pero el hecho de que tales pensamientos se hallasen en su inteligencia, tiene su significación. Uno de los más raros ejemplos de sus declaraciones, propiamente personales, se encuentra en el *Heracles* (v. 1.341 sig):

«No digas que hay adúlteros en el cielo
Ni dioses prisioneros, ni carceleros:—¡Hace ya tiempo
Mi corazón lo ha llamado vil y no lo cambiaré!—
Ni un dios señor y otro esclavo.
Dios, si es Dios, no carece de nada. Todas estas cosas
Son cuentos, desgraciadamente muertos, de los cantores.»

Estas palabras parecen representar, de un modo claro, al propio poeta, no al héroe completamente falto

de filosofía que las expresa. Arguyen firme justificación íntima de un hombre atacado por su librepensamiento. Esto fué escrito cerca de 422, antes del tiempo de las amarguras. La mayor parte de las veces, Eurípides se halla lejos de expresarse de un modo franco sobre tales asuntos. El mayor número de sus dramas no presenta las conclusiones, sugiere únicamente, las premisas. Manifiesta de un modo muy sencillo, las tradiciones religiosas y deja al auditorio el juzgar si aquello concuerda con ellas ó las fortalece. Sus obras ocasionaban á sus contemporáneos y nos dejan á nosotros, inteligentemente leidas, una impresión de intranquilidad, una casi disfrazada hostilidad al elemento sobrenatural que juega tan considerable parte en ellas. Es una tendencia que hace estragos en su arte. Dramas como *Ión, Electra, Ifigenia en Táurida, Orestes,* tienen algo que pugna y que es incomprensible con ellos, y que no podemos manifestar de un modo claro llamando á Eurípides «chapucero» ó diciendo, lo que es conocidamente falso por la historia, que era el poeta de la «oclocracia» y que trabajaba para el populacho.

De otra parte, debemos reconocer y procurar comprender dos medios técnicos que son de un modo, especial, invención de Eurípides y que le caracterizan: el prólogo y el *Deus ex machina.* El prólogo es fácilmente explicable. No existían anuncios teatrales, y era oportuno hacer saber al auditorio qué clase de leyenda era la que trataba la obra. La necesidad era más abrumadora para un poeta como Eurípides, capaz de escoger leyendas poco conocidas ó versiones poco usuales de aquellas que eran bien conocidas. El prólogo fué inventado para obviar esta necesidad. Pero una vez adoptado, sugirió mayores ventajas. Tomó

prácticamente el lugar de un primer acto explanatorio. Eurípides usa de él para declarar la situación exacta en la que piensa presentar á sus personajes; el *Orestes* y la *Medea,* por ejemplo, ganan grandemente con sus prólogos. Pueden llegar hasta la situación central del interés dramático. Naturalmente, debe por completo reconocerse que los prólogos conservados han sido interpolados y arreglados varias veces. Eurípides subsistió en la escena, siglos después de su muerte, por todo el mundo helénico, y fué á menudo representado ante auditorios bárbaros que necesitaban que todo les fuese explicado desde el principio. Por esto el prólogo de la *Electra,* para citar de ello un ejemplo llamativo, relata cosas que cualquier ateniense conocía desde la niñez. Pero el prólogo en sí mismo es un instrumento adecuado para Eurípides.

Si vencemos nuestro desagrado hacia el prólogo nos hallamos también ofendidos por el modo como termina Eurípides sus dramas. De las diez y siete tragedias verdaderamente auténticas, diez terminan con la aparición de un dios en las nubes, ordenando, explicando ó profetizando. Los siete en que no aparece al fin este dios, terminan con una profecía ú otra cosa equivalente—alguna escena que, apartando nuestra atención de la acción presente, la encamina á futuros resultados. Esto es, el asunto de la pieza, en realidad, es una larga cadena de sucesos; el poeta se fija en una parte de ellos—hablando en general, la acción es de un día—y los trata como un trozo vívido de concreta vida, encaminado por una introducción meramente narrativa y convirtiéndose en una conclusión también narrativa. Este procedimiento es completamente antidramático para nuestro gusto, pero es bastante explicable: cae dentro de la tendencia del arte

griego de terminar, no con un clímax, sino con una disminución del arrebato.

Hay cierto visible crecimiento en este método de terminar los dramas. En el grupo más antiguo de las obras conservadas, no hay *Deus ex machina,* con la excepción, sólo en apariencia, del *Hipólito*. Desde 420 á 414 aparece el dios, profetiza ó pronuncia una sentencia, pero no impide la marcha de la acción, en el «período de turbulencias»; produce lo que se llama técnicamente una «peripecia», un violento retroceso en el curso de los acontecimientos (1). Ahora bien, si Píndaro hubiese hecho esto, seguramente hubiéramos dicho que su superstición era excesivamente grosera, pero lo hubiéramos comprendido. Cuando se realiza, empero, por un hombre conocido por su atrevida investigación religiosa, por uno que es tenido por ateo y que no busca la popularidad, queda siempre un problema insoluble. Hágase leer el *Orestes* á cualquiera que ignore esta dificultad. ¿Es creible que Eurípides creyese que la fábula terminaba ó pudiera terminar como él la hace concluir? ¿O que no viese que su *Deus* convierte toda la gran tragedia en un contrasentido? El Dr. Verrall halla la solución de este enigma en una atrevida teoría, según la cual Eurípides, escribiendo, habitualmente, como un librepensador, bajo circunstancias en las cuales era imposible la claridad en la expresión disfrazó deliberadamente su pensamiento, aña-

(1) *a)* No hay *Deus ex machina* en: *Alceste* (438), los *Cíclopes, Medea* (431), los *Heráclidas* (427), *Heracles* (422) y *Hécuba* (424, ?); además las *Troyanas* (415) y las *Fenicias* (410). *b) Deus* únicamente con profecía ó cosa semejante: *Andrómaca* (424), las *Suplicantes* (421), *Ión, Electra* (413, ?). *c) Deus* con «peripecia»: *Ifigenia en Táurida* (413), *Helena* (412), *Orestes* (408). Es dudoso que hubiese esto último en *Ifigenia en Aulis* y en las *Bacantes;* probablemente había peripecia en cada una.

diendo á su drama real un prólogo y un epílogo inconvenientes, necesarios para el consumo popular, pero que aquellos que se hallaban en la confianza del poeta sabían que no tenía valor ninguno, según su verdadera intención. Las dificultades de este punto de vista son manifiestas. Es más seguro limitarnos á admitir que como pensador, Eurípides se hallaba, desde el principio, sin simpatía alguna hacia el material de que tenía que labrar su obra. No creía en la leyenda, en modo alguno la admiraba ó se deleitaba en ella; pero tenía que sacar sus dramas de tales asuntos. En su procedimiento más afortunado, esta disonancia no aparece —en la *Medea* ó en el *Hipólito;* algunas veces aparece y nos produce cierta turbación, pero queda vencida por la belleza general de su manera de tratarlo. Este es el caso de *Alceste*, donde la abnegación de la heroína sugiere á Eurípides, como nos sugiere á nosotros, el egoísmo extremado del marido que deja que muera por él su esposa. Sófocles hubiera disminuido ó explicado esta cosa desagradable. Eurípides introduce una larga y exquisita escena, muy acertada, únicamente con objeto de desenredarse de ello *(Alceste*, 614 sig). En un tercer estadio esta disonancia subleva. Construye su drama sólo para destruirla. ¿Qué significación tiene el *Ión?* «Un drama patriótico que celebra á Ión, el héroe ateniense, el hijo semidivino de Creusa y Apolo.» Sea; pero ¿es realmente una celebración, ó una exposición? La vieja leyenda del amor del dios, la exposición del niño, el dios salvando á su descendiente—cosa que hubiera tratado Píndaro con reverencia y pureza—se presenta al desnudo ante la vista. «Si hubiese ocurrido tal suceso», dice Eurípides, «y todos vosotros afirmáis que es cierto—tuvo que ser de este modo». Nos presenta el egoísmo brutal de

Febo, el desprecio de sí misma en la insultada doncella, y últimamente el dejarse llevar aquélla á la extremidad de un horrible asesinato. Si esto fuera todo lo que el drama tiene que decir, no iría mal; pero hay algo más. Hállase inexplicable y erróneamente mezclado con una gran cantidad de belleza poética usual, y la obra termina con una justificación descuidada é imposible de Apolo, en la cual el culpable no se presenta por sí mismo, y su representante, Atene, no parece que diga completamente la verdad. En este punto, como en otros, la excesiva comprensibilidad del talento de Eurípides le hace cometer pecados artísticos y ocasiona á muchas de sus obras un grande y encantador fracaso.

Hay dos dramas, uno anterior y otro más moderno, en los cuales el elemento divino es tratado con mayor verdad y, según parece, con verdadera expresión del pensamiento del poeta: el *Hipólito* y las *Bacantes*. La diosa del amor en el primero (428 antes de Cristo), es la personificación de los hechos naturales; su acción es destructora, aunque no (verso 20) personalmente vengativa; su presencia corporal en el discurso terriblemente extraño que forma el prólogo, es, evidentemente, un mero simbolismo que representa pensamientos que se hallan más en armonía con una inteligencia moderna, que con una antigua. Hipólito es un santo al rehusar á la diosa Cipria y al adherirse á la virgen Artemis; es absurdo hablar de su «impiedad». Sin embargo, es una de las arraigadas convicciones del poeta que la absoluta devoción á un principio cualquiera—el «todo ó nada» de Brand, la «verdad» de Gregers Werle—conduce á la ruina. Esta puede ser, en conjunto, la cosa mejor: es evidente que Hipólito «vivió bien» que su acción era καλόν pero, de hecho, pro-

dujo maldición, suicidio y asesinato. Del mismo modo, la invisible Artemis del final, es muy hermosa pero sobrehumanamente inhumana. La fresca virginidad de la naturaleza, el espíritu de las agrestes praderas y de las aguas y de la salida del sol, no deben perturbarse á causa de que algunos mártires elijan morir por ellos.

Las *Bacantes*, es una obra difícil de interpretar. En cuanto á emoción y conmoción, nada hay, en absoluto, semejante á ella en toda la literatura antigua. El argumento es tan sencillo como atrevido. El dios Dióniso, es desposeído por sus propios parientes y los castiga. Viene á Tebas un «Baco»—encarnación, según parece, del mismo dios—predicando el nuevo culto. Las hijas de Cadmo rehusan aceptar su espíritu; lo ejercita sobre ellas, en fuerza creciente, hasta la locura, y ellas vagan por los montes glorificándole. El viejo Cadmo y el profeta Tiresias, le reconocen en seguida como dios; se apodera de ellos una alegría sobrehumana y se sienten nuevamente jóvenes. El rey Penteo es el obstáculo que se presenta. Toma un partido por la razón y el orden, y no quiere reconocer á la divinidad de la «locura». Pero Penteo es un hombre equivocado para tal protesta; es posible que haya ya enloquecido—á lo menos esto es lo que parece significar el v. 359, y lo que es natural en una leyenda báquica—y obra, no sólo sin calma, sino con furor. Insulta y prende al dios, que lo soporta todo gentilmente y sin miedo, con la magia de su poder latente. Los muros de la cárcel se derrumban y Dióniso se presenta directamente al rey para convencerle. Muchos milagros se han realizado por las Ménadas en el Citerón, y Dióniso se halla dispuesto á realizar más: ¿querrá Penteo esperar á verlos? El rey rehusa y amenaza al

«Baco» con la muerte; el dios cambia de tono (v. 810). En una escena de poder mágico y de audacia, convence, poco á poco, á Penteo—más bien se diría que le «hipnotiza»: le hace consentir en que se vista de Ménada, en que empuñe el tirso y en celebrar los actos todos del culto. El hombre vencido es conducido al Citerón para vigilar, de toda sorpresa, el secreto oculto de las bacantes, y es despedazado por ellas. Entran en escena las enfurecidas hijas de Cadmo, llevando Agave en triunfo la cabeza de su hijo que cree ser una cabeza de león, y entonando un canto de alegría que parece la verdadera esencia de la locura dionisíaca puesta en música. Es bien conocida la anécdota que refiere cómo fué representada esta tragedia en la capital de los Partos después de la derrota de Craso en Carras. El actor que representaba á Agave, entró en escena llevando la propia cabeza de Craso, y el soldado que le había realmente muerto, gritó entre el auditorio, clamando por el horrible trofeo. ¡Esto es lo que hicieron unos salvajes semihelenizados de las *Bacantes!*

¿Cuál debe ser su significación? Decir que es una demostración reaccionaria en favor de la ortodoxia, es una aseveración que apenas merece ser refutada. Si Dióniso es un dios personal, más bien debe considerarse como un demonio. El punto de vista del drama claramente nos lo hace entender. El y sus ménadas son verdaderamente bellos; generalmente merecen la última palabra (fuera del v. 1.348); y los cantos, en el ligero metro jónico *a minore,* aparte de su esencial belleza tienen cierta espiritual elevación. Penteo no es un mártir con el cual se «simpatice». Y además hay allí cierto tono polémico contra el «racionalismo esencial» que tiene toda la apariencia de venir del poeta

mismo (1). La obra no parece representar ninguna palinodia de los antiguos libres ataques en su pensamiento, sino más bien un alto en esta misma posición. Había siempre denunciado la superstición usual; había sido siempre también enemigo del racionalismo dogmático. La lección de las *Bacantes* es la misma que la del *Hipólito,* pero en una forma más fuerte. La razón es grande, pero no lo es todo. Hay en el mundo cosas fuera de la razón, debajo y encima de ella; causas de emoción que no podemos expresar, que tendemos á venerar y que sentimos, acaso, como los elementos más preciosos de la vida. Tales objetos son dioses ó formas de Dios: no hombres inmortales fabulosos, sino «cosas que existen», cosas esencialmente no humanas y no morales, que traen al hombre gloria ó destrozan su vida sin experimentar brecha alguna en su propia serenidad. Hay una religión con la cual la mayor parte de la gente se pone en relación íntima; la religión contra la cual predica Tolstoi y que individuos, como Paley y Bentham intentaron abolir, la que denunció Platón, aunque también la siguió. Eurípides ha ido hacia ella en esta forma, por su propio y peculiar carácter y por la mezcla que había en él de valiente realismo y valiente imaginación, pero debe recordarse que escribió mucho sobre el orfismo, en su lado ascético y místico y que le dedicó un drama completo, los *Cretenses**.

En último término, acaso este doble punto de vista subsista como el hecho cardinal de Eurípides: es un ficticio realista y el más grande maestro de música imaginativa que haya jamás producido Atenas. Analiza, prueba, discute y no retrocede ante impureza

(1) Véase, por ejemplo, la introducción de Bruhn.

alguna; entonces se aparta por completo del mundo y huye «á la caverna que pisan los pies del sol» (1), ó á otros lugares semejantes donde todas las cosas son hermosas é interesantes, algo melancólicas, tal vez, como las lágrimas de las hermanas de Faetonte, pero no sucias ni infortunadas. Algo de misticismo hubo siempre en él desde la época del *Hipólito* (v. 192): «Cualquiera situación lejana que exista es más querida al hombre que la vida, la obscuridad le tiene en sus brazos y le oculta en una nube. Estamos enamorados por esta cosa sin nombre, que reluce por encima de la tierra, á causa de que nadie ha probado otra vida y de que las cosas que están debajo de nosotros no nos son reveladas y que volamos por cima de un torrente de leyendas.» No hay uno sólo de los dramas de Eurípides en el cual no pueda un crítico hallar serios desatinos y faltas, aunque tal vez sea verdad que, cuanto peor sea éste, más faltas podrá encontrar. Eurípides no era, esencialmente, un artista. Era un hombre de extraordinario poder intelectual, fuerza dramática, ingenio, pasión, valor, imaginación; comprendió el mundo de un modo muy íntimo y tomó por asunto cosas demasiado rebeldes para producir tranquila y afortunada poesía. Sin embargo, muchos sentirán lo que sentía Filemón: «Si estuviera cierto de que los muertos tienen conocimiento, me ahorcaría ahora mismo para poder ver á Eurípides.»

(1) *Hipólito*, 733. Esta caverna se hallaba en la luna. *Comp.* Apolonio: *Argonáutica*, III, 1212, y Plutarco: *Sobre la cara de la luna*, § 29; *Himno á Demeter*, 25.

XIII

COMEDIA

ANTES DE ARISTÓFANES

La comedia antigua, desarrollo de la mascarada de las fiestas de la vendimia y de la recolección, tomó artística forma en los dos grandes centros de vida comercial y popular, Siracusa y Atenas. La comedia Siciliana parece haber sido la primera. Dícese que EPICARMO floreció en 486. Era natural de Cos, y había emigrado primeramente á Megara de Sicilia y después á Siracusa. Sus restos son singularmente escasos, comparados con su reputación, y es difícil formar de él una idea exacta. Fué un escritor de comedias y un filósofo aparentemente de tipo pitagórico. Sus comedias son, en parte, parodias de asuntos heroicos, como los *Cíclopes**, *Busiris**, *Prometeo**, pareciéndose á los dramas satíricos de Atenas y á comedias tales como el *Odises** y *Quirones** de Cratino. Otras, como el *Rústico** y los *Curiosos**, eran mimos que representaban escenas de la vida ordinaria. En este campo tuvo un rival, SOFRÓN, que escribió «mimos femeninos» y «mimos masculinos» y nos ha dejado algunos títulos como los *Pescadores de Atún**, el *Mensajero**, las *Costureras** y la *Suegra**. Una tercera clase de composición,

seguida por Epicarmo, era semifilosófica, como la discusión entre «Logos» y «Logina» la razón macho y hembra, ó cualquiera otra cosa que pudieran dar á entender estas palabras. Escribió también un poema estrictamente filósofico *Sobre la Naturaleza**. Se dice que sus comedias eran rápidas y vivas; pero los fragmentos que le han sobrevivido deben su transmisión, únicamente, á alguna cualidad literaria, á energía de pensamiento ó á alguna rareza gramatical. Su descripción de un parásito—existía ya este ser en aquel tiempo, aunque no la palabra que lo expresa—es excelente (1). Es interesante encontrar que use chistes del tipo más desembozado, como cuando un orador describe á Zeus como Πέλοπι γ'ἔρανον ἐστιῶν y el otro oye en vez de γ'ἔρανον, γέρανον y supone que el dios alimenta á su huésped con una grulla. Una muestra típica de conversación es la siguiente (2): «A. Después del sacrificio, se celebró una fiesta, y después de la fiesta una borrachera. B. Esto me parece bien. A. Y después de la borrachera una orgía, después de la orgía una brutalidad, después de la brutalidad un requerimiento, después del requerimiento una condena y después de la condena, cadenas, palos y una multa.» El otro aspecto del escritor está representado por sus proverbios filosóficos: «La inteligencia tiene vista y la inteligencia tiene oído; todas las demás cosas son sordas y ciegas»; «el carácter es el destino del hombre» ó uno de los versos más frecuentemente citados en la antigüedad: «Sé sobrio y acuérdate de desconfiar: estas son las fortalezas de la inteligencia.» El metro de Epicarmo es extrañamente suelto; hace pensar en el estilo de cien

(1) P. 225, Lorenz, *Leben*, etc.
(2) Fragmento incierto, 44.

años más tarde, pero su dicción difusa é incompleta señala el artista primitivo. A menudo recuerda á Lucilio y Plauto.

La comedia ática se desarrolló en diferentes formas, y desde 460 antes de Cristo en adelante, siguió los pasos de la tragedia. La forma fundamental parece haber sido una división en dos partes y entre ellas la «parábasis». Primero viene una exposición general de la situación supuesta y el significado de los disfraces; después la «parábasis» ó «llegada y continuación» de todo el coro, como representación del autor, para decir, en su nombre, algo de interés sobre asuntos corrientes; después una desligada serie de escenas de farsa que ilustraban, sin orden ó método particular, la situación indicada en la primera parte. El final es un «Comos» ú orgía, en el cual los actores se marchan en pleno regocijo. Por ejemplo, en la comedia más antigua que poseemos, los *Acarnenses* de Aristófanes, la primera parte, que llegó á ser genuinamente dramática en aquel tiempo, explica cómo el héroe imagina hacer una paz privada con los Peloponesios; después viene la «parábasis;» luego una serie inconexa de escenas, mostrando las diversiones que gozan él y su familia y la desgraciada condición de todo el pueblo fuera de ellos.

De los escritores cómicos más antiguos, Quiónides, Ecfántides, Magnes, conocemos muy poco. El primer nombre importante es CRATINO, que dirigió contra Pericles—«el dios todopodoroso con cabeza de esquila», «el hijo de Cronios y de un doble traficante»—la misma clase de guerra que dirigió Aristófanes contra Cleón. Los críticos le consideraban incomparable en fuerza, pero demasiado mordaz. Aristófanes se refiere á menudo al mismo: «Era como un torrente de la mon-

taña que barre las casas y los árboles y las gentes que encuentra en su camino.» Era un iniciado órfico que había comido la carne del toro Baco (1), y también un devoto de este dios, en el sentido moderno. En los *Caballeros* (424 antes de Cristo), su joven rival le aludía lastimosamente, como un hermoso sujeto completamente arruinado por la bebida. La alusión excitó al antiguo bebedor. Al año siguiente dió á luz la *Pitine** (botella de vino), especie de declarada sátira contra sí mismo, en la cual su esposa, la Comedia, le redime de las garras de la Botella designada. Ganó el primer premio, y Aristófanes fué el último de la lista. Pero un naufragio fué su fin, muriendo en 421. Uno de sus actores—empleaba tres—era Crates, que escribió con algún éxito, y tiene la especialidad de haber presentado por primera vez en la escena á los borrachos.

FERÉCRATES que ganó su primera victoria en 437, era un escritor digno de alabanzas pero bastante fastidioso, á juzgar por sus numeros fragmentos. Usó de argumentos mejores que los de sus contemporáneos y se aproximó algo á la forma de la comedia posterior. Trata de asuntos sociales, como la desvergüenza de los esclavos y la conducta de las «heteras»; dirige un violento ataque á Timoteo y al nuevo estilo de la música. Muestra también señales de la tendencia, tan poderosa en Aristófanes, de hacer obras acerca de regiones felices imaginarias, en sus *Mineros**, por ejemplo, se ofrece una edad de oro, al llegar á cierta profundidad de la tierra ó debajo de ella, y, probablemente, habría algo semejante en sus *Hombres Hormigas**.

(1) O se le llama así por burla. Aristófanes, *Ranas*, 357. V. Maass: *Orpheus*, pág. 106.

Sólo sabemos de él que escribió un drama político—un ataque contra Alcibiades.

EÚPOLIS es el contemporáneo de Aristófanes más frecuentemente alabado. Su carácter era la χάρις (encanto ó gracia) que contrastaba con la fuerza y mordacidad de Cratino y la mezcla de ambas en Aristófanes. Los tres formaban el canon alejandrino de los escritores cómicos. Dicen que la muerte de Eúpolis, en una batalla dada en el Helesponte, dió motivo á la exención del servicio militar concedida á los poetas de profesión. Sus tendencias políticas eran tan semejantes á las de Aristófanes, que ambos colaboraron en la más acerba comedia conocida, *los Caballeros*, y acusáronse, después, uno á otro de plagio. Esta pieza iba dirigida contra Cleón. En *Marica** Eúpolis escribía contra Hipérbolo, en los *Demos** hablaba bien de Pericles como orador (frag. 94) pero esto era después de su muerte y no tenía mucha intención. Para rebajar á Cleón, bueno era alabar á Pericles, como para rebajar á Hipérbolo no era malo alabar á Cleón. La Comedia era una institución ultrademocrática, como observaba ya el Viejo Oligarca, y sin embargo, todos los escritores cómicos tienen una tendencia aristocrática. Esto proviene, en parte, de que su demarcación era la sátira y no la alabanza. Si se hubiesen hallado satisfechos con el curso de la política, hubieran escrito sobre alguna otra cosa que no les satisfaciera. En parte también, acaso, por que seguían la inclinación de los hombres de cultura.

Pero Eúpolis era más liberal que Aristófanes. Este no parece haber atacado jamás, de un modo violento, á la gente rica (1). Eúpolis escribió sus *Aduladores**

(1) Alcibiades había caído ya en la época del *Trifales**.

contra «el talego Calias» y su séquito, y sus *Baptas** ó *Buzos** contra Alcibíades. La última pieza representaba uno de aquellos cultos místicos y entusiásticos que eran tan corrientes en aquel tiempo, el de la diosa llamada Cotito. El bautismo era uno de sus ritos; y así también el secreto, desgraciadamente para la fama que hacía relación á tales cosas. El griego seglar atribuía los motivos peores á cualquiera que hacía un secreto de sus prácticas religiosas ó hacía oración en voz baja.

FRÍNICO, hijo de Euménides, que ganó su primer premio en 429, y PLATÓN, del cual no conocemos ninguna obra anterior, con toda seguridad á 405, forman la transición á la comedia de costumbres que se manifestó en el siglo IV. *El Solitario**, de Frínico, muestra el ejemplo de una obra que fracasó á causa de haberse presentado unos veinte años antes de que el público estuviese preparado para ella. No tenemos ninguna comedia puramente política de Frínico; de Platón se citan el *Hipérbolo**, un *Cleofón** y otra llamada la *Alianza**, que trataba de la supuesta conspiración de Nicias, Feax y Alcibíades para obtener el decreto de ostracismo contra Hipérbolo.

ARISTÓFANES, HIJO DE FILIPO, DE CIDATENEO (CIRCA 450 A. DE C. Á CIRCA 385)

ARISTÓFANES es el escritor de la Vieja Comedia, que, sin comparación alguna, debe reputarse como el más eminente; y aunque tuviese ciertas externas ventajas sobre Cratino y haya disfrutado de una vida activa mucho más larga que Eúpolis, parece, comparando los

fragmentos de todos los escritores de esta forma de literatura, haber merecido este éxito. Había nacido en Egina, pero no hay razón alguna para dudar de su pleno derecho de ciudadanía ateniense, aunque se haya supuesto que algunos versos de Eúpolis (fragmento 357), quejándose del éxito de algunos extranjeros, hacían alusión á él. Probablemente, empezó á escribir siendo muy joven. Por lo menos, manifiesta que ha tenido que presentar su primera obra los *Daitales** (Comensales) bajo el nombre de su antiguo amigo, el actor Calístrato, en parte, porque era demasiado joven—acaso por no encontrar grandes probabilidades de obtener un coro del Arconte; y en parte, porque á pesar de haber escrito la pieza, no tendría aún bastante experiencia para educar dicho coro. Esta forma de producir se convirtió en él en verdadero hábito. Escribió los *Daitales**, *Babilonios*, *Acarnenses*, las *Aves* y *Lisístrata*, bajo el nombre de Calístrato; las *Avispas*, *Amfiarao** y *Las Ranas*, bajo el de Filónides. Esto quiere decir que dichos sujetos tenían el trabajo de enseñar al coro y el placer de recibir la cantidad señalada por el Estado en pago de la obra. Eran también proclamados sus nombres como autores de dichas comedias, aunque todo el mundo sabía que no lo eran. Fuese el que fuese el arreglo pecuniario que pudiera hacer el poeta, este procedimiento supone el pago de la cantidad recibida en compensación á las molestias, y tomada en consideración con las haciendas que poseía el poeta en Egina, y su general disgusto hacia los pobres, hace suponer que Aristófanes era rico. Tenía las preocupaciones, así como el valor, del hombre independiente. Su primera obra (427 antes de Cristo), era un ataque á la educación superior de aquel tiempo que, naturalmen-

te, representaba el poeta como inmoral en su tendencia. El personaje principal era el padre de dos hijos, uno virtuoso y educado á la antigua, y el otro vicioso y educado á la moderna. El joven poeta obtuvo el segundo premio y quedó satisfecho (1). Al año siguiente (426) dirigió un ataque violento contra el sistema del imperio democrático, con el vigor, pero sin la precaución del Viejo Oligarca. Llamábase esta pieza los *Babilonios**; el coro estaba formado por aliados, representados como esclavos, que trabajaban en un molino de pie, para su señor Demos. El poeta eligió para esta representación de su obra, las fiestas Dionisias de mitad del verano, cuando los representantes de los aliados se hallaban todos presentes en Atenas. Consiguió mover escándalo y fué perseguido por Cleón, aparentemente por traición. No conocemos cuál fué la sentencia. En los *Acarnenses*, Aristófanes se defiende, en cierto modo, de su indiscreción y observa que tuvo que enfangarse en el cieno como todos los que le atosigaron. Más tarde reservó sus acerbas verdades caseras para las fiestas Leneas de principios de la primavera, antes de la estación en que los extranjeros iban á Atenas.

Los *Acarnenses* fué representada en las Leneas del año 425; es la comedia más antigua que se ha conservado y de las mejores (v. pág. 315). Es política en su capital objeto y va dirigida contra Cleón y Lámaco, como representantes del partido de la guerra; pero el poeta trata á su temible enemigo con cierto miramiento; mientras, de otra parte, se sale de este procedimiento al atacar á Eurípides (frag. 260), al cual, indudablemente, había hecho ya responsable de la «corrup-

(1) *Nubes*, 529.

ción de la época» en los *Daitales**. Nada sabemos respecto á si existía alguna causa personal de enemistad entre ambos; pero es lo cierto que Aristófanes no pudo nunca apartar á Eurípides de su imaginación, en grado más excesivo, que á los otros escritores cómicos. Es preciso contentarse, para explicarlo, con el hecho de que Eurípides era, casualmente, el hombre que comprendía cuán vulgares y no reales eran, la mayor parte de los puntos de vista de aquel cómico, y que Aristófanes era bastante sagaz para comprender que su contrincante lo conocía. Pero queda un hecho verdaderamente curioso, y es que Aristófanes imitó á Eurípides de un modo tan manifiesto, que Cratino inventó una palabra «euripidaristofanizar» para pintar el estilo de ambos; y, en segundo lugar, que, á juzgar por sus parodias, debió leer y releer á Eurípides hasta sabérselo de memoria.

En 424, Aristófanes realizó su mayor burla. La situación ofrecida en los *Caballeros* es la de un viejo de mal genio, llamado Demos, que ha caído completamente en poder de su pícaro esclavo Paflagonio; sus otros dos esclavos domésticos, se apoderan de un oráculo de Bacis que dice que Demos será gobernado sucesivamente por cuatro «traficantes» ó «tenderos» —la palabra misma es una verdadera invención— cada cual destinado á ser heredado por otro cada vez peor. El «vendedor de cáñamo», ha tenido ya su época, así como el «vendedor de carneros»; ahora está en turno el Paflagonio «traficante en cueros»; ¿quién será el que deba sucederle? «¡Un choricero!» «Dios Posidón ¡qué comercio!» exclama con alegría el criado, y en el instante crítico aparece un vendedor, extrañamente caracterizado, con una ristra de chorizos. Los dos conspiradores excitan á nuestro hombre hacia su

gran destino. Lo restante de la pieza es una extraña disputa entre el Paflagonio y el Choricero, en la cual el primero es derrotado en sus propias cualidades favoritas: en la mentira, en el perjurio, en el robo y en la «desvergüenza». El Paflagonio es, por supuesto, Cleón que poseía una tenería; los dos esclavos son Nicias y Demóstenes; los anteriores «traficantes» eran, según toda apariencia, Lisicles y Eúcrates. Pero el poeta nos dice, primero, que no pudo encontrar actor que quisiera desempeñar el papel de Cleón y, en segundo lugar, que cuando él mismo se encargó de este personaje, los fabricantes de máscaras se negaron á fabricar la que representaba á Cleón. La obra es una maravilla completa de injuria atolondrada y retozona. Abundan admirablemente en ella los chistes, y al final, donde hay una escena de transformación y el Choricero se convierte en un genio bueno y Demos recobra el dominio de sus sentidos, se manifiesta un patriotismo elocuente y sobremanera noble. El ataque no es, propiamente, venenoso ni aun perjudicial. Debe haber hecho muy poco en perjuicio de las probabilidades de ser elegido Cleón para algún ambicionado cargo. Es un alegre diluvio de cieno en pago de la persecución de 426. Tal comedia, una vez aceptada por el arconte y no interrumpida por ningún tumulto popular, era adecuada para obtener frenéticos aplausos; en efecto, los *Caballeros* ganaron el primer premio.

Al año siguiente se verificó una reacción. Las *Nubes,* atacando la nueva cultura personificada en Sócrates, fué derrotada, así por la *Botella de vino**, del «ahogado» Cratino, como por el *Conno** de Amipsias. Aristófanes se queja de su derrota (1), en una segunda

(1) *Nubes,* parábasis.

versión de su comedia, que es la única que ha llegado á nosotros. La consideraba la obra mejor que hubiese escrito. Además de la «parábasis» se consideran como añadidas á las *Nubes* que poseemos, comparativamente á su antiguo original, dos escenas: el diálogo entre el pleito justo y el injusto, y aquella que parece la real conclusión, en que la casa de Sócrates es quemada. La comedia actual se halla manifiestamente incompleta y no merece gran recuerdo, pero el interés tomado por la posteridad hacia su protagonista, la ha hecho acaso más célebre que todas las obras de Aristófanes. El asunto—un anciano que quiere aprender de un sofista el mejor procedimiento para evitar el pago de sus deudas—no es realmente muy afortunado; y á pesar del excelente estilo que emplea siempre Aristófanes y del buen humor de las situaciones particulares, la obra es bastante lánguida. Sócrates debe haber atraído bastante la atención pública en aquel tiempo, pues era también el protagonista del *Conno**. Amipsias le describía como un pobre diablo hambriento y haraposo que «insultaba á los zapateros con sus pies desnudos y que, sin embargo, nunca se resignó á adular á nadie». Esta caricatura se halla más cercana del original que el sofista de las *Nubes,* que combina varios rasgos del verdadero Sócrates con todas las cosas que más enfáticamente rechazaba: el ateismo de Diágoras, la gramática de Protágoras y la astronomía y física de Diógenes de Apolonia. Sin embargo, el retrato, es probablemente, tan cercano á la realidad como los de Cleón, Agatón ó Cleónimo, y mucho menos mal intencionado.

En 422 Aristófanes volvió nuevamente desde el movimiento intelectual á la política contemporánea. Las *Avispas*, es una sátira contra la afición de los atenien-

ses á formar parte de los tribunales, como jurados, y á sentenciar causas. Debe haber sido una ocupación encantadora para ciertos espíritus. Había en ellos cierto interés intelectual y el encanto de un íntimo poder. Pero es difícil creer que tantas dificultades fueran resueltas por la «justicia» y tan pocas por la fuerza, aun en el último cuarto del siglo v. Ni es necesario tampoco sacar la conclusión de que Aristófanes prefiriera, realmente, el retroceso á los métodos más primitivos que habían sido sustituidos por el sucesivo desarrollo de las leyes Atenienses. Probablemente (1) las *Avispas* ganaron el primer premio. Su tendencia política se manifiesta en los nombres del insensato y anciano juez Filocleón, y de su hijo más prudente, Bdelicleón (amigo de Cleón y detestador de Cleón, respectivamente), y el fingido tribunal formado para el entretenimiento de Filocleón, es un enigma no difícil de interpretar: el perro Labes es perseguido importunamente por otro perro (Ción), de Cidateneo, por robar un queso, exactamente como el general Laques había sido perseguido por Cleón, de Cidateneo, á causa de injustas exacciones. Las distintas situaciones que presentan los sentimientos de Filocleón, sus manifestaciones de indignación y de piedad, parecen una exacta parodia de los procedimientos de un jurado Ateniense de corazón sensible. La célebre imitación de Racine, *Les Plaideurs*, no debe ser considerada más excelente á causa de su superior construcción, por la pérdida de su «movimiento» y de su naturalidad. Las instituciones ridiculizadas en las *Avispas* son esencialmente las de su época.

---

(1) La «Hipótesis» se halla adulterada. Comp. Leo, *Rheinisches Museum*, XXXIII.

Aristófanes presentó en 421 la *Paz*, obra reelaborada de los *Acarnenses*, vicio de origen brillantemente redimido con la parodia del *Belerofonte**, de Eurípides, con que comienza. El héroe, no posee un Pegaso, como Belerofonte, pero está cebando un grueso escarabajo del monte Etna—enorme animal que se ve haciendo pelotas en las comarcas arenosas de Grecia é Italia—y vuela hacia el cielo montado en él en medio de la más aguda sorpresa de sus criados é hijos. La *Paz* ganó el segundo premio.

Después del año 421, existe un hueco de siete años en nuestros recuerdos. Podemos adivinar que la *Vejez**, en la cual varios ancianos se volvían jóvenes, se produjo en este intervalo, así como el *Anfiarao**, en el cual un personaje va á «soñar» en el templo del héroe, en Oropo. El mismo asunto fué algunos años más tarde satirizado en el *Pluto* (comp. también pág. 328). La obra inmediata, según la tradición actual, es la incuestionable obra maestra de Aristófanes, las *Aves* (414 antes de Cristo). Tiene, en realidad, más chiste, un interés mejor sostenido, una imaginación más excelente y mayor belleza lírica que cualquiera de sus otras obras. Es una revelación de las extraordinarias alturas á que puede elevarse la Vieja Comedia con todas sus extravagancias. El motivo que le sirve de argumento es el deseo familiar de escapar de las tristezas de la realidad á alguna región más afortunada. Dos atenienses Pitétero (Persuadiente) y Evélpides (Lleno de esperanzas), habiendo averiguado que Teseo era rey de Atenas antes de que se convirtiese en abubilla y llegase á ser rey de los pájaros—hecho aseverado, sin duda alguna, por Sófocles y otros poetas muy respetados—deciden buscarle y formar una gran república de aves. Pitétero es un hermoso carácter que se

adapta á todas las situaciones y convierte á todos los que se le oponen. Anima al melancólico Teseo; convence á las aves inquietas y coléricas; se proporciona alas; establece una constitución, edificios públicos y fortalezas; recibe y desecha multitud de suplicantes al derecho de ciudadanía, admitiendo, por ejemplo, á un poeta lírico y á un «golpeador de su padre», que parece el equivalente antiguo del golpeador de mujeres, pero desechando á un poeta, á un inspector y á un hombre de ciencia. Durante este tiempo, la nueva ciudad ha interceptado la comunicación de los dioses con la tierra é interrumpido sus provisiones de incienso. La mensajera de éstos, Iris, es detenida por violar el territorio de las aves, y Pitétero ¡hace llorar á la pobre doncella! Finalmente, los dioses tienen que hacer proposiciones de arreglo. Pero ha llegado de antemano un desertor á Pitétero: es Prometeo, el enemigo de Zeus, ocultándose de «los de Arriba» con un gran paraguas—¿puede ir más lejos la jovial profanación?—y dando informaciones sobre la falta de fuerza de los dioses. Cuando llega la embajada, está constituida por un hombre sabio, Posidón, un necio que se deja seducir por la promesa de una buena comida, Heracles, y otro completamente loco, Tribalo, que no puede hablar de un modo inteligible y que no sabe lo que debe opinar. Zeus devuelve á las aves el cetro del mundo, da á Pitétero la mano de su hermosa hija Basilia (Soberanía), y queda constituida, para siempre, la «Ciudad de las aves entre las nubes». Un hombre de menores condiciones se hubiera visto, seguramente, atado para llevar á cabo tal desvarío; pues las reglas de la comedia prohibían, realmente, tal conclusión, pero Aristófanes no se asusta jamás de sus propias extravagancias. Hay pocas alusiones políticas en esta obra.

El partido de Aristófanes se contentaba, probablemente, en este tiempo, con impedir que Atenas enviara refuerzos á Sicilia y salvara el ejército que se estaba consumiendo, hacía muchos meses, bajo los muros de Siracusa. Toda la comedia es una negativa á pensar sobre asuntos tan perturbadores. Fué derrotado por los *Orgiastas**, de Amipsias, pero parece que debió producir alguna impresión, pues poco después escribió Arquipo los *Peces** imitándola.

Las dos obras inmediatas, según nuestra tradición, fueron escritas durante las tristezas de la Oligarquía de 411. La política no era segura, y Aristófanes procura compensarlo con atrevidas obscenidades. La *Lisístrata* pudo haber sido una obra muy hermosa; la heroína es un verdadero carácter, una especie de Pitétero hembra, con más elevados principios y menos afición á la chanza. La idea capital—las mujeres se agrupan en asamblea y rehusan tener comercio con los hombres hasta que se haga la paz—podía tratarse de distinta manera; y es curioso que Aristófanes, mientras pone en ridículo á las mujeres, está de su parte en toda ella. Las burlas hechas por el sexo superior á expensas del inferior—para darles los nombres romanos—son rara vez notables por su generosidad ó por su cultura. Y el buen humor de nuestro autor atribuye á cada cual todos los defectos que puede pensar en aquel momento. Sin embargo, con la sola excepción de que atribuye á las mujeres una desordenada afición á la borrachera (equivalente, según parece, al te de la tarde en Inglaterra), en conjunto, las hace notablemente más sensibles y más «simpáticas» que sus maridos. No hay que decir que la emancipación de las mujeres era una de las preocupaciones de aquel tiempo. Aristófanes escribió dos comedias sobre este

asunto. Dos otros cómicos Amfis y Alexis escribieron una, cada cual, antes de que Platón hubiese hecho sus famosas declaraciones y que los Cínicos hubiesen comenzado sus predicaciones sobre las mujeres. Era un instinto en Aristófanes conocer y asimilarse superficialmente las ideas más elevadas de su tiempo; si hubiese sido más profundo, hubiera tomado las cosas con seriedad y seguramente hubiera echado á perder sus obras. Se detiene antes de profundizar demasiado y emplea su conocimiento á medias y su parcial simpatía en mejorar sus burlas.

Las *Tesmoforiazusas*, obra escrita en el mismo año y con las mismas dificultades, denota mucha habilidad. Las mujeres reunidas en la fiesta de las Tesmoforias, á la cual no se admitía á los hombres, deliberan juntas acerca de cómo se podrán vengar de Eurípides, por representar en sus tragedias de un modo tan «terrible» á las mujeres. Eurípides lo sabe, persuade á su suegro á que, una vez disfrazado, se introduzca en la Asamblea y hable en su defensa. Es descubierto el intruso y entregado á un polizonte, aunque puede escapar con ayuda de su yerno. Eurípides tararea fragmentos de sus propias tragedias, detrás de la escena, y el preso tararea, contestándole, otros fragmentos en las mismas narices del policía, hasta que se arregla la evasión. La comedia fué representada dos veces en versiones ligeramente diferentes.

Durante unos cuantos años inmediatos escribió las *Mujeres de Lemnos** acerca del culto de Bendis, nuevamente establecido en el Pireo; los *Geritades**, que parece haber sido semejante, en su argumento, á las *Ranas;* y las *Fenicias**, mera parodia de la tragedia del mismo nombre de Eurípides, y que era un nuevo

distanciamiento del mismo. Tenemos también en aquella época una obra dirigida contra Alcibiades, el *Trifales**. Seguramente trataría de su vida privada, y acaso de su conducta pública. Si es así, sería el último eco del drama político del siglo V, producción para la cual el mundo no ha poseído nuevamente bastante «parresia» (libertad de lenguaje).

La muerte de Eurípides, en 406, sugirió á Aristófanes la idea de basar una pieza entera, las *Ranas*, en el contraste entre la poesía de su mocedad y la que nuevamente se había introducido—aunque de hecho esta última hubiera pasado velozmente su existencia.—Esquilo y Eurípides habían muerto; Agatón se había retirado á Macedonia. El dios patrono del drama, Dióniso, halla intolerable la vida con los miserables poetas que le quedan. Resuelve ir al Hades y traerse, nuevamente, á Eurípides. Mientras lo hace — sus aventuras en el camino, disfrazado de Heracles pero muy indigno de la piel del león, se cuentan, entre las mejores muestras del chiste de Aristófanes,—se encuentra con que, después de todo, Eurípides no está solo.

Esquilo está también allí y la situación se hace delicada. Los dos se estaban ya disputando el sitio de honor, cuando aquel llega. La muerte de Sófocles debe haber ocurrido cuando la comedia estaba medio escrita: es mencionada, pero se le representa sin deseo alguno de volver á la tierra; mientras el mismo Dióniso aparenta estar ansioso de saber qué clase de obras producirá Iofón sin el auxilio de su padre. Su poesía no es criticada ni parodiada. A la llegada de Dióniso sigue una larga disputa entre aquellos dos poetas. Parece un asunto pedante, y es, seguramente, admirable que un auditorio ateniense haya estado

oyendo y viendo, durante cuatro horas, una obra de crítica literaria como esta comedia. Pero es un hecho que hace reir á carcajadas aun al lector moderno. Respecto á los juicios sobre ambos poetas, puede decirse, de un modo general, que las parodias son admirables, pero el análisis crítico, pueril (1). Aristófanes conoce, con singular sentimiento, todos los puntos, pero no sabe cómo nombrarlos ni cómo exponerlos, del modo que lo hace, porejemplo, Aristóteles. La elección es bastante dudosa: «El uno me parece hábil, pero el otro me agrada más», dice Dióniso. De todos modos, deja la decisión á su sentimiento momentáneo y elige á Esquilo. Sería completamente equivocado considerar, únicamente, esta comedia como un ataque á Euripides. Sería un caso paralelo si pudiéramos imaginar algún escritor moderno como Mr. Calverley, escritor de comedias y parodias, con gusto literario mordaz, clásico, enviando á Dióniso para volver á traernos á Browning, y decidiendo al final que prefería llevarse á Keats.

Sucede otro gran intervalo hasta que nos encontramos en 392 con la obra más pobre de Aristófanes, las *Eclesiazusas* ó las «Mujeres parlamentarias». A primera vista, parece una parodia de la muestra de comunismo y abolición de la familia dada por Platón en el libro V de la República. Las fechas no lo consienten, pero es completamente posible que Platón hubiese expresado, en lecturas ó en la conversación, tales ideas antes de ponerlas por escrito. Ambas versiones distan mucho de ser idénticas. En Platón los sexos son iguales; en Aristófanes los hombres carecen de los dere-

(1) La crítica musical que es abundante, está, naturalmente, fuera de nuestra comprensión.

chos de ciudadanía. El sistema de casamiento es completamente distinto. El comunismo y la simplificación de la vida podrían ser parodias simpáticas de Platón, pero Aristófanes no aceptaría á ningún precio la severa educación ó la pureza militar. Las *Eclesiazusas* tienen un asunto mucho más amplio que el meramente político de la *Lisistrata,* pero es una comedia mucho más incolora.

El *Pluto* (388 antes de Cristo) es la última obra conservada de Aristófanes y muy diferente de todas las demás. Puede llamarse una comedia sin personalidades, sin politica, sin parábasis; esto es, que pertenece, en realidad, no á la Vieja Comedia, sino á la Media—transición á la de costumbres. También se halla fundada en una especie de hipótesis como las *Aves* y los *Acarnenses.* Pluto (la Riqueza) es un dios ciego; si pudiéramos apoderarnos de él y hacerle recuperar la vista por un oculista inteligente ó por un milagro realizado en un templo, ¡qué arreglo en las cosas habría! Los rasgos capitales de la comedia, forman únicamente el desarrollo de esta idea. Pero aparecen nuevos rasgos en muchos detalles; preséntase ya el esclavo cómico, desvergonzado, pícaro, pero indispensable, que juega un papel tan importante en Menandro y Terencio, y la pintura de un carácter, propiamente tal, en el amigo del protagonista Blepsídemo. Se habla de dos últimas comedias, *Eolosicón** y *Cócalo**, que dió Aristófanes á su hijo Araro para que se diese á conocer con ellas. Sicón es un nombre de cocinero; por lo cual es presumible que la primera representase al viejo dios de los vientos obrando en aquella situación. La segunda, como muchas obras de la Comedia Nueva, contenía un relato no cómico, sino romántico, con seducción y reconocimiento.

Hállase absolutamente fuera de duda que Aristófanes era un escritor muy eminente. La ciencia de su política, el valor general de sus ideas sobre la vida, y sobre todo, la severidad de costumbres, que hallan sus admiradores en el modo como trata los supuestos vicios de sus contrarios, pueden ponerse en tela de juicio. Sin embargo, admitiendo que á menudo les oponía lo que se consideraba en su época como mejor ó lo defendía con las razones más profundas; admitiendo que sus calumnias se hallan fuera de descripción, y que, como regla general, sólo ataca al pobre y á los jefes de los pobres—lo hace todo, empero, con talento tan exuberante y elevado, con tal aire de que todo ello es un contrasentido, tal perspicacia y facilidad, con un estilo tan incomparablemente suave y encantador, que aun cuando algún Arquelao le hubiese empleado contra Eurípides para azotarlo, hubiera, regularmente, escapado de un azote tan hermosamente preparado. Es, acaso, su cualidad más característica la combinación de la burla más extraña y amplia con la belleza lírica más exquisita. Por supuesto, su lírica es suelta y casual en su artificio. Arguye mucha inexperiencia en la composición del verso lírico para poder ser comparado, bajo este punto de vista, con los coros de Sófocles y Eurípides. Pero hay allí genio aunque no haya profundo trabajo.

Como dramático, Aristófanes es descuidado en la construcción; pero tiene tanto movimiento y tanto poder de ingenio, que hace creíbles las situaciones más absurdas. Posee el perfecto don de imponerse á la credulidad de su auditorio. Su obscenidad deriva, sin duda alguna, de aquella simplicidad, propiamente griega, que es el resultado de una vida sencilla y natural; pero no tiene excusa alguna que alegar fuera

de que no es deliberadamente vicioso (comp. también pág. 211). Es instructivo conocer que Platón amaba á Aristófanes. Claro es que coincidía la política de ambos autores; pero si hay algo verdadero en la anécdota (1) de que Platón hizo leer los *Caballeros* á Dionisio de Siracusa para que pudiese ver algo semejante á lo que era la vida política ateniense, debía ser, únicamente, porque quería ilustrarle respecto á la libertad de lenguaje. El discurso del Cómico, en el *Simposio*, muestra la amistad íntima que unía á esos dos grandes príncipes de la imaginación. Pero únicamente podía comprender á Aristófanes su propia época. El siglo inmediato necesitaba más refinamiento y obras de carácter, más enredo, sentimiento y sobriedad. Obtuvo todo lo que necesitaba en Menandro. Los alejandrinos poseían, seguramente, bastante espíritu propio de amor á lo antiguo para deleitarse en la Vieja Comedia. Estaba llena de información sobre las épocas transcurridas, era difícil, pertenecía por completo al pasado; estudiaron á Aristófanes mucho más que á otro poeta cualquiera, excepción hecha de Homero. Pero las épocas posteriores le hallaron licencioso, duro y escabroso. La crítica intolerante que hace de él Plutarco, comparándole con Menandro, es como la descripción hecha por un enfermo de los grandes vientos del Oeste. En la actualidad parece compartir con Homero, Esquilo y Teócrito, el poder de llamar vivamente el interés y la simpatía de casi todos los lectores.

(1) *Vita*, XI, en los escolios de Dübner.

XIV

PLATÓN

PLATÓN, HIJO DE ARISTÓN, DE COLITO (427 Á 347 ANTES DE CRISTO).

Descendía por su padre de Codro, último rey del Atica, y por su madre, de Solón, primo de Critias y sobrino de Carmides; gimnasta y atleta perfecto; fácil é ingenioso escritor; con dotes para poemas ocasionales y con ambición para la tragedia; con una educación profunda, no común en la música, las matemáticas y las letras, así como una tintura de la filosofía de Heráclito, PLATÓN parece haber sido en su mocedad el tipo del brillante joven aristócrata ateniense. Podía haber aspirado á los cargos públicos, como Alcibiades; pero sus tradiciones y preferencias le hicieron dejar de pretender los cargos políticos. Despreciaba á las masas y no estaba dispuesto á adularlas. Tuvo simpatías, sino relaciones eficaces, con sus parientes respecto al obscuro camino señalado por el Viejo Oligarca—el camino de la conspiración declarada y con el auxilio de fuera. Cuando, por primera vez, se encontró con Sócrates, tenía veinte años y no era filósofo. Era uno de los jóvenes á la moda, que se reunían alrededor de aquel viejo sabio para disfrutar del pro-

cedimiento de avivar sus talentos y de poner en ridículo á sus dignificados conocidos. Esos jóvenes se encontraban socialmente aislados, del mismo modo que ellos de por sí excluían á los demás. Evitaban las asambleas donde no era admitido el oligarquismo; sus ideas eran, por regla general, demasiado «avanzadas» para una exposición oficial sobre la escena. En su mayor parte, leíanse unos á otros sus tragedias.

Platón entretenía á sus amigos con un nuevo género literario, el *Mimo*. Era una forma que parece haberse introducido en este preciso momento—estudio detenido de las pequeñas escenas sociales y de las conversaciones, vistas principalmente bajo su aspecto humorístico. Los dos grandes escritores de mimos, Epicarmo y Sofrón, se habían extendido por aquella época desde Sicilia á todos los círculos de cultura de la Grecia. Los esfuerzos de Platón eran en prosa como los de Sofrón, aunque se dice que dormía con los poemas de Epicarmo bajo la almohada. Tenía á su mano gran suma de materiales—acaso la había utilizado ya un tal Tisameno de Teos—en las conversaciones de Sócrates con los diferentes filósofos y personas notables. Parece que nos ha sido conservado su diálogo más antiguo (1). En el *Laques*, Sócrates es presentado exteriormente al lector, como una persona capaz, á pesar de su apariencia que no lo hace sospechar, de discu-

(1) Sigo principalmente los textos lingüísticos según se ofrecen en las tablas estadísticas, de C. Ritter. Las objeciones principales á este procedimiento son: 1.°, las estadísticas no son aún suficientemente comprensivas y determinadas; 2.°, es difícil librarse del hecho, atestiguado por la tradición é independientemente demostrable, de que Platón acostumbraba á corregir sus diálogos publicados. Pero no espero sean seriamente modificadas las conclusiones de Campbell, Dittemberger, Schanz, Gomperz, Blass y Ritter.

tir toda clase de asuntos. Dos padres que están pensando en hacer educar á sus hijos por cierto maestro de esgrima algo fanfarrón, piden á los grandes generales, Laques y Nicias, que examinen sus modales y les den su parecer. Sócrates es llamado á la discusión, y después de pintar algún agradable personaje, se hace evidente que los dos generales no tienen noción alguna de lo que es el valor, ni en consecuencia, de lo que debe ser un soldado. El *Hipias mayor* es más declaradamente humorístico. Sócrates se dirige al sofista para conocer que es lo bello, τὸ καλόν; tiene en su casa un «amigo» que «con un gordo baston» le dirige preguntas de esta suerte, y no le deja dormir por las noches, hasta que las contesta. El punto capital del diálogo, estriba en la incapacidad fundamental de Hipias para toda amplia información y habilidad práctica para apoderarse de una idea abstracta, y por su gradual disgusto ante el lenguaje vil y la ultrajante conducta que imputa Sócrates al amigo imaginario.

Un cambio en la manera de estos mimos, se ofrece con los sucesos de 404 y 403, antes de Cristo. Aun sin el testimonio de la CARTA VII, podríamos estar seguros de que Platón había mirado con cierta apasionada expectación el intento de los Treinta para «detener por un momento el orgullo del maldito Pueblo» (1), é introducir una genuina aristocracia; debe haberse visto amargamente desengañado cuando los excesos de aquéllos «hicieron que el Pueblo, en su comparación, pareciese oro». Sus dos parientes murieron en la calle, combatiendo contra sus conciudadanos; sus nombres fueron universalmente execrados por la Atenas de la Restauración. Platón había amado á Car-

(1) Epitafio atribuido á Critias.

mides y elige una forma característicamente imaginaria para defender su memoria. Los Treinta, eran culpables de ὕβρις, «orgullo» ó «intemperancia», llámese como se quiera. Concedido; pero ¿cuál era su excusa? Que nunca conocieron, más que otro cualquiera, lo que era la σωφροσύνη (sobriedad y sana inteligencia). Platón se retrotrae desde Carmides, muerto por traidor, al Carmides de 430; un muchacho lleno de esperanzas y de todas las cualidades ordinarias que los hombres alaban: noble, muy hermoso, dócil, modesto, deseoso de aprender. Sócrates intenta tratarle como se trata el dolor de cabeza; pero no es posible pensar en cabeza sin cuerpo, y en cuerpo sin alma. ¿Está sana esta alma? ¿Tiene σωφροσύνη? En último término, aparece, naturalmente, que nadie sabe lo que es la salud del alma. Carmides parece lleno de σωφροσύνη; sus amigos están seguros de ello; pero esto debe hacer que se suponga que no se conoce realmente lo que es. «Lo sensible es pensar que siendo, como eres, tan hermoso en aspecto y, además, tan sobrio en tu espíritu, acaso no tendrás en tu vida la ayuda de esta sobriedad.» Se decide á presentarse á Sócrates y procurar aprender con él la verdadera naturaleza de la misma. Critias, está conforme con ello; pero el mismo Critias, es una influencia, como Sócrates, y «cuando Critias piensa intentar algo y se halla en la predisposición de violencia, ningún ser viviente puede resistirle».

En 399 ocurrió el suceso que ensombreció toda la vida de Platón, la ejecución de Sócrates. No conocemos lo que hizo en aquel momento; el *Fedón* dice que «Platón se hallaba ausente por causa de enfermedad», pero esto debe ser únicamente debido á la confección artística que no permitía al escritor aparecer en su obra. Para nosotros la muerte de Sócrates exige un es-

crito de Platón, apasionadamente exaltado y furioso y en desacuerdo completo con la burla festiva de sus primeros diálogos. En realidad, su estilo había llegado ya á la perfección en 399; los textos lingüísticos parecen demostrar que había ya compuesto un capricho sobre los trozos de ostentación retórica, el *Menexeno;* su obra maestra bajo el punto de vista dramático, el *Protágoras,* con sus nueve personajes, base completamente escénica y su ingeniosa apreciación de los diferentes puntos de vista; el *Eutidemo* con su sátira ampliamente cómica de los sofistas críticos; y el *Cratilo,* que discute la naturaleza del lenguaje con un espíritu tan serio como pudiera esperarse, antes de que este asunto fuera considerado como materia científica.

La *Apología,* el *Critón,* el *Eutifrón,* el *Gorgías* y el *Fedón,* se hallan todos directamente inspirados por la muerte de Sócrates. El primero, única obra filosófica de Platón que no se halla en forma de diálogo, pretende ser la defensa de Sócrates en su causa, pero en realidad ni es un discurso ante un tribunal, ni una contestación á la acusación legal, sino la glorificación del carácter entero de un grande hombre ante los rumores públicos de Atenas. No puede haber sido escrito mucho después de 399. El *Critón* ofrece el mismo espíritu; manifiesta cómo había arreglado Critón la evasión de Sócrates de la cárcel y cómo no quiere aquél evadirse ó desobedecer á las leyes. El *Eutifrón* es un ligero boceto fraguado sobre el plan ordinario. La gente se halla dispuesta á condenar á muerte á Sócrates por impío, cuando nadie sabe realmente qué es la piedad. El *Fedón* presenta las últimas horas en la cárcel, el discurso sobre la inmortalidad del alma y la toma del veneno. Es realista en todos los detalles, pero este realismo está suavizado, en parte, por la nobleza

esencial de los personajes, en parte, por una invención artística á que fué aficionado Platón en el período central de sus obras: la conversación no se ofrece directamente, sino contada por Fedón, que se halló presente, á un tal Equécrates de Fliunte, algunos años después y lejos de Atenas. «Nada hay en ninguna tragedia antigua ó moderna, dice el difunto señor de Balliol, nada en la poesía ó en la historia (con una sola excepción) semejante á las últimas horas de Sócrates en Platón.» Es muy característica la carencia de dogmatismo ó certeza: un argumento después de otro es presentado, seguido intencionalmente, y después, para desesperación general, hallado vacío: lo que queda en último término sin contestar, es de un carácter metafísico, como la proposición kantiana de que el Yo, no dándose en el Tiempo, no puede destruirse en este último. El «alma» es aquello por lo que viven los seres; cuando éstos mueren es por estar separados del alma: de ahí que el alma no puede concebirse como muerta. Es un argumento que lleva á los espíritus la convicción de una cualidad particular en los momentos especulativos. El comentario completamente humano sobre ello, se ofrece por Platón en aquel último momento de intolerable esfuerzo, cuando Fedón oculta su rostro y Critón se pone de pie, y «Apolodoro, que no había cesado de llorar en todo este tiempo, prorrumpió en un sollozo fuerte y colérico que conmovió á todo el mundo, menos á Sócrates».

Respecto al *Gorgías,* parece realizar una profecía, puesta en boca de Sócrates en la *Apología:* «Me matáis porque pensáis escapar de daros cuenta de vuestras vidas. Os equivocáis. Otros hay que os convencerán. Acusadores, á los cuales yo sostendré cuando vosotros no lo conozcáis, serán tanto más violentos

cuanto que son jóvenes, y tanto más os estremeceréis.» El *Gorgias* se halla lleno de aflicción por el creciente dolor. Comienza con una investigación sobre la naturaleza de la retórica; termina con una exposición de todos los «*rhetores*» y políticos, y de la total vida pública de Atenas. La retórica es para el verdadero hombre de Estado lo que el arte culinario para la medicina: es una de las artes de agradar ó de «adular». —Hay dos tipos posibles de estadista: el verdadero consejero, que se opondrá al Poder cuando esté equivocado, y el falso, que hará su carrera desde la mocedad para absorber el espíritu de los que mandan y conocer instintivamente todo lo que les agrada ó desagrada. Será el favorito del tirano ó el gran demagogo, según las circunstancias; pero siempre, y en todas partes, un mero adulador corrompido y miserable. «Mataré á vuestro verdadero consejero ¡siempre que produzca perturbación!» redarguye Calicles, el abogado del mal. «Si no conociese que un hombre malo ¡puede matar á uno bueno!» contesta Sócrates. Calicles concede que todos los políticos existentes son del peor tipo, imitadores de los que mandan; pero sostiene que Temístocles y Cimón y Pericles eran verdaderos estadistas. «¡Todos eran unos aduladores, unos cocineros, confiteros, taberneros!» dice Sócrates. «¿A quién han hecho mejor? Han llenado la ciudad de puertos, muelles, muros, contribuciones y basura, ¡en lugar de templanza y justicia!» Han hinchado y enfermado la ciudad; cuando venga la crisis, conocerá el Estado el modo cómo ha sido engañado, y ¡destrozará á sus actuales aduladores! El diálogo concluye con cuatro afirmaciones capitales: Es peor hacer que sufrir injusticia; es mejor ser castigado por una injusticia cometida que no ser castigado; no hacemos lo

que queremos, sino lo que deseamos; ser y no parecerlo es el fin de la vida. Es característico de Platón que esta cólera contra el mundo no le hace nunca cínico, sino, antes al contrario, combate sus quejas con un pensamiento más profundo y una fe más decidida en su ideal moral más elevado. Habla en el *Fedón* de aquellos hombres que se hacen misántropos por los desengaños. «Es malo esto: odiar á sus conciudadanos; pero es peor odiar á la razón y al ideal.» Cayó alguna vez, como Carlyle, y acaso como Shakespeare, en el primer error; jamás se aproximó al segundo.

El diálogo inmediato, *Menón*, sobre la antigua cuestión «si la divinidad es enseñable», lleva también el sello de la muerte de Sócrates, al presentar á Anito y dar casi crueles indicaciones respecto á su hijo (v. más arriba, pág. 220). Pero predomina en él la especulación pura, especialmente la teoría de las ideas, que era ya notable en el *Fedón*. El *Lisis*, sobre la amistad, es una obra sin importancia; Platón podía únicamente tratar de esta materia, bajo el nombre más profundo de amor. Esto hace en dos diálogos que, en la obra toda de Platón, se colocan aparte por cierto carácter que les es completamente propio. El *Fedro* se presenta después; el *Simposio* marca la conclusión de este período. Si se afirmase de antemano que el *Simposio* es, de modo absoluto, la obra más elevada de ficción prosaica que se ha compuesto, la más perfecta en poder, belleza y verdad imaginativa, sería difícil negarlo; pero es fácil oponerse al metafísico que sostiene, que es la obra más profunda que se ha producido sobre la naturaleza del amor, pues en ésta, como en casi todas las de Platón, no encuentra placer aquel que no ha podido aprender, en cierto grado, á «sentirse griego». Sólo observaremos, respecto á su

composición, que es el último eco de 399. El espíritu del Carmides ha vuelto á aparecer en una forma más fuerte; alcanzamos el esplendor del *Simposio* únicamente atravesando el golfo de muchas muertes, ignorando hechos notorios y dejando de ver que las cosas del mundo tienen extrañas proporciones. De los personajes, algunos son tan poco conocidos como nos lo era Calicles; por lo demás, Agatón, el poeta triunfante, el ídolo de Atenas, que da el banquete en honor de su primera victoria en la tragedia, hace ya largo tiempo que ha muerto, desilusionado y casi desterrado, en Macedonia; Fedro se ha vuelto infiel á la filosofía—«perdido», como dice Platón, en otro sitio; Sócrates ha sido ejecutado como un criminal; Alcibiades, muerto por bárbaros asesinos. En la creencia de Platón, Aristófanes ha sido uno de los acusadores mortales de Sócrates. Es un tributo á la Atenas de Pericles que Platón es aficionado á ennegrecer y que vuelve siempre á ella para hallar sus ideas, reuniones y recuerdos. El *Simposio* parece uno de aquellos «vislumbres del lado exterior del cielo» del *Fedro*, que el alma recibe antes de su nacimiento terrenal y que siempre se procura cubrir débilmente. Volvemos hasta aquel Apolodoro, cuyos sollozos interrumpen el argumento del *Fedón;* es llamado cariñosamente «el loco», hombre solitario y adusto con todo el mundo que no sea Sócrates. Es él quien relata á Glauco, hermano de Platón, la fábula del Banquete. No porque él mismo se hallase en él; había estado fuera mucho tiempo, lo mismo que Glauco, pero oyó su relato á Aristodemo «hombre algo descalzo», que había seguido á Sócrates. Así llegamos, por recuerdos indirectos, al Banquete. Se cuentan distintos relatos sobre el origen y significación del amor, por lo menos

los que aprendió Sócrates de Diótima, la profetisa de Mantinea. El Amor es hijo de la Pobreza y del Poder (πόρος), el objeto del Amor no es la Belleza, sino la Eternidad, aunque sólo puede dar el amor su fruto en aquello que es hermoso. El amante comienza amando á alguna persona bella; entonces siente belleza corporal en todas partes, después en las «hermosas almas y acciones y costumbres», hasta que al fin, puede abrir los ojos al «grande océano de la belleza», en el cual encuentra su verdadera vida. La pasión de su amor terreno original, en modo alguno ha disminuido, persiste en su intensidad hasta el fin, cuando por último puede contemplar la causa final de todo el mar de cosas bellas, la Perfecta Belleza, que jamás se modifica ni cesa, crece ó se desvanece; «no es como el rostro ó las manos ú otra cosa corpórea; no es ni palabra, ni pensamiento, ni se encuentra en otra cosa cualquiera, ni en un ser vivo, ni en la tierra, ni en el cielo; sino que, por sí misma y en su propio modo, es uniforme para siempre (αὐτὸ καθ'αὐτὸ μεθ'αὐτοῦ μονοειδὲς ἀεὶ ὄν)». Si un hombre puede verlo, ya tiene bastante, y nada en el mundo puede importarle. De repente, y en este punto, llaman á la puerta y llega Alcibíades de una borrachera «con varias coronas en la cabeza», se reune con los del banquete y habla en alabanza de Sócrates el valeroso, sabio é inocente. Entonces se oye un segundo y más fuerte ruido, entra un golpe del aire fresco de la noche y luego unos cuantos borrachos desconocidos que andan de jarana. Muchos de los convidados desaparecen; Aristodemo, que estaba esperando á Sócrates, vuelve y cae dormido, hasta que se despierta con la alborada y halla que ha terminado la fiesta y que únicamente Sócrates, inmutable, está conversando con Agatón y Aristó-

fanes. Aristodemo está cansado y no puede seguir toda la conversación; sólo comprende que está demostrando que la comedia y la tragedia son una cosa misma.

Pero en este tiempo nuevas influencias trabajaban en el desenvolvimiento de Platón. A la muerte de su maestro, se había retirado á Megara con otros socráticos, donde la benévola protección de Euclides dejó en el ánimo de Platón los cimientos de un respeto que duró toda su vida y de gran afecto hacia la infecunda dialéctica megarense. El *Gorgías* puede difícilmente haber sido escrito en Atenas. Se habla vagamente de viajes á Egipto y á Cirene. Pero parece que había vuelto nuevamente á su patria antes del 388 antes de Cristo cuando realizó su primera y desdichada expedición á Sicilia. La mayor parte de esta isla se hallaba, en este tiempo, militar y despóticamente centralizada en manos de Dionisio I, cuyo cuñado, Dión, era un admirador entusiasta de Platón. Este amigo, las escuelas pitagóricas y la curiosidad del gran volcán fueron, principalmente, los motivos que llevaron á Platón á Siracusa; probablemente, consideraba también que la corte de un tirano era sitio más adecuado para un filósofo que la democrática Atenas. Pero era hijo de su época y de su país en mayor grado de lo que él suponía. No pudo olvidar el privilegio ateniense de la παῤῥησία (libertad de hablar) y usó de él, á lo ateniense, respecto á la política. El viejo autócrata, le llenó de cadenas y lo regaló—así lo cuenta la leyenda—al embajador espartano Polis. Este le vendió, como esclavo, en Egina, donde un cierto Aníceris de Cirene—partidario aparentemente de Arístipo, amontonando carbones encendidos en la cabeza del anti-hedonismo—le compró para ponerle en libertad y se negó

á aceptar de los amigos de Platón el pago de la cantidad desembolsada; después que habían sido ya recogidas las cuotas, dedicaron este dinero á comprar una casa y un jardín para que el filósofo pudiera explicar en ella, á unos veinte minutos de distancia de Atenas, junto al gimnasio consagrado al héroe Academo. Esto sucedió en 387, dos años, por lo menos, antes del *Simposio*. Pero varía en esta leyenda cada uno de los detalles, y la prueba más antigua que poseemos, la *Carta* VII, no habla de otra cosa que de una frustrada visita.

La fundación de la escuela era un regreso á la costumbre de los filósofos más antiguos; técnicamente, la Academia era un «Tiaso» ó asociación religiosa, para el culto de las Musas, con sus empleados, organización y propiedades. El jefe era elegido por votación, se enseñaban matemáticas, astronomía y otras ciencias, del mismo modo que la filosofía. Fluyeron los conferenciantes á la modesta casa del «escolarca» y á su biblioteca, al jardín y público gimnasio; únicamente más tarde fué cuando se adquirieron edificios adecuados. Mujeres estudiantes la frecuentaban al igual que los hombres. La institución conservó su unidad y quemaba anualmente incienso á su «héroe fundador», Platón, en el día de su cumpleaños, á pesar de los cambios más completos de tendencias y de doctrina, hasta que fué despojada y abolida por Justiniano en 529 después de Cristo como una fortaleza del paganismo. El siglo IV fué un gran período de fundación de escuelas. Antístenes había comenzado sus lecciones en Cinósarge, gimnasio para los bastardos, poco después de la muerte de Sócrates. Siguió este sistema de cultura general Isócrates en 390 antes de Cristo. La generación inmediata vió establecerse el

Liceo ó Peripato por Aristóteles, el Pórtico ó Estoa por Zenón y el Jardín por Epicuro.

Sea cual fuere la fecha de la fundación de la Academia, después del *Simposio*, aparece, con demostración decisiva que hay un marcado intervalo en la obra literaria de Platón. Los dos diálogos inmediatos, *Parménides* y *Teeteto,* llevan el sello del reconocido «escolarca» filosófico. El primero es completamente metafísico. Comienza con un examen crítico de la clase de existencia que poseen las que llama Platón «ideas», ó sean «nuestros conceptos generales»; y en segundo lugar, del Ser absoluto de Parménides. Los ataques á la autenticidad de este diálogo, se deben, únicamente, á la dificultad que han hallado los críticos de adecuarlo á alguna de las teorías propias de lo filosofía de Platón; es imposible que el autor del *Parménides*, pueda sostener aquellas «teorías de las ideas» tan decididas, que Aristóteles nos ha enseñado á considerar como platónicas. El *Teeteto* comienza con una introducción dramática. Euclides ha ido casualmente al Pireo para ver á Teeteto, que vuelve peligrosamente herido y enfermo de la guerra contra Corinto, cuando se encuentra con Terpsión y hablan de la célebre conversación que tuvieron mucho tiempo atrás Teeteto y Sócrates. Pero la introducción es una cosa completamente externa al diálogo, que es un severo razonamiento sobre la teoría del conocimiento. Platón observa que ha abandonado, á sabiendas, las fastidiosas repeticiones de «dijo aquél» y «yo dije»: esto es, que ha dejado aparte la escénica y el ambiente y ha quedado más escueto el pensamiento.

El diálogo inmediato de este período, parece ser el *Fedro;* la evidencia es tan concluyente como puede esperarse en esta clase de demostraciones. Los térmi-

nos técnicos característicos de Platón, los procedimientos para evitar el hiato, el escaso amaneramiento que caracteriza su estilo último, se hallan presentes de un modo palpable en el *Fedro*. Las estadísticas no conceden que sea anterior al año 375. De otra parte, no sólo deja una impresion de juventud imaginativa y exuberante, sino que ofrece, de modo evidente, cierta inmediata relación con el discurso de Isócrates *Contra los Sofistas* que fué escrito poco más ó menos en 390, al abrirse su escuela. No podemos afirmar cuál de ambos fué la original provocación y cuál la respuesta; los escritos de controversia, en la antigüedad, eran generalmente retocados, una y otra vez, hasta que cada uno de los contendientes hubiese contestado al otro con toda satisfacción. Pero es manifiesto el tono de mutuo criticismo, y el *Fedro* termina con un supuesto mensaje de Isócrates al maestro. «Isócrates es aún joven»—naturalmente, en la época de la imaginaria fecha de aquella conversación—y «atesora un material, excesivamente hermoso, para ser únicamente un orador; si quiere dedicarse á la filosofía tiene genio para ello». «*Lleva este mensaje mío, Fedro, á Isócrates á quien amo.*» Si esto es una «polémica», no indica mucha vivacidad en la misma; es más bien el tono de un antiguo amigo que, olvidando lo pasado, concede respeto á una diferencia de opiniones. La probabilidad es que poseamos el *Fedro* en una revisión posterior. La primera publicación daría acaso origen á un estallido de cólera de Isócrates, el *Fedro* actual volvería á escribirse unos quince años más tarde, contestando, de un modo culto, varios puntos de crítica, y terminando con este manifiesto ramo de olivas.

Durante estos años, Platón estaba trabajando su

obra más elaborada, la *República*. Empleó, para la introducción, un pequeño diálogo escrito en su primer estilo humorístico, «sobre la justicia» entre Sócrates y Trasímaco. Este es el actual libro primero de la *República;* lo restante es uniforme, según atestigua el lenguaje de toda la obra, y las varias teorías para dividir en «secciones» este largo trabajo, se hallan, por completo, faltas de fundamento. El asunto capital de esta gran unidad es la δικαιοσύνη, lo que es la justicia y si hay algún motivo para ser justo, más bien que injusto. Esto conduce á la discusión y pintura de una sociedad justa; no, como esperaría tal vez un lector moderno, porque la justicia sea la relación entre un hombre y los demás—Platón insiste con énfasis en que es algo que está en el propio carácter del individuo—sino á causa de que es más fácil ver las cosas en grande escala. No vamos á intentar aquí el análisis de esta obra maestra de sostenida argumentación, de observación, de talento, de imaginación y de inspirada elocuencia. Decir que desarrolla el socialismo y el comunismo, la igualdad de los dos sexos, la abolición del matrimonio, la desaparición del comercio, el empleo de todos los recursos del Estado para la educación, la abolición casual, y como sin importancia, de la esclavitud y el elemento de despotismo que se deja en manos de la clase de los perfectos soldados, todo esto resultaría caricatura en una descripción tan somera. El espíritu de la *República* puede, naturalmente, obtenerse tan sólo de la obra misma y gracias á un estudio considerable del espíritu griego ó por una gran fuerza real de simpatía imaginativa. Es imposible espumarla del mismo modo que lo es en las grandes obras vivientes del pasado.

Las dotes de Platón, en su pensamiento y en su ex-

presión, se manifiesta en la *República* en un grado más elevado, pero comienzan á entreverse varias de las notas de sus últimos años: el interés político predominante, la afición hacia un Dionisio dócil y reformado, la creciente amargura del poeta filósofo contra la sirena que parece apartarle de la verdad. Platón habla de la poesía como habla Mr. Ruskin de la forma literaria. «Muestro á los hombres sencillamente su deber; y contestan: ¡que mi estilo es encantador!» «La poesía es una completa ficción. No es la verdad ni la sombra de la verdad: es la copia de la sombra, inútil como toda tercera copia; y, sin embargo, es capaz ¡de envenenar un pueblo y de enloquecerlo con su deleite! Debe ser completamente desterrada de la ciudad de la Justicia». Aristóteles y todos los demás que no nos hallamos en peligro por los excesos de nuestra imaginación, y que no hemos empleado largos años en trabajar apasionadamente por un ideal de verdad, del cual la poesía ofrece siempre un espejismo inaccesible, debemos deplorar sinceramente la falta de apreciación de Platón. Puede intentarse excusarle diciendo que cuando habla de poesía piensa en Queremón y en los hijos de Carcino. Pero no era así. Era la verdadera poesía, Homero y Esquilo y el mismo Platón, contra quienes se revuelve; y hubiera sido desleal á su filosofía si hubiese obrado de otro modo. Platón había fundado su vida en la creencia de que la profundidad de pensar podía conducir á los hombres á su salvación; de que la Verdad y el Bien coinciden, por lo menos en su término. Intentó trabajar hacia este fin, sucediese lo que quisiera; y si la Poesía se interponía tenía necesidad de echar á un lado á la poesía. Después de la *República* desapareció aquella, casi por completo, de sus obras; el *Sofista*, el *Político*, las *Le-*

yes nos ofrecen poco de ella y aun los mismos mitos se hacen más abstractos y didácticos con excepción, tal vez, del de la Atlántida en el *Critias*.

Es curioso que Platón no incluye sus mitos en la condenación de la poesía, ya que ésta es la que originalmente los justificó. Una visión divina en el *Fedón* encarga á Sócrates, precisamente poco antes de morir, que «practique la poesía» (μουσικήν); el oráculo de Delfos proclama á Sócrates, en la *Apología*, el más sabio de los hombres, á causa de que conoce su propia ignorancia. Ambos, visión y oráculo, son aparentemente ficciones; son los procedimientos de Platón de dotar, con una sanción divina, los dos caracteres principales de Sócrates, el cuestionador inspirado y el inspirado narrador (1).

En su vida ulterior, se vuelve también Platón, seriamente, hacia la política. Entonces crecía una generación más joven de filósofos, cínicos, estoicos y epicúreos, que dirigieron esencialmente sus investigaciones al alma individual, apartándola de las materias que hacen referencia al Estado. Hubo un tiempo en que Platón se hallaba dispuesto á preconizar él mismo tal doctrina. Había comenzado á vivir en una reacción contra el gran período político. Pero, después de todo, era hijo de la Atenas de Pericles, y la deliberada indiferencia de las escuelas nacientes debe haberle hecho la impresión de una falta en los deberes de todo ciudadano. Las tres cuartas partes de sus últimas obras tratan de política, y la aspiración constante de su vida externa es la conversión de Dionisio II. Este último pensamiento hace su primera aparición visible en aquella *tercera ola* que debe hacer posible la *Re-*

(1) Schanz: *Hermes*, XXIX, 597.

pública (pág. 473)—la petición de que sean reyes los filósofos ó que se dediquen á la filosofía aquellos que sean reyes, y la insistencia que allí se encuentra de la inevitable maldad del tirano, puede, en parte, pensarse como una exhortación personal. Durante veinte años estuvo apegado el grande hombre á la esperanza de ¡convertir en un rey filósofo á aquel vicioso *dilettanti!* El espíritu de ilusión, que había «arrojado de sus obras con una horca», volvió á manifestarse de un modo más intenso.

Dión le había llamado por segunda vez á Sicilia, en 367, inmediatamente después de la sucesión de Dionisio II, y él acudió á este llamamiento. El resultado fué una breve exaltación de entusiasmo filosófico en la corte de Siracusa; se dice que el aire se obstruía con la arena que usaban los geómetras para sus diagramas. Luego vinieron la frialdad, las disputas, el destierro de Dión y la vuelta desengañada de Platón. Naturalmente, un Príncipe joven puede extralimitarse, y después arrepentirse; puede escuchar á malos consejeros, y reconocer más tarde su error. Platón hallábase dispuesto, al recibir otra invitación en 361, «á pisar nuevamente la mortífera Caribdis», como dice, de modo homérico, la *Carta* VII. No consiguió reconciliar al rey con Dión, y escapó con vida, gracias tan sólo, al auxilio de la comunidad pitagórica de Tarento. Dión volvió á los procedimientos antifilosóficos, arrojó del trono á Dionisio en 357 y murió asesinado en 354. En el libro IV de las *Leyes* podía, seguramente, escribir Platón (709 y sig.): «Dadme una ciudad gobernada por un tirano para establecer en ella nuestra comunidad; que el tirano sea joven, dócil, valiente de carácter suave, y tan afortunado, que tenga á su lado un pensador verdadero y legislador.» Esto es, ca-

sualmente, lo que se dice ser el fin de la primera mitad de esta larga obra. Las *Leyes* deben haberse escrito durante muchos años, y se encuentra un visible cambio de estilo después del libro IV. En la segunda mitad no se ven ya las esperanzas de Platón hacia un reinado de este mundo, á no ser que se vean en aquel triste pasaje, en el cual contempla y acepta una doctrina á la que se hubiera opuesto diez años antes con todas sus fuerzas—esto es, que existe, en último término, ¡un Espíritu Malo en el mundo! (pág. 896).

Los otros escritos del último período son puramente filosóficos. El *Sofista* y el *Político* son secuelas del *Teeteto;* siguen en su método la poco atractiva «dicotomía» del *Parménides*. El *Sofista* es una demostración de la realidad del no ser, región en la que el sofista tiene su existencia, y en que, esencialmente, pretende ser lo que no es. El *Filebo*, investigación sobre la Bondad—no es ni el conocimiento ni el placer, pero tiene más analogías con el primero,—es notable, por desarrollar su metafísica sin hacer uso de la llamada teoría de las ideas; su base es la unión de lo finito y lo infinito, de la pluralidad y la unidad. De la estadística de su lenguaje aparece haber sido compuesto al mismo tiempo que la primera parte de las *Leyes*.

El *Timeo*, sobre el origen del mundo, y el *Critias*, sobre el de la sociedad humana, pertenecen al tiempo de la segunda mitad de las *Leyes*. El *Timeo* es la investigación más evidentemente fútil ó la menos inteligible de Platón; un intento de construir el mundo físico por medio de elementos de abstracta geometría, en lugar de los átomos de Demócrito. El fragmento del *Critias* trata de la gloria y decadencia de la isla Atlántida, tipo ideal de la fuerza y riqueza completamente materiales, con mucho parecido á Atenas. De-

bía seguir otro diálogo en esta serie: el *Hermócrates;* pero no fué jamás escrito. Platón murió dejando sin corregir sus *Leyes*—aunque, según dice la tradición, ya lacradas, para que Filipo de Opuntia las transcribiera y editara—y el *Critias* interrumpido á la mitad de una sentencia.

Platón había fracasado en la mayor parte de los esfuerzos de su vida. Seguramente era admirado por una gran parte del mundo griego; su grandeza era comprendida, no sólo por los filósofos, sino también por los generales y estadistas directores. Los Cirenaicos se hallaban enojados por su sublimidad; los Cínicos estaban furiosos contra él por ser un falso socrático, un filósofo rico, trabajando cómodamente en su jardín, en vez de participar de la casa del desheredado y de gritar en mitad de la calle contra el vicio. Pero al final de su vida se hallaba ya en situación á la que no alcanzaban los ataques. La misma comedia fué amable para él; y las infamias de la generación inmediata, no son más que el rebote contra las previas exageraciones de la alabanza. Es significativo en la concepción que mereció del vulgo, que el rumor popular le hiciera hijo de Apolo y le envolviera en los mitos apolínicos; y en el concepto filosófico, que Aristóteles—que, seguramente, no era sentimentalista ni acérrimo discípulo suyo—le edificara un altar y un templo.

Pero el mundo iba mal á los ojos de Platón; aquellos que le alababan no le obedecían; aquellos que le veneraban le contradecían. Había trabajado esperando hallar alguna clave para el mundo—algún principio que le hiciese obrar con todos los conceptos mentales, como se obra con los conceptos matemáticos. El conocimiento de este principio, es el que hace á los «legisladores» de las *Leyes* y de la *República,* infali-

bles y despóticos. El mismo Platón conoció que no lo había podido encontrar. El porvenir era para los hombres que tuvieran más cascajo y menos crítica interna. Arístipo podía enseñar y realizar un hedonismo atrevido; Demócrito podía organizar la ciencia y formar un materialismo dogmático definido; Antístenes podía injuriar al mundo entero, sin recelo alguno, comprendiendo en él el arte, la enseñanza y hasta el honor. Estos fueron los autores de las grandes escuelas persistentes. El platonismo no tuvo una forma propia. Espeusipo, sobrino y sucesor de Platón, únicamente veneró á su tío y pensó que era imposible todo el conocimiento detallado, hasta que se pudiera conocer algo; Aristóteles desarrolló su sistema propio, práctico, profundo, enciclopédico, pero completamente distante de aquél, y decisivamente antiplatónico; Heráclides concluyó de matar el espíritu de ficción y el misticismo de su maestro, y vino á ser una especie de reproche para su memoria.

Pero justamente, esta falta de finalidad en el pensamiento de Platón, es lo que le ha hecho inmortal. En él no hallamos un sistema, sino un espíritu, y un espíritu que no puede ser supeditado por ninguna clase de descubrimientos. Es un error imaginar á Platón como un soñador; era agudo y á las veces satírico en su perspicacia. Pero se eleva por encima de su sátira y, fuera de la época del *Gorgías*, se cuida siempre más de la belleza que puede experimentarse en las cosas que de su lado feo. Es tan equivocado idealizarle como una especie de héroe Apolínico, radiante y sereno, como suponerle semejante á la cabeza triunfadora del Baco indio. Era conocido por su aspecto encorvado y por sus ojos penetrantes; las *Cartas* hablan á menudo de sus enfermedades; y el tono usual de Platón al ha-

blar de su tiempo, es semejante al de Carlyle ó Mr. Ruskin. Es el más gran maestro en el estilo de la prosa griega y acaso también en el de la prosa del mundo entero. Los críticos antiguos, excesivamente aficionados á la oratoria, pusieron á Demóstenes á su nivel ó encima. La crítica de Dionisio (v. págs. 385 y 386) toma el fingido discurso del *Menexeno*, para compararle con el *de la Corona*. Pero el rango de Platón es mucho más elevado; tiene mucha más delicadeza y profundidad y un horizonte imaginativo más amplio del que era posible al estadista práctico y al abogado. Al leerle se siente, á pesar de todas las exageraciones y excentricidades á que le lleva su temperamento, que se está en presencia de un espíritu para el cual ninguna sutileza es demasiado difícil, ningún ambiente especulativo ó intelectual excesivamente rarificado. Las acusaciones contra él no tienen valor alguno. Su obra en el mundo era pensar y escribir, y ambas cosas hizo asiduamente y á un mismo nivel de sublimidad. Poca mella hizo en él la acción, en el sentido ordinario de la palabra; cuando se le ofreció algún llamamiento, como en el caso de Dión, respondió á ella con devoción quijotesca. Pero si la vida de un hombre puede ser evaluada por el pensar y el idear, Platón debe ser contado, sin duda alguna, en el número de los santos de la historia humana.

Toda su existencia se desarrolla ἐν τῷ καλῷ; y acaso no existe hombre alguno del cual pueda decirse, de un modo tan cierto, que su vista se hallaba fija en algo que no puede manifestarse en los términos del éxito mundano y que hubiera pasado sin vacilación alguna por entre el fuego por su causa (1).

(1) Las cartas platónicas deben ser juzgadas según el

XV

JENOFONTE

JENOFONTE, HIJO DE GRILO, DE ERQUIA (434 Á 354 ANTES DE CRISTO).

Entre los compañeros más apegados á Sócrates había dos jóvenes de la clase de los caballeros, casi de la misma edad, ambos de tradiciones aristocráticas y algo falsas, que ocultaban cuidadosamente la ambición política que les animaba y que en modo alguno se hallaban satisfechos de ser únicamente literatos. Platón se quedó en Atenas aprendiendo la música, matemáticas, retórica, filosofía; cumpliendo sus deberes militares; escribiendo, y quemando después, poesías amorosas; dedicando sus esfuerzos á la imitación de Eurípides en la tragedia. JENOFONTE buscó fuera su fortuna.

Cuenta la leyenda que Sócrates, al encontrar por primera vez á Jenofonte, en su mocedad, le paró con

---

valor de cada una. Creo, por ejemplo, que la XIII es probablemente auténtica (así opina también W. Christ) y que la VII es una compilación primitiva de materiales auténticos. La tendencia de rechazar como imposturas todas las cartas antiguas, (v. por ejemplo, el prólogo de Hercher á los *Epistolographi Graeci)* es únicamente una reacción proveniente de la antigua controversia sobre las cartas de Fálaris.

el bastón y le preguntó, secamente, dónde podía encontrar varios artículos de venta usual. El muchacho le comprendió y le contestó con urbanidad, y entonces Sócrates continuó: «¿Y dónde pueden encontrarse los hombres καλοὶ κἀγαθοί (hermosos y buenos)?»—concepto intraducible que incluye al «hombre hermoso» y al «hombre bueno». El muchacho no supo qué contestar; no lo sabía. «Entonces, sígueme» dijo el filósofo. La leyenda está bien urdida. Jenofonte no fué nunca un filósofo, pero era el tipo del καλὸς κἀγαθός: hombre de sana inteligencia, enteramente religioso; buen *sportsman* y buen soldado; buen esposo y buen padre; sin poder alguno especulativo y sin afición á criticar las creencias corrientes sobre los dioses ó las leyes, pero bastante dispuesto á preconizar y filosofar suavemente sobre toda clase de asuntos menos peligrosos.

Se dice que era admirablemente hermoso y tuvo también cierto rasgo de novela. Un amigo beocio, Próxeno, había sido encargado por el Sátrapa Ciro, hermano del gran rey, para conducir una tropa de mercenarios griegos en una expedición por tierra hacia Cilicia. El objeto de la expedición, no había sido divulgado, pero el sueldo era elevado, y se presentaba oportunidad para toda clase de aventuras. Próxeno ofreció á Jenofonte llevarle con él. En realidad, Jenofonte no quiso entrar al servicio de Ciro, que había sido, tan recientemente, enemigo de su patria, pero obtuvo ser presentado á este príncipe y le siguió como un militar agregado. Lo restante del relato es bien conocido. Las tropas fueron avanzando, asombrándose y temiendo acerca del objeto real de su marcha. Finalmente, se esparció el rumor de que se dirigían contra el gran rey. Algunos huyeron; la mayor parte se encontraron comprometidos y siguieron adelante.

Pelearon contra el rey en Cunaxa; Ciro fué muerto. Los griegos fueron gradualmente aislados y rodeados por los enemigos. Sus cinco capitanes, incluyendo al amable amigo de Jenofonte, Próxeno, al vencejo espartano Clearco, al tesalio Menón, incapaz de escrúpulo alguno, fueron arteramente invitados á una conferencia, presos y asesinados. Las tropas se encontraron sin jefes, en el corazón de un país enemigo, á más de mil leguas de distancia de la Grecia. Jenofonte las salvó. En la noche de desmayo que siguió al asesinato de los generales, reunió á los jefes restantes, redujo á un oficial subalterno que aconsejaba sumisión—un sujeto medio lidio ¡con pendientes en las orejas!—hizo elegir nuevos generales, contándose él mismo entre ellos, y dirigió la marcha peleando y huyendo hacia las montañas inexploradas del Norte. Apenas pasó día ó noche sin alguna aventura hasta la tarde memorable del 27 de Enero del año 400 antes de Cristo, en que se hallaron á la vista del mar cerca de Sínope; y no hubo tranquilidad alguna para Jenofonte hasta que entregó su ejército al Harmoste espartano Tibrón, en Marzo del 399.

Fué un heroico y brillante término. A la verdad, las dificultades no fueron tan grandes como parecieron; pero la misma marcha fué la primera señal, para Europa, de la interna debilidad de los imperios de Oriente que fué puesta al descubierto por Alejandro, Pompeyo, Lúculo y los varios conquistadores de la India. Mas el valor placentero de Jenofonte, su inteligencia y cultura, relativamente elevadas, su honor transparente, su religiosa simplicidad, combinadas con una grande habilidad para manejar á los hombres y un verdadero don de improvisar disposiciones para hacer frente á toda contingencia, le capacitaron para llevar

á cabo una proeza que en vano hubiera intentado alcanzar cualquier militar más hábil. No fué completamente afortunado como *Condottiero*. Sus *Diez mil*, por orgulloso que le pongan más tarde por sus hechos, contenían muchos de los peores granujas de la Grecia; y Jenofonte, como Próxeno, les trataba demasiado á lo gentilhombre. El viejo Clearco, con el látigo en la mano y una maldición en los labios, sin dejar jamás su mal humor, fuera del momento de la acción, era el único hombre que debía haberlos guiado.

Para Jenofonte la «Anábasis» fué una gloria y un *mal paso*. Ciñó una aureola de novela alrededor de su cabeza pero dió por terminadas sus ocupaciones. Se acordó de que Sócrates jamás había aplaudido su expedición; que el dios de Delfos, no había sido bien consultado; y se consoló, con la reflexión de que si hubiera sido más diligente, hubiera podido ser más afortunado. Su demon familiar se lo había dicho así La expedición había dejado en él cierto sentimiento medio declarado de que era un ἀρχικὸς ἀνήρ, hombre nacido para mandar. Escribió una larga novela, la *Ciropedia* ó educación de Ciro, respecto á este ideal ἀρχικὸς ἀνήρ, en la cual un ligero recuerdo de la historia de Ciro el grande, se juntaba á los caracteres tomados de Ciro el joven y á la propia concepción de Jenofonte respecto á aquello que él quisiera ser. Esto fué más tarde. En este tiempo había soñado, más de una vez, en fundar una colonia en Asia y ser un rey-soldado filósofo. No habiéndolo conseguido, pensó en tener uno ó dos castillos cerca del Helesponto y obrar como un campeón independiente de la Hélada contra los bárbaros. Pero nadie más lo deseó, y Jenofonte, no supo llevarlo á cabo ó disponerlo, y fué arrastrado por la corriente. No pudo volver á Atenas, que se encon-

traba entonces ocupada en condenar á muerte á su maestro y que regularmente le hubiera acusado de alta traición. Además, no eran posibles ya las aventuras en Atenas; todas se encontraban en Asia. Mientras tanto el caballero andante de la Hélada se hallaba en la situación de un filibustero, á la cabeza de unos ocho mil rufianes, que no tenían disciplina alguna que los dominara. Algunos de ellos, según supo más tarde, estaban discutiendo el precio de su asesinato con el Harmoste Tibrón, el cual no se hallaba, naturalmente, inclinado á tolerar que un ateniense independiente se hallase en posesión de un poder tan grande y ambiguo. Un dictador de nacimiento hubiera obrado de otro modo: Jenofonte entregó su ejército y se puso al servicio de los espartanos, entonces aliados de Atenas, contra Persia. Era realmente cosa fatigosa el tener que pasar de un harmoste á otro, sin que se le confiase jamás cargo alguno de verdadera importancia. Sin embargo, se casó con suerte, tuvo buenos amigos en el Quersoneso y procuró resignarse. Por fin, en 396 vino un general de mejores condiciones, el rey espartano Agesilao, encargado de dirigir una guerra más decisiva contra Artajerjes. Jenofonte formó parte de su estado mayor y ambos fueron íntimos amigos. Pero la fortuna era caprichosa. Atenas se alió con Artajerjes en 395; al año siguiente declaró la guerra á Esparta y condenó á Jenofonte por «laconismo;» injuria que, como antes el «medismo,» llevaba anejo el destierro y la confiscación de bienes. Si antes Jenofonte había desertado, ahora, en cambio, no tenía ya elección posible. Entró formalmente al servicio de Esparta, volvió á Grecia con Agesilao y se halló con él, aunque acaso no como combatiente, cuando derrotó la alianza Tebano-Ateniense en Coronea.

Jenofonte tenía entonces unos cuarenta y un años pero había concluido ya su vida activa. Los espartanos le dieron una posesión en Escilunte, cerca de Elis, y le emplearon, acaso, como agente político. Dedicó los veinte años siguientes, en su retiro, á ser un labrador noble y culto; escribió mucho, dedicóse con ardor á la caza y educó á sus dos brillantes hijos, Grilo y Diodoro—los «Dióscuros», según se les llamaba—para ser, como su padre, muestra de la caballería de aquel tiempo. Probablemente, fué el principal objeto de lo restante de la vida de Jenofonte el hacerse levantar la sentencia de destierro y evitar que sus hijos crecieran sin tener un país propio. Por fin, vió colmados sus deseos. Cuando Atenas volvió á aliarse con Esparta, el «laconista» cesó de ser considerado como traidor, y sus hijos fueron admitidos en su antiguo regimiento: y cuando Grilo fué muerto en Mantinea, toda la Grecia le dedicó poemas y epitafios. En este tiempo no se hallaba ya Jenofonte al servicio de Esparta. Había sido arrojado de Escilunte por una expedición de los Eleos en 370 y huyó á pasar el resto de su vida en la tranquila neutralidad de Corinto.

De los frutos literarios de su retiro, el más importante y el mejor escrito, sin duda alguna, es la colección de sus recuerdos en la *Anábasis*. Parece también que es uno de sus escritos más antiguos, aunque alguno de sus pasajes—como V. 3, 9, donde hace referencia á su vida anterior en Escilunte—debe haber sido añadido mucho más tarde. Los escritos autobiográficos eran en aquel tiempo casi completamente desconocidos; pero esta publicación era para Jenofonte como obligada por la representación errónea de sus acciones que corría en Atenas, y tal vez, acaso, por los recuerdos de la expedición que había publicado

ya Soféneto de Estinfalia. Leemos en Jenofonte que Soféneto era el más viejo de los oficiales; que en cierta ocasión se había negado á obedecer una orden de Jenofonte de atravesar cierto peligroso desfiladero; que fué multado en diez minas por haber faltado á sus deberes (1). Esto es lo que cuenta de él Jenofonte. No hay duda alguna de que este relato exigía contestación. Pero ¿por qué publicó Jenofonte su libro bajo un nombre supuesto y él mismo lo cita en las *Helénicas* como obra de «Temistógenes de Siracusa»? No hay ataque serio en contra de la existencia de esta simulación. Todo el estilo del escrito muestra que el «Jenofonte de Atenas» citado en tercera persona, es realmente el escritor del libro. Es fácil imaginar que el «pseudónimo» era una precaución técnica contra la posible συκοφαντία dictada por la situación legal de Jenofonte. Era ἄτιμος —un desterrado que se hallaba fuera de la ley. Le estaba prohibido λέγειν καὶ γράφειν (hablar ó escribir) en el sentido legal de las palabras en Atenas. No podía poseer propiedad alguna. ¿Cuál era la situación de un libro escrito por un hombre de esta clase? ¿Debía ser quemado como los de Protágoras? ¿O podía el librero ser perseguido por publicarlo? Sin duda fué muy prudente, en relación á las formalidades legales, el hacer pasar el libro bajo el salvoconducto de un nombre que no comprometiera.

El estilo de la *Anábasis* no es muy hábil y la narración es algunas veces lánguida cuando los acontecimientos son movidos. Sin embargo, en su conjunto, se nota con Gibbón, que «esta agradable obra es original y auténtica» y que posee un encanto inestimable. Los detalles son vivientes. El oficial que se cae de la roca

(1) *Anábasis*, v, 3, 1 y 8, 1; vi, 5, 13.

por agarrarse á la ligera capa de un Kurdo que huía; los Mosinecos exponiendo á la admiración de los griegos sus gordos chiquitines, alimentados con harina de castañas; las carreras en Trebizonda llevadas á cabo bajo la orden de «correr donde se pueda»; los Tinios despertando al autor con la invitación de que salga y muera como un hombre, en vez de ser abrasado en su cama—hay, literalmente, centenares de tales cosas. Sin duda que Jenofonte se equivoca, algunas veces, en las distancias y en los detalles de hecho, y la tendencia á la novela que hallamos en la *Ciropedia* tiene ligero, aunque visible efecto, en la *Anábasis*. Los discursos adornados son pobres y no convincentes. De todos modos, en su conjunto, es una obra fresca y franca, en la cual, por lo menos, el escritor consigue no echar á perder un relato verdaderamente conmovedor.

Diremos algo, aunque brevemente, de sus restantes obras. Cuando Sócrates fué atacado y mal comprendido, cuando Platón y los demás socráticos le defendieron, Jenofonte también se sintió llamado á escribir sus *Memorias de Sócrates*. Su notable memoria le hace quedar en buen lugar. Ofrece un Sócrates que casi todos sus contemporáneos habrían reconocido por muy semejante al vivo. Platón, entusiasmado por sus ideas especulativas propias, alteró inevitablemente á Sócrates. Las ideas de Jenofonte formaban un conjunto más limitado y más dócil: raras veces se equivoca sino es cuando no entiende bien. En las últimas ediciones de sus *Memorabilia* inserta una detallada refutación de las acusaciones hechas por el «acusador», como llama á Polícrates, contra la memoria de Sócrates; y parece que permite mayor juego á su propia imaginación. Cuando Platón escribió la *Apología*, Jenofonte halló algunos huecos que

aquélla no llenaba. Hizo varias indagaciones y publicó una pequeña nota de la suya propia *Sobre la Apología de Sócrates* (1). Cuando Platón escribió el *Simposio*, Jenofonte no quedó enteramente satisfecho con la impresión imaginativa experimentada por esa extraordinaria obra maestra. Corrigiólo con otro *Simposio*, igualmente imaginario, pues era un muchacho cuando tuvo lugar el supuesto banquete, pero mucho más ceñido á los hechos y obra instructiva de gran valor anticuario.

Otro apéndice á los escritos socráticos de Jenofonte, el *Económico*, donde Sócrates da consejos respecto al manejo de una casa y á los deberes de marido y mujer, tiene derecho, de un modo especial, á las simpatías de los modernos. La mujer es encantadora—casi como las heroínas de Thackeray, aunque es más capaz de educación—y el pequeño diálogo, tomado juntamente con los respectivos trozos de los *Memorabilia* y la *Ciropedia*, constituye casi el único ejemplo, en este período, del pensamiento ático sobre el ideal moderno «bourgeois» de las mujeres buenas de la clase media y lugar común de los matrimonios felices. Antifón el sofista, que á primera vista parece que escribe con este mismo espíritu, en realidad es más internamente filosófico.

El *Hierón* es un diálogo, no socrático, sobre el Gobierno, que se supone ocurrir entre el tirano Hierón y el poeta Simónides. El *Agesilao* es un elogio del real amigo de Jenofonte, constituido, en gran parte, por fragmentos de las Helénicas, y mostrando en el lenguaje cierta tendencia isocrática.

---

(1) Sobre su autenticidad, véase Schanz, *Introducción á la Apología de Platón.*

La obra más larga de Jenofonte, las *Helénicas,* forma dos partes distintas, separadas por la fecha y por su estilo. Los libros I y II son manifiestamente una continuación de Tucídides, hasta el fin de la guerra del Peloponeso. Los libros III-VII contienen los anales de la Grecia hasta la batalla de Mantinea y terminan con esta frase: «He escrito hasta aquí; lo que sucedió después, será, acaso, trabajo de otro.» La primera parte, aunque muy distante de Tucídides en sagacidad, en poder, en unidad de ideas y en estilo, es evidentemente superior á lo restante de la obra. Las *Helénicas,* aunque siempre brillantes y claras en los detalles, forman un trabajo histórico muy débil. Fuera de su experiencia personal, Jenofonte es un hombre al agua. La cronología es falsa; hay poca comprensión de la serie de sucesos como un conjunto; no hay apreciación real de Epaminondas. El hecho de que esa historia sea la obra de un hombre verdaderamente capaz, con grande experiencia y excepcionales condiciones para obtener una información exacta, sirve para apreciar el extraordinario genio de Tucídides.

Poseemos un tratado sobre la *Constitución de Lacedemonia* (1), un ensayo sobre las *Rentas de Atenas,* un manual del *Jefe de Caballería* y otro de *Equitación* y un tratado sobre la *Caza con perros,* que llevan el nombre de Jenofonte. El último es sospechoso por motivos de estilo, pero puede ser obra de su juventud. La autenticidad de sus *Rentas* depende, en parte, de cuestiones cronológicas que no han sido aún definitivamente resueltas. Es un libro interesante y parece haber sido escrito en apoyo del gobierno de paz de Eú-

(1) Respecto á la *Constitución de Atenas,* v. más atrás, pág. 209.

bulo. Los manuales de Caballería, no dan una grande idea de la disciplina militar de los griegos, y son menos sistemáticos que el manual de *Resistir un sitio* por el contemporáneo de Jenofonte, el Arcadio ENEAS TÁCTICO.

La *Ciropedia* no es una novela histórica; si lo fuese, Jenofonte sería uno de los más grandes escritores que han ideado nuevas formas literarias. Es una exposición del gobernante ideal y de la mejor forma de gobierno bajo el revestimiento de una historia de Ciro el Grande, en la cual la verdad se halla subordinada á algún ejemplo (1). La forma es la misma que siguieron varios sofistas. Jenofonte la tomó, acaso, de Pródico, prefiriéndola al usual expediente socrático de un diálogo imaginario. La obra fué grandemente admirada en la antigüedad y en el siglo último. El estilo es más acabado que el de cualquiera otra de las obras de Jenofonte. El color oriental está bien sostenido. Los incidentes contienen gran suma de materiales emocionalmente trágicos, que sólo dejan de ser de efecto, porque el gusto moderno exige un trabajo más acabado que el que Jenofonte nos ofrece. El ideal político que forma el objeto capital del libro, se describe felizmente por Croiset, como «una Versailles de Luis XIV, revisada y corregida por Fenelón». Cuando se publicó—si creemos la autoridad del gramático latino Aulo Gelio,—fué considerado ¡como una réplica á la *República* de Platón!

Jenofonte era un aficionado á la literatura, como lo era á la guerra, á la historia, á la filosofía, á la política y á los deportes campestres. Era susceptible

(1) Contrasta, por ejemplo, el relato histórico de la muerte de Ciro, en Heródoto, I, 214, y el novelesco de la *Ciropedia*, VIII, 7.

á toda influencia que no le ofendiera moralmente. Su estilo es sencillo, pero algo desigual. Algunas veces peca por algún refinamiento; el elogio de Agesilao procura evitar el hiato y demuestra la influencia de Isócrates; los discursos de sus historias y la concepción total de las *Helénicas* manifiestan la influencia de Tucídides. La de Platón lleva á Jenofonte á un sistema de imitación y corrección completamente infundado. Su lenguaje tiene igual receptividad. Muestra aquella ausencia de exclusivismos coloquial y democrático que excitaba el desprecio del Viejo Oligarca (1); se deja influir por los idiotismos de comarcas aficionadas á lo antiguo, por la *lengua franca* de los soldados del Asia, y acaso por su larga residencia en países extranjeros—aunque es muy notable la ausencia de dorismos. Si, á pesar de esto, Jenofonte llegó á ser en la época Romana un modelo de «aticismo», se debe á su manifiesta simplicidad y á su estilo fácil, á su *inaffectata jucunditas*. Es ático, en el sentido de que no tiene relumbrón, que no busca el efectismo y que puede hablar, con interés, sobre cualquier asunto «sin ahuecar la voz».

(1) *Constitución de Atenas*, II, 8.

XVI

LOS «ORADORES»

INTRODUCCIÓN GENERAL

La mayor parte de los aficionados á la literatura griega, aunque muy sensibles al valor trascendental de los poetas y de los historiadores, hallan no poca dificultad en admirar ó leer á Lisias, Isócrates é Iseo. El disgusto está justificado en parte; los oradores griegos no valen, para el mundo, lo que valen los poetas griegos. Pero, en parte, es el resultado de una mala inteligencia. Esperamos hallar en ellos lo que llamamos la «oratoria»; buscamos en ellos la declamación que nos ofrecen Burke, Grattan y Bossuet, y hallamos que, con pocas excepciones, nuestro deseo no se ve realizado. Seguramente, Demóstenes es sobremanera elocuente, y cuando no agrada al promedio de los modernos es, tan sólo, á causa de que éstos son más aficionados al decorado y á la impetuosidad, y no pueden comprender la vivacidad oratoria. Pero muchos se desesperan al leer á los oradores más antiguos y se asombran al querer averiguar por qué arte ó encanto nos han sido preservados, durante más de dos mil años, el discurso de Lisias *Contra los traficantes en trigo*, ó el de Iseo *Sobre el Estado Civil de Cleónimo.*

La verdad es que consideramos á estos escritores como oradores porque nos hallamos á merced de nuestra tradición. Esta proviene, en parte, de los Romanos que basaban en la oratoria toda su cultura; en parte, del culto del estilo en las escuelas posteriores de los griegos. La escuela crítica característica, es la de Dionisio de Halicarnaso: fué un maestro profesional de retórica en tiempo de Cicerón, hombre de algún ingenio y de mucho entusiasmo, pero sin interés alguno por otra cosa más que por la técnica de la retórica. Critica á Tucídides, el historiador, á Platón, el filósofo, á Isócrates, el publicista, á Iseo, el ingenioso abogado, á Lisias, el trabajador al día para persuadir á los jurados, á todos desde el mismo punto de vista—el de un hombre que ha estudiado y enseñado el estilo durante toda su vida y que ha escrito veinte volúmenes de historia, sin otro objetivo que el estilo. En su campo es un crítico excelente. Ve muchas cosas que nosotros no vemos, y siente de un modo mucho más intenso de lo que sentimos. Habla con odio íntimo del estilo asiático, florido y posterior, la «ramera extranjera» que se ha arrastrado hasta ocupar el sitio del ático veraz y sencillo. Nuestra tradición ha descuidado, por lo tanto, á los historiadores, á los cómicos, á los filósofos, á los hombres científicos, y se ha adherido á los que escribieron en forma de discurso; y estos últimos, sea cualquiera el objeto y el asunto de sus escritos, son todos juzgados como oradores técnicos.

La importancia de los «oradores» para nosotros estriba en tres cosas. Primero, ilustraron la construcción gradual del estilo de la prosa normal y permanente. Los primeros artistas de la prosa habían sido recargados en sus adornos; Gorgías, demasiado poético, Antifón, demasiado formal y austero. Tucídides,

excesivamente difícil. TRASÍMACO de Calcedonia (página 204) dió probablemente la corrección necesaria á este conjunto de yerros, en cuanto era posible al discurso. Su estilo era «intermedio» entre la pompa de Gorgías y el lenguaje del discurso ordinario. Sus transparentes períodos y sus ritmos en prosa agradaban á Aristóteles. Pero era un abogado, no un escritor. El paso inmediato aparece en LISIAS. Tenía una gran práctica, como escritor de discursos, bajo la democracia restaurada y, sin mucha elocuencia ó profundo conocimiento del derecho, una reputación de ganar casi siempre sus causas. Su estilo es el del hombre de clara inteligencia que hace su relato y saca sus consecuencias de un modo tan honrado, que es seguro aparezca artificial y falsa la versión de su adversario. Dentro de sus límites Lisias, es un estilista perfecto; pero es hombre de una clase muy poco imaginativa y se dirige á un jurado. No desarrolla una prosa normalmente literaria. ISEO, abogado de grandes conocimientos y argumentador poderoso, se encuentra aún lejos de aquel objetivo. ISÓCRATES es quien lo lleva á cabo. Los trabajos de ensayo de su escuela—hombres ampliamente educados en las letras, en la filosofía, en la historia, y acostumbrados á tratar ampliamente las cuestiones, con un espíritu liberal y panhelénico—forman, en cierto sentido, la perfección final de la prosa antigua, y, en otro, la ruina de lo que era más característicamente ático ó propiamente helénico. Es pulido, correcto, restringido eufónico é impersonal. Es la primera prosa griega capaz de convertirse en enojosa. Ha durado desde entonces hasta hoy, y es la base del estilo prosaico en latín y en las lenguas modernas. Ha sacrificado los característicos encantos de la expresión griega, la individualidad, la

íntima relación entre el pensamiento y el lenguaje, la naturalidad de espíritu, que ve cada cosa despojada de adornos y que declara cada pensamiento en los términos más sencillos. La influencia de Isócrates fué soberana en todas las *bellas letras;* las obras científicas y la oratoria propiamente dicha, siguieron su camino sin sentir mucho su influencia.

En segundo lugar, los oradores tienen gran valor histórico. Todos son de Atenas y todos viven en el siglo que media entre 420 y 320 antes de Cristo. Otros períodos y otras ciudades no fueron tan favorecidos por la combinación de cultura y libertad necesarias para producir la oratoria política, ó bien, como ocurrió con Siracusa, han sido olvidadas por nuestra tradición. Los oradores áticos son nuestra «fuente» principal para el estudio del derecho ateniense, y nos introducen junto á la gente de los Tribunales de Justicia de una gran ciudad. Los abogados, los jueces, los falsificadores, estafadores, «sicofantas» ó molestos acusadores, que procuran obtener despachos enojosos para los adversarios ó una renta política, descubriendo los pecadillos de la gente honrada. Los recuerdos atenienses son menos nauseabundos que la mayor parte de los de otras naciones, á causa de la suavidad de sus leyes y de la relativa ausencia de crímenes atroces. El procedimiento más doloroso es la tortura de los esclavos testigos; aun en esto, se prohibía una crueldad extremada y cualquier agravio hecho al esclavo, de modo momentáneo ó permanente, debía ser indemnizado. La tortura ateniense parecería, regularmente, juego de niños si se la comparase con la maestría de la tortura en Roma y en la Europa moderna. Afortunadamente también, los mismos dueños parece que casi nunca se negaban á permitir un examen de esta clase, aun en

perjuicio de su misma causa. Toda suerte de argumentos se presentan relativamente al valor ó falta de valor de tales pruebas y los motivos del dueño al permitirlas ó rehusarlas. Es, acaso, lo más extraño cuando un litigante pide la tortura de una mujer esclava para demostrar que su contrario se halla en relaciones con ella, si rehusa, pero los oradores tienen aún un valor mucho más grande. Las propias palabras de Demóstenes, y aun de Isócrates, sobre una crisis política, constituyen un documento de primera mano, más importante que la mejor historia literaria. Nos dan, en una forma palpable, los procedimientos, lós ideales y las creencias generales en la política y en la moral del IV siglo antes de nuestra era, ó, más bien, lo darán cuando sean completamente investigados y entendidos. Nos ofrecen brillantes indicaciones bajo el punto de vista religioso, como en el caso (Lisias, VII) de aquel hombre que es acusado por arrancar de su propio campo el tronco consagrado á un dios, y el de Euxenipo (Hipérides, III) y su sueño ilegal. Una colina de Oropo se pretendía, por cierta autoridad religiosa, pertenecer al dios Asclepio, y un tal Euxenipo fué comisionado para que se durmiera en el templo y relatara su sueño. Este fué, aparentemente, favorable al dios. El político Polieucto presentó una moción en concordancia con él, pero la Asamblea anuló el sueño; decidió que la moción era ilegal y multó en veinticinco dracmas á Polieucto. Excitado por una irritación excusable, volvióse éste contra el soñador y le persiguió por referir á la Asamblea «cosas que no eran de interés público».

Son innumerables las indicaciones relativas á la política, especialmente en Lisias, sobre la actitud de los partidos después del año 404. Para presentar un sólo

ejemplo, su corto discurso *Contra los traficantes de trigo,* arroja una luz muy viva sobre el estado económico de aquel tiempo y la influencia del gran gremio de importadores al por mayor. El jefe demócrata Anito fué nombrado inspector de granos del Pireo en el año, de gran escasez, 388. En un intento laudable para hacer bajar el precio, autorizó, aparentemente, á los vendedores de granos al por menor del Pireo para que se formara un «centro» contra los importadores, y compraran barata su mercancía. Los comerciantes así lo hicieron; pero las «sociedades» para la compra de granos se hallaban expresamente prohibidas en las leyes atenienses, y los importadores intentaron una acción judicial. Eran demasiado poderosos para ser desafiados; podían producir, cuando quisieran, una carestía ficticia. Y hallamos al gran abogado demócrata haciendo todo lo posible en pro de una mala causa, ¡sacrificando á los infelices comerciantes y procurando descartar á Anito!

En tercer lugar, sería excesivo negar á la oratoria griega un valor permanente en cuanto á su belleza. Las *Filípicas,* las *Olintíacas* y el discurso *Sobre la Corona* tienen algo de aquel aire de grandeza eterna, que es tan sólo característico de las más altas obras imaginativas. Hipérides, Esquines, Andócides, son escritores notables, en sus diferentes estilos. El lenguaje usual de Lisias tiene justo derecho á la atención del mundo, como un modelo de lo que llama Dionisio el estilo «sencillo» de la prosa; cada palabra exacta, cada sentencia clara, ningún fausto, ninguna exageración, ningún adorno, excepto el encanto y el ingenio inherentes al lenguaje ático natural. No es, seguramente, una obra de arte en el mismo sentido que un poema de Sófocles. El escribir discursos era «tecne»

(un arte) en el sentido que se sujeta á ciertas reglas y á un objetivo; pero éste era el convencer á un jurado, no la belleza. Fácilmente podemos ser inducidos á error por Cicerón y los últimos escritores sobre retórica. Hablan en lenguaje técnico; «este ditroqueo derribó la casa», dice Cicerón, cuando probablemente la casa en cuestión apenas conocía lo que era un ditroqueo, ni siquiera tuvo noticias del ritmo de la sentencia. Nos hablan del trabajo de los grandes hombres, y nos cuentan que Isócrates empleó diez años en componer el *Panegírico*. Esto es muy edificante; pero no puede ser verdad, puesto que el *Panegírico* tiene en cuenta una situación política particular que no duró diez años.

El tono de los mismos oradores es completamente diferente del de los retóricos, sean modernos, como Dionisio, ó antiguos, como Alcidamas y Gorgías. Fuera de Isócrates, quien según él lo dice repetidamente, es un profesor y no un orador, encontramos que la convención corriente sobre la oratoria, era la misma en los tiempos antiguos que en los modernos, esto es, que un discurso verdadero debe hacerse *ex tempore*, y que la oratoria de estudio ó profesional es materia expuesta á la burla. Si Esquines tiene afición á citar frases absurdas de Demóstenes, no es, por otra cosa, sino por la que un político práctico lo haría también en nuestros días. Los pasajes de la antigua prosa que parecen más artificiales á los modernos, se hallan afectados por la eufonía. La literatura antigua se escribía para ser leída en alta voz, y esto da la clave respecto á las reglas del ritmo y del hiato, así como explica varios detalles, relativos al sistema de puntuación—por ejemplo, la raya debajo la línea, que advierte, de antemano, la proximidad del fin de la sen-

tencia. Somos muy poco sensibles al ritmo y mucho menos aún al hiato, ó al choque de dos sonidos vocales sin una consonante que los separe; en cambio, somos muy excitables por la rima. Los griegos, por lo general, nada sabían de ésta, pero eran muy sensibles al ritmo y odiaban el hiato. Este era absolutamente prohibido en la poesía. En la prosa elaborada se evitó de muy diversos modos por casi todos los escritores, después de 380 años antes de Cristo poco más ó menos. Se atribuye á Isócrates la introducción de esta moda. Fué seguida por todos los historiadores y filósofos y escritores de *bellas letras,* y aun, en sus últimos años, por Platón y Jenofonte (1). Los oradores que «publicaban» tuvieron mucho empeño, por lo general, en conservar esta costumbre, cada vez más seguida. En los debates reales de una asamblea, naturalmente, apenas sería posible tal refinamiento, ni podría ser notado; pero un discurso que se publica tiene que presentar un barniz literario. Un discurso escrito era, sin embargo, cosa excepcional. Los oradores usuales—Calístrato, Trasíbulo, Leodamas—se contentaban simplemente con hablar. El mismo Demóstenes, debió hablar diez veces más de lo que escribió.

Los discursos que poseemos, son en general de tres

(1) Seguramente, se ofrece algunas dudas respecto á esta aversión al hiato. Nuestros papiros más antiguos, dan textos que lo admiten con toda libertad. El discurso fúnebre de Hipérides, por ejemplo, abunda en evidentes muestras de ello, y los papiros pre-alejandrinos de Platón, presentan más hiatos que nuestros manuscritos usuales. ¿Debe esto significar que los eruditos alejandrinos corregían de un modo deliberado, los textos clásicos y hacían desaparecer el hiato? ¿O debe esto indicar que los restos que poseemos pre-alejandrinos, son puramente descuidados? La primera hipótesis debe ser desechada, como absolutamente imposible, aunque hay algunas dificultades para que la última pueda ser admitida.

clases. Primero, aquellos discursos comprados y que fueron conservados por el cliente para quien se escribieron. Tales son los siete discursos *En favor de Apolodoro,* en la colección demosténica, los de Hipérides *En favor de Licofrón,* y *Contra Atenógenes* y la mayor parte de los de Iseo, sobre testamentos. Muy semejante es el caso de Lisias, VIII, en el cual un individuo, que no se nombra, renuncia al trato de sus compañeros—se retira de su círculo, podríamos decir,—por el motivo de que han hablado mal de él, le han acusado de usurparles algo y le han persuadido á que comprara un mal caballo. Sin duda existían otras versiones de este asunto, y el motivo de haber copiado la protesta y haberla hecho circular está á la vista. Otro fragmento de Lisías tiene un origen algo semejante. La segunda parte del discurso en favor de Polístrato (§ 11 al fin), no es, en modo alguno, una defensa de Polístrato, sino una rehabilitación moral del mismo orador, hijo del defensor.

Por otra parte, hay publicaciones hechas por los mismos oradores—unas veces, meros libelos que no han sido nunca pronunciados, otras, discursos reales que se publican en una forma permanente para dirigirse á un círculo todo lo más grande posible. La publicación por Andócides de su discurso *Sobre los Misterios,* es una defensa de su carrera, sin la cual regularmente no hubiera podido vivir seguro en Atenas. Lo mismo ocurre con los discursos rivales *Sobre la Corona.* Esquines había perdido su causa y su reputación; en defensa propia, publicó una versión revisada y mejorada de su discurso, fortaleciendo los puntos flacos de su trabajo ante el Tribunal. Esto obligó á Demóstenes, que en aquel tiempo había cesado de escribir, casi por completo, á revisar y publicar su

réplica. La mayor parte de los discursos políticos conservados, sin embargo, como las *Olintiacas* y las *Filípicas*, parece que se hicieron circular en defensa de una política determinada; y es digno de observarse, que esta publicación es casi siempre el recurso de la oposición en las materias no aceptadas por los gobernantes.

Quedan ya muy pocos casos en los cuales el objeto de la publicación era únicamente literario ó educativo. Los restos atribuidos á Gorgías, dos discursos de Alcidamas y dos de Isócrates son «verdadera literatura». Las tetralogias de Antifón, son ejercicios educativos con un objeto político. Los grandes «logos» epidícticos (discursos de aparato) merecen realmente un nombre mejor. Expresan la tendencia del sentimiento pan-helénico de aquel tiempo, y sólo son impracticables en el sentido de que el internacionalismo no tiene poder ejecutivo. Gorgias, en su *Olímpica* * de 408, proponía una política pan-helénica definida contra Persia. Lisias, en 388, comprometió la democracia ateniense con un generoso, pero brutal ataque, contra Dionisio de Siracusa. Dos olimpíadas más tarde, Isócrates daba al mundo una obra maestra de crítica política, el *Panegírico*. Los discursos fúnebres que se pronunciaban, anualmente, por los que habían muerto en la guerra, eran sermones religiosos, de un tipo, en cierto modo, formal y raramente se publicaban. Nuestra única muestra auténtica tiene un interés práctico, pues ofrece la defensa que hace Hipérides de su política guerrera, en 323. E indudablemente, el discurso fúnebre de Demóstenes, que se ha perdido, contenía una justificación parecida respecto á la de Queronea.

La publicación del discurso, pues, dependía, principalmente, de consideraciones prácticas, muy poco del

valor artístico del mismo discurso. La conservación de lo que había sido publicado, dependía, en gran parte, de la casualidad. La tendencia á preservar y coleccionar libros, puede fecharse, aproximadamente, con la fundación de la escuela de Aristóteles en 335 antes de Cristo. Los peripatéticos iniciaron la tendencia á la erudición ó al movimiento alejandrino en la antigüedad. Buscaban los libros notables, como buscaban los hechos de la historia ó de la naturaleza, para clasificarlos y entenderlos. Y aunque no es probable que Aristóteles atribuyese mucho valor á las obras de Demóstenes y de Hipérides, ó acaso, tampoco, á las de Lisias, la tendencia que había sembrado contribuyó, algún tanto, á la conservación de los manuscritos que corrían bajo un nombre distinguido. La misma idea de las grandes bibliotecas del siglo inmediato, no hubiera jamás sido concebida, si no hubiesen existido ya pequeñas bibliotecas, en gran número, y una afición, ampliamente esparcida, de conservar libros.

BIOGRAFÍAS DE LOS ORADORES HASTA ISÓCRATES

Una lista canónica, de origen desconocido—aparece en Cecilio de Cale-Acte, pero no en su contemporáneo Dionisio—nos da diez oradores áticos por *excelencia:* Antifón, Andócides, Lisias, Isócrates, Iseo, Licurgo, Esquines, Hipérides, Demóstenes, Dinarco. Por arbitraria que sea esta lista, determinaba cuáles eran los oradores que debían ser leídos con fin educativo, desde el primer siglo de la era cristiana en adelante, y ha influido, naturalmente, en la tradición actual. Fuera de ella, poseemos únicamente un importante frag-

mento de Alcidamas *Sobre los Sofistas ó Aquellos que componen discursos escritos*, y algunas oraciones completamente sospechosas de ser *ejercicios de ingenio,* atribuidas al mismo Alcidamas *Sobre Ulises* y á Antístenes el cínico, *Sobre Ayax* y *Ulises,* y, finalmente, un *Elogio de Helena,* y un discurso de *Palamedes,* por Gorgías. La autenticidad de estos últimos parece muy probable, pero no tienen más que un valor arqueológico. Afortunadamente, se han conservado algunos discursos de otros escritores, por haber sido erróneamente atribuidos á alguno de los diez del canon. En la colección demosténica, por ejemplo, la acusación de *Neera* es obra de algún hábil y bien informado ateniense, y el discurso *Sobre Haloneso,* es, acaso, de Hegesipo.

Poco es lo que se conoce de ANTIFÓN, fuera del relato de Tucídides, mencionado más atrás (pág. 245). Trabajó toda su vida preparando la revolución de 411. La promovió y murió por ella é hizo el discurso, que Tucídides consideraba el más grande del mundo, en defensa de sus actos al promoverla. Poseemos tres discursos verdaderos de Antifón y tres tetralogías. Estos últimos son ejercicios de elocuencia, y nos muestran el campeón de los aristócratas oprimidos educando á sus amigos en la práctica forense, como nos dice Tucídides que así lo hacía. Toma una causa imaginaria, con pruebas tan poco positivas ó detalladas como sea posible, y nos da dos discursos en esqueleto—no hay más que esos—para la acusación, y dos para la defensa. Considerando lo difícil de este juego, está bien presentado. Los argumentos son, por necesidad, poco concluyentes, y á menudo sofísticos, pero no podían ser otra cosa cuando la demostración real iba contra las leyes. La argumentación legal es completamente privada.

En realidad, la ley que se tiene en cuenta en las tetralogias no es la ateniense, sino una especie de sistema de sentido común. Puede ser que Antifón, como muchos de su partido, procurase, realmente, educar á los aristócratas de los Estados sometidos, más bien que á sus compatriotas. Los discursos, propiamente tales, son todos sobre asesinato, y el más hermoso de ellos es el de la defensa de Euxiteo (?) de Mitilene, acusado de haber asesinado á su camarada de á bordo, Herodes. El primer discurso, *Sobre una acusación de envenenamiento,* trata de un relato singularmente trágico. Una muchacha esclava, estaba á punto de ser vendida por su dueño, poco menos que un foragido, con el cual estaba en relaciones amorosas; una mujer que deseaba desembarazarse de su propio marido, indujo á la muchacha á dar á esos dos hombres, en una comida que juntos hicieron en una taberna del Pireo, algo que manifestaba ser un filtro amoroso. Los dos hombres murieron. La muchacha confesó enseguida y fué ejecutada; ahora el procedimiento se dirigía contra la verdadera culpable.

Andócides, hijo de Leógoras, de la familia de los heraldos sagrados, se nos presenta como un hombre vigoroso, emprendedor y amargado por las persecuciones. En el extraordinario pánico que siguió á la mutilación de las imágenes de Hermes en 415, Andócides fué denunciado, entre otras 300 personas, por el delator Dióclides, y, del mismo modo que la mayor parte de los demás, fué víctima de toda clase de malos tratamientos. Era todo ello, únicamente, una broma de algunos jóvenes escépticos de su propio círculo, que probablemente considerarían ridículos é indecorosos los Hermes. Para contener el pánico general y prevenir posibles ejecuciones de inocentes, dió su

declaración bajo promesa de perdón, realizando uno de esos actos que no son, casi nunca, perdonados. En vez del perdón, fué obligado á desterrarse por un decreto especial que excluía de los lugares públicos y sagrados «á todos aquellos que habían cometido impiedad y la habían confesado». Empleó los doce años siguientes en empresas comerciales, y se hallaba constantemente impulsado á procurar su regreso. Su primer intento fué en 411, después que, habiendo obtenido de Arquelao de Macedonia el derecho de cortar vigas de construcción, vendió al precio de coste ese maderamen á la flota ateniense. Pronto volvió á ser expulsado. La segunda vuelta dió lugar al discurso *Sobre mi regreso á la patria;* tuvo lugar después de 410, cuando había empleado su influencia en Chipre para hacer enviar á Atenas algunos barcos de trigo, con objeto de remediar la carestía de aquella ciudad. Volvió, definitivamente, con Tucidides y todos los demás desterrados políticos y criminales después de la amnistía de 403 (v. pág. 400). Empleó su dinero, pródigamente, en objetos públicos, y escapó de toda persecución hasta 399, época en que Meleto, hombre importante, le acusó, entre otras cosas, de impiedad, escudriñando el antiguo escándalo del año 415 y acusándole, además, de haber profanado los misterios. Andócides fué declarado absuelto. Su discurso recibe el nombre de esta acusación, pero su principal objeto es, en realidad, dar la propia versión del orador sobre aquel acto de su juventud, por el cual había sido tan largamente perseguido. El tercer discurso, abogando por la paz con Lacedemonia en 390, fracasó en su objeto, y, aparentemente, fué publicado más tarde en justificación de la política de su autor.

Lisias era un siracusano, nacido probablemente en

450, aunque las obras que poseemos pertenecen á la época que va del 403 al 380. Su padre, Céfalo, que nos es conocido por el hermoso retrato que de él ofrece la *República* de Platón, vino á Atenas por invitación de Pericles. Poseía varias casas y una fábrica de escudos muy importante, en el Pireo. Lisias fué á Turio á la edad de quince años, y halló la primera oportunidad de sufrir por la democracia ateniense en 412 después de la derrota de la expedición á Sicilia. Expulsado del Sud de Italia, volvió á Atenas y continuó el negocio de su padre, en sociedad con su hermano Polemarco. Compuso discursos por distracción y dió, tal vez, conferencias sobre retórica. Se dice que como profesor no fué tan afortunado como Teodoro é Isócrates; lo que no nos sorprende si el *Erótico*, que se le atribuye por Platón en el *Fedro*, ó el *Epitafio*, que poseemos entre sus obras, es el tipo característico de su estilo epidíctico.

En el año 404, los asuntos públicos habian cambiado para Lisias. Los treinta tiranos se dedicaron á saquear á los ricos «metocos» ó residentes extranjeros. Los dos hermanos fueron presos. Lisias escapó, pero Polemarco fué ejecutado y confiscado todo lo que se halló de su propiedad. Seguramente no fué todo lo que poseía, puesto que Lisias, echándose vigorosamente en brazos del partido democrático, pudo proporcionar al ejército 200 escudos, 2.000 dracmas en dinero, así como muchos otros auxilios indirectos. Restaurada la constitución democrática, Lisias fué aceptado como verdadero ciudadano á propuesta del mismo Trasíbulo. Hizo su «demegoría» ó discurso parlamentario, que nos ha sido conservado (XXXIV) protestando contra la propuesta de un tal Formisio, á que se limitaran las franquicias de los poseedores de casas

ó tierras (1). La política de Formisio debió ser la de Tucídides, Isócrates, Teramenes y, naturalmente, la de Platón y Aristóteles. Pero Lisias era un «oclócrata» vergonzante. Era en aquel tiempo pobre y su derecho de ciudadanía fué considerado ilegal, apenas conocido. Fué anulado por una moción de Arquino, demócrata que había combatido con Trasíbulo, pero que favorecía á los moderados. Lisias fué excluido de poder ambicionar la dirección política, pero reparó su fortuna y trabajó por su partido, con incesante actividad, en los Tribunales de Justicia. A la expulsión de los tiranos en 403, cuando las distintas facciones se hallaban ignorantes de su verdadera fuerza y cansadas de tanta lucha, se había dado una amnistía que sólo exceptuaba á los tiranos últimos, y que permitía, aun á estos mismos, el abandonar el país sin ser molestados ó pedir individualmente juicio por sus actos personales. Cuando los demócratas exaltados se hicieron cargo de su verdadera fuerza, se arrepintieron de esta amnistía, y varios de los principales discursos de Lisias son intentos para hacerla ilusoria. Así, en el discurso *Contra Eratóstenes,* que había sido uno de los tiranos y había intentado ser juzgado, según la amnistía, sólo por sus actos personales, Lisias insiste en la solidaridad del Consejo total de los tiranos. Hallábase este hombre implicado en el arresto de su hermano Polemarco, pero no en su condena ó muerte. Nada más se arguye contra él y parece haber sido absuelto.

El discurso *contra Agorato* ofrece un curioso fenómeno respecto á la amnistía. Agorato había sido denunciador en 405 y 404, y pedía falsamente el premio por haber matado á Frínico. Esto demuestra, argumen-

(1) Comp. W. M., *Aristoteles und Athen*, II, 226.

ta Lisias, que es un demócrata. La amnistía fué únicamente hecha por el Pueblo con los Oligarcas, y ¡no debe aplicarse entre dos demócratas! Con un espíritu de partido semejante, persigue Lisias á Alcibíades el joven. Su falta era que había servido en la caballería, en vez de servir en la infantería de línea. Alega que obtuvo un permiso especial y que sería difícil imaginar una falta más venial. Pero la memoria de su padre se excita en las cabezas de los radicales, y este acto se les ofrece con caracteres aristocráticos. Lisias le persigue en dos discursos separados, primero por deserción, y en segundo lugar, por faltas del servicio en el ejército, invocando la penalidad más severa posible. Después de estos discursos y del *Contra los traficantes de trigo* y la especial acción *Contra Evandro,* con visible mala fe, es difícil desechar otros documentos de la colección de Lisias por el motivo de su «tono sicofántico».

Lisias es, en la antigüedad especialmente, alabado por su poder de caracterizar á cada uno de sus diferentes clientes y hacer su discurso «completamente natural» y no de encargo. Lo general de su simpatía puede parecer que no ofrece excepciones, pero tiene sus límites. No puede, en realidad, concebir como un hombre honrado á un oligarca. Cuando tiene que hablar por alguno como en el XXV, le hace francamente cínico: «Fuí oligarca porque convenía á mis intereses; ahora me conviene ser demócrata. Todo el mundo obra según este mismo principio. Lo importante es que no haya faltado á la ley.»

Habla bien en pro de sus clientes del partido moderado, como *Mantiteo,* que se hallaba perseguido por los sicofantas, y, especialmente, contra el afán de confiscar las propiedades que marcaba el tipo peor de

¡os exaltados (XVIII y XIX). El discurso *En favor de un hombre inútil,* indigente jorobado á quien habían disputado el derecho á la caridad pública, es muy natural y democrático. El indigente no puede, con seguridad pagar su discurso; pero aunque otro lo hiciese por él, el cuidado que se manifiesta en este trabajo indica verdadera simpatía. En su conjunto, si consideramos que poseemos *34 discursos* de Lisias, más ó menos completos—los antiguos contaban con 425, de los cuales ¡consideraban auténticos 233!—y algunos fragmentos bastante extensos; si consideramos, además, que escribió como abogado de profesión, durante veinticinco años completos, sale bastante favorecido de un juicio severo. No es extraño que desagradase á Platón, pues era el tipo del hombre práctico y hábil. Era un demócrata intemperante. Además había tratado muy duramente á Esquines, el socrático (frag. I). Este filósofo había procurado vivir, como su maestro, á modo del sabio, sin dinero, soportando sus sencillas necesidades con los presentes voluntarios de sus amigos y discípulos. Desgraciadamente dió con una época difícil. Sus amigos no apreciaron su evangelio; sus vecinos huyeron de sus casas para ahuyentarle. Finalmente, fué perseguido por deudas, y el desgraciado sacerdote de la pobreza tuvo que ¡casarse con la viuda septuagenaria de un vendedor de pomadas y correr él mismo con el negocio! La broma pudo ser agradable para la curia, pero no para Platón. Y aún menos pudo satisfacerle el turbulento éxito de su oración Olimpíaca, cuando Lisias tomó venganza de la esclavitud de su ciudad natal excitando á la Hélada para que se uniera y navegara contra Dionisio—á quien la Grecia jamás pensó en atacar—é incitando á la multitud para que saqueara y quemara las tiendas de la

legación del tirano, cosa que realizó la multitud. Este acto debió rebajar á Atenas ante los ojos de la Grecia. Es importante para nosotros, pues nos demuestra que Lisias, realmente, era capaz de pasión é indiscreción bajo aquella capa de infinito tacto y buen temperamento y «ausencia de la posibilidad de hacer un disparate», que nos ha sido conservada en sus discursos.

ISEO, de Calcis, era como Lisias, un extranjero, pero de un modo diferente que aquél aceptó sin dificultad su exclusión de la vida política. Poseemos diez discursos completos y dos largos fragmentos de otros. Todos tratan de herencias y todos son efectivos, pero demuestran que es cierto el juicio de los antiguos que asegura que Lisias conserva un aire de candor, aun en aquellos procesos que son más cuestionables, mientras que Iseo, insiste con tanta minuciosidad en sus argumentos, que generalmente inspira desconfianza. Los discursos que de él nos quedan corresponden á los años que median entre 390 y 340 antes de Cristo.

ISÓCRATES, HIJO DE TEODORO, DE ERQUIA (436 á 338 ANTES DE CRISTO)

El siglo en que vive ISÓCRATES es el que ofrece mayor cúmulo de acontecimientos en la historia griega desde Pericles á Alejandro. Era hijo de un rico fabricante de flautas, y tenía las ideas de la clase media bien educada. Hallábase en relación íntima con el grande orador y estadista del partido moderado Teramenes, y con su sucesor, Arquino, el que hizo perder el derecho de ciudadanía á Lisias. Era entusiasta por

la educación. Había sido discípulo de Protágoras, Pródico y Sócrates. En su vejez habla con orgullo de los días que dedicó á la enseñanza, y, en cierto sentido, empleó toda su vida en la escuela, como estudiante y como maestro. Jamás pretendió intervenir en los negocios públicos. Sus ideas eran impopulares. Era escrupuloso y sensible; en su misma vida posterior, su timidez constituía una diversión para sus discípulos. Sin embargo, hacia el fin de la guerra, cuando su padre había ya muerto y cuando todo el mundo procuraba hacer dinero, Isócrates tuvo que ingeniarse para vivir de su talento. Así que se hizo la paz, y pudo libremente abandonar á Atenas, fué á Tesalia, y estudió con el gran Gorgías—singular situación para un hombre pobre, si se acepta la leyenda corriente de los «codiciosos sofistas». Pero, indudablemente, el anciano se hallaba en condiciones de favorecer gratuitamente á un alumno que prometía.

Volvió á Atenas en 400, dedicándose á la profesión de escribir discursos y á enseñar la retórica. La última profesión sin duda no podía dar mucho de sí en tales circunstancias, pero sí la primera. Aristóteles dice que los libreros de su tiempo tenían «rollos y rollos» de discursos legales que llevaban el nombre de Isócrates. El mismo gustaba poco, y no quería recordar aquella época «en que hacía muñecos», en contraposición á la «noble escultura» de su vida ulterior (1), y algunas veces sus discípulos negaban también aquella ocupación. Fué en Quios, y no en Atenas, donde, por primera vez, estableció una verdadera escuela de retórica, probablemente en 323, cuando, á consecuencia de las victorias de Conón, Quios

(1) Dionisio: *Isócrates*, 18; *Antidosis*, 2.

volvió á entrar en la alianza ateniense. Conón era amigo de Isócrates, y pudo darle allí algún cargo administrativo. La isla fué, durante mucho tiempo, famosa por sus buenas leyes y su vida pacífica. El escribir discursos para los Tribunales de Justicia, naturalmente, no podía ser permitido á un empleado; además, hubiera sido considerado indigno de un político ateniense. Pero no podía haber objeción alguna respecto á la enseñanza de la retórica, si así lo deseaba. Isócrates tuvo nueve discípulos en Quios, y se labró una reputación de profesor afortunado. Cuando volvió á Atenas (391 ?) no se dedicó ya á trabajos forenses. Estableció una escuela, no sólo de retórica, sino de lo que él llamaba filosofía.

Se halla en gran apuro para explicar lo que él era, lo mismo en el fragmento *Contra los Sofistas,* que formaba una especie de prospecto de su sistema, como, más tarde, en la estudiada defensa de su vida y propósitos, que va con el nombre de *Discurso sobre el Cambio de Bienes*. Su filosofía no es, como así se la llama algunas veces, metafísica paradójica, pura logomaquia ó aquel conocimiento, absolutamente cierto *a priori*, sobre todas las cosas del mundo, que algunos ofrecen á la venta á precios excesivamente razonables, pero que nadie jamás ha poseído. No es tampoco una pura destreza en componer discursos para los Tribunales, como Lisias, ó en hacer improvisaciones, como Alcidamas. Isócrates entiende por filosofía lo que entendían Protágoras y Gorgías: una cultura práctica de todo el espíritu, fortaleciendo el carácter, formando un poder de «juicio generalmente justo» y desarrollando hasta el grado más elevado la facultad humana más elevada: el lenguaje. Exige en el que quiere ser «filósofo» un conocimiento amplio de aficio-

nado sobre varios asuntos: historia, dialéctica y matemáticas, en el actual estado político de toda la Grecia y en la literatura. Es mucho más filosófico y culto que el promedio usual de los oradores, mucho más práctico y sensible que los filósofos. Durante toda su vida es un manantial de enojo para él, que así los filósofos como los hombres prácticos menosprecien su dirección intermedia, y que el público en general se niegue á oirle. Platón, en dos pasajes, critica muy agudamente su situación. En el *Fedro* (véase más arriba, pág. 364) expresa su simpatía hacia Isócrates, comparado con los escritores usuales de discursos. En el epílogo del *Eutidemo* (1), Critón menciona la crítica de cierta persona innominada sobre Sócrates: —«¿Qué clase de hombre es el crítico?»—«Ni es un filósofo, ni es un orador.» Critón duda de que haya pisado jamás un Tribunal; pero dice que conoce el arte de hablar y que escribe admirablemente.—Sócrates le contesta: «¡Ah! Es lo que Pródico acostumbraba á llamar una piedra de mojón, mitad filósofo y mitad estadista práctico. Estas piedras limítrofes creen ser la gente más sabia del mundo; pero probablemente no es así. Para estadista práctico podría ser una gran cosa, y también para la filosofía, y, aunque diferentes, podría concebirse bueno para ambas cosas. Pero en ninguno de estos casos, aquel que es mitad de una cosa y mitad de otra puede ser superior á ambos. ¿Acaso á los ojos de nuestro amigo ambas cosas son positivamente malas?» La

(1) Aunque la estadística general del *Eutidemo* indica que es una de las primeras obras de Platón en orden al tiempo, el epílogo puede, manifiestamente, separarse en su composición del resto, y, en realidad, contiene muestras muy claras de su posterioridad (ἐχόμενον φρονήσεως πρᾶγμα, y acaso ὄντως) y ninguna de anterioridad.

semejanza con Isócrates se halla fuera de duda. Isócrates podría fácilmente contestar: Así el hombre práctico como el filósofo, son incompletos; al uno le falta cultura y amplitud de imaginación; el otro ha perdido el sentido de la vida práctica. En realidad, su contestación era lo que constituyó su éxito. Su escuela vino á ser la Universidad de la Grecia. Satisfacía un deseo muy extendido hacia la cultura en aquella clase de hombres que no pensaban convertirse en matemáticos ó filósofos de profesión en sentido estricto. Los nombres más salientes de la generación inmediata se cuentan casi todos entre los que frecuentaron la escuela de Isócrates: los estadistas Timoteo y Leodamas; el poeta trágico Teodectes; los historiadores Éforo y Teopompo; los oradores Iseo, Licurgo, Esquines, Hipérides, y cien más. El erudito Alejandrino Hermipo escribió un libro *Sobre los discípulos de Isócrates.*

Poco después, probablemente, de abrir la escuela, escribió dos ligeras exposiciones, en el estilo de Gorgías, que han llegado á nosotros: El paradójico *Elogio de Busiris,* en el cual defiende los puntos de vista socráticos, y la hermosa *Helena,* en la cual habla agudamente de todos los filósofos. El pasaje (54 á 58) de esta última sobre la Belleza y la Castidad, es completamente platónico, tan profundo como elocuente. El *Panegírico* escrito para la «Panegiris» ó reunión general de toda la Grecia en la centésima olimpiada (380 antes de Cristo), es la obra maestra de Isócrates. Dejando aparte su dignidad de forma, nos muestra al autor como un publicista de la más alta fuerza. Armoniza un claro examen de la historia reciente y de la presente condición de la Grecia, con una justificación admirable de Atenas, y un llamamiento á las simpatías

de la Grecia en favor de la renovación de la Federación marítima. No es, á la verdad, tan imparcialmente panhelénica. La comparación de la dominación espartana y de la ateniense era inevitable, y el tono de los §§ 122 y 132, no pudo gustar al Peloponeso; pero en la Grecia marítima, el llamamiento fué irresistible. Dos años más tarde, su propio Quios, abriendo la vía, setenta ciudades entraron en la alianza ateniense, é Isócrates acompañó al general Timoteo en una comisión de dos años de duración que debía organizar los términos de la federación con las diferentes islas y ciudades de la costa. Probablemente, fué en este tiempo cuando trabó amistad con Evágoras, rey de Salamina, en Chipre, que había peleado contra la Persia, durante ocho años, completamente solo. Cada avance obtenido por Evágoras lo era para la cultura y la humanidad; cada paso perdido por aquél, indicaba el restablecimiento de las leyes bárbaras y de las sangrientas supersticiones. Este punto de vista, encendió un fervor duradero en Isócrates. El año 384, Evágoras fué vencido y asesinado; sucedióle su hijo Nicocles. Isócrates nos ha dejado una *Exhortación á Nicocles* excitándole con tacto y entusiasmo á cumplir con los elevados deberes de un rey helénico; un *Nicocles,* ó proclama de este rey á sus súbditos, en demanda de su cooperación y leal obediencia; y un *Elogio de Evágoras,* el primero, según se cree, que haya sido escrito sobre un personaje de la historia contemporánea.

Mientras tanto, la situación política de la Grecia propia había cambiado. La Liga entre Atenas y Tebas contra Esparta, había producido en Tebas pretensiones á mejorar su antigua dominación, mientras que á Atenas sólo le proporcionaba pesados gastos. La opinión anti-tebana, siempre fuerte en Atenas, se hizo

gradualmente dominante. Parece que ocurrió una crisis en 373 cuando los tebanos sorprendieron y destruyeron Platea. La pequeña ciudad se hallaba nominalmente en alianza con Tebas, pero le era notoriamente desafecta; así, aquel acto pudo interpretarse de muy diverso modo. Los platenses que quedaron con vida huyeron á Atenas y pidieron ser restaurados en su país. Este paso de parte de Atenas debía implicar una declaración de guerra contra Tebas y una alianza con Esparta. El *Plataico* de Isócrates es un brillante alegato en pro de la causa de Platea, un libelo, en la forma usual de discurso. Los oradores principales, en esta ocasión, fueron Calístrato, por Platea-Esparta, y el gran Epaminondas, por Tebas. En 366 insiste Isócrates en el mismo punto de vista. Tebas, en su «orgullo Leúctrico», según parece haberlo llamado Teopompo, había establecido la independencia de Mesenia é insistido en el reconocimiento de esta independencia como condición de paz. La mayor parte de los aliados espartanos la deseaban á todo trance. La liberación de aquella provincia que tanto había padecido no les perjudicaba, y, en general, había excitado el entusiasmo de la Grecia, manifestado por Alcidamas en su *Meseníaco**. Pero Esparta jamás podía consentir en entregar la tercera parte más rica de su territorio, y en ver á sus antiguos súbditos y enemigos establecidos en sus propias puertas. Dejó que sólo los aliados hicieran la paz; é Isócrates sostiene su causa en un discurso que defiende tales designios y figura ser pronunciado por el rey espartano Arquidamo. Era una causa difícil de defender. Los principios, realmente, se hallaban en contra de Isócrates, pero hace mucho uso de prácticos oportunismos y del sentimentalismo. El discurso se halla lleno de lo que llamaban los griegos

«etos» (carácter). Tiene un tinte verdaderamente espartano especialmente cuando Arquídamo examina la última alternativa: Pueden abandonar á Esparta, embarcar á los no combatientes para Sicilia ú otra parte cualquiera, y volver á ser lo que fueron originariamente, un campamento, no una ciudad, un ejército de veteranos, sin patria, desesperados, que ninguna coalición tebana podrá resistir (71 á 79).

En este tiempo vió nuevamente Isócrates aceptada su política y su país en alianza con Esparta. Pero se había desengañado, mientras tanto, respecto á sus grandes esperanzas sobre Atenas. Las demás ciudades de la Liga marítima, sospechaban de ella, y su hegemonía envolvía una carga financiera intolerable. Isócrates había visto lo de Evágoras y formado su ideal político de un modo más definido. Paz para la Hélada, abolición de la piratería en el mar, libertad para las ciudades griegas del Asia, el Oriente abierto á la emigración y la difusión del helenismo por todo el mundo. Ya en 367 había enviado una carta pública á Dionisio de Siracusa que acababa de salvar la Hélada occidental de los Etruscos y Cartagineses, invitándole á venir al Oriente para libertar, de la Persia, las ciudades griegas. Dionisio murió al año siguiente, é Isócrates continuó esperando, cuanto podía, de la Liga marítima. En 357 la Liga se rompió en una guerra abierta que sólo terminó con el abandono por parte de Atenas de todas sus pretensiones. Quedó al nivel de cualquiera otra de las grandes ciudades griegas, y bajo la dirección de Eúbulo, dedicó sus energías á la disminución de sus impuestos y al mantenimiento de la paz. Isócrates fué uno de los pocos que comprendieron lo que significaba esta política: una renuncia definitiva á la carga del Imperio. En su tratado

Sobre la Paz, aboga por la autonomía de los aliados y emplea ahora alguno de los argumentos del partido anti-ateniense en las islas, los cuales había refutado en su *Panegírico.*

En este mismo tiempo, en el *Areopagítico,* ensalza la política casera de los moderados, de Foción y Aristóteles, regreso á las costumbres de la vieja Atenas, á la πάτριος πολιτεία, que asocia al Areópago. En su aspecto más saliente, el discurso es un manifiesto en apoyo de Eúbulo, como las *Rentas,* de Jenofonte. Pero, al mismo tiempo, es una manifestación de la sensibilidad moral y de la desconfianza de aquella época, sentimiento que condujo á Demóstenes á denunciar á toda la Grecia y á Démades á afirmar que la Virgen de Maratón, ya no es más que una anciana que no se cuida de otra cosa sino ¡de sus chinelas, de sus caldos y de su bata! Precisamente al terminar la guerra social fué cuando Isócrates se dirigió á Arquídamo de Esparta con la misma invitación que había dirigido antes á Dionisio. ¿Quién mejor podría dirigir la cruzada contra la barbarie? Agesilao, su padre, lo había intentado, ganando, con ello, una gran gloria. Había fracasado porque había sido interrumpido y porque había procurado reinstalar en sus ciudades á los desterrados de su propio partido. Arquídamo debía limitarse á la gran tarea de librar á todos los griegos del Asia, en vez de excitar á griegos contra griegos. Isócrates tenía entonces ochenta años de edad (365) y la mayor parte de su escrito está sujeta á cierta garrulidad impertinente, de la que parece tener conocimiento él mismo; pero su previsión política parece singularmente profunda y libre de preocupaciones. Hace resonar siempre su idea esencial, y cambia diestramente su exterior ropaje. Ha abandonado ya la esperanza que te-

nía en la hegemonía de Atenas. Ha perdido—acaso con menos sentimiento del que indica (1)—su fe en el gobierno constitucional. Cuando Arquídamo fracasó, pensó, inmediatamente, en Filipo de Macedonia. Vió también, como Demóstenes, que Filipo era un poder naciente; pero no quiso, por esto, tenerle por enemigo. Se había acostumbrado ya, desde mucho tiempo, á la idea de que el Imperio era ya imposible para Atenas, y no quiso combatir por él. Procuró estar en buenas relaciones con Filipo y gozar de su amistad personal, en compensación de la guerra pública. Es difícil de leer sin emoción su *Filipo,* llamamiento que hizo á éste inmediatamente después de la primera paz de 346. Se había guardado lealmente de dirigirse al enemigo de su país durante la guerra. Ahora le habla con perfecta franqueza y aun con tacto. Habla á Filipo de sus pasadas esperanzas en un capitán de toda la Grecia, respecto á Jasón de Feres, de Dionisio, de Arquídamo. Ninguno de estos tuvieron la oportunidad que se le presenta ahora á Filipo. Debe elegir la ambición más noble, no la inferior. Debe, primeramente, reconciliar á Atenas, Esparta, Tebas y Corinto; después, hacerse el campeón de la libertad y la humanidad, el director de la Grecia libre, el bienhechor del mundo. No debemos imaginar, que estos fueran, únicamente, sueños de parte Isócrates. La tendencia que tiene á la vista, era completamente real y, á la verdad, los hechos probaron que se hallaba más cerca de los acontecimientos inmediatos que cualquier otro contemporáneo. Los males que buscaba apartar eran reales: el desastre financiero, el exceso de población, las hordas de mercenarios y los piratas que, con excepción de

(1) *Areopagítico,* 56, sig.

las breves supremacías de Atenas y de Rodas y acaso de Venecia, han azotado el oriente del Mediterráneo, desde los tiempos de Homero hasta el siglo presente.

Pero Atenas se hallaba inclinada á su última y fatal guerra, y no iba á jugar con su enemigo. Isócrates cayó en extrema impopularidad. Es notable que aun en aquella época, tan predispuesta á las sospechas, ninguno de sus enemigos le echase en cara que hubiese sido sobornado. Llamáronle, únicamente, sofista antipatriota que pervertía á los estadistas que habían sido sus discípulos. Contra estos ataques se han conservado dos respuestas: el *Panatenaico*—compuesto para las Panateneas de 342, pero que nunca fué completamente terminado—confuso *rechauffé* del patriotismo del *Panegírico* que, en realidad, el autor ya no sentía; y el discurso *Sobre el Cambio de Bienes,* mencionado más arriba y que defiende su actividad privada como maestro.

Unicamente una carta más y termina su larga vida. La batalla de Queronea en 338 deslumbró al agobiado anciano. Era el triunfo de sus profecías; hacía posible su gran proyecto. Sin embargo, era demasiado para soportarlo. Su patria yacía en el polvo. Corría el rumor de que su campeón de la Hélada unida se había emborrachado en el mismo campo de batalla y en medio de los heroicos muertos. Isócrates prestó el último servicio posible á su país y al mundo. Filipo era el vencedor absoluto; nadie conocía cuál seria su actitud respecto del vencido. No hay una palabra de bajeza en la carta de Isócrates. No felicita á Filipo por su victoria; únicamente presume sus buenas intenciones hacia la Grecia y le excita á emprender la gran tarea, una vez que toda la Grecia se halla á sus pies. No pudo ver ni la realización ni el desengaño. ¿Llevó

á cabo su suicidio? La tradición posterior así lo dice: Dionisio, Pausanias, Filóstrato, Luciano, el pseudo Plutarco y su *Vida,* todos al unísono lo afirman. De todos modos, es lo cierto que nueve días—Aristóteles dice que cinco—después de Queronea murió Isócrates.

Sus siete discursos legales son dignos y libres de sutilezas, pero se hallan «muy revestidos» y no son mordaces. Sus cartas á los hijos de Jasón, á Timoteo y á los gobernantes de Mitilene, muestran la influencia positiva que poseía, desde su retiro, este maestro, y el que fuese inclinado á acusarle de servilismo hacia sus reales correspondientes, hará bien en leer la carta de su enemigo (¿Espeusipo?) señalada con el número 30 en la colección socrática.

Hemos mencionado brevemente sus relaciones con Platón (1). Con Aristóteles fueron casi las mismas. Los discípulos de ambos promovieron entre sí violentos combates; los maestros se respetaron mutuamente. Platón vivió en una esfera casi completamente distinta de la del maestro del estilo; pero Aristóteles enseñó, por sí mismo, retórica, y se dice que, para justificar su empresa, parodió un verso de Eurípides: «Sentarse triste vilmente y dejar hablar á los bárbaros», sustituyendo «Isócrates» en lugar de «bárbaros». El método estrictamente científico de la *Retórica* implica, naturalmente, una crítica del método, mitad científico, mitad empírico, de Isócrates. Pero si Aristóteles le critica, también le sigue muchas veces. No sólo en su grande obra la *Exhortación á la Filosofía** prefiere, decididamente, el modelo isocrático al platónico, sino que dondequiera que en su vida posterior

(1) No puedo creer que el «calderero de mala cabeza» de la *República,* VI, sea Isócrates.

habla de estilo, se refiere siempre al estilo, según la idea de Isócrates. Entre los anteriores maestros de retórica, Isócrates, aunque no bastante filosófico para Aristóteles, es, con mucho, el más filosófico. En esta sección, como en cualquiera otra, siguió el temperamento moderado, evitó las exageraciones de los extremos ó cayó entre dos retoños, como mejor se prefiera llamarlo. En cierto sentido, su falta capital estriba en su doble modo de pensar. ¿Es un estilista, ó es un político pensador? ¿Pretende, en realidad, advertir á su nación, ó está haciendo un ejercicio de muestra para su escuela? La crítica, no le es muy favorable. Lo mismo podría decirse de cualquier orador y estilista, de Grattan, de Burke, de Cicerón, del mismo Demóstenes. Tal vez el verdadero motivo de este extraño enojo é irritación que produce generalmente Isócrates, se debe en parte á la intolerancia de nuestra propia edad hacia aquella corrección formal de clase fácil y sencilla. El siglo XVIII nos lo dió ya todo hecho y nada nos interesa. En parte, demuestra la real y positiva ausencia en Isócrates de la clase de inspiración más elevada. Es conceptuoso. Prefiere una prosa llana y sensible, antes que el propio Homero, no entiende de poesía y no aprueba la música. Pecados de esta clase, son los que la humanidad, en definitiva, no perdona porque son agravios al elemento eterno de nuestra vida. Respecto á la religión, en el sentido más estricto, es Isócrates un tipo interesante; tan moderado como es en todo lo demás, es eminentemente piadoso, pero jamás entregado á la superstición, empleando, de un modo efectivo, la religión como un elemento de su elocuencia, y revelando, á una inspección detenida, aquella ausencia profundamente inconsciente de cualquiera creencia—en la

providencia, en el mismo Zeus, en la filosofía, en los principios—que es uno de los privilegios del moralista moderado y práctico. Era, sin embargo, un hombre honrado y sagaz, una fuerza inmensa en la literatura, y uno de los maestros más afortunados que hayan vivido.

VXII

DEMÓSTENES Y SUS CONTEMPORÁNEOS

DEMÓSTENES, HIJO DE DEMÓSTENES, DE PEANIA (383 á 322 ANTES DE CRISTO)

Demóstenes perdió á su padre cuando no tenía más que siete años. Sus tres tutores dilapidaron sus bienes y dejaron de cuidarse de su madre. Ella fué quien le educó, delicado, desmañado y apasionado, al par que aplicado y enclenque. Indudablemente, esas dos tendencias produjeron sus frutos; y tan pronto como Demóstenes fué legalmente competente, intentó acciones judiciales contra sus tutores. Eran hombres de posición, relacionados con el partido moderado que se hallaba entonces en el poder. Acaso hubieran podido presentar alguna defensa positiva en su conducta, pero en vez de emplearla, procuraron marear y cansar al muchacho con sutilezas y expedientes de cuentas. Cuando, por fin, ganó su causa, no quedaban ya grandes bienes que recobrar. El resultado principal para él fué cierta habilidad práctica en asuntos legales y en hablar en público, excitada, según se dice, por las lecciones de Iseo, cierta desconfianza en las autoridades y un desprecio á las formas sociales. Sin embargo, la sordidez de una larga disputa por cuestión de dinero, dejó en él sus huellas. Era pródigo de natural; siem-

pre fué muy caritativo, ayudó á los ciudadanos pobres para dotar á sus hijas y rescató prisioneros de guerra. En esta ocasión empleó sus bienes en equipar una trireme—servicio público, acaso el más costoso que Atenas exigía de sus ciudadanos ricos; después tuvo que vivir en la pobreza, como escritor de discursos y, acaso, como maestro. Fué afortunado, inmediatamente, en su profesión, aunque su declamación vacilante y desmañada deslucía sus discursos. Su práctica fué de la más elevada especie. No tuvo que intervenir en asuntos de «heteras» como Hipérides, y evitó, constantemente, las persecuciones «sicofánticas», aunque escribió y habló en pro de la oposición en los casos de interés político.

Su primera aparición personal fué, según parece, en 355, *Contra Leptines* (1), quien había propuesto la abolición de los privilegios públicos de inmunidad para los impuestos. Era un prudente paso financiero y difícil de atacar; pero estos privilegios eran, generalmente, premios de servicios diplomáticos excepcionales, y formaban un importante elemento de la política progresiva defendida por la oposición.

Eúbulo había entrado en cargo después de la guerra social de 357, cuando el tiempo exigía reposo y disminución de gastos. Su política financiera fué de un éxito sin ejemplo; pero exigía la resignación del imperio de Atenas y acaso algo peor. Había heredado una guerra irregular con Filipo, en la cual aquélla todo lo tenía en contra. Filipo, paso á paso, se iba apoderando de todas las posesiones atenienses de la costa de la Tracia. Eúbulo, ya que la pública opinión

(1) Para la escritura de esta palabra, v. *Classical Review*, Feb. 1898.

no le permitía hacer la paz, respondió con un débil bloqueo de la costa de Macedonia y con incursiones temporales. Las cabezas más ardientes de la oposición exigían un ejército de 30.000 mercenarios para marchar enseguida contra Pella. Esto era una locura. La propia política de Demóstenes era, únicamente, seguir con vigor la guerra, hasta que pudiera conseguirse alguna marcada ventaja, á fin de obtener un tratado favorable.

Pero Filipo no llenaba aún todo el horizonte. En el discurso *En favor de los Rodios* (? 351 ó 353 antes de Cristo), Demóstenes excita á Atenas para que favorezca un levantamiento democrático en Rodas, con la esperanza de recobrar alguna parte de su perdida influencia en el mar Egeo. Eúbulo fué contrario á la intervención. En el discurso *En favor de Megalópolis* (? 353 antes de Cristo), Demóstenes se manifiesta únicamente partidario de favorecer la acción de Esparta. Hubiera sido imposible en aquel momento ayudar, de un modo activo, á Megalópolis; pero acaso hubiera evitado una de las más fatales combinaciones de los años siguientes: la entrada del partido antiespartano del Peloponeso en la tendencia de Filipo. En 352 intentó éste atravesar las Termópilas para entrar en la Grecia interior. Eúbulo, una vez vigoroso, le hizo retirar. Pero el peligro se había hecho más visible y agudo, y Demóstenes lo pone de manifiesto en su *Primera Filípica*. El rey se retiró hacia el Norte y puso sitio á Olinto. Atenas conoció el valor inmenso de esta plaza y obró con energía; pero el gran diplomático la paralizó haciendo estallar una sublevación en Eubea, en el momento crítico. Demóstenes, en sus tres *Olintíacas*, excita, sin vacilación alguna, á que sea socorrida Olinto. El gobierno tomó el punto de vista me-

nos sanguinario aunque más de sentido común, de que estando más cerca Eubea debía antes ser salvada. Realizóse así, pero cayó Olinto, y Atenas se halló ya incapacitada para continuar la guerra. Cuando Filócrates solicitó proposiciones de paz, Demóstenes entró en sus miras y se le dió un lugar en la comisión de los diez que fueron enviados para tratar con Filipo sobre las condiciones. Hallóse aislado, por completo, de los demás comisionados. El más importante de ellos era ESQUINES, de Cotocides (389 á 314 antes de Cristo). Era hombre de gran cultura y de buena familia, pero las contrariedades de la guerra obligaron á todos sus individuos á ganarse la vida con su trabajo. Su padre se hizo maestro de escuela, su madre se dedicaba á los trabajos religiosos relacionados con algunos misterios. El mismo Esquines había sido actor, profesión que no llevaba en sí mancha alguna, y empleado en la administración pública. Odiaba á los demagogos y era partidario de Eúbulo. Los tres discursos que de él poseemos, tienen todos que ver con Demóstenes y con esta embajada.

Las negociaciones fueron largas. Se convino en un tratado que contenía, por lo menos, dos ambigüedades peligrosas. Incluía Atenas *sus aliados* y dejaba á cada una de las partes en posesión de aquello que poseyeran *en ese tiempo*. Atenas se hallaba muy acongojada respecto de dos estados que eran, en cierto sentido, aliados, pero que no le estaban sujetos. Cersobleptes, rey de un valeroso estado de la Tracia y los Focenses; cualquier ataque de ambos llevaría á Filipo al corazón de la Grecia. Los enviados del macedonio se negaron á consentir ninguna mención especial de estos aliados en el tratado; los comisionados atenienses tuvieron que emplear su diplomacia junto á la misma

persona del rey. Y respecto al tiempo de cerrar el tratado, Atenas hallóse obligada á la paz desde el día en que prestó sus juramentos. ¿Admitiría, también, Filipo, que se hallaba igualmente obligado, ó continuaría las operaciones de guerra hasta que prestara él mismo los juramentos? Filócrates y Esquines consideraron lo mejor dejarlo á la buena fe del rey, como cosa corriente, y llevar á cabo su misión según la usual rutina diplomática. Demóstenes insistía en que se activara todo lo posible. Afirmaba que no debían esperar á Filipo en su capital, sino ir á buscarle dondequiera que se encontrase. No habiendo llegado los salvoconductos para los comisionados, les excitó á ir á Macedonia sin ellos. De todos modos, á pesar de cuanto hizo, resultaron grandes dilaciones; y en el momento en que Filipo se presentó á los embajadores había ya dominado á Cersobleptes y satisfactoriamente redondeado su frontera oriental. Demóstenes se enemistó, lo mismo con sus colegas que con el rey. Rehusó los acostumbrados presentes diplomáticos, que Filipo ofreció en forma excepcionalmente espléndida; no se halló presente al banquete oficial; intentó volver separadamente á su país. Pasando luego á Atenas, sostuvo que la corona que usualmente se entregaba á los embajadores les fuese rehusada, lo mismo á él que á sus colegas.

Antes de terminar el mes, Filipo había pasado las Termópilas, conquistado la Fócida y héchose reconocer como miembro de la liga Anfictiónica, con derecho á intervenir en la política de la Grecia central. El mismo año (343) presidió los juegos Píticos. El primer impulso en Atenas fué declarar rota la paz; pero esto hubiera sido suicidarse, como muestra Demóstenes en su discurso *Sobre la paz,* después de lo tratado. La in-

dignación era muy viva contra los embajadores, y sus contrarios hicieron una viva campaña ante los tribunales. Demóstenes se asoció á un tal Timarco para perseguir á Esquines por haberse conducido mal como embajador. Esquines se hallaba en gran peligro y se defendió con una aguda acción de cuentas contra Timarco (1), el cual, aunque fuese ahora un político notable y relativamente respetado, había tenido una juventud bastante desordenada. En nuestros tiempos esto no hubiera hecho, acaso, otra cosa que promover un escándalo perjudicial. En Atenas le privó de todo derecho público. El desdichado tuvo que callarse, sin decir ni una palabra, y Esquines quedó á salvo, aunque en peores relaciones con sus amigos. Filócrates no acudió al juicio y fué condenado. Su acusador era HIPÉRIDES, hijo de Glaucipo, orador considerado como el segundo, después de Demóstenes, por su fuerza, y superior á él en encanto. Era, en política, del partido más radical. En su vida privada, sus agudezas y sus extraños modales, le hicieron favorito tópico para la comedia; la *Vida* que nos ha transmitido la tradición es, únicamente, un jigote de anécdotas hostiles, y una chanza usual le acusaba de tratar de influir sobre un jurado por haber hecho se quedara casi completamente desnuda, ante el Tribunal, una cierta Frine. Sus obras se hallaban absolutamente perdidas hasta este siglo, en el cual se han hallado, en papiros provenientes del Egipto superior, grandes trozos de cinco discursos, que, si no son completamente elocuentes, sobrepujan en frescura y en ingenio á los de Lisias, así como por una franca aversión á las triquiñuelas jurídicas.

El propio Demóstenes se hallaba ocupado en las

(1) Este discurso aún existe.

preparaciones de la guerra próxima y en desbaratar las intrigas de Filipo en el Peloponeso *(Filípica* II). Fué una lástima que en 344 renovase la vieja acción contra Esquines *(Sobre su mala conducta en la embajada)*. Se han conservado los discursos de ambos oradores. Esquines aparece en él en su forma mejor, mientras que Demóstenes se ofrece, acaso, en su lado peor. Su ataque fué intemperante y su enemistad le hizo combinar mal los hechos de aquél. Hubiera pódido demostrar que había sido un pobre diplomático, pero á pesar de su ascendiente político no pudo hacer creer al jurado que se habia dejado corromper. Esquines fué absuelto y Demóstenes no se creyó bastante seguro de su poder para dispensarse de publicar sus discursos.

Poseemos uno *(Sobre el Quersoneso)*, en el cual defiende las irregularidades del general de aquel país, Diópites, en la frontera de Filipo; y otro (la *tercera Filípica)* en la cual dirige á toda la Grecia una arenga contra la diplomacia traidora de Filipo. La mayor parte de los discursos públicos de Demóstenes ofrecen la misma ausencia de lo que es usual llamar retórica, el mismo grande olvido de sí mismo. Pero lo que antes hubiera en ellos de estrecho en su patriotismo, se ha desvanecido ya y ofrecen un sentido de tragedia inminente y de severa música de dicción que hace completamente única en toda la literatura, la *tercera Filípica*. La guerra fué declarada en 340 y Atenas fué afortunada en sus comienzos. Un choque de una intriga religiosa fué lo que cambió su aspecto. Los locrios, fueron inducidos á acusar de impiedad á Atenas ante el Consejo Anfictiónico. La impiedad fué en Grecia, como más tarde la herejia, un cargo, del cual, si se hiciera una investigación detenida, serian

culpables la mayor parte de los pueblos. Los atenienses habían consagrado, de un modo irregular, algunos escudos tebanos. Pero los mismos locrios habían ocupado profanamente el territorio sagrado de Cirra. Esquines, que era el representante ateniense, se entretuvo en distraer el fanatismo guerrero del Consejo contra los locrios. Hállase muy orgulloso de este resultado. Pero, fuese como fuese, sirvió perfectamente á Filipo, que no deseaba otra cosa que una guerra sagrada con cualquier pretexto á fin de que los anfictiones que se hallaban sin ejército alguno, le llamasen á Grecia para defender la religión. Una vez á la parte de acá de las Termópilas, arrojó su máscara. En este último momento, obtuvo Demóstenes lo que había deseado hacía ya tanto tiempo, una alianza entre Atenas y Tebas; pero los generales Macedonios eran demasiado excelentes y la coalición de la Grecia quedó á los pies de Filipo en Queronea el año 338.

Atenas recibió el golpe con su acostumbrado heroísmo. Licurgo, el tesorero, se vió lleno de ofrecimientos voluntarios para el fondo de defensa y los muros fueron guarnecidos para una lucha á muerte. Pero este no era el deseo de Filipo. Envió al orador Démades, que había sido hecho prisionero en la batalla, para decir que aceptaría proposiciones de paz. Los amigos de Macedonia, Foción, Esquines y Démades, fueron designados como embajadores, y Atenas fué admitida, en condiciones regulares, en la alianza que formó Filipo, como base de su marcha contra Persia. Entonces ocurrió una verdadera guerra de litigios, pues el partido Macedonio agotaba todos los recursos para desembarazarse del elemento guerrero. Hipérides había propuesto, en la primer excitación de la derrota, dar la libertad y armar á todos los esclavos.

Esto era anticonstitucional y fué perseguido por Aristogitón. Su sencilla confesión: «Era la batalla de Queronea la que hablaba, no yo... Las armas de Macedonia, se llevaban mi vista», fué bastante para asegurarle la absolución. Un desesperado ataque se hizo contra Demóstenes; Aristogitón, Sosicles, Filócrates, Diondas y Melanto, entre otros, le persiguieron. Pero la ciudad le fué fiel. Algunos de los acusadores no consiguieron la quinta parte de la votación, y él fué elegido para pronunciar el discurso fúnebre por los que habían muerto en Queronea (1). Entonces se realizó la extraordinaria campaña de oposición al partido Macedonio, de LICURGO. Era este hombre una especie de Catón. De intachable reputación, hallábase animado de un verdadero furor para extirpar todo lo lo que estuviese corrompido y fuese antipatriótico, siendo sus ideas intolerablemente elevadas. El único discurso que nos ha sido conservado es el *Contra Leócrates,* individuo cuyo delito consistía en haber abandonado la ciudad después de Queronea en vez de quedarse á pelear y á sufrir. La pena pedida por esta ligera falta de patriotismo era la muerte, y en esta ocasión los votos fueron iguales en pro y en contra.

Esto nos indica el temple de la Ciudad, pero la resistencia á Macedonia, era ya imposible, en aquel tiempo. Atenas se satisfizo con una coalición oportunista dirigida por Demóstenes y Démades. Al ser asesinado Filipo, se preveía un levantamiento general, pero fracasó por la prontitud de Alejandro. Poco después, al esparcirse el rumor de que Alejandro había sido muerto en Iliria, se rebeló Tebas y Demóstenes hizo aprobar una moción para unirse á ella. Prepa-

(1) El discurso que poseemos es apócrifo.

ráronse un ejército y una escuadra, envióse dinero á Tebas y una embajada al gran rey, solicitando el auxilio de Persia, mientras venía Alejandro, arrasaba hasta los cimientos á Tebas y exigía se le entregasen los diez jefes principales del partido de la guerra en Atenas, Demóstenes uno de ellos. Démades, el mediador después de Queronea, representó ahora igual papel. Apaciguóse Alejandro con la condena del general Caridemo; las otras personas exigidas fueron perdonadas (335 á 338).

Tan repetidos fracasos hicieron precavido á Demóstenes. Se hizo cada vez más partidario del sufrido oportunismo de Démades y abandonó gradualmente el partido exaltado de la guerra. Esto dió ocasión á sus antiguos enemigos para comenzar su decisivo, pero violento ataque. En más de una ocasión obraron de un modo indirecto é insidioso. Un tal Ctesifonte, célebre, según dice Esquines, por ser el único que se reía con las chanzas de Demóstenes, había propuesto, poco después de Queronea, coronar á Demóstenes en el teatro de Dióniso como premio á sus públicos servicios. Aquel mismo año, Esquines había perseguido por ilegalidad á Ctesifonte , pero el juicio no tuvo lugar por algún motivo, hasta 330. El discurso contra Ctesifonte se apoya en tres argumentos: era ilegal coronar á un empleado público, antes de expirar el término de su cargo, y Demóstenes, se hallaba sirviendo en aquel tiempo dos empleos; en segundo lugar, era contra todo precedente el coronar en el teatro; en tercer lugar, Demóstenes era un mal ciudadano y no debía ser coronado. Naturalmente si el tercer punto merecía alguna consideración, los otros dos se desvanecían como insignificantes. Esta acción era un desafío dirigido á Demóstenes y éste se presentó como abo-

gado de Ctesifonte en el discurso *Sobre la Corona,* para ofrecer una completa exposición de su vida política.

Pero ahí es donde se ofrece lo insidioso del ataque de Esquines. En los puntos reales de lucha entre los dos políticos, la opinión se hallaba por completo, y de modo irresistible, al lado de Demóstenes. La cuestión ardiente era, en realidad, si el Demóstenes de los últimos ocho años era el mismo Demóstenes de las *Filípicas.* Esquines conoce que el acto del juicio depende de Hipérides y del partido radical de la guerra, y trabaja abiertamente para hacérselo favorable. Hiperboliza respecto á las relaciones de Demóstenes en el asunto de la paz durante la primera parte de su vida. ¡Tiene la audacia de acusarle de haber descuidado tres oportunidades para levantarse contra Alejandro, en la última parte! Era bastante, seguramente, para el amigo personal de Alejandro, é intentó apoyar en hechos tal acusación. Demóstenes no podía contestarlos más que con una declaración manifiesta de traición que hubiera, sin duda, hecho ganar su causa, y que hubiera enviado prisionero á Macedonia á su enemigo. Por esto no los contesta. Deja que el partido de la guerra haga, en silencio, juicio pleno sobre la cuestión de si ha sido falso á la causa de toda su vida, mientras que el tono con que habla de Queronea es semejante al de un rebelde arrepentido. Era lo que bastaba. Esquines no pudo obtener la quinta parte de los votos; desacreditado para siempre, huyó de Atenas. Fundó una escuela en Rodas, y se dice que Demóstenes le envió algún dinero cuando supo que se hallaba en la miseria.

Pero la hostil coalición no estuvo largo tiempo suspendida. En 324, Harpalo, tesorero de Alejandro, escapó con una flota y 720 talentos, suficiente material

para una rebelión efectiva. Procuró se le admitiera en Atenas, y los exaltados deseaban á todo trance recibirle. Pero en aquella época no era en modo alguno oportuno, y Demóstenes prefirió usar un subterfugio. Evitó, cuidadosamente, producir ninguna brecha en la alianza con Alejandro. Exigió que Harpalo licenciara su flota, y accedió únicamente á admitirle como un refugiado particular. Cuando Alejandro pidió su entrega, Demóstenes pudo rehusarla como un hecho de honor personal, sin comprometer ciertamente sus relaciones con el rey. Los del partido Macedonio insistieron en que Harpalo fuese detenido y depositado el tesoro en el Partenón, para ser devuelto á Alejandro. Demóstenes accedió á ambas proposiciones, y las defendió él mismo en la Asamblea. Lo que ocurrió después no se conoce, pero Harpalo escapó súbitamente, y los Macedonios insistieron en que se contara el tesoro. Fué hallado menor de la mitad respecto á la suma primitiva. No puede abrigarse duda alguna de que, en secreto, se hacían preparativos de guerra. Hubiérales gustado que se hubiese abierto un juicio público y que hubiesen recaído algunas inmediatas ejecuciones. Demóstenes procuró que esta cuestión fuese confiada al Areópago y diferida su substanciación. Por fin tuvo lugar. El Areópago no hizo declaración alguna de los usos á que se había aplicado el dinero, pero dió una lista de las personas culpables de habérselo apropiado, y á su cabeza se hallaba Demóstenes. Había fracasado su intriga, y había ofrecido una buena oportunidad á los amigos de Macedonia. Fué perseguido, de un lado, por Hipérides, y de otro, por DINARCO. Este último, corintio de nacimiento, alcanzó fama con este proceso, y no ha sobrevivido de él nada más que los tres discursos sobre dicho asunto.

Dionisio le llama «la cebada de Demóstenes», sea lo que quiera que signifique (regularmente sugiere la idea de «cerveza» en oposición á la de «agua»), y su tono en este discurso es el de una exaltación brutal. Muy diferente, sospechosamente diferente, es el de Hipérides, quien no sólo no dice nada que pueda considerarse como un cargo fundado, sino que llama la atención acerca de la gran posición de Demóstenes, del insoluble problema respecto á lo que pensaría hacer con el dinero, á la posibilidad de que sus labios se hallen en cierto modo sellados por el secreto. Por su parte, Hipérides habla de franca traición, con una frescura que encaja perfectamente con los relatos que corrieron respecto á su valor. Demóstenes fué declarado convicto y condenado á una multa de 50 talentos. Incapaz de pagar una suma tan enorme, huyó á Trecena.

Nueve meses más tarde murió Alejandro y se levantó la Grecia. Demóstenes se unió á su acusador Hipérides en una misión para levantar el Peloponeso y se reinstaló en Atenas en medio del entusiasmo más tumultuoso. La guerra comenzó bien. El *Discurso Fúnebre*, de Hipérides, que se conserva, fué pronunciado después del primer año de la misma. En 322 ocurrió la derrota de Cranón. El general macedonio Antípatro, pidió las cabezas de Demóstenes y de Hipérides. El viejo Démades, incapaz ya de otra mediación, se decidió á proponer el decreto sentenciando á muerte á su colega. Demóstenes se había refugiado en el templo de Posidón en Calauria, donde fué detenido ó se envenenó. Dícese que Hipérides fué sometido á tormento, afirmación que sería increíble á no ser por la corriente de crímenes y crueldades que la abolición de la libertad y la introducción de la barbarie septentrio-

nal y asiática arrojaron sobre el mundo griego en los siglos inmediatos.

Demóstenes no ha podido escapar de la tormentosa atmósfera en que vivió. La propia intensidad del hombre es comunicativa, y le ofrece un camino abierto para su carrera política. Las escuelas de Alejandría fueron monárquicas y pensaron mal de él. Para Grote era el campeón de la libertad y de la democracia. Para Niebuhr (1804), Filipo era Napoleón y Demóstenes la protesta ideal contra él. Desde 1870, ahora que el militarismo monárquico ha cambiado sus cuarteles, los eruditos alemanes (1) parecen sobrecogidos por la semejanza de Demóstenes y Gambetta, y claman contra la política de *la revanche;* uno de ellos se acuerda también del «agitador Gladstone». De otra parte, los críticos técnicos han censurado la reputación del orador al analizar sus procedimientos de composición y ritmo, y mostrando que evita el concurso de más de dos sílabas breves. Hay cierta bárbara *simplicidad* en algunos de nosotros, cuando se sostiene que los grandes dolores que no sobrepujan á los detalles de una obra literaria, implican falta de sinceridad.

No debemos discutir el valor de su política. Depende, en parte, de problemas históricos; en parte, de la importancia que concedamos á la libertad y á la cultura, y á la exacta medida de debilidad que atribuyamos á un hombre obligado á aceptar y hacer lo mejor que pueda en servicio de una moral inferior. Atenas, cuando había sufrido todo lo que tenía que sufrir, y cuando el hecho de su sumisión había sido dura-

(1) Por ejemplo, Rohrmoser, Weidner y también Beloch y Holm. Los críticos técnicos son Spengel y Blass.

mente decretado, decidió que había obrado perfectamente bien al combatir sin éxito.

Respecto á sus procedimientos, la loca tendencia de tomar sus discursos políticos por manifestaciones de hechos históricos, ha producido una reacción natural, en la cual la crítica se agarra fieramente á los descuidos más veniales. Holm, por ejemplo, halla «tres falsedades capitales» en «aquella obra maestra de sofística, que se llama la *tercera Filípica*», es á saber: La declaración de que, cuando Filipo se apoderó de ciertas ciudades, había jurado ya la tregua, pues, realmente, sólo había hecho jurar á la otra parte; la indicación de que los rápidos movimientos de Filipo se debían al empleo de las tropas ligeras, lo cual es cierto, pero parece que se ignore lo referente á su pesada falange, y el cargo de que vino como aliado de los Focenses cuando, en realidad, había dejado intencionalmente ambiguas sus intenciones. La crítica que se queja de la falsedad de hechos como estos, debe tener alguna noción de la controversia política que empleaban los arcadios.

Sin duda alguna es culpable Demóstenes, bajo el punto de vista de la etiqueta y del convencionalismo. Persiguió á sus compañeros de embajada. Apareció en traje de fiesta el día que había sido asesinado Filipo, aunque acababa de perder á su hija única. En los preludios de la última guerra, la conducta de Filipo fué, á menudo, la más correcta, como lo fué la del otro Felipe al tratar con Guillermo de Orange. En los discursos privados que escribió Demóstenes nos choca mucho un brusco cambio de frente. En 350, escribió en defensa de Formión contra Apolodoro en un asunto de la gran Sociedad con la cual se hallaban ambos relacionados y ganó su causa. Al año siguiente

escribió en defensa de Apolodoro persiguiendo á uno de sus testigos anteriores, Estéfano, por perjurio y haciendo un violento ataque sobre las condiciones personales de Formión. Es probable que Demóstenes hiciera algunos descubrimientos sobre su cliente anterior, los cuales le hicieran arrepentirse de haber trabajado por él—entre otros, acaso, el de que Estéfano había prestado un falso testimonio. El único hecho externo que da alguna luz sobre este problema es la coincidencia de que en este mismo año Apolodoro, con algún riesgo personal, propuso aquella medida que tan querida fué siempre á Demóstenes, que se emplearan para fines militares los fondos destinados á las fiestas. El caso de Midias es una clara demostración de que subordinó la dignidad privada al interés público. Midias era un amigo íntimo de Eúbulo y había perseguido y atacado á Demóstenes cuando era corego en las grandes Dionisias. Este último se preparó para emprender una acción contra él, y escribió el vehemente discurso que poseemos *Contra Midias*, en el cual declara que nada le satisfará sino es el rigor más acerbo de la ley. Pero mientras tanto habían comenzado las negociaciones para la paz de 346, y Demóstenes tuvo que obrar de común concierto con Eúbulo. Aceptó las excusas, así como una compensación, y no se acordó mas de aquel asunto.

No debemos nunca olvidar, al leer á Demóstenes y á Esquines, que tratamos con una nación meridional, impetuosa, en la agonía de su última lucha. Las atenciones urbanas y las generosidades de formas usuales en la política, no se encuentran ahí. No hay adornos en este desafío. Los hombres combaten con sus espadas desnudas y procuran irse á fondo. Demóstenes piensa de sus contrarios que son, más que estadistas

equivocados, traidores perjuros que han vendido la Grecia á los bárbaros. Los otros le consideran á él, no seguramente como un traidor—esto era imposible —sino como una persona maligna y demente que había evitado una situación pacífica. Las palabras «traición» y «cohecho», se emplearon con verdadera abundancia, pero es muy difícil encontrar traición alguna probada, y no hay tampoco cohecho alguno, á menos que el asunto de Harpalo se llame así, mediante una libertad de lenguaje. En aquella época no nos ofrece Atenas escándalos en el manejo de su tesoro. Hay una ausencia notable de corrupción municipal. Los atenienses, á los cuales echa en cara Demóstenes su falta de abnegación, vivían en una condición de sacrificio y de vivo esfuerzo, que pocas sociedades civilizadas podrían sobrellevar. La sospecha tan desarrollada de soborno provenía, principalmente, de la extrañeza de Atenas al hallarse en presencia de un enemigo que le era tan superior en fuerza material como en diplomacia. ¿Cómo era tan incomprensiblemente inferior en las guerras la que casi siempre había ganado las batallas? ¿Cómo eran sus estadistas más notables invariablemente engañados por un rey semibárbaro? ¡Indudablemente alguien debía hacerle traición! Demóstenes pierde en este punto toda su presencia de espíritu. Vive en un mundo poblado de traidores imaginarios. Se nos dice que en cierta ocasión, y en la misma calle, se echó sobre cierto Antifón y le prendió con sus propias manos. Afortunadamente los jurados no perdieron su juicio. No había ya casi convicciones. Era muy semejante á lo que ocurrió en Italia antes y después de 1848. Aquellos cuyo patriotismo era heroico venían mutuamente á acusarse de traición. Los hombres de 404, de 338 y aun

de 262, no tienen fácilmente superiores en el mundo, respecto á su abnegación y á su sacrificio.

Otro resultado desagradable de esta sospecha y de este odio, es el abuso de la violencia con que atacan los oradores en aquel período á sus enemigos. No, seguramente, en los discursos públicos. En los de Demóstenes jamás se menciona á ninguno de sus contrarios. Pero en los Tribunales de Justicia, en los cuales se daba á menudo la última estocada á una campaña política, los ataques personales tienen un carácter grosero. La analogía que puede hallarse en lo moderno se encuentra en el empleo de más ó menos escandalosas condiciones personales que se suponen en los testigos ó protagonistas de asuntos pendientes de litigio, cosa que caracteriza á los más eminentes abogados. El ataque contra Esquines en el discurso *Sobre la Corona*, es completamente excepcional. Demóstenes abrigaba un positivo y material odio contra aquel. Pero jamás hubiera atacado á su padre, á su madre y á su educación, si Esquines no se hubiera alabado siempre respecto á tales extremos personales—era de una clase social marcadamente superior á la de Demóstenes y hombre de gran cultura—y no hubiera tratado á este último como un demagogo vulgar. Así y todo, probablemente se arrepintió Demóstenes de sus ingenuidades sobre las iniciaciones privadas de aquella anciana y sus «renacimientos religiosos». Es de desear que los aficionados se corrijan de su costumbre de entender significaciones desagradables, al leer palabras que, en realidad, no las poseen.

No puede juzgarse á Demóstenes separadamente de las circunstancias en que vivió. No es ningún santo, ni una correcta medianía. Es un hombre de genio y, en cierto modo, un héroe; sin duda alguna, es también

un fanático y siempre un político. Representa á su patria en aquella combinación de sutileza intelectual y de poder práctico de acción con un idealismo ferviente, aquella unión de la pasión con el arte, y aquella invariable insistencia en el lado moral de las acciones sobre lo justo y lo noble, que caracteriza la mayor parte de los grandes espíritus de la literatura griega. Decir con Quintiliano que Demóstenes era un «hombre malo», es como si se dijese lo mismo de Burke ó aun del mismo Isaías. Esto implicaría que las palabras y los pensamientos nobles, no son nobleza, ó bien, lo que es más difícilmente plausible, que en literatura, las más grandes expresiones del alma pueden ser artificialmente producidas por el engaño. Dos sentencias de Demóstenes suenan á los oídos de aquellos que le estudian, como típicas de este hombre. «Jamás, jamás, ¡oh atenienses! puede la injusticia y el perjurio y la falsedad producir un poder duradero. De momento, y durante algún tiempo, sirven de apoyo; dejan ampliamente, acaso, brotar las esperanzas, pero el tiempo da cuenta de ellas y las marchita dondequiera que estén. Del mismo modo que una casa y una nave deben ser más fuertes en las partes inferiores, así también, la base y el fundamento de la política debe ser verdadera y honrada, cosas que no están en los avances diplomáticos mal adquiridos de Macedonia (1).»

»No es posible, Atenienses, que os equivocárais cuando emprendísteis esa batalla por la libertad y la salud de todos. No, ¡por nuestros padres, que pelearon por primera vez con el Medo en Maratón, por los infantes de Platea, por los marinos de Salamina y de

(1) *Olintiaca*, 2, 10.

Artemisio, por todos los valientes que yacen en nuestros sepulcros nacionales, á los cuales nuestra Ciudad ha enterrado con honor, Esquines, á todos por igual, no sólo á los afortunados ó victoriosos! (1).»

(1) *Sobre la Corona*, 208.

XVIII

LA LITERATURA POSTERIOR, ALEJANDRINA Y ROMANA

I

DESDE LA MUERTE DE DEMÓSTENES HASTA LA BATALLA DE ACTIUM

Entre los varios cumplidos estereotipados que tenemos costumbre de dirigir á la literatura griega, acostumbramos olvidar su singular duración. Desde los orígenes prehistóricos de la epopeya hasta Pablo el Silenciario y Museo, en el siglo VI después de Cristo, no hay siglo alguno que se halle sin deliciosa poesía, más ó menos original. Desde Hecateo hasta la caída de Bizancio, hay una serie casi no interrumpida de historiadores y, en cierto sentido, puede sostenerse que la historia no halla su mejor expresión hasta que aparece Polibio en el siglo II antes de Cristo. La filosofía es notoriamente rica sólo en los tiempos posteriores; y muchos sostendrán que si los pensadores individuales de la Grecia son casi todos más antiguos que Platón, la perfección mayor de la especulación no se obtiene antes de la época de Epicteto y Plotino. La literatura del saber y de la ciencia sólo comienza en el instante en que termina este libro. Puede, además, decirse que el factor más grande de la literatura ima-

ginativa, el amor, ha quedado apartado en sus exigencias durante todo el período ático y que Mimnermo y Safo tienen que esperar hasta Teócrito para hallar su verdadero sucesor.

La muerte de Demóstenes marca una gran línea divisoria. Antes de ella la literatura griega es una producción absolutamente única, después de ella, es una literatura usual, de primer orden, como la romana, francesa ó italiana. Naturalmente, es imposible trazar una línea precisa entre creación y adaptación; pero, en el ordinario sentido de las palabras, la muerte de Demóstenes forma un período, antes del cual los poetas, escritores, pensadores y políticos griegos se hallaban, realmente, creando y produciendo cosas de que no había modelo alguno en el mundo; después del cual sólo adaptaron y terminaron, produciendo cosas semejantes á otras que ya existían.

Es una gran división; lo demás es semejante á ella. Hemos visto cómo el estallido de 404 antes de Cristo aturdió las esperanzas de Atenas, embotó la fe general en su propia misión y en el progreso humano. Queronea y Cranón terminaron con las pocas chispas que habían quedado. Atenas y la Grecia intelectual tuvieron que afrontar el hecho aparente de que la Providencia acompaña á los apretados batallones y que la fuerza material es, en último término, la suprema fuerza. Había terminado ya la vida política libre. La especulación política no se hallaba en uso á causa de que los déspotas militares que dominaban el mundo no estaban dispuestos á escucharla. El mismo Aristóteles, que había sido maestro de Alejandro y se hallaba en amistosas relaciones con él, le trata, así como á sus conquistas y su sistema, como completamente fuera de relación para cualquier constitución racional de la

sociedad. Los acontecimientos de los dos siglos inmediatos arraigaron más esta impresión y las aspiraciones políticas, como un estímulo en la vida y en la literatura, concluyeron para la Grecia. Claro es que varias edades y pueblos lo han pasado muy bien sin libertad alguna en la acción pública, en el decir ó en el pensar. Pero estas cosas se hallaban en las fibras más internas de la raza griega y la afligía el verse privada de ellas.

La Edad Media y el Oriente compensaron su ausencia de los intereses públicos con una entusiasta fe religiosa. Pero ni siquiera este solaz estaba permitido á los últimos griegos. La religión tradicional estaba agonizando durante el siglo V entre la gente instruída; después del IV apenas sí merecía ser atacada. Conocíase que era un contrasentido, pero se la consideraba útil para el vulgo; y sobre todo, se exigía de cada pensador que tuviese algo que colocar en su lugar. Mucha parte de la inteligencia del siglo IV se empleó en contestar á esta petición. De una parte, hallamos á Atenas llena de extrañas creencias revividas, importadas ó inventadas; la superstición es un hecho importante en la vida de aquel tiempo. Puede adivinarse por la excesiva severidad de Epicuro sobre esta materia, y por el hecho de que Antífanes y Menandro escribieran comedias sobre *El Hombre Supersticioso*. Pero las inscripciones que se han conservado producen sobre ello una completa evidencia. De otra parte, se produjeron los grandes sistemas filosóficos. Tres de ellos fueron especialmente religiosos, pareciéndose más al siglo VI que al V. Los cínicos se cuidaban, únicamente, de la virtud y de la relación del alma con Dios; el mundo y su ciencia y sus honores, eran para ellos como una escoria. Los estoicos y epicúreos, por diferentes que apa-

rezcan á primera vista, eran muy semejantes en su objetivo final. Aquello de que realmente se cuidaban era la ética—la cuestión práctica de cómo debía el hombre ordenar su vida. Ambas escuelas se dedicaron, en realidad, á alguna ciencia—los epicúreos á la física, los estoicos á la lógica y á la retórica—pero sólo como medio para un fin determinado. El estoico procuraba ganar los corazones de los hombres y las convicciones por medio de una pura sutileza de argumentos abstractos y una deslumbradora sublimidad de pensamiento y de expresión. El epicúreo se hallaba determinado á hacer seguir su camino á la humanidad sin incensar á los caprichosos dioses y sin sacrificar su libre voluntad. Condensaba su evangelio en cuatro máximas: «Dios no debe ser temido; la muerte no puede ser sentida; puede obtenerse el Bien; todo aquello que tememos puede ser soportado y vencido.»

Subsistían dos grandes sistemas más intelectuales y menos emocionales: la Academia, que después de la muerte de su fundador y de Espeusipo, se volvió desde la metafísica paradójica á la dirección de un eclecticismo crítico y escéptico; y el Liceo ó Perípato, cuya organización de la ciencia formaba la más grande hazaña intelectual de aquella época. Su fundador, ARISTÓTELES, de Estagira, en la Calcídice (384 á 322 antes de Cristo), se halla, por su carácter, así como por la época en que vivió, entre el filósofo ateniense y el *erudito* alejandrino. Vino á Atenas á la edad de diez y siete años y permaneció allí durante veinte. Pero había crecido bajo la sombra de Macedonia, puesto que su padre había sido médico de Amintas II; no tenía simpatía alguna por la democracia, y las agitaciones de los políticos atenienses no tenían ninguna significación para él. En la primera obra que publicó,

una carta en el estilo de Isócrates, se declara partidario de la vida contemplativa como opuesta á la vida práctica y permaneció fiel á sus principios durante toda su vida (1). Platón fué su principal maestro en filosofía; pero era un amante omnívoro del saber y empleó sus energías, no sólo en la historia de la filosofía anterior, en las investigaciones matemáticas de Eudoxo y en el misticismo de los pitagóricos, sino también en estudios de detalle como el coleccionar las didascalias (v. pág. 302) y la estructura morfológica de las calabazas. Las relaciones con su maestro se hallan ilustradas con la célebre sentencia de su *Ética* sobre Platón y la Verdad: «Queriendo á ambos, me veo obligado á preferir la verdad.» Un discípulo más ferviente ó menos original, por ejemplo, Espeusipo, no los hubiera considerado como antitéticos. A la muerte de Platón en 347, Espeusipo fué elegido jefe de la Academia; y Aristóteles creyó conveniente abandonar á Atenas acompañado de Jenócrates, el que más tarde sucedió á Espeusipo. Pasó tres años en Asos, Misia, y se casó con Pitias, sobrina del dinasta de aquel país, bajo románticas circunstancias, pues la preservó, en cierto modo, durante una revolución. En 343 fué llamado á Pella por Filipo y fué nombrado maestro del joven Alejandro, que entonces tenía diez y siete años.

Nada se conoce de aquellas enseñanzas. Es de temer que hubiese poco de común entre el que deseaba ser rival de Aquiles y el gran expositor de la vida «contemplativa», fuera de la sola posesión de las aptitudes trascendentales. El real amigo de Aristóteles parece haber sido Filipo. Acaso se le había contagiado algo

(1) προτρεπτικὸς εἰς φιλοσοφίαν.

de la admiración hacia un príncipe convertido, que pegó tales chascos á Platón y á Isócrates. Había tenido relaciones con dos pequeños potentados, antes de tenerlas con Filipo—con Temisón de Chipre, y con el tío de su mujer, Hermias. Un año después de la muerte de Filipo, Aristóteles volvió á Atenas y Alejandro marchó contra el imperio persa. Aristóteles había desaprobado siempre la idea de conquistar el Oriente. No era «contemplativa». También la segunda parte de su consejo respecto á que aquel conquistador debía ser, únicamente, un «guía» para los griegos, y un «dueño» para los bárbaros, fué desechada por Alejandro, que rehusó de un modo ostensible hacer diferencia alguna entre ambos. Existió también una dificultad privada, pero de peor carácter: un tal Calístenes, al cual dejó Aristóteles en su lugar, de consejero espiritual, fué más tarde implicado en una supuesta conspiración, y condenado á muerte. Pero no existió ninguna desavenencia manifiesta. Fué probablemente en este tiempo (335), cuando Aristóteles fundó su escuela de filosofía en un edificio con un «perípato» ó paseo cubierto, cerca de una arboleda de Apolo Licio, en las afueras de Atenas. Era una institución, bajo ciertos puntos de vista, menos cercana á la Academia que á las Bibliotecas Alejandrinas, y como ellas, fué protegida probablemente, por la generosidad real. El omnívoro saber de Aristóteles y su genio organizador, tuvieron ancho campo. Se relacionó con varios compañeros de estudio—συμφιλοσοφοῦντες—y los encaminó á emprender varias especiales colecciones é investigaciones; admitió sus diferencias de opinión y él mismo ejercitó el derecho de libre crítica; y así edificó aquella gigantesca construcción de saber organizado y razonado, que ha sido la maravilla de las siguientes edades.

Los escritos de Aristóteles fueron divididos por los peripatéticos posteriores en ἐξωτερικοί y ἀκροαματικοὶ λόγοι—obras para la publicación y materiales para lecturas. Su reputación en la antigüedad se halla completamente basada en la primera clase, especialmente en los diálogos semipopulares; y es un extraño capricho de la historia que con la escepción única, en todo caso, de la *Constitución de Atenas,* ni una sola obra de toda esta clase nos haya sido conservada. En el Aristóteles actual no existen obras terminadas y personales, bajo el punto de vista artístico, como los diálogos de Platón. Tenemos únicamente—ὑπομνήματα—notas y recordatorios de escuela. Esto explica el estilo alusivo y elíptico, las anécdotas y ejemplos que se hallan indicadas pero no consignadas; esto explica, también, las repeticiones, los pasajes encubiertos y las contradicciones de detalle. Varios de los συμφιλοσοφοῦντες han contribuido á estos trabajos y las conferencias han sido repetidas y nuevamente elaboradas por diferentes «escolarcas». La *Retórica* de Aristóteles se hallaba, por ejemplo, basada en las colecciones de su discípulo Teodectes y redactada de nuevo por su sucesor Teofrasto. La *Física* se cuenta como de Aristóteles; la *Botánica* y la *Mineralogía* como perteneciendo á Teofrasto; pero uno y otro tuvieron que intervenir, evidentemente en ambas. En la *Ética* hay visibles huellas de tres distintos investigadores: el mismo maestro, Eudemo y otro. La *Metafísica* y la *Lógica* deben haber tenido sus líneas capitales especulativas derivadas de las investigaciones originales de Aristóteles. La *Poética* parece indicar una respuesta personal al desafío que había arrojado Platón á «alguno que no es poeta, pero amigo de la poesía, á fin de que diera en sencilla prosa», alguna justificación á un asunto

que no tiene ninguna clase de sentido (1). Pero en todas estas obras hay adiciones y comentarios de otros maestros. En la ciencia política la escuela coleccionó y analizó ciento cincuenta y ocho constituciones diferentes de aquel tiempo. El mismo Aristóteles lo hizo con la de Atenas y Esparta; pero publicó un gran tratado teórico sobre *Política* antes que sus coleccionadores hubieran concluido completamente su obra.

Cincuenta años después de la muerte de Aristóteles el «Perípato» se había convertido en una institución insignificante, y los escritos del maestro eran muy poco leídos, hasta que revivió la afición á los mismos en la época romana. De una parte en estas obras mucho pertenecía al género de exploración, cosa esencialmente reformable, porque sólo servía para rellenar el camino sobre el que deben otros avanzar. Además, las investigaciones oficialmente organizadas, requieren mucho dinero y los distintos «Diádocos» ó sucesores de Alejandro guardaron sus liberalidades para sus propias capitales. Sobre todo, el deseo de alcanzar una ciencia universal se creyó ser superior á las fuerzas humanas y seguramente servía para probarlo el mismo ejemplo de Aristóteles. Los grandes organismos de Alejandria tuvieron la dicha de emplear en una materia aislada, como la literatura antigua, ó la mecánica, más actividad y dinero del que podía disponer el Liceo en sus investigaciones sobre la enciclopedia científica. Aun un grande «polímates», como Eratóstenes, se halla muy distante de Aristóteles.

Atenas continuó siendo el principal asiento de esta filosofía; pero la literatura, en la acepción usual de la palabra, fué, poco á poco, atraída á otros sitios donde

(1) *República*, 607.

podía hallar mayor recompensa y tranquilidad. Ya en la grande época, habíanse reunido poetas en las cortes de Hieron, en Siracusa, y Arquelao en Pella. La superioridad real de Atenas, respecto á tales refugios, consistía en la libertad que permitía en el pensar y en el decir, y la simpatía íntima y comunidad de cultura entre el escritor y su público; y, además, porque durante la mayor parte del siglo V fué el más seguro y ordenado lugar de residencia en el mundo. Eso ya no era igual en el siglo IV. Había más seguridad en las capitales de los grandes monarcas detrás de las líneas escalonadas de sus disciplinados ejércitos. Pella era un lugar seguro lo mismo que Antioquía y después de la expulsión de los Galos, Pérgamo, más que todas, Alejandría. Y respecto á un público simpatizante había dejado de existir en todas partes. Continuaba siendo preciso que el escritor mostrara cultura, y el nivel de ésta había llegado á ser muy elevado y difícil de obtener. Escribíanse libros sin cesar, por aquellos que habían leído todos los existentes, pero eran apenas inteligibles para aquellos que no los habían leído. El poeta del siglo III—y aún mucho antes, un hombre como Antímaco—sólo esperaba ser leído por la gente de su misma especie, con vagar y conocimientos bastantes para seguir con facilidad su modo de pensar.

Una forma de la literatura propia, la Comedia, fué fiel á su suelo nativo. La ligereza de ingenio, la libertad de hablar y el espíritu dramático de los atenienses no podían ser transplantados. La Comedia Media y la Nueva representaron, probablemente, la más espontánea y creadora obra de su época en el dominio de la literatura propia. La división entre ambos períodos no se halla claramente marcada. La Comedia Media, de un modo general, se señala en su dura-

ción, desde el año 400 hasta la muerte de Alejandro en 323, y está caracterizada por la afición á parodiar y ridiculizar los poetas y los mitos. La Nueva, como ya hemos dicho antes, extendió su esfera de acción á todos los asuntos de la vida ordinaria. La intriga se halla bien tramada y á menudo convincente. Los reinados de los «diádocos» ofrecieron un tiempo lleno de aventuras y de intriga, y la vida real proporcionó á las tablas soldados de fortuna, doncellas robadas, aventureros afortunados y cambios repentinos de fortuna, así como parásitos y «heteras». El lenguaje también tiene un aire de realidad. Se halla basado en la vida y pegado íntimamente á ella; presenta esencial diferencia respecto de la belleza artificial de la epopeya y elegía contemporáneas. Procura ser «urbano y puro» al par que ingenioso; pero no es excesivamente estudiado. ANTÍFANES y ALEXIS de la Comedia Media escribieron más de doscientas piezas cada uno; MENANDRO y FILEMÓN más de doscientas entre los dos. Mucho se ha hablado del bajo tono moral de la nueva Comedia, en su conjunto, de un modo injusto. Las aficiones generales de los poetas son bastante sanas; únicamente se asustan de las notas agudas. Y algunas veces se equivocan al no ver el valor dramático é imaginativo de los lados más nobles de la vida. El mismo Menandro era amigo íntimo de Epicuro y escandalizó al pueblo «alabando el placer». El talento y energía dedicados á la descripción del comer y beber en la Comedia Media se hallan á menudo citados como síntoma de la grosería de la época. Pero el banquete era uno de los elementos tradicionales en la comedia; ¿cómo una «Comedia» podría ir sin su correspondiente «Comos»? Nuestra información, además, se halla mal dirigida porque

deriva principalmente del *Banquete de los Filósofos* de Ateneo, libro que escudriñó la antigüedad, de un modo especial, en busca de citas y anécdotas sobre asuntos referentes á los convites. Y, sobre todo, es preciso recordar que la Comedia Media comenzó en años de carestía y todas las literaturas nos muestran cómo los hombres mal alimentados devoran con los ojos los banquetes imaginarios. Hay tanta pena como deleite detrás de algunas largas listas de pescados ó principios.

El amor romántico y aventurero constituía un motivo muy principal en los asuntos de la Comedia Nueva, y un amor tal, dadas las condiciones del tiempo, se hallaba, generalmente, rodeado de circunstancias perturbadoras y de caracteres dañados. En las piezas satíricas la heroína misma es, á menudo, una «hetera». En gran número, es rescatada de las uñas de las «heteras» y sus similares. En pocas, parece haber tenido «un pasado» pero consigue, sin embargo, hacerse «simpática». En una ó dos, como en la *Amastris** de Difilo, es una virtuosa, ó á lo menos, respetable princesa... y, en realidad, la obra es un drama histórico. Seguramente el interés sentimental era, ordinariamente, más grande que el cómico.

Filemón fué, en su última época, á Alejandría, y Macón vivió allí; pero fueron excepciones. El mismo Menandro vivió siempre en Atenas. Nuestra idea sobre este escritor se halla formada, tanto por su famosa estatua y por las cartas imaginarias escritas en su nombre por el sofista Alcifrón (sobre 200 después de Cristo), como por sus numerosos, pero insignificantes, fragmentos. Las cartas son muy hábiles y hacen simpático al hombre culto, crítico y dotado de buen natural, no amando otra cosa que la Literatura y su tran-

quilidad é independencia y que rehusa vivir en la corte de Alejandría mediante un salario ó escribir cualquier cosa para el público, sólo para ganar tantos premios como Filemón.

El mismo interés por el amor aventurero que invadió la Comedia levantó también á la poesía elegíaca y épica de aquel tiempo á su perfección imaginativa más elevada. La elegía posterior de los griegos fué, no sólo cosa de singular belleza, sino también de grande influencia literaria: Calímaco, Euforión y Filetas son los principales inspiradores de la vivaz elegía romana. FILETAS, contemporáneo más joven de Demóstenes, es, acaso, el primer elegíaco alejandrino típico; un pálido estudiante, estropeado en su cuerpo, que «hubiera volado si no hubiese llevado suelas de plomo en sus botas»; crítico homérico; maestro de Tolomeo II y de Teócrito; escritor de elegías amorosas, á las que dió el nombre de su propia amada «Bitis» y de un idilio sobre Ulises y Polimele. Él y ASCLEPÍADES, cuyos versos, graciosamente amorosos, tienen una buena representación en la Antología, eran los únicos poetas de su tiempo que reconociese, francamente, Teócrito como sus superiores. Un amigo de Filetas, HERMESIANAX, nos ha dejado un largo fragmento que contiene poco más que una lista de amantes históricos que había hecho estremecer á muchos lectores de Ateneo, por cierta resonancia y sombrío encanto. CALÍMACO, bibliotecario, arqueólogo, crítico y poeta, fué tal vez la persona más influyente en la literatura, desde Platón á Cicerón. Realizó y expresó las necesidades de su época y lo que era capaz de llevar á cabo. Había pasado la época de creación; era imposible escribir como Homero, Hesíodo ó Esquilo; ellos se ajustaron á su época, como cada cual debe

ajustarse á la suya, sin ridiculizarse al intentar rivalizar con aquéllos en su propia heredad. Lo que él podía hacer era escribir poemas cortos sin pretensiones, pulcros y perfectos en cada verso. Los restos actuales de Calímaco nos dejan chasqueados, fuera de unos pocos hermosos epigramas, y la elegía sobre el *Baño de Palas*. En lo demás, cierta agudeza y frialdad, cierta facilidad en el efectismo, deslustran las poesías del gran crítico; y las épocas posteriores, en su conjunto, tendrán más interés por su rebelde fracasado, Apolonio, que rehusó aceptar su veto.

Apolonio intentó escribir una epopeya en el viejo estilo, larga, con grandes pretensiones, completamente sencilla en la construcción y no epigramática en el lenguaje. Esta fué la clase de poesía que llenaba sus aficiones, y la que procuró escribir. *La Argonáutica* fracasó en Alejandría, y Apolonio abandonó su país por Rodas, donde arregló una segunda versión de su poema. Tuvo un pequeño grupo de admiradores durante su vida; pero el gusto general siguió á Calímaco, por su estilo breve y brillante. Catulo y Propercio fueron también imitadores de Calímaco. Estaba destinado á Virgilio el conquistar el mundo con un poema en el espíritu de Apolonio, con mucha parte de su estructura y con un lenguaje tomado línea por línea del suyo. Naturalmente, Virgilio se había «sentido» llamado, en cierto modo, á escribir la epopeya nacional, mientras que nadie había llamado á Apolonio para celebrar á los Argonautas, y esto es lo que da á Virgilio un interés superior en el asunto. Pero la Medea y el Jasón de la *Argonáutica* son, á la vez, más interesantes y más naturales que sus copias, la Dido y el Eneas de la *Eneida*. El amor salvaje de la hechicera contrasta singularmente con la Reina organiza-

dora de la industrial Cartago, y las dos cualidades que forman el carácter esencial de Jasón—la falta de energía, que le hace traidor, y la deliberada suavidad de carácter, que contrastan con Medea—parecen incongruentes en el padre de Roma. Hay dos pasajes que podrían ser elegidos especialmente como característicos de la poesía alejandrina. Uno de ellos podría ser la protesta de Calímaco (1): «Grande es el curso del río de Asiria; pero lleva muchas motas de tierra sobre sus ondas y muchos trozos de leña al mar. Las abejas de Apolo no beben el agua en cualquier sitio: el pequeño rocío de una sagrada fuente, la elevada corola de una flor.» El otro sería la contestación de Medea, cuando Jasón la propone pedir gracia á su padre Eetes y proponerle una convención para su mano, como en otro tiempo Teseo lo solicitó de Minos por Ariadna:

«No me hables de piedad ni de pacto. No habitan aquí.
Eetes no guarda obligación alguna, ni conoce el miedo,
Ni anda con los hombres como andaba Minos desde lo anti-
[guo,
Y yo no soy ninguna princesa griega de alma delicada.
Una sola cosa: cuando te halles salvo y libre
Piensa en Medea, como yo pensaré en ti
Siempre, aunque todo lo impida. Y sea entonces oída
Alguna voz, desde muy lejos, ó algún ave silvestre
Venga gimiendo el día que yo sea olvidada,
O se oigan los vientos tormentosos, y no me rechacen,
Y me arrebaten en sus brazos á través del desierto cielo,
Para echarte en cara tu falsedad, y gritar una vez:
«¡Yo te salvé!» ¡Así, repentinamente, en tu morada
Y en la piedra de tu hogar pueda yo estar cuando lleguen esos
[días!»

Por supuesto, que Apolonio se halla sujeto á los vicios de su época. Tiene largas descripciones pintores-

(1 Calímaco: *Himno á Apolo*, 107, sig.

cas, un lenguaje pseudo-homérico sobradamente pesado y pasajes sobre el tocado de Afrodita y sobre el arte de tirar el arco de Eros, que podrían haber sido escritos por Ovidio ó por Cowley. Pero presenta verdadera originalidad y poder de observación personal y de sentimiento; testigo de ello son los símiles sobre la oriental recién parida cuyo marido ha sido muerto; la hilandera, que se inclina hacia el fuego en busca de luz mientras trabaja antes de la salida del sol; los pensamientos crueles que agitan el corazón de Medea, semejantes á la luz que oscila por entre el agua agitada; la encantadora siega de los hijos de la Tierra, á la luz de la puesta del sol—que nos obligan á afirmar que halló en él la Grecia expresión para cosas que habían quedado antes en silencio. Y respecto al amor romántico, en su aspecto más elevado, no tiene par, ni aun en la época de Teócrito.

Teócrito es acaso el poeta más universalmente atractivo de todos los poetas griegos. Es bastante común encontrar jóvenes aficionados que le prefieran á Homero, y muchos sienten cierta placentera sorpresa al conocerle por primera vez. Es monarca absoluto en su dominio agradable, aunque humilde; puede decirse que apenas hay belleza alguna en la poesía pastoril del mundo entero que no provenga de Teócrito. Su primer idilio, el *Canto Fúnebre sobre Dafnis,* ha tenido, acaso, un mayor número de imitaciones célebres que cualquier otro poema existente de sus mismas dimensiones—el *Adonis*, de Bión; el *Bión,* de Mosco; el *Dafnis,* de Virgilio; hasta los modernos *Licidas, Adonais* y *Tirsis.*

Esta costumbre de la retrospección, este enternecimiento sobre el pasado que anima toda la poesía, aunque no las obras científicas, de Alejandría, se halla

especialmente marcada en Teócrito. Tiene abundancia de poemas sobre el presente; los tiene también sobre el futuro y sobre las esperanzas que el poeta deposita en sus protectores. Pero el presente es completamente malo y el futuro no es real. La verdadera belleza del mundo de Teócrito yace en la vida campestre del pasado. Se ha observado con justicia que los aldeanos de Sicilia, en su tiempo, se hallaban ya muy avanzados en el camino de llegar á ser la esclava población agricultora del imperio romano, «el más miserable de todos los proletariados». Aun mucho tiempo después, bajo la opresión de Verres, eran conocidos por su jovialidad y afición al canto, y es probable que los bardos rústicos que encontramos en Teócrito no sean únicamente ficciones de la imaginación. Su tipo apareció por primera vez en la poesía antigua siciliana de Estesícoro. El campesino siciliano, como el provenzal, rumano y escocés, parece que han tomado como un asunto ordinario de la vida el hacer versos y el cantarlos.

Hay tal unidad de estilo y de ambiente en Teócrito, que fácilmente se pasa por alto la grande variedad de sus asuntos. Llamamos «Idilios» á sus poemas, y los creemos siempre «idílicos». Pero en su origen, la palabra εἰδύλλιον es, únicamente, el diminutivo de εἶδος (forma ó estilo), y nuestro empleo de este nombre parece provenir de la práctica de encabezar estos poemas pastoriles con la observación musical εἰδύλλιον βουκολικόν ó αἰπολικόν, «estilo de vaquero ó de cabrero», ó cualquier otra cosa que exigiera este caso. Unicamente diez, de los treinta y dos idilios de Teócrito que nos han sido transmitidos, son completamente referentes á la vida pastoril real ó idealizada; seis son épicos; dos, de circunstancia; otros dos se dirigen á sus patronos; seis

son poemas decididamente amorosos, y cuatro, estudios realistas de la vida usual. El más famoso de estos últimos es las *Adoniazusas* (idilio XV), mimo que describe las sencillas aventuras de dos siracusanas de la clase media, Gorgo y Praxinoa, en la gran fiesta de Adonis, celebrada en Alejandría por Tolomeo II. Esta misma obra fué representada en París algunas veces, y tiene cierta positiva belleza entre su humorística y casi siempre desagradable y servil imitación de la vida. Tampoco hay mucha belleza en el mimo que le precede (XIV), con su breve boceto de la clase de sucesos que han obligado á dos jóvenes á alistarse para servir en el extranjero; pero acaso ofrece más profundidad y verdad, y, podemos añadir, una vulgaridad más exactamente estudiada. El segundo idilio, que describe el amor desgraciado de Simeta y sus dolorosos encantamientos, es difícil de clasificar; es realista, hermoso, trágico, extrañamente humorístico y difícil de olvidar. Es, para la vida del corazón, lo que el mimo usual es para la vida superficial, y, á pesar de varias imitaciones eruditas, permanece siendo, en la literatura, una obra maestra única en su género. Tres poemas expresan los sentimientos personales del poeta; van dirigidos á su doncel, y representan, probablemente, en su idealismo serio y amable, el nivel más elevado de esta clase de pasiones. Uno de éstos (idilio XXIX) es el que formula el deseo, á menudo repetido, respecto al lugar del amor ó de la profunda amistad en la vida:

> «Un nido único construido en aislado árbol,
> donde ningún ser agreste pueda jamás subir.»

Los llamamientos á Hierón y á Tolomeo, son tan buenos como puede esperarse de tales títulos; y las

pequeñas epopeyas que recuerdan, por su forma, á las *Eeas,* algo más desarrolladas, no dejan de ofrecer algunos pasajes de exquisito embeleso y de frescura en medio de cierta frialdad general. Los dos poemas «de circunstancia», uno de los cuales describe un paseo campestre en Cos, un día de recolección de frutos, y el otro, que acompaña el envío de una rueca á la mujer del amigo del poeta Nicias, no sólo son verdaderas joyas, sino que dejan la fragancia de un amable carácter.

Los otros poetas bucólicos BIÓN y MOSCO son imitadores declarados de Teócrito. Bión era un joven contemporáneo de su modelo y escribió, probablemente, su *Canto fúnebre de Adonis* para alguna fiesta relacionada con las *Adoniazusas*. El *Canto fúnebre* es, en su género, un trozo magnífico, florido, no real, monótono, casi completamente oriental, en su representación apasionada y extravagante es completamente apropiado al asunto para que fué compuesto. No hay, en realidad, emoción alguna característica en todo él; pero lleva la imaginación arrebatada como por una tormenta, y está calculado para hacer brotar abundantes lágrimas á personas de la clase de Gorgo y Praxinoa. Mosco se da él mismo como un discípulo de Bión, y se dice que fué amigo de Aristarco, aunque su estilo manifiesta una época posterior. Es tan adornado como los romanos de la edad de plata y tan lleno de aquellas pequeñas frases que tienen sabor al *Gradus ad Parnasum* y producen no pequeña propia satisfacción. Bión es el «Orfeo dorio» y Homero es «aquella dulce boca de Calíope». Su amaneramiento no puede ocultar, por completo, sus buenas dotes naturales. Entre los innumerables ecos de la poesía pastoril griega que aún resuenan en los oídos de la

Europa moderna, no poca parte viene de la *Lamentación por la muerte de Bión* de Mosco; por ejemplo, el sueño de Matthew Arnold, al

«Hacer saltar de alegría la cabeza hermosa
De Proserpina, entre cuyos cabellos coronados
Hay flores, primeramente abiertas en el clima de Sicilia,
Y llorar con la flauta á su amigo, como Orfeo desde la muerte.»

El otro carácter, distintivo de la epopeya y de la elegía alejandrinas, además del interés amoroso, era el interés erudito. Hubo numerosos poemas arqueológicos. RIANO escribió sobre las guerras mesenias, presentando á Aristomenes como una especie de Wallace. Calímaco escribió cuatro libros elegíacos de *Etía* ú «Orígenes», y una epopeya de antigüedades, *Hecale*, que tenía su centro en Teseo y en el combate de Maratón, pero que contenía muchas digresiones. También se produjeron poemas aún más filosóficos. ARATO, de Soles, escribió sus FENÓMENOS ó «Cosas que se ven en el Cielo», con un apéndice sobre las señales del tiempo; NICANDRO sobre Historia Natural y sobre venenos y antídotos, así como sobre los orígenes y leyendas de diferentes ciudades. Ninguno de estos dos poetas llama mucho la atención de nuestra época, que prefiere la ciencia pura sin mezclarla con exquisiteces de forma. La extraordinaria influencia y reputación que disfrutó Arato en la antigüedad, parece que se debió al hecho de que llevó felizmente á cabo una como anexión á su propiedad privada de una de las más grandes emociones de la humanidad. En los siglos que le siguieron, parece como si ningún hombre culto pudiera contemplar á los astros sin repetir en voz baja algún verso de sus *Fenómenos*. El más grande sabio de toda la época de los Tolomeos,

ERATÓSTENES dió forma prosaica á su geografía y cronología, así como á sus trabajos sobre la comedia antigua. Su pequeño poema épico sobre la muerte y venganza de Hesíodo y su elegía *Erigone*, versan sobre asuntos legendarios y que podríamos llamar «poéticos».

En prosa dan el tono prominente la erudición y las investigaciones científicas. Las expediciones de Alejandro habían abierto una inmensa parte del mundo á la ciencia griega, y los viajes de su almirante Nearco y de otros hombres, como Polemón y Piteas, alteraron por completo la geografía antigua. Nuestros manuales principales son *Una vuelta al mundo* y un *Periplo* ó «Viaje redondo» á varias playas que corren bajo los nombres de ESCIMNO y ESCILAX, respectivamente. La organización científica de la geografía fué llevada á cabo por hombres como Eratóstenes é Hiparco, después de inventar sistemas para calcular las latitudes y longitudes y el empleo de la trigonometría. Las matemáticas puras y aplicadas fueron desarrolladas por gran número de hombres distinguidos, incluyendo á EUCLIDES, en tiempo de Tolomeo I, y ARQUÍMEDES, que murió en 212. La Mecánica floreció, así para objetos militares como para los usos ordinarios de la vida, estando formadas las máquinas casi por completo, con madera, y siendo, generalmente, sus motores el agua ó la fuerza de gravitación, aunque parece que, en algunos casos, fué empleado también el vapor. Hay un curioso pasaje en las obras que se han conservado de HERO, que describe una máquina de fantoches, que, después de ser montada, representaba, automáticamente, una tragedia en cuatro actos, incluyendo un naufragio y una batalla.

La erudición se aplicó muy especialmente á la lite-

ratura. Había dos grandes bibliotecas en Alejandría—la primera, en el Museo y en el Palacio; la segunda, por su edad y por su importancia, junto al templo de Sérapis. Fueron proyectadas por el primer Tolomeo, con ayuda de Demetrio Falereo y organizadas, en realidad, por su sucesor, el Filadelfo, y formaron el centro de cultura de los siglos siguientes. Zenodoto, Calímaco, Eratóstenes, Aristófanes de Bizancio y Aristarco, fueron sus cinco primeros bibliotecarios; ¿qué institución tuvo jamás á su frente una hilera de tales gigantes? La obra más inmediata que realizaron estas bibliotecas fué recoger y conservar los libros; todo barco que visitaba Alejandría era encargado de traerlos; y ni el dinero ni las intrigas se ahorraban para adquirirlos. La tarea más inmediata fué formar un «Catálogo razonado», obra principal de Calímaco, en 120 volúmenes (1), y luego separar las obras auténticas de las espúreas, y explicar los autores difíciles y anticuados. Los otros reyes de aquel tiempo formaron también bibliotecas, siendo la más famosa de todas, la de los Atálidas en Pérgamo. Esta ciudad fué un centro de arte más grande, tal vez, que la misma Alejandría, pero en la literatura propia no llegó á acercársele. Había comenzado mucho más tarde, cuando Alejandría había acaparado ya casi todos los libros únicos. No tenía papiros; la planta crecía únicamente en Egipto, y los Tolomeos prohibieron su exportación de manera que Pérgamo se vió obligada á emplear el costoso material que lleva su nombre «el pergamino». Generalmente Pérgamo, en su crítica, se alió á las escuelas estoicas y se dedicó á

(1) Πίνακες τῶν ἐν πάσῃ παιδείᾳ διαλαμψάντων καὶ ὧν συνέγραψαν.

interpretar, casi siempre fantásticamente, más bien el espíritu que la letra de los escritores antiguos y á protestar contra la dictadura de Aristarco y el culto del exacto conocimiento.

Uno de los primeros campos para el espíritu de investigación y de saber fué, naturalmente, el recuerdo del pasado. Poco después de la muerte de Tucídides, y antes de la de Jenofonte, el médico griego CTESIAS, que estaba en la corte de Artajerjes, escribió las historias de Persia y de la India y un «Periplo» con el objeto, en parte, de corregir los errores de Heródoto, y en parte, según era de temer, para *mejorarle* en sus cuentos. Fué más importante como fuente de novela que como historiador. El general Siciliano, FILISTO, escribió, en el destierro, una historia de su propio tiempo; tomó por modelo á Tucídides, pero se dice que aduló á Dionisio II con la esperanza de volver á su patria. Fué muerto en el levantamiento de Dión en 357.

El carácter de los historiadores de la última parte del siglo IV, es que no son estadistas prácticos y guerreros, sino hombres de estudio. Dos discípulos de Isócrates se hallan á la cabeza de la lista. ÉFORO de Cumas escribió una historia universal que abrazaba desde la emigración dórica hasta el año 340. Fué un colector y un crítico, no un investigador; usó libremente, y, algunas veces, palabra por palabra, de los escritores anteriores; pero desechó los períodos más antiguos como míticos y corrigió sus fuentes comparándolos. Siendo isocrático puso gran empeño en el estilo y en la tendencia educativa. Polibio dice que sus descripciones de batallas son «sencillamente ridículas»; pero Polibio dice casi otro tanto de todos los hombres civiles. Gran parte de Éforo ha sido más ó

menos transcripta en la historia de Diodoro Sículo que se conserva.

El otro isocrático que escribió de historia fué un hombre más interesante, TEOPOMPO (nació en 380). Era natural de Quios y tenía la preocupación de un isleño contra la dominación ateniense, mientras que otras circunstancias le predispusieron aún más contra los déspotas militares. Sus dos grandes obras fueron las *Helénicas,* en 12 libros, y las *Filípicas*, en 58. Como otros hombres difusos, predicaba el silencio y la simplicidad. Era tal vez miembro declarado de la secta cínica; de todos modos, odiaba el mundo y despreciaba á los grandes. Creía que todos los males de la Grecia eran debidos á sus tres cabezas «Atenas, Esparta y Tebas» y que los reyes y los estadistas y los «jefes del pueblo» eran generalmente la hez de la sociedad. Es alabado por su habilidad en descubrir las causas y motivos secretos—principalmente los de mal género—detrás de los velos de la diplomacia, y su estilo es casi universalmente admirado. El llamado Longino, *De lo Sublime* cita su descripción de la entrada del gran rey en Egipto, comenzando con magníficas tiendas y carros de guerra y acabando con fardos de cuero para zapatos y carnes en conserva. El crítico se queja de su estilo poético ramplón; pero el pasaje suena como si este estilo fuese intencionalmente satírico. Sus descripciones militares no gustaban á Polibio y son difíciles de excusar los largos discursos que pone en boca de los generales que se hallan en acción.

El siciliano TIMEO era un historiador de igual tendencia, hombre únicamente de estudio, ignorante de la marcha real de la guerra y que escribió la historia de su propia isla en 28 libros. Tuvo, sin embargo, un

punto de vista severo, no sólo con los reyes y diplomáticos, sino también con los demás historiadores (1); pero poseía el mérito especial de dominar por completo sus fuentes, incluyendo inscripciones y monumentos y aun los archivos cartagineses y fenicios. Polibio alaba también la exactitud de su cronología.

Dejando aparte las historias particulares, como la *Attis* de Filócoro y la *Crónica de Samos* de Duris, hallamos el viejo racionalismo de Herodoro, resucitado en una forma casi histórica, por EVEMERO y su imitador, PALEFATO. Redujeron el mito y la religión al sentido común, mediante el principio de que los llamados dioses eran todos hombres mortales que habían sido adorados, después de su muerte, por la superstición ó el agradecimiento de sus contemporáneos. Evemero tuvo el gran triunfo de encontrar en Creta lo que él creyó una tumba, con la inscripción Ζὰν Κρόνου (Zeus, hijo de Cronos). Y encontramos una interesante muestra del espíritu internacional de aquel tiempo—el espíritu que debía producir los Setenta y las obras de Filón—en las historias de Beroso, sacerdote de Belo en Babilonia, y Manetón, sacerdote de Sérapis en Alejandría.

Pero el más grande de todos los historiadores griegos posteriores es, sin duda alguna, POLIBIO de Megalópolis (poco más ó menos de 205-123 antes de Cristo). Su padre, Licortas, era general de los Aqueos y los primeros cuarenta años de la vida del historiador se emplearon en trabajos militares y diplomáticos para la Liga, especialmente en su resistencia contra Roma. En 166 fué enviado como rehén á esta ciudad y fué retenido allí durante diez y seis años, haciéndose íntimo

(1) De ahí su sobrenombre de ἐπιτίμαιος (Diodoro Sículo, 5, 1, y Ateneo, 272.

amigo de los Escipiones. Siguió al joven Africano en la mayor parte de sus expediciones y presenció la caída de Numancia y de Cartago. En sus últimos años fué el principal mediador entre Roma y Grecia poseyendo la confianza de ambas partes y uniendo, en grado singular, el patriotismo del caballero antiguo aqueo con una desinteresada y cordial admiración hacia Roma. Su historia comenzaba en el año 264 antes de Cristo, donde terminaba la suya Timeo, y seguía hasta sus propios días, en los dos primeros libros; entonces se ensanchaba en una historia universal, dando el florecimiento de Roma paso á paso hasta la destrucción de Cartago y la pérdida final de la independencia griega. Como historiador filósofo, investigador de las causas y principios, de las condiciones naturales y geográficas, de las costumbres y precios, y sobre todo de las constituciones políticas, no es igualado ni siquiera por Tucídides. Une el cuidado y la amplitud de miras de un escritor filosófico moderno con la experiencia práctica de un historiador antiguo. Sólo se conservan completos los cinco primeros libros de su historia; los trece restantes, en extracto. En cuanto al estilo de Polibio, Dionisio le clasifica entre aquellos escritores «á los cuales no puede completar ningún ser humano». Esto es natural en el aticista de profesión, que no podía olvidar que Polibio escribía el griego común, usual en aquel tiempo. Pero es extraño que los modernos aficionados, especialmente si han leído á un mismo tiempo los historiadores áticos y Polibio, hagan eco á la protesta del retórico contra el lenguaje excesivamente vivo del hombre de negocios. Polibio no deja la misma impresión de genio individual que Tucídides; pero es siempre interesante, cuidadoso, profundo pensador y perspicaz. Tiene, sin

duda, algunos prejuicios—por ejemplo contra Cleomenes y contra los Etolios. ¡Pero cómo ve en las ideas y los sentimientos las tendencias de casi todos los grandes hombres que menciona! Su Arato y su Escipión deben ser considerados como unos de los caracteres más vivientes de la historia; su Aníbal no es el villano teatral de Livio, sino un semita de genio, justa y humanamente considerado. Polibio era, por temperamento, prosaico; al criticar á los otros historiadores era muy acerbo. Pero fuera de su conclusión meramente científica, posee aquella conjunción de nobleza moral é intelectual que permite á un verdadero patriota hacer justicia á los enemigos de su patria y á un militar derrotado pensar más en la verdad que en la gloria de que ha sido privado. ¡Cuán diferente del genio espléndido, pero hipocondríaco, de Tácito ó del meramente «literato» isocrático Livio!

II

LOS PERÍODOS ROMANO Y BIZANTINO

El establecimiento del imperio romano determinó el nuevo centro de gravedad de la Europa y dejó á la inteligencia griega un subordinado y, en cierto modo, más estrecho campo. Convirtióse, esencialmente, la Grecia en el asalariado maestro del mundo romano. Seguramente en el Oriente la gran civilización helenística, fundada por Alejandro, en cierto modo se bastó á sí misma y quedó independiente de Roma; y allí retuvo la literatura griega mucho poder creativo é impulso original. Pero los restos que poseemos de los dos primeros siglos después de Cristo consisten,

principalmente, en libros que eran leídos en Roma; y, en su mayor parte, el mundo occidental llamaba con tanta insistencia á los griegos para que viniesen á educarlo, que perdieron por completo toda otra idea en su misión. Cesan, por completo, de existir poetas originales. BABRIO, el fabulista, no es poeta; el poema de OPIANO sobre la pesca, rara vez logra ser muy interesante. Unicamente la elegía sentimental es la que en realidad florece, aunque contraída á los epigramas de unos ocho versos de extensión. MELEAGRO, de Gadara, escribió con espontaneidad; era un aficionado suficientemente culto para formar la colección de la cual gradualmente se ha edificado nuestra Antología Palatina; pero era también, aunque en dominio bastante limitado, un real y verdadero poeta. Sus numerosos poemitas amorosos están llenos de dulzura y hay gran ternura en sus elegías fúnebres. No dejan de presentarse, sin embargo, en Meleagro señales de su época. Hay cierto desmayo en su emoción, algo de refinamiento y falta de naturalidad en la clase de su interés. Y una cierta carencia de juventud y destreza, en medio de toda la gracia de dicción y versificación, parece, algunas veces, denunciar el extranjero. Se sospecha que en Gadara, su patria, el griego era únicamente su segunda lengua y que fuera de la escuela tenía que hablar arameo. Acaso su obra más ingeniosa es el proemio á la Antología describiendo esta guirnalda metafórica:

«A la que lleva muchas flores Anite,
Silvestres insignias; y otras Mero, blancos lirios;
Y Safo pocas, pero rosas.»

ANTÍPATRO, de Sidón, fué casi su igual; CRINÁGORAS, se lee siempre con gusto. Y, en realidad, se pro-

dujo gran cantidad de obras de esta clase, muchas de ellas hermosas, muchas llenas de yerros manifiestos, durante la época de PALADAS en el siglo V, de AGATÍAS y de PABLO el Silenciario en el VI.

Un obstáculo cardinal para la poesía en la época imperial fué la falta de correspondencia entre las reglas métricas y la pronunciación real. Esquilo y Sófocles habían basado su poesías en el metro, en las sílabas largas y breves, á causa de que esto era lo que oían en las palabras que hablaban. Aristófanes de Bizancio (257 á 180 antes de Cristo) observó, además de las divisiones de largas y breves, cierto tono musical, en las palabras de una sentencia ática, é inventó el sistema de acentos para instrucción de los extranjeros en su pronunciación. Es difícil determinar el valor fonético exacto de este «acento tónico»; pero es cierto que no afectaba á la poesía ni acaso se hacía notar al oído en la época clásica, y que hasta el segundo siglo, por lo menos, antes de Cristo, era algo completamente diferente de lo que llamamos acento, esto es, la fuerza tónica. Pero en el cuarto siglo después de Cristo, el poeta NONNO, un griego egipcio de Panópolis, en su *Dionisíaca,* comenzó repentinamente á contar con el acento. Dividiendo sus hexámetros en dos mitades por la cesura, insiste en que el acento no *debe* cargar en la antepenúltima sílaba de la segunda mitad del verso; mientras que insiste, casi siempre, en hacerlo cargar en la antepenúltima, antes de la cesura en la primera mitad. El acento debió convertirse en aquel tiempo en tónico, y este hombre ingenioso intenta servir al mismo tiempo á dos dueños. Un verso como

οὐρανὸν ὑψιμέδοντος
αἰστῶσαι Διὸς ἕδρην

es, relativamente al metro, un buen hexámetro; me-

diante el acento se acerca mucho á los versos llamados «políticos» medidos por el acento, que eran usuales en la época bizantina y que se empleaban ya de un modo vulgar en el siglo IV. QUINTO, de Esmirna, poeta épico, anterior á Nonno, no observa estas reglas acerca del acento; pero Coluto, Trifiodoro y Museo sí. La *Dionisíaca* hizo época.

Desde los tiempos de Augusto en adelante, es muy numerosa la literatura prosaica en los géneros de la historia, geografía y sofística. Diodoro Siculo, Dionisio de Halicarnaso, Josefo el Judío, van seguidos del Jenofonte de la decadencia, Arriano; de Apiano, Dión Casio y Herodiano. ARRIANO escribió una Anábasis de Alejandro, como Jenofonte escribió la de Ciro y se dedicó también á exponer las doctrinas de Epicteto en una forma mucho mejor de la en que Jenofonte había expuesto las de Sócrates; esto, dejando á un lado las materias que hacen relación con la táctica y la geografía. Sobre todos ellos, PLUTARCO (46 á 120 despues de Cristo) escribió sus inmortales *Vidas,* acaso la obra más profunda y permanentemente atractiva de cuantas hasta ahora se han escrito, y el conjunto, poco menos interesante, de tratados que se hallan citados con el nombre general de *Obras morales.* No era un historiador científico, y el valor de sus asertos depende, por completo, de las autoridades que fortuitamente sigue; pero tiene una gran dote de simpatía y una interesante fuerza de perspicacia. Como pensador, acaso se halla sobremanera ansioso de moralizar y tiene sus naturales limitaciones; pero es un escritor de los más concienzudos y encantadores, y uno de los caracteres más amables de la antigüedad.

En la literatura pura ó «sofística» se nos ofrecen muchos nombres. Dión Crisóstomo, Herodes Atico y

Arístides son meros estilistas y esto, únicamente en el sentido de que pueden escribir hermosamente sobre cualquier asunto, en un lenguaje notablemente semejante al de Demóstenes ó de Platón. Los FILÓSTRATO son más interesantes, así por su familia, especialmente bien dotada, como por los asuntos de sus obras. Hubo cuatro de este nombre. Del primero poseemos, únicamente, un diálogo sobre Nerón y el Canal de Corinto. Del segundo tenemos la admirable vida de Apolonio de Tiana, el santo y filósofo neopitagórico que sostuvo en su vida una corta concurrencia con el fundador del cristianismo; además un tratado sobre *Gimnástica* y varias cartas amatorias. Del tercero y cuarto tenemos una serie especial de «*Icones*» (Pinturas), descripciones de obras de arte en una prosa poética muy elaborada. Son curiosas y llenas de habilidad bajo el punto de vista literario, atesorando gran valor para los arqueólogos por proporcionar datos seguros sobre cuadros de pintura. La descripción de cuadros pictóricos era una forma reconocida de sofística que floreció especialmente en el renacimiento del arte, bajo los Antoninos, y duró hasta la época de Longo y Aquiles Tacio.

Entre los sofistas, debemos clasificar el á menudo citado ATENEO, natural de Naucratis en Egipto, que escribió su *Banquete de los Filósofos,* en quince libros, á fines del siglo II. Los convidados son todos hombres instruídos de la época de Marco Aurelio y el libro dá su conversación. Esta es verdaderamente extraordinaria. Discuten cada plato y cada uno de los accesorios del banquete con un espíritu formado de «notas é investigaciones» y á modo de enciclopedia de anticuario. Todo aquello que debe conocerse respecto á los vasos para vino, bailes, utensilios de cocina, anguilas, debi-

lidades de los filósofos y agudezas de las «heteras» más famosas, es coleccionado y clasificado con el debido cuidado. Sean cuales fueran las fuentes que empleó Ateneo, debió haber sido un hombre de enorme lectura y de cierto sentido humorístico; y el libro, mal conducido, por su devoción á los asuntos de convite, constituye un instrumento inapreciable para el estudio de las antigüedades.

El más grande de los sofistas del segundo siglo fué LUCIANO. Él y Plutarco son los únicos escritores de este período que poseen una importancia real humana, que hablan como ningún otro habló y que siguen atrayéndose lectores por sus propios méritos. Luciano ha sido comparado con Erasmo por el carácter general de su espíritu. Es instruído, perspicaz, antes que todo humorístico; demasiado ansioso por la honradez, demasiado crítico y con harto poca inspiración para ser arrastrado por las corrientes generales de su tiempo. Vivió durante la gran reforma y renacimiento literario de Marco Aurelio; pero parece no haber participado de ellos. Leyó amplia y profundamente filosofía, pero siempre como un hombre superficial y con un interés divertido en sus excentricidades. Juzgando por la frecuencia de la apología personal que se halla en sus escritos, parece haber sufrido muchos ataques personales, especialmente de parte de los cínicos, cuya combinación de falta de limpieza, ignorancia y santidad le ofendían de un modo especial. Había sido destinado por su padre á la escultura, pero la abandonó para dedicarse á literato. Comenzó como sofista retórico de la clase usual, y entonces halló su verdadera vocación en los diálogos satíricos modelados, en cuanto al estilo, en los de Platón, pero con un predominio del elemento cómico sobre el filosófico. En los últimos años de su

vida aceptó un cargo oficial en Egipto y reanudó sus trabajos retóricos. Es una figura importante, así por representar una perspectiva de una vida que tiene cierto valor permanente para todas las épocas, como por ser una muestra del vigor independiente del helenismo oriental cuando podía escapar de su patronato continuo ó cuando se rebelaba contra sus deberes educativos.

En filosofía, que puede fácilmente aliarse con las obras de educación, y que floreció, en consecuencia, en los primeros tiempos del Imperio, queda una amplia é interesante literatura. Hay dos grandes médicos filósofos. GALENO fué un escritor erudito y brillante, aunque dolorosamente voluminoso, así como un médico del tiempo de Marco Aurelio. SEXTO EMPÍRICO, contemporáneo de Calígula, pertenecía á la escuela escéptica; sus dos series de libros *Contra los matemáticos* ó profesores de enseñanzas generales y *Contra los dogmáticos* ó filósofos sectarios, están llenas de profundos pensamientos y de interesantes materiales. Hay dos geógrafos filósofos, ESTRABÓN, en la época de Augusto, y TOLOMEO, en la de Marco Aurelio. El primero se hallaba fuerte, bajo el punto de vista práctico é histórico, mientras que las obras de Tolomeo, sobre geografía y sobre astronomía, son las más importantes y científicas que hayan llegado á nosotros de los tiempos antiguos. Otro «geógrafo», PAUSANIAS, que escribió su *Viaje por la Grecia*, Περιήγησις Ἑλλάδος, en diez libros, en la época de los Antoninos, parece haber viajado por placer y, después de haber vuelto á su casa, compiló un relato de lo que había visto ó debía haber visto, tomándolo de algún libro ó libros, ¡por lo menos de trescientos años antes! Este es el único medio de explicar su extraña costumbre de no mencionar siquiera

los monumentos más importantes levantados después de 150 antes de Cristo. En efecto, sus modernos críticos nos aseguran que, muchas veces, cuando dice «se me contó» ó «yo mismo he visto» no hace otra cosa que citar al antiguo viajero; sin cambiar más que la persona del verbo. Esto perjudica personalmente á Pausanias, pero aumenta el valor de su libro de guía, que aunque á menudo descuidado y no sistemático, es un riquísimo y antiguo manantial de información, completamente único en valor, para los arqueólogos y para los aficionados á la indumentaria y á la religión griega. Por ejemplo, Pausanias fué quien encaminó hacia Micenas á Schliemann.

En la filosofía propiamente tal, los estoicos de profesión se hallan representados, principalmente, para nosotros en las *Lecturas* y en el *Manual* de EPICTETO, esclavo frigio en su origen, jorobado, que obtuvo su libertad y se hizo en Roma conferenciante público. Arrojado de allí en 94 antes de Cristo por el conocido edicto de Domiciano contra los filósofos, se estableció en Nicópolis en Epiro, donde vivió para gozar de la amistad de Trajano y también, según se dice, de Adriano (117 á 138 después de Cristo). Epicteto ilustra la diferencia de esta edad, de la de Platón ó aun de la de Crisipo, puesto que abandona prácticamente la especulación y confina él mismo con la ética práctica dogmática. Acepta, á la verdad, y obra, según la base especulativa de moralidad sentada por los estoicos más antiguos, pero su fuerza real se encuentra en la predicación y educación. Llamó á su escuela «un sitio de salud para los espíritus enfermos». Una profesión tal es ligeramente repulsiva; pero la extensión y lo concreto de las concepciones del maestro, su sublimidad de pensamiento y su humor, le ganan el cariño de la

mayor parte de sus lectores. Pero aunque sean tan pintorescas como las externas circunstancias de Epicteto, se hallan obscurecidas por la comparación con aquellas que hacen tan únicamente fascinadora la figura de MARCO AURELIO. Y el estilo claro y fuerte del conferenciante profesional no alcanza aquel extraordinario poder de llamamiento que yace en las desmañadas *Conversaciones consigo mismo* del emperador. Con Marco, como con otros muchos grandes espíritus, todo depende de que se le ame ó no. Si los tres primeros capítulos os ponen de su parte, cada palabra que escribe parece preciosa; pero mucha gente, que no es necesariamente de inteligencia estrecha ni de gusto vicioso, halla todo el libro sombrío y sin sentido. Sería difícil, sin embargo, el negar que las enseñanzas éticas del viejo Pórtico, tal como están expuestas por esos dos hombres, son una de las más altas, la más espiritual y la más racional que jamás haya sido lograda por la inteligencia humana. Marco murió en 180; el gran filósofo del siglo siguiente, PLOTINO, jefe de los neoplatónicos, nació en 204. Aunque casi siempre afirma únicamente interpretar á Platón, es, acaso, el pensador más atrevido, y su filosofía el sistema más completo y comprensivo de la época romana. Su doctrina es un idealismo inflexible; el mundo todo proviene de una fuerza original que se diferenció primeramente en inteligencia, esto es, en la dualidad del pensamiento y de la existencia. La naturaleza es el resultado de los pensamientos contemplándose á sí mismos, y los hechos de la naturaleza son á su vez sus propias contemplaciones. Hay en este sistema un elemento religioso que fué desarrollado primeramente por el biógrafo y editor de su maestro, Porfirio, y después por Yámblico en lo que vino á ser, últimamente, un razo-

nado sistema de paganismo que se intentó oponer en las polémicas con los cristianos.

Es usual dejar todo esto último fuera de los relatos de literatura griega. Sin embargo, su íntima dependencia de la especulación griega antigua y de los hábitos del pensar es evidente, aun en las lecturas más ocasionales. Pero la relación, para ser estudiada, necesita ser trazada en sus detalles; y hay cierto sentido, en el cual la muerte y el fracaso del emperador JULIANO marca una época que remonta, casi por completo, á la extinción final de la antigua cultura y de los ideales antiteológicos. La carrera de este hombre extraordinario estuvo bien aparejada con su carácter que parecería teatral si no fuese por su franqueza y sinceridad, casi excesivas, y que caracterizaría el antiguo espíritu heroico luchando, sin auxilio, en las redes de la decadencia. Parece ser un filósofo y termina en el misticismo. Lucha por la ilustración y se hace casi más supersticioso que los fanáticos á quienes combate. Entusiasma á sus soldados y subordinados con el amor de la justicia y de la templanza y de una severa disciplina, y después los corrompe mediante continuos sacrificios á los dioses. Predica la tolerancia desde lo alto de las casas y los hombres le contestan con una nueva persecución. El príncipe de una vida santa que pasa sus noches en la oración y la meditación, que vive como un mendigo á causa de que ha gastado todos sus bienes personales para remediar las desgracias en las provincias, y que parece hallar su único y verdadero consuelo en seguir siempre ciegamente el más elevado y más noble camino abstractamente posible, sin tener en cuenta las consideraciones prácticas, se halla curiosamente cerca de algunos de aquellos solitarios anacoretas cristianos á los cuales

tan fuertemente se oponía. Había algo muy grande y muy verdadero, á lo cual Juliano tendía y que durante toda su vida logró sólo de un modo muy imperfecto, cosa que, en cierto sentido, hubiera permanentemente alcanzado en edades más felices. Era un general grande y humano, un hábil y desinteresado estadista. Hay exageración en sus ideales y un horror de manifiesta debilidad en sus grandes intentos. Es el sentimiento que sitia á toda inteligencia griega en la época de su decadencia. La de los romanos tiende á la exageración, á la vanagloria, al exceso de adorno; la de los griegos es humilde y débil. «Ruego para que pueda llevar á cabo vuestras esperanzas», escribe Juliano á Temistio, «pero temo que fracasaré. La promesa que os habéis hecho y que habéis hecho á otros, respecto á mí, es demasiado amplia. Hace largo tiempo imaginaba yo emular á Alejandro, á Marco y á otros grandes y excelentes hombres; y un temblor acostumbraba á apoderarse de mí y un temor extraño, por conocer que me hallaba completamente falto del valor del uno y no podría jamás ni siquiera aproximarme á la perfecta virtud del otro. Esto fué lo que me indujo á dedicarme al estudio. Pensé, con cierto placer, en los «Ensayos áticos» y creí conveniente continuarlos, repitiéndolos á vosotros, amigos míos, como un hombre que lleva un gran peso alegra su p na cantando. Y ahora, vuestra carta ha aumentado mis antiguos temores y me indica que la lucha es mucho, mucho más dura cuando me habláis del destino á que Dio me ha llamado.»

Una forma de literatura contemporánea á Julian o é igualmente condenada por él que por sus decisi vo contrarios, muestra una extraña combinación de decadencia y de novedad, la Novela. Las dos primeras

obras de novela en prosa que se conservan son compendios. Acaso no hay ficción espontánea en los cuentos amorosos de PARTENIO, alejandrino que enseñó á Virgilio y coleccionó estas leyendas para uso de los poetas romanos que quisieran emplear nombres míticos, sin necesidad de recurrir á la lectura de las fuentes originales. Pero la obra pudo haber tenido un carácter diferente, antes de ser compendiada. Hay positiva invención en la obra de un cierto ANTONIO DIÓGENES, sobre los *Increíbles viajes más allá de Tule*. Vivió antes que Luciano, quien le parodia. El libro estaba lleno de aventuras é incluía también una visita á la luna: pero, á juzgar por el compendio, se repite de un modo enojoso, y sus personajes parecen ser únicamente maniquíes. Es verdaderamente característico que el héroe ó heroína ó ambos, siendo considerados como espectros, parecen haber fascinado de un modo especial al autor. Hay cierta habilidad en la elaboración y amasamiento de las fuentes de imaginación de que han sido derivados los cuentos. La novela era popular en el siglo III, el cual nos ha dejado la completa narración de *Habrocomes* y *Antea* por JENOFONTE de Éfeso. Los dos mejores novelistas griegos son, indudablemente, LONGO y HELIODORO: el primero, por sus cualidades literarias y poéticas; el segundo, por la intriga y agrupación y real poder narrativo. Heliodoro escribe como el que abre un nuevo movimiento. Está lleno de salud exuberante y abunda en gusto y confianza de sí mismo.

Su novela es agradable á la lectura aun en nuestra época, en la cual la técnica de los escritos novelescos ha alcanzado una habilidad tan excepcional. Se siente que podría ser, como en realidad lo fué, el precursor de larga fila de escritores notables, y uno

de los fundadores de una forma literaria excepcionalmente prolífica y duradera. Se dice que Heliodoro era cristiano y obispo de Salónica y que el sínodo de su provincia le exigió que quemara su libro ó renunciara su obispado, por lo cual el buen hombre hizo lo último. La leyenda se apoya en muy débiles pruebas, pero podría convenir al Heliodoro que conocemos. Longo es muy diferente: es hombre de costumbres pacíficas y pagano. Su moral en modo alguno es censurable: el lector debe ser muy poco inteligente ó el traductor muy infiel para que pueda producir daño su *Historia de Dafnis* y *Cloe*. En toda su obra se nota un sentimiento de desanimación, un deseo de apartarse del mundo, de dar de lado las ambiciones y problemas, de vivir con inocencia y sencillez. Recuerda un cansado Teócrito que escribiera en prosa. Algunos de los novelistas posteriores, como Aquiles Tacio y Caritón, escribieron novelas que, juzgadas por un criterio vulgar se colocarían en más elevado sitio que la de Longo. Son más vivas, mejor construidas, más atractivas; varias de ellas son inmorales. Pero no ofrecen ningún poeta como Longo.

Es el último, á juicio del escritor de esta obra, que vive por la Belleza con antigua y completamente franca devoción, como Plotino vivió por la Verdad especulativa, como Juliano por la «gran ciudad de los dioses y de los hombres». De estos tres ideales, á los cuales, más que á todos los demás, la Grecia abrió los ojos de la humanidad, el de la libertad política y de la justicia había sido relegado, desde largo tiempo, al reino del pensamiento, lejos de la vida práctica, y aquellos que poseían el poder no le prestaban ninguna atención. La investigación de la Verdad había perdido, por completo, toda esperanza, cuando el mundo,

desconfiando de la Razón, cansado de argumentar y de interrogar, se refugió apasionadamente bajo el encanto de un sistema de Revelación autoritaria que exigía una censura para toda verdad, y señalaba como pecado la libertad de interrogar. ¿Y quién podía predicar la antigua Belleza, severa, franca é inocente, á generaciones que hacía tiempo habían cesado de verla ó de interesarse por ella? La inteligencia de Grecia había muerto definitivamente á causa de aquel largo desaliento que trabaja las naciones como un veneno lento. Cesó en su misión, porque ésta había cesado de dar fruto. Y los últimos grandes paganos, los hombres como Plotino, Longo y Juliano, pronuncian su propia sentencia y gestionan su propio perdón cuando rehusan tocar nuevas notas ó ensayar el círculo de sus mismas voces, satisfechos de producir, únicamente, un eco de aquello que los antiguos llamaban la Verdad, la Belleza, la Libertad política y la Justicia, con las cuales hacía ya mucho tiempo que la Grecia había despertado al mundo entero, cuando ante ella se levantaba la mañana de la vida y eran fuertes sus alas.

FIN

TABLA CRONOLÓGICA

I.—Antes del siglo VII todas las fechas son completamente legendarias y los poetas enteramente fabulosos.

II.—ANTES DE MARATÓN

Cada autor se coloca según su tradicional floruit *ó* ἀκμή, *que se fija en los cuarenta años ó, cuando es desconocida la fecha de su nacimiento, en el año en que se distinguió. El nombre geográfico añadido indica el lugar de actividad del escritor; cuando su lugar de nacimiento es diferente, se añade entre paréntesis.*

680? «Tirteo», elegíaco.—Lacedemonia.—Segunda guerra Mesenia (685 á 668).
? «Terpandro», Lírico.—Lesbos.—Vencedor en las Carneas, (676).
660 Calino, elegíaco.—Efeso.
650 Alcman, coral.—Lacedemonia.
Arquíloco, yámbico.—Paros.
Pisandro, épico.—Camiro.
630 Mimnerno, elegíaco.—Colofón.
Semónides, yámbico.—Amorgos.
620 Arión, coral.—Lesbos.
600 Alceo, lírico.—Lesbos. } Acaso pertenezcan á cincuenta
Safo, lírica.—Lesbos. } años más tarde.
Solón, poeta y político.—Atenas.
Estesícoro, coral.—Himera.
590 Tales, filósofo.—Mileto.—Observó el eclipse de sol de 585.
570 Anaximandro, filósofo.—Mileto.
560 Bión, historiador.—Proconeso.
Janto, historiador.—Lidia

550 Anaximenes, filósofo.—Mileto.
540 Anacreonte, lírico.—Teos.—Llegó á Abdera en 545.
Ibico, coral.—Regio.
Demodoco, gnómico.—Leros.
Focílides, gnómico.—Mileto.
Hiponax, yámbico.—Éfeso.
Jenófanes, poeta filósofo.—Colofón.
Tespis, trágico.—Atica.
530 Pitágoras, filósofo.—Crotona (Samos).
Teágenes, historiador.—Regio.
520 Teognis, elegíaco.—Megara.
Simónides, coral.—Ceos
Laso, coral.—Hermiona.
Hecateo, historiador.—Mileto.
Dionisio, historiador.—Mileto.
Alcmeón, filósofo.—Crotona.
510 Onomácrito, poeta órfico.—Atenas.. } En la corte de Hipias.
Zopiro, poeta órfico.—Heraclea..... }
Carón, historiador.—Lampsaco.
Eugeón, historiador.—Samos.
500 Pratinas, trágico. — Atenas (Fliunte).—Compitió con Esquilo en 499.
Querilo, trágico.—Atenas.
Heráclito, filósofo.—Éfeso.
Herodoro, historiador.—Heraclea.
494 Frínico, trágico.—Atenas.—Su primera victoria trágica en 511.

III.—PERÍODO ÁTICO

490 Batalla de Maratón.
Píndaro, *Pítica* 7.ª
489 PANYASIS, épico, Halicarnaso.
486 Píndaro, *Pítica* 3.ª
485 HIPIS, historiador, Regio, (fabuloso?).
484 EPICARMO, cómico, Siracusa. (Cos).
ESQUILO, trágico, Atenas; n. 525, m. 456. Su primera victoria.
Píndaro, *Olímpicas* 10 y 11.
480 PÍNDARO, coral, Tebas; n. 522, m. 448.
Píndaro, *Istmica* 7.ª
477 Formación de la confederación Delia.

476 Frínico, *Fenicias*.
475 PARMÉNIDES, poeta filosófico, Elea.
472 Píndaro, *Olimpicas* 1.ª y 12; Esquilo, *Persas*.
470 BAQUÍLIDES, coral, Sicilia.
468 Píndaro, *Olimpica* 6.ª La primera victoria de Sófocles.
466 Píndaro, *Píticas* 4.ª y 5.ª
CORAX, retórico, Sicilia.
464 Píndaro, *Olimpicas* 7.ª y 13.
460 QUIÓNIDES, cómico, Atenas.
MAGNES » »
ECFÁNTIDES » »
ANAXÁGORAS, filósofo, Atenas (Clazomene).
BRISÓN, sofista, Heraclea.
458 Esquilo, *Orestiada*.
456 Píndaro, *Olimpica* 9.ª
SÓFOCLES, trágico, Atenas; n. 496, m. 406.
455 Eurípides, *Peliadas*.
452 Píndaro, *Olimpicas* 4.ª y 5.ª
451 IÓN, trágico, Quios.
450 GORGÍAS, sofista, Leontini.
ESTESÍMBROTO, sofista, Taso.
CRATES, cómico, Atenas.
ZENÓN, filósofo, Elea.
Anaxágoras abandona á Atenas.
448 CRATINO, cómico, Atenas.
445 HERMIPO, cómico, Atenas.
EMPÉDOCLES, poeta filosófico, Agrigento.
444 HERÓDOTO, historiador, Halicarnaso; n. 482, m. 425?
443 Heródoto parte para Turio.
442 PROTÁGORAS, sofista, Abdera; n. 482?, m. 411.
440 Sófocles, *Antígona* (ó 442?).
ANTIFÓN, orador, Atenas.
ARQUELAO, filósofo, Atenas.
EURÍPIDES, trágico, Atenas; n. 480, m. 406.
MELISÓ, filósofo, Samos.
SOFRÓN, mimógrafo, Siracusa.
438 Es consagrado el Partenón.
Eurípides, *Alceste* (con *Cretenses*, *Alcmeón*, *Telefo*).
435 LEUCIPO, filósofo, Mileto ó Abdera.
432 Los corintios derrotan á los corcíreos, protegidos por los atenienses, en una acción naval.
Fidias y Aspasia perseguidos por impiedad. También lo es Anaxágoras.
431 Guerra del Peloponeso.

Eurípides, MEDEA (con *Dictis, Filoctetes*).
430 Heródoto publica la última parte de su historia.
HIPIAS, sofista, Elis.
HELÁNICO, historiador, Lesbos.
FERÉCRATES, cómico, Atenas.
TUCÍDIDES, historiador, Atenas.
HIPÓCRATES, médico, Cos.
429 FRÍNICO, cómico, Atenas.
SÓCRATES, filósofo, Atenas; n. 468, m. 399.
428 Eurípides, *Hipólito*.
427 Gorgías llega á Atenas como enviado principal de Leontini.
Aristófanes, *Comensales*.
426 Aristófanes, *Babilonios*.
425 DIÓGENES, filósofo, Apolonia en Creta.
Aristófanes, *Acarnenses*.
Toma de Esfacteria.
424 DIÁGORAS, filósofo, Melos.
Aristófanes, *Caballeros*.
423 ANTÍOCO, historiador, Siracusa.
Tucídides sale de Atenas.
Aristófanes, *Nubes* (1.ª edición).
422 Aristófanes, *Avispas*.
421 Paz de Nicias.
Eúpolis, *Aduladores*.
420 DAMASTES, historiador, Sigeo.
TRASÍMACO, retórico, Calcedonia.
DEMÓCRITO, filósofo, Abdera.
GLAUCO, historiador, Regio.
419 PRÓDICO, sofista, Ceos.
417 El VIEJO OLIGARCA en la *Constitución de Atenas*.
Antifón, Oración 5.ª *Sobre el asesinato de Herodes*.
416 AGATÓN, trágico, Atenas; n. 447, m. 400.
415 Mutilación de los Hermes. Expedición á Sicilia.
Eurípides, *Troyanas*.
EÚPOLIS, cómico, Atenas.
HEGEMÓN, cómico, Atenas (Tasos).
ALCIDAMAS, retórico, Elea.
CRITIAS, político, Atenas.
414 ARISTÓFANES, cómico, Atenas; n. 450, m. 385; *Aves*.
413 La flota ateniense es destruida en Siracusa.
Eurípides, *Electra*.
412 Lisias llega á Atenas.
Eurípides, *Helena, Andrómeda*.

411 Aristófanes, *Lisistrata, Tesmoforiazusas.*
Gobierno de los Cuatrocientos.
410 Lisias, Oración 20, *Para Polistrato.*
409 Sófocles, *Filoctetes.*
408 Eurípides, *Orestes.*
Aristófanes, *Pluto* (1.ª edición).
406 TIMOTEO, ditirámbico, Atenas (Mileto).
405 PLATÓN, cómico, Atenas.
Aristófanes, *Ranas.* Eurípides, *Bacantes?*
404 Tiranía de los Treinta.
AMIPSIAS, cómico, Atenas.
ANTÍMACO, épico, Colofón.
QUERILO, épico, Samos.
403 La democracia es restaurada.
Lisias, Oración 12, *Contra Eratóstenes;* Oración 34, *Por la Constitución.*
402 Lisias, Oración 21, *Defensa contra la acusación de Cohecho.*
401 Expedición de Ciro el joven.
Lisias, Oración 25, *Defensa contra la acusación de procurar abolir la Democracia.*
Sófocles, *Edipo en Colona* (presentada por el nieto del poeta).
Se publica la historia de Tucídides.
SOFÉNETO, historiador, Estinfalia.
400 ESQUINES, filósofo. Esfeto en el Atica.
CTESIAS, historiador, Gnido.
ESTRATIS, cómico, Atenas.
399 Andócides, *Sobre los Misterios.*
Muerte de Sócrates.
EUCLIDES, filósofo, Megara.
395 ISÓCRATES, orador, Atenas; n. 436, m. 338.
FILISTO, historiador, Siracusa.
FILOXENO, ditirámbico, Atenas (Citera); n. 435, m. 380.
POLÍCRATES, sofista, Atenas.
JENARCO, mimógrafo, Sicilia.
394 JENOFONTE, historiador, Atica; n. 434, m. 354.
Isócrates, Oración 20, *Contra Loquites;* Oración 19, *Eginético;* Oración 17, *Trapecítico.*
393 Las grandes murallas de Atenas son restauradas por Conón.
392 Aristófanes, *Eclesiazusas.*
391 Isócrates, Oración 13, *Contra los Sofistas.*
390 Iseo, Oración 5.ª, *Sobre el estado civil de Dicéogenes.*

FEDÓN, filósofo, Atenas.
388 Lisias, Oración 33, *Olimpíaca.*
Aristófanes, *Pluto.*
387 PLATÓN, filósofo, Atenas; n. 427, m. 347.
380 EÚBULO, cómico, Atica.
Isócrates, *Panegírico.*
378 Atenas cabeza de una nueva confederación naval.
374 Isócrates, Oración 2.ª, *Epístola á Nicocles.*
373 Isócrates, Oración 14, *Plataico.*
371 Batalla de Leuctra.
370 ISEO, orador, Atenas.
ANAXÁNDRIDES, cómico, Atenas (Camiro).
ENEAS, táctico, Estinfalia.
369 Iseo, Oración 9.ª, *Sobre el derecho de ciudadanía de Astifilo.*
367 Aristóteles llega á Atenas.
366 ANTÍSTENES, filósofo, Atenas.
ARÍSTIPO, filósofo, Cirene.
Isócrates, Oración 6.ª, *Arquídamo.*
365 ANTÍFANES, cómico, Atenas (extranjero); n. 404, m. 330.
364 Iseo, Oración 6.ª, *Sobre la situación de Filoctemón.*
363 Demóstenes, Oraciones 27 y 28, *Contra Afobo.*
362 Batalla de Mantinea. Muerte de Epaminondas.
Demóstenes, Oraciones 30 y 31, *Contra Onetor*, I y II.
360 LICURGO, orador, Atenas; n. 396?, m. 323.
Hipérides, *Contra Autocles.*
359 Isócrates, carta VI, *A los hijos de Jasón.*
357 Comienza la Guerra Social.
355 Fin de la segunda dominación ateniense.
Isócrates, Oración 8.ª, *Sobre la paz;* Oración 7.ª, *Areopagítico.*
354 Eúbulo gobierna en Atenas.
Demóstenes, Oración 14, *Sobre los gastos navales;* Oración 20, *Contra Leptines.*
ALEXIS, cómico, Atenas (Turio); n. 394, m. 288.
353 Isócrates, Oración 15, *Sobre la Antídosis.*
352 Demóstenes, Oración 16, *Sobre el socorro á los megalopolitanos.*
TEODECTES, trágico, Atenas (Faselo).
TEOPOMPO, historiador, Quios.
351 Demóstenes, Oración 4.ª, *Contra Filipo* I.
349 Demóstenes, Oraciones 1.ª y 2.ª, *Olintíacas* I y II.
347 Muerte de Platón, Espeusipo en la Academia.
346 Paz de Filócrates.

345 ESQUINES, orador, Atenas; n. 389, m. 314.
Esquines. *Contra Timarco.*
344 DEMÓSTENES, orador, Atenas; n. 383, m. 322.
ÉFORO, historiador, Cumas.
Aristóteles, filósofo, Estagira.
343 Demóstenes, Oración 19. Esquines, Oración 2.ª, *De falsa legatione.*
342 Hegesipo, (?), *Sobre Haloneso.*
341 Demóstenes, Oración 8.ª, *Sobre el Quersoneso;* Oración 9.ª, *Contra Filipo III.*
340 Guerra con Filipo.
ANAXIMENES, retórico, Atenas.
DÉMADES, orador, Atenas.
HIPÉRIDES, orador, Atenas; m. 322.
339 Isócrates, Oración 12, *Panatenaico.*
Jenócrates en la Academia.
338 Batalla de Queronea.
336 Asesinato de Filipo. Alejandro el Grande le sucede.
334 Aristóteles enseña en el Liceo en Atenas.
Alejandro marcha á Persia.
330 Demóstenes, Oración 18, *Sobre la Corona.*
Esquines, Oración 3.ª, *Contra Ctesifonte.*
Licurgo, *Contra Leócrates.*
324 DINARCO, orador, Atenas (Corinto); n. 361, Oración 1.ª, *Contra Demóstenes;* Oración 2.ª, *Contra Aristogitón.*
323 Epicuro llega á Atenas.
Muerte de Alejandro. Guerra Lamia.
322 Hipérides, *Epitafio.*
Muerte de Demóstenes, Hipérides y Aristóteles.
321 El imperio de Alejandro se divide entre sus generales.

ÍNDICE DE AUTORES

S

T

V

Z

ÍNDICE DE MATERIAS

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

Aguanno.—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis). 4 pesetas.
Alcofurado.—Cartas amatorias, 3 pesetas.
Araujo Sánchez.—Goya, 3 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito Colectivo, 1,50 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.
Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Castro.—El Libro de los Galicismos, 3 pesetas.
Collins.—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer. dos tomos, 15 pesetas
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporaneos. 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Estudio de Derecho penal). 3 ptas.
Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.—La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 ptas.
Framarino.—Lógica de las pruebas, dos tomos, 15 pesetas.
Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 pesetas.
Giddins.—Principios de Sociología. 10 ptas.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
Gladstone.—Los grandes nombres, 5 pesetas.
Goëthe.—Memorias, 5 pesetas.
Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour. 6 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 pesetas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.
Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.
Guyau.—La Educación y la herencia, 8 ptas.
Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 ptas.
Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
Janet.—La Familia, 5 pesetas.
Kells Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas
Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.
Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
Lange.—Luis Vives, 2,50 pesetas.
Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.
Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 ptas.
Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.
Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.
Macaulay.—La educación, 7 pesetas.
Manduca.—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
Martens.—Derecho Internacional, tres tomos, 22 pesetas.
Max-Müller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.
Meneval y Chantelauce.—María Estuardo, 6 pesetas.
Meyer.—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización Administrativa en España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas
Mommsem.—Derecho público romano, 12 ptas.
Murray.—Historia de la literatura clásica griega, 10 pesetas.
Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
Renán.—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.
Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—La Moral, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Instituciones sociales, 7 pesetas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las Leyes en general, 8 pesetas.—Etica de las prisiones, 10 pesetas.—Los Datos de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas
Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Stead.—El Gobierno de Nueva York, 3 pesetas.
Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.
Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.
Supino.—Derecho Mercantil, 12 pesetas.
Taine.—Historia de la literatura inglesa contemporanea, 7 pesetas.—Los orígenes de la historia de la literatura inglesa, 7 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.
Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.
Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.
Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres Campos y Vida) —*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.
Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.
Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.
Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.
Wolf.—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes, 15 esetas.